BIBLIOTECA

Poesía heroica bizantina

CANCIÓN DE ARMURIS

DIGENIS AKRITAS

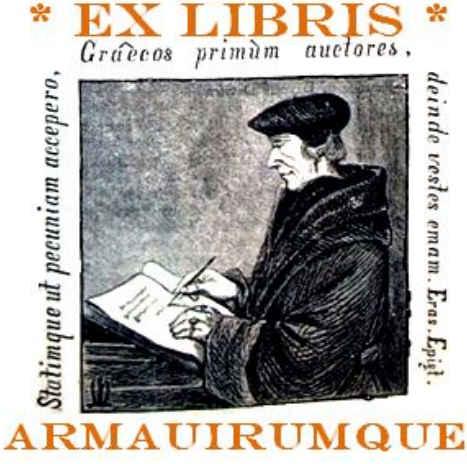
POEMA DE BELISARIO

CÁTEDRA

BIBLIOTECA

Poesía heroica bizantina

CANCIÓN DE ARMURIS
DIGENÍS AKRITAS
POEMA DE BELISARIO



POESÍA HEROICA BIZANTINA

Director de colección
CARLOS GARCÍA GUAL

© EDITORIAL GREDOS, S. A.,
2003

Sánchez Pacheco, 85 – 28002 Madrid
www.editorialgredos.com
Títulos originales: *Τὸ Ἄσμα τοῦ Ἀρμούρη – Διγενὴς Ἀκρίτας – Διήγησις τοῦ Βελισαρίου*

© Introducción, traducción y notas
ÓSCAR MARTÍNEZ GARCÍA

Diseño de colección
MANUEL JANEIRO

Depósito Legal: M. 2779-2003
ISBN 84-249-2369-3
Impreso en España. Printed in Spain
Sobre papel Hermes de 90 gramos
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12 – Polígono Industrial
Leganés (Madrid)
Encuadernación Ramos

Poesía heroica bizantina

CANCIÓN DE ARMURIS

DIGENÍS AKRITAS

POEMA DE BELISARIO

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS
ÓSCAR MARTÍNEZ GARCÍA

BIBLIOTECA

UNIVERSAL

GREDOS

GREDOS

INTRODUCCIÓN

EL ESPACIO DE LA ÉPICA GRIEGA MEDIEVAL

Cuando a mediados del siglo IV de nuestra era, el emperador Constantino decide fijar la residencia imperial, una Nueva Roma, en aquella antigua colonia que los megarenses habían fundado sobre el Bósforo hacia el año 652 a. C., y a la que habían dado el nombre de Bizancio en honor del jefe de la expedición, Byzas, poco se podía imaginar que estaba otorgando carta de naturaleza a toda una civilización, que si bien era romana en sus orígenes, también era oriental por su situación geográfica, cristiana en cuanto a religión y, sobre todo, griega por lengua, mentalidad y tradición cultural, lo que la hacía muy otra de la que durante tantos siglos había gravitado en torno a la eterna ciudad del Lacio. Consumada la *partitio imperii* tras la muerte de Teodosio (395 d. C.), a la zona occidental del Imperio Romano apenas si le quedaban unos pocos años de existencia real, mientras que a la parte oriental del mismo todavía le tocaba escribir una página de más de mil años bajo el epígrafe de Imperio Bizantino. Así las cosas, el marco geográfico al que nos referimos y cuyas fronteras permanecieron sustancialmente invariables en un primer momento, se extendía por toda la cuenca oriental del Mediterráneo. Sin embargo, los márgenes de este territorio al que sus habitantes llamaban Romania, habrían de fluctuar con el devenir de los tiempos, unas veces para mayor gloria del Imperio y, otras, para su menoscabo. En efecto, la amenaza

de sus enemigos (persas, árabes, eslavos, latinos o turcos), simultánea o sucesivamente y en todas sus fronteras, haría que a la postre el Imperio quedara reducido a la sola expresión de su capital Constantinopla. En última instancia, a las dos de la mañana del martes 29 de mayo de 1453, el turco enarbola sobre sus muros el pabellón de la media luna para convertirla, bajo el nombre de Estambul, en la dueña de un nuevo Imperio.

Los tres poemas épicos que aquí presentamos son testigos de buena parte de estos mil años de historia: tanto la *Canción de Armuris*, como la epopeya de *Digenís Akritas* y el *Poema de Belisario* transitan de un modo u otro, directa o indirectamente, por ella, y nos la dejan consignada en la forma que la propia sensibilidad y la pulsión particular del pueblo bizantino llegaron a percibirla. Notario, en verdad, de diversas circunstancias históricas, depositario de datos referentes a lugares y personas casi siempre maquillados y pasados por el tamiz de la leyenda, lo que, sin embargo, el *épos* logra transmitirnos de manera más fidedigna es el estado de ánimo y el sentir del pueblo que lo ha forjado. En este sentido, la *Canción de Armuris* reflejaría magníficamente el entusiasmo y el optimismo que trae aparejado consigo el impetuoso despertar de los habitantes de los confines orientales del Imperio a finales del siglo IX. Ya el cautivador primer verso de la canción («Hoy otro es el cielo, hoy otro es el día») evoca ese despertar y nos recuerda que nos hallamos ante el amanecer mismo de la edad heroica bizantina, época que ha quedado memorablemente plasmada en el poema de *Digenís Akritas*. En efecto, en esta verdadera obra maestra de la épica griega medieval se nos muestra el esplendor sereno y maduro de esa misma sociedad de periferia en el momento en que, hacia el siglo XII, son sus representantes quienes detentan el poder. Finalmente, cuando estos ecos heroicos ya se han apagado y el Imperio está a punto de caer en manos enemigas, en Constantinopla alguien decide poner por escrito la historia de Belisario. Para aquel entonces, la figura del glorioso general de Justiniano había entrado en la leyenda y su funesto destino de algún modo encarnaba el

triste devenir de Bizancio. Ninguna otra obra sino el crepuscular *Poema de Belisario* podría perfilar de manera más clara la atmósfera de pesimismo y profunda decepción del pueblo bizantino ante la inminencia de la derrota.

ARGUMENTO DE ARMURIS

El pequeño Armuris, hijo de un noble señor asimismo llamado Armuris, prisionero desde hace doce años de un Emir de Siria, sale en busca de su padre llevando consigo la maza y el caballo de éste. Tras cruzar el río Éufrates, interroga a un sarraceno acerca de sus mesnadas. Acto seguido, sube a un altozano y después de divisar a los soldados les desafía. Trabado el combate, Armuris provoca entre ellos una gran degollina, pero, entonces, un sarraceno le tiende una emboscada y le roba el corcel y la maza. El joven le persigue hasta Siria y, tras darle alcance, le corta una mano y le ordena que acuda, con su caballo y su maza, a difundir la noticia de sus hazañas. De este modo, el sarraceno manco acierta a pasar por delante de la fortaleza en la que el padre se encuentra cautivo. Éste, reconociendo el caballo y la maza, cae presa del desconsuelo. Enterado el Emir del motivo de su tristeza, convoca a sus soldados para que vayan a buscar al muchacho. Pero he aquí que se presenta el sarraceno manco y relata cumplidamente las proezas del joven. Entonces, Armuris escribe a su hijo para pedirle que se muestre piadoso con sus enemigos, pero él le contesta que tiene intención de caer con toda su furia sobre Siria. El Emir, espantado por la amenaza, libera a Armuris y le comunica el deseo de casar a su hija con el valeroso muchacho.

ARGUMENTO DE DIGENÍS (VERSIÓN DE GROTTAFERRATA)

Canto I. Durante una batida por la Romania, un Emir ataca el palacio de un prestigioso general capadocio, y, aprovechando que el general está en el destierro y que sus cinco hijos se encuentran combatiendo en las fronteras, rapta a la hija. Advertidos por su madre, los cinco hermanos acuden al campamento enemigo para rescatar a su hermana, pero el Emir sólo entregará a la prisionera si cae derrotado en combate singular. Será Constantino, el más joven de los hermanos, quien se enfrente al Emir y acabe venciéndole. De este modo, el Emir les hace entrega de un sello con el que podrán pasear por el campamento en busca de ella. Sin embargo, al no encontrarla, piensan que se halla entre las doncellas que el día anterior han sido degolladas en un arroyo. Así pues, los cinco vuelven al pabellón del Emir y le ruegan que o bien les devuelva a la hermana o bien les quite la vida. Finalmente el Emir acaba por confesarles que la tiene escondida en una estancia de la tienda y que, enamorado como está, se encuentra dispuesto a abjurar de su fe y seguirlos a la Romania para casarse con ella.

Canto II. Ya en la Romania, se celebran las bodas y un año más tarde nace Basilio Digenís («el de Doble Estirpe») Akritas («Guerrero de Frontera»), el héroe del poema. Sin embargo, poco después, el Emir recibe una carta en la que su madre le pide que vuelva a Siria, pues tanto ella como sus hijos y concubinas corren el peligro de ser ajusticiados por sus compatriotas. De este modo, el Emir decide partir. Pero he aquí que el joven Constantino, alertado por un sueño y, ante el temor de que su cuñado esté maquinando un plan pernicioso, acude con sus hermanos a los aposentos del Emir. Al cabo, el asunto termina esclareciéndose, por lo que el Emir emprende el camino hacia Siria en compañía de sus hombres.

Canto III. Durante el viaje el Emir evoca con sus compañeros algunos de los peligros que han tenido que afrontar y en particular les recuerda una situación en la que les libró de la muerte. Luego, conforme pasan por un desfiladero, se ven asaltados por un león al que el Emir da muerte. Ya en Siria, la madre le reprocha severamente haber abandonado la fe de Mahoma y haberse casado con una «romana». Asimismo, le acusa de no haber tenido el temple de su padre que, viéndose en encrucijadas peores, jamás renunció a los suyos. El Emir, sin embargo, recitando el *credo* símbolo de su nueva fe, acaba convirtiendo al cristianismo tanto a su madre como a muchos otros parientes. De este modo, regresa en compañía de todos a la Romania, donde le esperan su mujer y su hijo.

Canto IV. Entre tanto, Digenís crece entregado a sus estudios y al ejercicio de las armas. A los doce años convence a su padre para que le permita acompañarle en una cacería. Una vez allí, no pierde la oportunidad de demostrar su extraordinario valor y su fuerza y destreza sobrehumanas. Pasa el tiempo y Digenís, fascinado por la aureola de gloria en torno a la figura de ciertos *apelates* (del griego *apelátai*, una suerte de bandoleros), decide unirse a ellos. Con este fin, llega a la cueva de los *apelates* y, tras entrevistarse con su jefe, el viejo Filopappo, acepta el desafío que éste le lanza. Digenís, tras derrotar a los hombres de Filopappo, desiste en su empeño de formar parte de su banda. De regreso de una cacería, pasa por el palacio de un prestigioso general de la estirpe de los Ducas, padre de una muchacha hermosísima. Y a pesar de que el general la mantiene al abrigo de miradas ajenas, los dos jóvenes logran trabar conversación y concertar una cita. Así, Digenís acude al amanecer y, tras despertar a la niña con el tañido de su cítara, los dos enamorados deciden huir. Al enterarse, el general y sus hombres salen en su persecución. Se produce, pues, un combate en el que el héroe acaba con todos sus perseguidores salvo con el padre y los dos hermanos de la doncella. Entonces, el joven le pide al general la mano de su hija, y éste, feliz de ganarse tal yerno, se la concede. Celebrado el casamiento, el héroe decide marcharse con

su joven esposa a las fronteras, donde, según rápidas y marginales alusiones, habrá de restablecer el orden. El emperador Basilio, viniendo a saber de sus hazañas, acude a visitar al muchacho. Ante él, Digenís dará nuevas pruebas de su valor domando un caballo salvaje y matando a un león surgido inopinadamente de un marjal. El emperador, maravillado, le nombra patricio, le devuelve las propiedades confiscadas a su abuelo y sanciona mediante una bula de oro el dominio que *de facto* ya ejercía en las fronteras.

Canto V. Digenís, con hondo arrepentimiento, le intima a un capadocio las circunstancias que le llevaron a sucumbir al pecado del adulterio. Así pues, procede a relatarle cómo a los quince años de edad, en un desierto de Siria vino a toparse con una muchacha que lloraba desconsolada junto a un manantial. Se trataba de la hija del emir Haplorrabdés, que, según sus palabras, aprovechando la ausencia del padre y la enfermedad de la madre, se había fugado con un joven prisionero «romano». Sin embargo, mientras ella dormía, el seductor se había escapado dejándola abandonada. El «romano» resulta ser un joven al que Digenís acababa de salvar la vida. Desde ese momento, Digenís decide convertirse en su protector y llevarla al encuentro de su doloso amante. Pero he aquí que en mitad del camino el héroe, dominado por su espíritu de concupiscencia, posee a la joven. Después, llegados hasta el lugar donde se encontraba su seductor, Digenís obliga al muchacho a tomarla como esposa. Finalmente, bajo el peso de su ignominia, Digenís vuelve con su amada y, avergonzado por la doble ofensa, decide cambiar de morada.

Canto VI. Mientras Digenís trata de conciliar el sueño después de haber pasado la noche montando guardia, un dragón, bajo la apariencia de un joven apuesto, se acerca hasta su esposa con la intención de seducirla. Ella grita y Digenís se levanta para hacer frente al dragón. Muerto el monstruo, el héroe regresa a su yacija, pero cuando apenas ha cerrado los ojos, la niña vuelve a gritar. Esta vez se trata de un león a quien el joven ha de dar muerte. Acto seguido, Digenís se pone a tocar la cítara para serenar a su esposa. Atraídos por la melodía, se acerca una partida de arrogantes *apelates* que en

vano intentan raptar a la joven. Al día siguiente se presentan los jefes de los bandoleros, Filopappo, Cinnamo y Ioannakis, y desafían a Digenís. Humillados por la derrota, los tres *apelates* deciden pedir ayuda a la fiera amazona Maximo. Así pues, marcha contra el Akrita una nutrida partida de bandoleros, pero el héroe vence a todos e inflige una severa derrota a la propia Maximo. La amazona pide al Akrita la merced de un segundo enfrentamiento. Vencida de nuevo, Maximo le ofrece su doncellez, y, a pesar de su oposición inicial, Digenís acaba por ceder al deseo. Una vez que se encuentra junto a su esposa, se ve forzado a disipar los justificados celos de ésta con suaves razones, pero más tarde, aguijado en su conciencia, sale en busca de la amazona y le da muerte.

Canto VII. Finalmente Digenís decide levantar su morada a orillas del Éufrates. Allí pasa sus días feliz, compartiendo la vida con su amada; sólo la falta de hijos se alza como obstáculo para la felicidad completa. Pero un buen día, muere el Emir y Digenís acude a Capadocia para llevárselo y enterrarlo en una capilla que ha construido en el palacio. Cinco años más tarde muere la madre.

Canto VIII. En ocasión de un baño, Digenís cae gravemente enfermo. En una larga conversación con su esposa, el héroe repasa sus gloriosas hazañas y le recomienda que vuelva a casarse cuando él falte. Sin embargo, la joven, ruega a Dios que, si su esposo ha de morir, ella muera con él. Al instante, la muchacha cae exánime en los brazos del héroe. Los dos son enterrados en lo alto de un cerro y al sepelio acuden a llorar al gran héroe gentes de ambos lados de la frontera.

ARGUMENTO DE BELISARIO

Un día, el emperador Justiniano le encomienda a su general Belisario la tarea de ampliar la ciudad de Constantinopla, prome-

tiéndole a cambio grandes riquezas y dignidades. Transcurrido un año, Belisario tiene cumplido el mandato, lo que suscita tanto la admiración del pueblo como la inquina de los nobles. De este modo, los príncipes de la corte, con la poderosa familia de los Paleólogos a la cabeza, comienzan a intrigar contra él movidos por la funestísima envidia y le acusan de querer desplazar al soberano del solio imperial. Persuadido por el testimonio de sus señores, el emperador manda aherrojar a Belisario en una torre con los ojos vendados. Pero he aquí que, después de tres años, llegan noticias terribles para la Romania: una armada extranjera amenaza las fronteras y se está adueñando de castillos y villas. El gran Justiniano arma una poderosa flota, pero no sabe a quién poner al frente. Convocados los nobles, el emperador les pregunta su parecer, pero ellos callan, albergando en su interior la esperanza de obtener el mando ellos mismos. El pueblo, sin embargo, clama el nombre de Belisario. Por este motivo, tras restituirle su honra, Justiniano nombra a Belisario comandante en jefe de la escuadra. Arribados a la isla de Inglaterra, el general manda prender fuego a las naves. Asimismo manda empalar a un noble que ha osado censurar su resolución. Tras esforzados combates, los hermanos Alexio y Petralifas logran tomar la plaza fuerte. Belisario les agasaja con grandes honores y, reconstruida la flota, emprenden el camino de regreso hacia Constantinopla llevando cautivo al propio rey de Inglaterra. La armada es recibida triunfalmente en la ciudad y, desde ese momento, Justiniano no se separa de su general. Los nobles, por su parte, redoblan su inquina y comienzan a lanzar calumnias contra Belisario. De este modo, el emperador manda cegar a su general, quien, abatido por la envidia, se retira al monasterio del Cristo Pantocrátor. Todo el pueblo se duele por su suerte. Así, cuando la ciudad se vuelve a ver amenazada, reclaman a Belisario, pero en esta ocasión, el gran general no puede ponerse al frente del ejército. Un anciano noble apostrofa al emperador, le echa en cara la forma en que ha humillado a su más fiel servidor, pero también le anuncia que Belisario cuenta con un hijo, Alexio, que bien podría comandar sus

tropas a modo de tardío desagravio. Con los consejos del padre, Alexio logra no sólo conjurar la amenaza sino obtener la rendición incondicional de los enemigos persas. Sin embargo, para Belisario todo sigue igual. Su desgracia está en boca de todos, y de ello se alegran los enemigos del Imperio. Un buen día, durante la recepción de una importante embajada, los embajadores preguntan al emperador dónde se encuentra ese admirable varón llamado Belisario. En ese momento aparece un mendigo que, ciego y con una escudilla en la mano, deambula entre los espléndidos emisarios repitiendo una letanía: «Poned a Belisario un óbolo en su escudilla,/ que la envidia de los romanos me redujo a tal condición./ Poned a Belisario un óbolo en su escudilla,/ a quien el tiempo encumbró y la envidia ha cegado». El poema se cierra con las palabras del poeta augurando el triste final del Imperio.

LA MATERIA AKRÍTICA

Tanto la epopeya de *Digenís Akritas* como la *Canción de Armuris* nos sitúan históricamente en ese momento en el que, finalizada la amenaza persa con la derrota de Cosroes II a manos del emperador Heraclio en el año 627, los árabes dan comienzo a su expansión a costa de los territorios bizantinos de la frontera oriental, Capadocia y Mesopotamia, con lo que se inicia una lucha entre estos dos mundos que duraría desde el siglo VII hasta el siglo XI. De este modo, las tropas infieles, que desde un primer momento habían ocupado Siria, Palestina, Egipto y el norte de África, llegaron a cercar la capital en el tránsito del año 717 al 718. Entonces, solamente el rigor del invierno y el así llamado «fuego griego» pudieron alejar al árabe de los muros de Constantinopla. El punto de inflexión de tal coyuntura lo encontramos, más de cien años después, en la to-

ma de Amorio (838), hecho que hubo de conmocionar grandemente a la Romania toda vez que se trataba de la cuna de la casa reinante, la dinastía Amoriana (820-867), y de la plaza tenida como más poderosa e irreductible. Sin embargo, Bizancio, abandonando su situación de defensa, pasó a la ofensiva y en el año 859 el emperador Miguel III (862-867), por mal nombre *el Beodo*, logró atravesar el Éufrates y, en el 863, derrotar en el Antitauro a las huestes del Califato, poniendo punto y final al dominio de quienes durante trescientos años, una edad oscura de tres siglos, se habían constituido en su referente inmediato y en su enemigo a batir, el adversario frente al que habría cobrado cuerpo el concepto de nación y nacionalismo bizantino[1].

En la base de esta recuperación se encuentra la reestructuración del Imperio en *temas*[2], esto es, circunscripciones administrativas y militares que parecen haber comenzado a surgir a finales del siglo VII con una voluntad netamente defensiva. Estos distritos se hallaban bajo el mando de generales (o estrategos) que concentraban en sí tanto el poder civil como el militar y estaban al mando de un ejército conformado por pujantes propietarios-soldados siempre prestos a defender el terreno que tenían en posesión, imbuidos como estaban de un sentido de responsabilidad colectiva y una moral de lucha por el propio suelo y familia[3]. Pero de entre estos *temas*, al respecto de una protección efectiva del Imperio, tenían una relevancia especial aquellos que se encontraban en las fronteras (*ákrai*). De este modo, los ocupantes de estos *temas* fronterizos o *akríticos*, los *akritas*[4], epígonos de los viejos

[1] Cf. A. Bravo García, *Bizancio. Perfiles de un Imperio*, Madrid, Akal, 1997, pág. 29.
[2] Del griego *thêma* (plural, *thémata*). Para el estudio de su evolución, cf. A. Pertusi, «Formation des Thèmes Byzantins», *Berichte zum XI. Internationalen Byzantinischen Kongress*, Múnich, 1978, 1-40.
[3] Cf. A. Bravo García, *Bizancio. Perfiles...*, pág. 28.
[4] Del griego *akritas* o *akritēs* (plural, *akritai*). El término aparece empleado por vez primera en el *Libro de las ceremonias* (cf. 489, 12) de Constantino *Porfirogénito* (944-959).

milites limitanei romanos, se erigían como el principal baluarte defensivo del Imperio. En este sentido, bajo el término de *akrita*, más que con una suerte de policía fronteriza o un cuerpo especial creado expresamente para defender el *limes* del Imperio, nos encontraríamos con todo ocupante de los *temas* periféricos, tanto soldados y comandantes de tropas como población civil[5], hombres probados en lo tocante a la vigilancia del enemigo, hechos a las emboscadas y a las batidas de castigo. Así pues, a ambos lados de la doble línea que se trazaba desde el Mar Negro hasta los desiertos de Siria nos encontraríamos con un marco que se revelaba idóneo para la ejecución de hazañas guerreras que no podían tardar en ser celebradas en poemas heroicos.

Por otra parte, el desarrollo del régimen de *temas*, a la postre, habría resultado en la concentración de grandes tierras y riquezas en manos de los estrategos, llegando a constituirse una poderosa aristocracia de frontera que, dada la distancia a la que se encontraban respecto a la capital y debido a la relativa independencia de la que gozaban, se manejaba a su antojo sin que el poder imperial pudiera hacerse sentir. De este modo, junto a cantos que glorificaban las gestas de los defensores del Imperio, o imbricados en ellos, en las regiones orientales también se cantaban las andanzas de prestigiosos señores locales que, como los Ducas, habrían llegado incluso a desafiar el poder central.

En este contexto, el Andrónico y el Constantino (o Porfiris o Jantino) celebrados en una serie de canciones que constituían lo que hoy llamamos «Ciclo de los Ducas» bien podrían ser la proyección legendaria de dos miembros de este potente linaje. Si

[5] Cf. C. Jouanno, *Digénis Akritas, le héros des frontières. Une épopée byzantine*, Bélgica, Brepols, 1998, pág. 46; A. P. Kazhdan (ed.), *Oxford Dictionary of Byzantium*, N.York-Oxford, Oxford University Press, 1991, *s.v.* «Akritai», pág. 47; A. Pertusi, «Tra storia e legenda: Akritai e Ghãzi sulla frontiera orientale di Bisanzio», *Actes du XIVe Congrès International des Études Byzantines*, vol. I, Bucarest, 1971, 237-283; L. Politis, *Historia de la literatura griega moderna*, [trad. esp. a cargo de Goyita Núñez], Madrid, Cátedra, 1994, pág. 38.

atendemos a la historia, el general Andrónico, tras rebelarse contra León VI, se fugó con su hijo a territorio árabe; allí sería posteriormente encarcelado. Sin embargo, su hijo Constantino[6] lograría escapar y, atravesando Siria, acabaría llegando a la Romania, donde se convirtió en general de uno de sus *temas* y luchó contra los árabes. En el año 913, entraría en Constantinopla para ser proclamado emperador y caer traicioneramente asesinado poco después. Pues bien, su fuga de tierras sarracenas bien puede tener su trasunto legendario en la *Canción de Andrónico*, donde un niño criado en las prisiones de un emir árabe escapa no sin dejar constancia de su arrojo (se hace coser los párpados y colgarse pesos a los brazos para saltar por encima de nueve caballos y caer sobre el suyo), y parte en busca de su padre. Cuando finalmente lo encuentra, tras unos instantes de incertidumbre, el niño refiere su historia y Andrónico le saluda como hijo suyo[7].

Canciones como ésta, u otras, como la *Canción de Porfiris*[8], en la que un precoz muchachito, al mes de vida, se enamora de la princesa y desafía al emperador, son buena muestra del tipo de canciones que probablemente nutrirían el repertorio de esos «mendigos» de los que, según el obispo Aretas de Cesarea (850-932), «hoy son una muestra los malditos paflagones —esto es, habitantes de la zona del Ponto y Capadocia—, que componen ciertos

[6] El Constantino Ducas de quien precisamente descendería Digenís; cf. *DA*, I 267.

[7] Para traducciones al castellano de esta canción, cf. M. Castillo Didier, *Poesía heroica griega: epopeya de Diyenís Akritas. Cantares de Armuris y de Andrónico*, Santiago de Chile, Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos «Fotios Malleros», 1994, págs. 332-337 (con texto griego), y J. M. Egea, *Documenta selecta ad historiam linguae graecae inlustrandam II (Medioaevii)*, Vitoria-Gasteiz, Universidad del País Vasco, 1990, págs. 48-54 (con texto griego y comentario lingüístico).

[8] Cf. J. M. Egea, *Documenta selecta...*, págs. 69-72; con texto griego, traducción y comentario lingüístico.

cantos que contienen las hazañas de ilustres varones y que cantan casa por casa a cambio de un óbolo»[9].

Cierto es que, como dejó dicho Henri Grégoire[10], antes del periodo amoriano hubo en la Romania grandes caudillos guerreros, emperadores gloriosos y mártires de la fe dignos de ser ensalzados en cantos heroicos (¿cómo no pensar en el propio Belisario o en Heraclio, vencedor de los persas y reconquistador de la *Vera Crux*?), sin embargo, la edad épica de Bizancio es la de los siglos IX y X; las creaciones épicas de los siglos anteriores al IX acabaron siendo suplantadas por los cantos de las dinastías Amoriana y Macedónica, esta última la dinastía heroica por excelencia. Es la edad de unos héroes, como acabamos de ver, a mitad de camino entre la historia y la leyenda que protagonizarían las canciones populares a las que se viene dando el nombre de *akríticas*[11]: el segundo ciclo épico de los griegos después del de Homero.

De este tipo de canciones, el testimonio más antiguo conservado es la *Canción de Armuris*. Esta composición, gestada probablemente a comienzos del siglo X, nos ha llegado a través de dos manuscritos del siglo XV[12] que recogen la versión, en su forma ori-

[9] Cf. Aretas de Cesarea, *Comentario a la «Vida de Apolonio de Tiana» de Filóstrato*, 93. Aprovechemos también para avanzar que el grueso de dichas canciones, salvo el caso de *Armuris*, nos ha llegado a través de cantos orales recogidos no antes del siglo XIX.

[10] Cf. H. Grégoire, «Études sur l'épopée byzantine», *Revue des Études Grecques* 46 (1933), 29-69 (recogido, como muchas de sus esenciales contribuciones, en *Autour de l'épopée byzantine*, Londres, Variorum Reprints, 1975).

[11] Cf., por ejemplo, J. Mavrogordato, *Digenes Akrites*, Oxford, Clarendon Press, 1956, págs. XXVI-XXIX. Sin embargo, la etiqueta de *canción akrítica* es lábil (cf. G. Saunier, «Is There Such Thing as an 'Akritic Song'? Poblems in the Classification of modern Greek Narrative Songs», en R. Beaton y D. Ricks, *Digenes Akrites. New Approaches to Byzantine Heroic Poetry*, Londres, Variorum, 1993, 139-149) y algunos estudiosos recientes, como C. Jouanno (*Digénis Akritas...*, págs. 103-128), la reservan para las protagonizadas por Digenís, llamando «cantos populares» al resto.

[12] El manuscrito P (en la Biblioteca Pública de San Petersburgo, Ms 202) y el C (en la Biblioteca del antiguo Palacio Topkapi, en Constantinopla, Ms 35).

ginal o muy próxima a la original, la cual se habría fijado por escrito en el siglo anterior. Con sus versos decapentasílabos o «políticos» (oscuro término con el que es conocido el metro vernacular de los bizantinos), con sus elementos lingüísticos estereotipados (frecuentes repeticiones de versos, hemistiquios o palabras reveladoras de la dicción formular propia de la poesía oral), con su estilo paratáctico o con su uso de motivos recurrentes en los demás poemas del ciclo («la infancia prodigiosa», «el paso del Éufrates» o «el matrimonio mixto»), se erige como el vestigio más precioso de la poesía popular griega de época medieval, siendo como es un «admirable morceau épique» en palabras de Grégoire, «un vrai chef-d'oeuvre en son genre, d'une magnifique unité, composé avec beaucop d'art et d'un style très ferme»[13]. Junto a ella encontraríamos otras canciones que, a pesar de haber sido puestas por escrito en fechas no anteriores al siglo XIX, con las transformaciones de contenido y forma lingüística que ello supone, anclan sus raíces en el mismo escenario y cantan la gloria de héroes como los antedichos Andrónico y Constantino o Porfiris, así como los hechos protagonizados por un cierto Digenís o un cierto Akritas (raramente aparecen juntos los dos nombres), cuyas aventuras abordaban los temas del rapto de su mujer, su boda, la lucha contra un dragón, la construcción de su palacio o, sobre todo, la muerte del héroe a manos de Caronte.

En este contexto, es posible que, como señala Paolo Odorico[14], hacia el siglo XI un poeta anónimo, buen conocedor de las leyendas, la geografía y los avatares históricos del área que nos concierne, encontrara inspiración en el mismo fondo que subyace en las canciones populares *akríticas*, si no en las propias canciones (y no exclusivamente en las referidas a Digenís), y organizara en tor-

[13] Cf. H. Grégoire, «Autour de Digénis Akritas. Les cantilènes et la date de la recension d'Andros-Trébizonde», *Byzantion* 7 (1932), 287-302 (recogido en H. Grégoire, *Autour de...*), pág. 292.

[14] Cf. P. Odorico, *Digenis Akritas. Poema anonimo bizantino*, Florencia, Giunti, 1995, pág. XLI.

no a la figura de un único héroe, aquel a quien los bizantinos habrían sentido como el guerrero de frontera por antonomasia, Digenís, el formidable Akrita, una composición de mayor aliento, un verdadero poema épico que ni en el verso (el «político»), ni en el registro (una lengua de arte pero no culta, sino popular), ni en los temas y motivos empleados («la infancia prodigiosa», «el paso del Éufrates», «la rivalidad con el emperador», «el combate singular»...) se alejaba de las baladas[15]. Por otra parte, a la idea de que nuestro poema se forjara mediante la yuxtaposición de distintos episodios, viene a contribuir el hecho de que en las recensiones que nos han llegado aparece articulado en dos tramas netamente separadas. Por un lado tenemos lo que se conoce como *Emirlied* o «Cantar del Emir», que narra las aventuras del padre de Digenís, y, por otro, una suerte de *Digenisroman*, una «Digenida» propiamente dicha, en la que se suceden capítulos, a veces tenuemente soldados, sobre los hechos de juventud, amoríos, hazañas y muerte del héroe[16].

Ahora bien, el poema, lo acabamos de insinuar, tal y como fue concebido originalmente ya no existe. Mientras que en el caso de la *Canción de Armuris* no nos encontrábamos ante una refundición del cantar, la epopeya de *Digenís Akritas* presenta una situación bien distinta, puesto que lo que se conserva no es la hipotética *Akriteida* original sino versiones diferentes entre sí en virtud del criterio de los *diascevastas* (literalmente, «adaptadores») que, en una práctica nada ajena a los usos bizantinos, decidieron reescribir el texto. De este modo, nos han llegado cinco manuscritos en verso

[15] Conviene aquí recordar cuál es el estado de la vieja cuestión sobre la relación entre el poema de Digenís y las baladas que protagoniza: las canciones, en la forma que hoy nos han llegado por transmisión oral, son, obviamente, posteriores al poema y, aunque sí pueden haberlo tenido presente, es improbable que deriven enteramente de él. Del mismo modo, si las canciones no son necesariamente la fuente de la epopeya, al menos baladas y poema participarían de un fondo común; cf. C. Jouanno, *Digénis Akritas...*, pág. 109.

[16] Cf. H.-G. Beck, «Formprobleme des Akritas-Epos», *Beiträge zur Südosteuropa Forschung*, Múnich, 1966, 137-146, recogido en *Ideen und Realitäten in Byzanz*, Londres, Variorum Reprints, 1972.

más una versión en prosa, así como tres versiones eslavas y fragmentos de una cuarta; diversas entre sí en cuanto a longitud y distribución de los cantos del poema, pero fundamentalmente iguales en lo tocante al contenido, aunque no todos los episodios aparezcan en todas las recensiones.

He aquí, pues, que en el siglo XII se produjo la primera reelaboración del poema en un lenguaje resueltamente popular. Tradicionalmente tenida como más proxima al original, recibe el nombre de E por haber sido hallada en un manuscrito del siglo XV conservado en la Real Biblioteca de El Escorial[17]. Dicha versión no debía de alejarse mucho del poema genuino y, además de conservar la estructura original, no habría echado en el olvido los particulares (sucesos o nombres de lugar y de persona) que allí se concitaban. No obstante, por más que sea difícil evaluar cuáles y en qué medida, a la base original debieron de incorporarse nuevos elementos. Estos elementos bien podrían responder a situaciones que no existían en el momento de la primera redacción pero que a la hora de la segunda eran toda una realidad; por ejemplo, la notoria presencia de los turcos, que a esas alturas, tras la humillante derrota bizantina ante las tropas de la media luna en la batalla de Mantzikert (1071), se habían erigido como una verdadera amenaza.

Ahora bien, para calibrar en toda su extensión lo que en el contexto cultural bizantino significaba la reelaboración de una obra, tendríamos que acercarnos a una recreación posterior del poema. En efecto, la resonancia que para aquel entonces habían adquirido las hazañas del héroe vendría a traducirse en el hecho de que, no muy lejos en el tiempo, otro redactor diera en producir la

[17] *Escorialensis* Ω-IV-22; descubierto en el año 1904 por Karl Krumbacher. Para una traducción al español acompañada del texto griego, cf. M. Castillo Didier, *Poesía heroica griega...* Conocemos también dos traducciones de esta recensión al inglés: E. Jeffreys, *Digenis Akritis. The Grottaferrata and Escorial Versions*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998; y D. Ricks, *Byzantine Heroic Poetry*, Bristol, Bristol Classical Press, 1990.

versión que recibe el nombre de G[18]. Más extensa que su «rival» E (3749 versos frente a 1867) y más compleja sintácticamente hablando, se estructura en ocho cantos de desigual extensión y se define por su carácter «docto», su lenguaje arcaizante y, sobre todo, por el intenso espíritu novelesco que atraviesa la base épica. Esto último es debido a que nuestro texto bebe del gusto por la peripecia de la novela helenística, que en la Bizancio del siglo XII y bajo la reorientación cultural que se produjo en la época de los Comnenos (1081-1204), habría encontrado una segunda juventud. Hasta tal punto es así que a la hora de catalogar la pieza hay quienes la consideran no ya un poema sino una novela, épica, eso sí, y siempre que se ponga el acento –nos recuerda Valero Garrido[19]– antes en el adjetivo que en el sustantivo. Una epopeya, en todo caso, que prepara el camino a las novelas de nuevo cuño de la época griega medieval, como la de *Beltandro y Crisanza*, en la que el héroe parece forjado a imagen y semejanza de Digenís.

Sea como sea, hay motivos para la incertidumbre[20]: empezando por el predominio del sentimiento amoroso y pasando por el empleo de motivos característicos de la novela griega («la falsa muerte de la persona amada», «la doncella travestida», «el sueño revelador», «las misivas»...) así como de sus técnicas narrativas (la *ékphrasis* o descripción ya sea de personajes, de tiempo, de situaciones o de lugar) o el gusto por lo patético (los intentos de suicidio, los conflictos interiores, los llantos y los suspiros, el dolor por la separación del ser amado,...), el genio de lo novelesco se ha

[18] Descubierta en 1876, se conserva en un códice del siglo XIV en la abadía de Grottaferrata: *Cryptoferratensis* Z-□-44. En español tenemos la traducción, acompañada de texto griego, de Juan Valero Garrido (*Basilio Digenís Akritas*, Barcelona, Bosch, 1981).

[19] Cf. J. Valero Garrido, *Basilio Digenís*..., pág. 13.

[20] Cf. C. Jouanno, «La rédaction G. Un texte au statut incertain: Épopée? Roman? Récit hagiographique? Histoire *utile à l'âme*», *Digénis Akritas*..., págs. 129-186. Por su parte, R. Beaton habla de *proto-romance*; cf. R. Beaton, *The medieval Greek romance*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, págs. 29-48.

enseñoreado del genuino carácter épico del poema hasta casi sofocarlo.

A esta circunstancia no han sido ajenos ni el adaptador ni el nuevo espacio social y cultural en el que tiene lugar la nueva reelaboración de la vieja materia épica. Paolo Odorico ha planteado la situación con agudas razones y magistral nitidez: «Su objetivo [el del *diascevasta*] es el de transformar una obra con características demasiado particulares y demasiado ligadas a la realidad histórica periférica en una lectura adaptada a los ambientes literarios de corte (...). Quiere adaptar a los ambientes educados en los que vive una historia que posee características no bien aceptadas por la buena sociedad de la época. Así, la lengua demasiado popular debe ser revisada y refinada, la narración, donde se pueda, embellecida con citas, referencias, alusiones al patrimonio literario de los bizantinos (...). El resultado es un texto que de épico tiene la raíz, de novelesco la reelaboración final». O bien: «Producto inicial de una sociedad periférica, que probablemente en torno al siglo XI trasmite en forma literaria una tradición más antigua, cuyos núcleos se sitúan entre los siglos IX y X, el poema conoce una vasta fortuna. Es, por tanto, reelaborado en una forma más docta, más acorde a gustos menos 'provinciales' y más cultivados, fundiendo sus caracteres originales con los de una larga tradición que ahonda sus raíces en la antigüedad: la tradición de la novela»[21].

Tras estas dos, con mucho las más importantes, y con la historia ya circulando en versiones eslavas, todavía tres siglos más tarde otro redactor habría de gestar sobre la base de E y G una tercera versión hoy perdida a la que llamamos Z. No obstante, al contar con su «descendiente» directa, T[22], y con una transposición popu-

[21] Cf. P. Odorico, *Digenis Akritas*..., págs. XXXV y XXXVII, y pág. XXIV respectivamente.

[22] Conservada en un manuscrito encontrado en 1868 en un monasterio cercano a Trebizonda y perdido posteriormente. Sin embargo, conservamos la versión merced a la edición de Constantino Sathas y Émile Legrand; cf. C. Sathas, É. Legrand, *Les exploits de Digénis Akritas*, París, 1875.

lar de esta última, A[23], se ha podido proceder a su reconstrucción[24], gracias a lo cual es posible subsanar la laguna o la falta de algún episodio de que, como se podrá comprobar, adolece G. Sobre A aún cabría reseñar que se encuentra colmada de adiciones superfluas tales como la dotación de nombre a algunos personajes anónimos del poema o la incorporación de una suerte de «arqueología» en la que se narra la infancia de la madre de Digenís. Por último, y sólo por no dejar incompleto el cuadro de las versiones, consignaremos también la existencia de una redacción P, la única en prosa, y otra denominada O[25], la única rimada.

Que a lo largo de los siglos se haya sentido la urgencia de retomar una y otra vez esta materia heroica da muestra del gran predicamento del que ha gozado el héroe *akrita* entre el pueblo griego. Ya no hablamos de las versiones que acabamos de repasar, ni de los ecos que del poema se perciben en las novelas de los siglos XIV y XV, como *Beltandro y Crisanza*, la *Aquileida* o la *Crónica de Morea*, ni de que en los poemas llamados *Prodrómicos* se celebre al glorioso emperador Manuel Comneno como «el nuevo Akritas». Hablamos, más bien, de las baladas que todavía hoy nos llegan transmitidas por tradición oral, como las que en Chipre y Cárpatos nos vuelven a contar la gesta de Armuris o el sinnúmero de canciones que aún celebran las hazañas de Digenís desde Capadocia hasta el Mar Jónico y desde Macedonia hasta el Mar Negro. Hablamos también de que, al margen de la poesía popular, el nombre de Akritas y Digenís ha tenido cabida en esa reflexión sobre las fronteras que es la *Odisea* de Kazantzakis, quien al final de sus días habría llegado a albergar la idea

[23] Conservada en un manuscrito hallado en Andros en el año 1878, hoy se encuentra en Atenas: Biblioteca Nacional, Ms 1074.

[24] Cf. E. Trapp, *Digenes Akrites, synoptische Ausgabe der ältesten Versionen*, Viena, Böhlaus, 1971.

[25] Conservadas en sendos códices del siglo XVII, una debe el nombre a su primer editor, D. P. Paschalis, y otra al lugar en el que se encuentra, la Bodleian Library de Oxford: *Lincoln College graecus* 24.

de crear su propio *Akritas*[26], o en los acentos líricos de Elytis (*Canto heroico y fúnebre por un lugarteniente caído en Albania*, 1943) y Ritzos (*Grecidad*, 1945-1947, con el escenario de una Atenas asediada por las fuerzas enemigas)[27]. Sin embargo, en su apego al ámbito que ha defendido o quizá porque los símbolos no se puedan prestar y Digenís lo fue y lo sigue siendo, la fortuna literaria del Akrita apenas si ha trascendido el territorio en que se forjó. Bien es cierto que al otro lado del *limes*, en las epopeyas de *Sayyid Battal* y *Delhemma* (siglo XII) o la de *Melik Danismend* (siglo XIV), contrapunto musulmán de los héroes de frontera[28], se vislumbra las trazas de nuestro héroe bajo la figura de un cierto Aklatis o un tal Akrates. También es verdad que en el anónimo holandés de 1270, *Sobre la vida de Nuestro Señor*, aparece nombrado Digenís («quien a su cuerpo dio tormento por mor de una joven mujer») entre héroes de la envergadura legendaria de Orlando, Alejandro y Gauvain[29]. Sumemos a su favor las tempranas versiones eslavas de las hazañas de Devgenig o demos también por bueno, aunque no sea probable, que el Arcita, el guerrero de Marte que se bate en justa con el guerrero Venus en la *Teseida* de Boccaccio (y, por ende, en el *Cuento del caballero* de Chaucer, basado en la *Teseida*), con su palacio y su jardín, y con su temprana y galante muerte, sea un trasunto de nuestro Akrita. Con todo, su fortuna literaria fuera de sus propios confines jamás podría entrar en competencia con la de un Alejandro o, si se quiere, un Belisario, héroes, como veremos en el caso de este último, mucho más ecuménicos y universales. Últimamente, totalmente perdido y desubicado, ha podido dejar

[26] Cf. C. Jouanno, *Digénis Akritas*..., pág. 29.
[27] Cf. C. Jouanno, *Digénis Akritas*..., pág. 30.
[28] Los árabes opondrían su propio sistema de defensa, como atestigua el hecho de que en el poema de *Digenís* también se le aplique el apelativo de *akrita* a un soldado sarraceno (*DA*, I 155).
[29] Cf. C. Jouanno, *Digénis Akritas*..., pág. 22.

sus huellas en *The Twyborn Affair* (1979), del nobel de literatura Patrick White[30].

ARMURIS Y DIGENÍS EN EL ÁMBITO DE LA FRONTERA

Arriba hacíamos referencia a la tremenda impresión que entre los bizantinos había causado la caída de Amorio, en Frigia, a manos de los sarracenos. De hecho, a decir de Grégoire[31], jamás la lucha entre la cristiandad bizantina y el Islam había conocido tal grado de ferocidad y fanatismo, de exaltación patriótica y religiosa como en los años treinta y cuarenta del siglo IX: la expedición de Teófilo contra Zapetra, su toma y su saqueo; la furiosa respuesta del Califa Mutasim invadiendo la Romania y sojuzgando Ancira y, sobre todo, Amorio, cuyos habitantes fueron hechos prisioneros (de entre ellos, cuarenta y dos de los más principales, los cuarenta y dos mártires recordados en diversos escritos hagiográficos, habrían de ser degollados); las infructuosas embajadas de rescate y los intercambios de prisioneros... Pues bien, esta atmósfera es la que viene dibujada en el que, decíamos, constituía el monumento más antiguo de canción de frontera que conservamos, la *Canción de Armuris*.

Dejando al margen cualquier disquisición acerca de la personalidad histórica que se esconde bajo el nombre del héroe (se habla de Orestes *Carsianita*, bravo general del *tema* de Mesopo-

[30] Nótese que *Twyborn* es la forma en la que Mavrogordato (cf. *Digenes Akrites*..., pág. III, por ejemplo) da en traducir «Digenís». No se trata de una novela histórica. Ambientada en la Francia, el Londres y las tierras de nadie australianas de la primera mitad del siglo XX, y con tenues evocaciones de algunos elementos de la epopeya, abordaría el tema de la búsqueda de la propia identidad.

[31] Cf. H. Grégoire, «Autour de Digénis Akritas...», pág. 292.

tamia, o del propio emperador Miguel III), e incluso si prescindimos de la posibilidad de que exista una relación etimológica entre el nombre del héroe y la plaza de Amorio, lo que está claro es que Armuris es la encarnación del espíritu de revancha, el vengador mismo de la generación derrotada en Amorio. Armuris es, en suma, el hijo de los más de cinco mil griegos a los que los árabes hicieron cautivos en el saco de la ciudad, y de ahí la rabia en absoluto contenida que rezuma esta pieza de apenas doscientos versos. En el cantar se respira el entusiasmo de un pueblo que intuye que algo glorioso está a punto de acontecer («Hoy otro es el cielo, hoy otro es el día»; *CA*, 1) y que, lejos de quedarse aguardando, va a partir en su busca («hoy los jóvenes señores saldrán a cabalgar»; *CA*, 2). Se respira el entusiasmo de un chiquillo de doce años, los mismos que no ve a su padre, que con lágrimas en los ojos le ruega a su madre que le deje salir a cabalgar con los demás infanzones, ansioso como está por rescatar a su progenitor («para que vuelvas a ver a mi padre, madre, tengo que cabalgar»; *CA*, 6), un noble señor también llamado Armuris que se encuentra aherrojado en las cárceles de un Emir de la Siria. Con este afán parte de su hogar el joven Armurópulo para llevar a cabo él solo la proeza de atravesar el Éufrates, exterminar el ejército sarraceno, llegar a la Puerta de Siria en pos del único superviviente árabe y lograr que el Emir libere a su padre. Recordemos que son los tiempos en que toda Babilonia y la Capadocia entera estaban en manos infieles (*CA*, 117-125), los tiempos en que el paso del Éufrates era una quimera o un verdadero milagro. Y es precisamente la intervención milagrosa de un ángel de Dios (no pasemos por alto el hecho de que el enfrentamiento se presenta esencialmente en términos de cristianos y musulmanes) la que le permite al pequeño Armuris atravesar la corriente (*CA*, 31-53)[32]. No en vano era ésta una hazaña que, históricamente hablando, o

[32] El paso del Éufrates por parte del héroe constituye un episodio capital de los poemas de frontera; cf. también *DA*, VI 570-583.

bien estaba aún por llevarse a cabo (Teófilo sólo había llegado a sus márgenes) o bien se acaba de realizar (Miguel III lo cruzó en el año 859). Esto es, el paso del Éufrates como preludio de la derrota del ejercito de Omar-al-Aqta, a la sazón dicho *el Manco* (oportunamente manco, como el soldado sarraceno de esta canción; *CA*, 98); derrota que tan honda huella dejó entre los musulmanes y que habría de reflejarse en el famoso «Ciclo de Omar» de *Las mil y una noches* o en la epopeya musulmana de *Sayyid Battal*.

Con todo, la *Canción de Armuris* deja las puertas abiertas si no a una reconciliación, sí a la posibilidad de convivencia entre griegos y árabes, entre cristianos y musulmanes. Al menos eso es lo que se desprende de los últimos versos del poema: «¡Marcha, marcha, mi Armuris, regresa a tu patria/y cría a tu niño, que lo quiero tomar como yerno;/no para mi sobrina, ni para la prima tampoco,/sino sólo para mi hija, que es mi luz y mis ojos!» (*CA*, 194-197). Sea como sea, éste no es el escenario en el que debemos enmarcar nuestra canción. El de la concordia y el entendimiento con el árabe es el espacio de *Digenís Akritas*, la epopeya de otro héroe formidable, aquel que en el imaginario colectivo habría recobrado los territorios de la Romania y habría impuesto su dominio sobre las fronteras.

Tras la reconquista de los territorios caídos en poder de los árabes y bajo el nuevo mando de la esplendorosa dinastía Macedónica (867-1057), se inició en las fronteras orientales un periodo de convivencia pacífica entre ambos pueblos que viene a encuadrarse en la época de Romano *Lecapeno* (920-944) y el gran Basilio II *Bulgaróctono* (976-1025). Se puede decir que la atmósfera de rabia contra el sarraceno que refleja la *Canción de Armuris* ha trocado en otra de serena convivencia en la epopeya de *Digenís*, una concordia que desde el propio nombre del protagonista (Digenís significa «el de Doble Estirpe», y eso es así en tanto que hijo de un Emir de Siria y de la bella hija de un poderoso general bizantino) se pone bien de manifiesto y que el poema no duda en

celebrar: «Mas de la guerra en su conjunto o de su fragor, / jamás se volvió a saber en los días del héroe, / sino que en todas partes reinó la paz y una gran calma / y todos los hombres daban continuamente gracias a Dios» (*DA*, VII 221-223). O, por decirlo con razones más breves, «la reconciliación y la paz que en el *Cantar de Armuris* están en el futuro –van a llegar–, en el poema de *Diyenís* son ya un presente»[33].

Bien es cierto que todavía en la primera parte de las dos en las que, según dijimos, se viene dividiendo el poema, el «Cantar del Emir» o *Emirlied*[34], resuenan los ecos metálicos del enfrentamiento y se deja constancia de los últimos esfuerzos del Califato por enseñorearse del altiplano anatólico. De este modo, en el «Cantar del Emir» existen pasajes (*DA*, I 50-54; 272-273) que dan testimonio tanto de las frecuentes razzias de los sarracenos en territorio enemigo, como del estado de «al arma» permanente de la población de los *temas* fronterizos, con sus habitantes, generales a la cabeza, movilizados en los confines del Imperio para prevenir las batidas del enemigo e incluso llevar a cabo sus propias expediciones, esto es, ejecutando misiones que cuadran a los *akritas* que arriba presentábamos: «[el Emir] Ocupado que hubo las comarcas del país de Heracles, / asoló muchas ciudades, dejándolas yermas, / y tomó cautiva una multitud de gente sin cuento, / pues aquellas tierras se hallaban desguarnecidas / por encontrarse sus guardianes en las fronteras» (*DA*, I 50-54).

Pese a todo, el conflicto se circunscribe únicamente a esa primera parte, o, si se quiere, sólo al primer canto del poema, porque desde el momento en que un emir de Siria concede su conversión al cristianismo por amor a una encantadora «romana», hija y hermana de poderosos generales bizantinos, y engendra al no menos

[33] Cf. M. Castillo Didier, *Poesía heroica griega...*, pág. 21.
[34] En la versión G, el *Emirlied* comprende los tres primeros y el *Digenisroman* los cinco restantes.

poderoso Digenís, la situación de guerra sólo aparecerá como telón de fondo. Tanto es así que, en la «Digenida», las hazañas a las que el héroe debe su sobrenombre no constituyen la trama del poema, sino que se encuentran consignadas en notas marginales, a veces en pasajes de transición de un episodio a otro. De este modo, aunque no se nos deje de recordar que ha eliminado a todos los enemigos, que ha recuperado todos los territorios para la Romania y que ha sometido las fronteras (*DA*, I 3-12; IV 53, 968-970, 1051; VII 1-7, 202-204; VIII 225-227), en ningún momento, salvo en el caso de una banda de ladrones (*DA*, V 177-190) y un salteador de caminos (*DA*, V 215-217), mueve combate contra los sarracenos y sólo en teoría los árabes son sus enemigos. El conflicto queda, pues, como un viejo *souvenir* del mediados del IX, y es que el escenario en el que Digenís se mueve es el de «una sociedad mixta, medio árabe y medio griega, sustancialmente cristiana que hace prosélitos entre los propios musulmanes, situada en una zona no precisada a lo largo del Éufrates»[35].

Pero el ambiente de las fronteras árabo-bizantinas en la época que nos atañe también se caracteriza por una realidad que se manifiesta de forma conspicua a lo largo de todo el poema. Esa realidad, lo dijimos arriba, no es otra que la independencia y el aire de poder omnímodo con que se conducen los nobles del cantar. En efecto, decíamos que el desarrollo del régimen de *temas* a la postre supuso la concentración de grandes tierras y riquezas en manos de los generales, con lo que se llegó a constituir una poderosa aristocracia periférica que, dada la relativa independencia en la que se encontraban con respecto a Constantinopla, actuaba con ínfulas cuasi imperiales. Si prestamos atención a la descripción del palacio del general Ducas, el futuro suegro del Akrita (*DA*, IV 267-268), o a

[35] Cf. A. Pertusi, «La poesia epica bizantina e la sua formazione: problemi sul fondo storico e la struttura letteraria del 'Digenis Akritas'», en *Atti del convegno internazionale sul tema: la poesia epica e la sua formazione (Roma, 28 marzo-3 aprile 1969)*, Roma, Accademia Nazionale dei Lincei, 1970, 481-544, pág. 499.

la dote de su hija (*DA*, IV 705-719) podremos intuir que el patrimonio de esta clase latifundista debía de ser de unas proporciones descomunales. Si reparamos en que el general, a tenor de lo que leemos en el canto IV, contaba con un poderoso ejército o que el castigo de ceguera que aplicaba a los galanes de su hija estaba en principio reservado a cuantos atentaran contra el poder imperial, apreciaremos con mayor claridad las licencias que podían llegar a tomarse.

A este respecto, la época en la que se gesta el poema, la macedónica, es la más crítica en lo que toca a las tensiones entre Constantinopla y la periferia. Por una parte, el abuelo de Digenís es un estratego rebelde desterrado por el emperador (*DA*, I 63; 270-271) y desposeído de sus bienes (*DA*, IV 1050). Por otra, y a juzgar por las versiones eslavas en las que el héroe mata al emperador y ocupa su trono, el episodio de la entrevista entre Digenís y su soberano (*DA*, IV 1012-1086) probablemente observara un desenlace mucho más dramático en la redacción genuina que en la redacción G, y es que para la fecha en que se escriben E y G, sobre el trono de la capital se sientan los valedores de la aristocracia periférica, los Comneno. Bajo esa perspectiva, se comprende que se haya querido poner sordina, cuando no eliminarla (en E no queda rastro del episodio), a la tensión indisimulada que se debía de palpar en su redacción primera. Con todo, como magníficamente ha sabido reseñar Corinne Jouanno[36], no podemos dejar de observar una fuerte tendencia por parte del poeta a presentar al protagonista bajo las trazas de un *basileús*: el propio nombre de Basilio, su vestimenta rica en púrpura, las grandiosas ceremonias de recibimiento que le dispensan, su fastuosa mansión decorada con las figuras de Alejandro, el *kosmokrátōr* por excelencia, su tumba de pórfido... Pero es que además –sigue observando Jouanno–, en el caso particular del encuentro entre Digenís y el emperador, el héroe muestra

[36] Cf. C. Jouanno, «Pouvoir impérial et aristocratie provinciale», *Digénis Akritas...*, págs. 57-65.

una actitud netamente recelosa y desconfiada hacia su soberano a pesar de la pose aparentemente sumisa con que se presenta ante él. Nuestro héroe le trata con un claro aire de superioridad, superioridad que se manifiesta tanto en el plano material, al rechazar Digenís los presentes y las dispensas que le ofrece, como en el plano moral. En efecto, Digenís no sólo rechaza los presentes y las dispensas que el emperador le ofrece, sino que, además, se permite recordarle los deberes de su cargo (*DA*, IV 1028-1046). Finalmente, ante el inopinado ataque de un león, el héroe acabará efectuando un alarde de coraje y bravura ante los aterrados ojos de un emperador casi reducido a la caricatura.

Llevando a cabo una composición de lugar, las conclusiones probablemente deban ir encaminadas en esta dirección: en un momento dado, aparece un héroe que es sentido como la personificación del espíritu de un colectivo habituado a vivir peligrosamente en el ámbito de la frontera, los *akritas*. Ese guerrero, nacido en la edad épica de Bizancio, la de la dinastía Amoriana y Macedónica, no se distanciaría mucho del Armuris de nuestra canción; se trataría de un soldado valiente y ardido, capaz de batirse contra miles de hombres por defender el *limes* de la Romania, pero capaz a su vez de oponerse a su emperador. Con el devenir de los tiempos, cuando la dinastía valedora de los intereses de los señores de la periferia se ha alzado con el poder, ese héroe épico volverá a ser elegido como símbolo del nuevo espíritu, de las preferencias y los valores de la clase dominante. Nuestro héroe ha adquirido una nueva condición social: se ha convertido en un noble de fronteras orgulloso de su independencia y de su libertad y ajeno a cualquier obligación para con su emperador. Las virtudes de esta clase, y no la de viejos *akritas* como sus tíos (*DA*, I 64, 272-275), van a ser las que encarne de ahí en adelante. Con los árabes fuera de la escena, las batallas que libra Digenís las libra contra adversarios de otro calado (quiénes sean éstos lo veremos ahora), y las causas que le mueven a ellas ya no responden a un interés colectivo sino a otros tan particulares como su pro-

pio prestigio y el amor. «Es por su gloria personal –apunta Trypanis[37]– y no *ad maiorem gloriam* del helenismo o del cristianismo ortodoxo por lo que el Emir y Digenís combaten»: la originaria figura del *akrita* ha dejado su puesto a un noble señor de periferia que desciende de una familia de estrategos, vive en un suntuoso palacio, desposa a una rica joven perteneciente a una poderosa familia del lugar, y se dedica a «mantener el orden» bajo el control suyo y de sus tropas[38]. Sus enemigos naturales son, por tanto, aquellos que estén en disposición de amenazar sus intereses, y, en este poema, dicho papel lo asumen los *apelates*[39].

El término *apelate* designa en las fuentes bizantinas una categoría de soldados más o menos regulares y más o menos institucionalizados que, dado su conocimiento del terreno, podían ser utilizados en operaciones bélicas como grupo de apoyo de las tropas expedicionarias bizantinas y a los que, incluso, no les sería ajeno el mantenimiento del orden en la frontera (*DA*, VI 397-398). Pero a lo que tampoco son ajenos es a los actos de bandidaje y al rapto de doncellas, lo que en el poema parece ser su ocupación principal toda vez que el conflicto con Digenís gira en torno al intento de rapto de su esposa por parte de ellos (*DA*, VI)[40]. Esto es, los *apelates* vendrían a ser una suerte de soldados irregulares que se moverían en el ámbito de las fronteras y complementarían sus actividades militares con actos de saqueo y bandidaje[41]. O, si se quiere, bandoleros raptores de mujeres y ocasionales servidores del Imperio, que es la imagen que prima en nuestra narración. Sea

[37] Cf. K. A. Trypanis, *La poesia bizantina. Dalla fondazione di Costantinopoli alla fine della Turcocrazia*, trad. it., Milán, Guerini e associati, 1990, pág. 143.
[38] Cf. P. Odorico, *Digenis Akritas...*, pág. XLIII.
[39] Del griego *apelátēs* (plural, *apelátai*).
[40] Las tareas del *apelate* aparecen perfectamente definidas en un episodio de la versión Z (Z1582-1592; episodio que no aparece en G pero que, sin embargo, hemos decidido incorporar en el lugar adecuado del canto IV), y entre ellas está la de raptar novias.
[41] A. P. Kazhdan (ed.), *Oxford Dictionary...*, s.v. «Apelatai», pág. 127.

como sea, *apelates* y *akritas* pertenecen a un mismo ámbito; Digenís es, si no un fuera de la ley, sí un raptor de mujeres, lleva una vida prácticamente nómada y su arma predilecta es la maza, que en griego llegó a tomar el significativo nombre de *apelatikí*. Sus enfrentamientos, en suma, aparecen como combates entre «frères ennemis» [42]. No perdamos tampoco de vista el más que posible halo «romántico» que estos bandoleros debían de desprender, pues a pesar del prisma tan negativo bajo el que son mirados en nuestra epopeya, sin duda debieron de existir composiciones que celebraran sus hazañas. Así, cuando a principios del canto IV, para ensalzar las gestas del héroe se desmerecen las de Sansón, Aquiles y Alejandro, entre ellos aparecen encuadrados los jefes de los *apelates* (¡!): «Los del viejo Filopappo, Cinnamo y Ioannakis,/no son hechos en absoluto dignos de reseñar» (*DA*, IV 33-34). El cuadro de los caudillos apelates se acabaría de completar con la figura de la temible amazona Maximo, con la que el héroe mantendrá un memorable combate singular, saldado, sin embargo, con un truculento desenlace, y su lugarteniente Melimitzes. Serían aquellos héroes tal vez proyecciones legendarias de célebres personajes ya gastados de viejos (para algunos se postulan figuras prebizantinas) [43], cuyas hazañas y prestigio habrían menguado considerablemente ante la

[42] C. Jouanno, *Digénis Akritas...*, pág. 53.

[43] Se ha querido ver en Filopappo la figura de Antíoco Filopappo (s. II d. C.), el último rey de Comagena, quien acabaría exiliado en Atenas y honrado con una tumba que asomaba a la Acrópolis. Cinnamo y Ioannakis tampoco abandonan el terreno de lo puramente conjetural: Cinnamo podría remontarse al *Cinnamus* que, según Flavio Josefo (cf. *Antigüedades Judías*, XX 3, 1-2), tras ser coronado rey de los partos en el siglo I d. C. entregó el trono al soberano legítimo, Artabán III. Quizá bajo el personaje de Ioannakis se oculte el mismísimo Juan de Capadocia, famoso colaborador de Justiniano acusado de conspirar contra él. Cf. H. Grégoire, «Digénis. Notes complémentaires», *Byzantion* 7 (1932), 317-320 y «L'âge héroïque de Byzance», en *Mélanges offerts à M. Jorga par ses amis de France et des pays de langue française*, París, Librairie Universitaire J. Gamber, 1933, págs. 383-397 (recogidos en H. Grégoire, *Autour de...*).

pujanza irresistible de los héroes de nuevo cuño del *ciclo akrítico*, cuales el bravo Armuris o el formidable Digenís.

EL VIAJE A LA LEYENDA DE BELISARIO

El de Belisario es otro espacio; otro es su mundo, otra es su época y otros son sus enemigos. Un espacio que probablemente se compadezca más con la idea que nos hemos forjado de Bizancio: el de la gran Capital con sus pomposas y grandilocuentes ceremonias, con sus intrigas cortesanas o, sobre todo, con sus colosales y magníficas figuras históricas, personajes que como Justiniano, Belisario o la propia estirpe de los Paleólogos son capaces por sí mismos de prestar sus nombres a los libros de Historia.

Para 1395, fecha en que debió de cobrar cuerpo la redacción original a la que se remonta nuestro *Poema de Belisario*, hacía ya tiempo que los turcos en Asia Menor o los cruzados en Siria y los italianos por todos sitios habían comprimido y colonizado el espacio griego[44]. Constantinopla había caído por primera vez en manos ajenas, las de los latinos (1204), y el Imperio había acabado fracturándose en cuatro partes: el Imperio Latino, el de Nicea, una suerte de exilio desde el que se reconquistará la capital, el Despotado del Epiro y el Imperio de Trebizonda, que se mantendría independiente e incluso sobreviría en unos ocho años al bizantino. Desde ese momento, el resto no podía ser sino agonía y, por más que Miguel VIII Paleólogo (1261-1282) llegara a recuperar la capital y a arruinar en las «vísperas sicilianas» los proyectos bélicos de

[44] Cf. R. Fossier en su prólogo a E. Platagean, A. Ducellier, C. Asdracha, R. Mantran, *Historia de Bizancio*, [trad. esp. a cargo de Rafael Santamaría y Manuel Sánchez], Barcelona, Crítica, 2001, pág. 8.

Carlos de Anjou, a la postrer dinastía de los Paleólogos (1261-1453) sólo le quedaba bandear las revueltas internas y postergar lo que ya era inevitable: el advenimiento de la turcocracia.

En este clima de depresión, un poeta anónimo vuelve sus ojos a una época dorada, ya lejana, en la que Constantinopla era el inexpugnable y rutilante centro del mundo, pero en la que, sin embargo, ya se habría hecho sentir el efecto ponzoñoso de la envidia (*phthónos*); el mal que, a juicio del poeta, tenía corroído al Imperio y por el cual Constantinopla acabaría sucumbiendo. Así pues, con el objeto de mostrar cómo la envidia, la inquina y las maledicencias de los viles logran abatir a todo aquel que se prueba hombre honesto y valeroso, acude a la leyenda que el imaginario colectivo había ido forjando en torno a la figura de Belisario. Según la leyenda, el glorioso general de Justiniano habría terminado sus días ciego y mendicante después de haber gozado de la más alta reputación y las más merecidas estimas: de alguna manera, en Belisario tomaba cuerpo el devenir de la propia Bizancio, que, después de haber disfrutado del mayor esplendor, se veía ahora reducida a una condición miserable.

De este modo, nos trasladamos a la época de Justiniano I *el Grande* (527-565), emperador que ha dado su nombre a todo un siglo. Hombre de aire circunspecto, su infinita capacidad de trabajo resultaba proverbial. Capacidad que bien pudo traducirse en la cantidad de construcciones que diseminó por toda la ciudad bajo su imperio (más de treinta iglesias en la capital entre las que brilla con luz propia la de Santa Sofía), en esa descomunal empresa de codificación del derecho que es el *Corpus Iuris Civilis* o en la reconquista de Italia y del sureste de la Península Ibérica y el norte de África, con lo que se llegaría a albergar el sueño de recuperar el antiguo Imperio de Occidente. Pero en este periodo tampoco faltaron los capítulos oscuros (algunos muy turbios, como los aireados desde el resentimiento por Procopio de Cesarea en su *Historia secreta*); la revuelta social de Nika (532), por ejemplo, en la que el pueblo entero al grito de *níka* (transposi-

ción griega de la voz latina *vincas*, «vence») se entregó al saqueo de la capital. Compartiendo luces y sombras, a su lado siempre estuvieron sus colaboradores: su propia esposa, la emperatriz Teodora, el militar y diplomático Narses, el controvertido y poderoso prefecto del pretorio Juan de Capadocia o, por supuesto, el gran general Belisario.

La biografía de este último, según nos la ha hecho llegar principalmente su consejero Procopio de Cesarea en los apuntes que se desprenden de la *Historia de las guerras*[45], es transparente: nacido en Germania en torno al año 505, entró al servicio de Justiniano antes de que éste accediera al trono. En el año 530 venció (parcialmente) a los persas en Dara y en el 532 aplacó la revuelta de Nika. Poco después comandó la expedición que acabó con el reino de los vándalos (534), al norte de África. Más tarde ocupó Sicilia para entrar de inmediato en Roma (536) y librar a la mayor parte de Italia del dominio ostrogodo (la derrota definitiva de éstos vino de manos de Narses). Todavía tendría tiempo de coronar una carrera jalonada de éxitos al vencer a los búlgaros en el año 559. Sin embargo, en el año 562 cayó en desgracia ante el emperador, quien le despojó de su dignidad de *comes domesticorum*, si bien se la volvió a reintegrar un año después. En el año 565 moría el general cuyas hazañas llegaron a figurar en mosaicos sobre alguna de las muchas puertas con las que contaban los largos muros de Constantinopla. Y es que no podía ser de otra manera: ¿cómo no iban a ser cantadas y representadas por doquier las hazañas de un general no emperador que había hecho claudicar al propio rey de Persia y había conducido prisionero hasta Constantinopla al rey Gelimer? ¿Cómo no iba a ser celebrado un general tan amado por el pueblo?

[45] Se compone de ocho libros, de los cuales los dos primeros están dedicados a los enfrentamientos entre persas y bizantinos (*Guerras persas*) entre los años 527 y 549. El III y IV están dedicados a las *Guerras vándalas* de África entre el 532 y el 548. El resto (*Guerras góticas*) versa sobre la campaña contra los ostrogodos en tierras italianas.

De este modo, muy pronto su figura iría adquiriendo unos matices que le hacían trascender su dimensión histórica, y ya a mediados del siglo VII habría llegado a Occidente, de manos de Fredegario *Escolástico* (cf. *Chronographia*, II 62), una historia fantástica, según la cual Justiniano y Belisario habrían desposado a «duas germanas de lopanar electas ex genera Amazonas», o, lo que es lo mismo, dos hermanas amazonas de lupanar (¿la emperatriz Teodora y Antonina?).

Sin embargo, su transfiguración de personaje rigurosamente histórico a personaje de leyenda pasa por ver al glorioso condotiero bizantino cegado por un emperador al que siempre fue leal. Lo extraño es que, salvo los momentos puntuales en los que el emperador se malquistó con su general, ningún episodio de su biografía parece justificar los tintes trágicos de ceguera y mendicidad que le han hecho adquirir su consistencia épica. No obstante, el tema de la envidia, eje de nuestro poema, sí parece atisbarse desde los primeros testimonios sobre su persona[46]. En este sentido, Procopio apunta que los éxitos de Belisario en sus guerras contra vándalos y ostrogodos habían suscitado los celos y las consiguientes calumnias de ciertos nobles de la corte[47], si bien añade que el emperador no las había tomado en consideración. Para Agatías de Mirina (536-582), sin embargo, estas calumnias le habrían valido para no recibir honor ni reconocimiento alguno por la derrota que había infligido a los hunos en el año 558, cuando éstos se cernían amenazantes sobre la ciudad[48]. Juan Malalas (491-578) aún tiene que colocar un tercer hito en lo que toca a los particulares de la caída

[46] Vaya por delante que las líneas que siguen en torno a la gestación de la leyenda de Belisario son absolutamente deudoras del magnífico estudio de Enrica Follieri, «Il poema bizantino di Belisario», en *Atti del convegno internazionale sul tema: la poesia epica e la sua formazione* (*Roma, 28 marzo-3 aprile 1969*), Roma, Accademia Nazionale dei Lincei, 1970, 583-651.

[47] Cf. Procopio de Cesarea, *Guerras vándalas*, II 8, 1-15, y *Guerras góticas*, II 30, 1-2.

[48] Cf. Agatías de Mirina, *Historiarum libri quinque*, V 20.

en desgracia de Belisario[49]. Según Malalas, a resultas de las acusaciones que contra él vertieron los implicados en una conjura contra Justiniano (563), Belisario fue privado de su guardia de honor y confinado en su palacio hasta que al año siguiente le rehabilitaron en sus cargos y honores[50]. Pero para enturbiar el final feliz de la realidad y abrir la puerta a la leyenda, en una famosa crónica universal conocida como *Epítome del 948* leemos: «Habiendo sido acusado de conspirar contra el emperador Justiniano, muere de aflicción, desposeído de todos sus bienes»[51].

El contenido de esta crónica, en lo que atañe a Belisario, aborda su victoria en la guerra contra los vándalos, la captura del rey vándalo Gelimer y su recibimiento como prisionero en Constantinopla, la acuñación de una moneda en la que se podría leer «Belisario, la gloria de los romanos», la envidia de los nobles, causa de la pérdida del favor imperial, la reaparición de Belisario ante una embajada persa cuyos miembros habrían de aconsejar a su rey Cosroes que alcanzara un entendimiento con Bizancio y, por último, la definitiva pérdida del favor de Justiniano y la aflicción que le conduciría a la muerte. Sin embargo, al *Epítome* le faltan todavía dos pinceladas para que la leyenda quede definitivamente configu-

[49] Cf. J. Malalas, *Chronographia*, XVIII 1-5.

[50] La noticia de Malalas acerca de su confinamiento nos ha llegado a través de Teófanes *el Confesor*; Teófanes, *Chronographia*, I 15-18.

[51] El epítome se conserva en numerosos manuscritos, unos anónimos y otros atribuidos a diferentes compiladores, entre los cuales León Gramático; cf. León Gramático, *Chronographia*, ed. I. Bekker, Bonn, 1842, pág. 132, lín. 1-3 (E. Follieri reproduce el pasaje pertinente en «Il poema bizantino di Belisario...», págs. 614-615). Del *Epítome* también se hacen eco Jorge Cedreno (*Historiarum compendium*) y, sobre todo, Constantino Manasses (*Breviarum historiae metricum*, vv. 3229-3259), que se despacha con una furibunda invectiva contra la envidia: «¡Envidia, fiera cruel, ladrona, asesina, hostigadora, / escorpión de mil aguijones, tigre devorador de hombres, / ...».

rada. Para ello hay que esperar a las *Chiliades*[52] de Juan Tzetzes (*c.* 1110-1180):

> ¡He aquí a Belisario, el gran adalid,
> que, siendo general en tiempos de Justiniano,
> desplegó sus victorias por las cuatro partes del mundo!
> Luego, cegado por la envidia –¡ah inestable fortuna!–,
> sosteniendo una escudilla de madera, voceaba en el Milio[53]:
> «¡Dad un óbolo al general Belisario,
> a quien la fortuna ensalzó y la envidia ha cegado!».

Junto al testimonio de Tzetzes –nos recuerda Follieri[54]– tendríamos que situar las noticias que nos llegan a través de la llamada «recensión topográfica C» de la *Patria* u *Orígenes de Constantinopla*: «El cual [Justiniano], finalmente, sintiendo envidia del mencionado general Belisario, le arrancó los ojos y ordenó que se sentara en las inmediaciones de Lauso y que le dieran un recipiente de barro para que los que por allí pasaran le echaran un óbolo». Así pues, en el siglo XII, Belisario, ciego y con una escudilla en la mano, ya ha adquirido la dimensión épica que observamos en nuestro poema.

Sin embargo, al Belisario histórico su emperador nunca le podría haber arrancado los ojos como castigo si tenemos en cuenta que dicha pena, tomada probablemente de Persia y entendida como sustitutivo piadoso de la pena capital para quienes atentaran contra el Imperio, sólo se comenzó a emplear a principios del siglo

[52] Cf. J. Tzetzes, *Historiarum variarum Chiliades*, III 342-348 (historia 88, *Sobre el general Belisario*).
[53] Piedra miliaria situada en el corazón de la ciudad desde la que se medían todas las distancias dentro del Imperio. No obstante, Tzetzes reconoce la existencia de otras versiones según las cuales Belisario recobró toda su gloria.
[54] Cf. E. Follieri, «Il poema bizantino di Belisario...», pág. 600. Sobre la plasmación de la leyenda en la *Patria*, nos advierte que puede deberse a una interpolación posterior, ya que los manuscritos que conservan dicha recensión son posteriores al siglo XV.

VIII[55]. Muchos fueron los emperadores que a partir de entonces la aplicaron (Basilio II *Bulgaróctono* a la cabeza) y muchos los notables del Imperio que la sufrieron, de entre los cuales conviene que centremos nuestra atención en dos, los generales Simbacio y Peganes, que, descontentos con Basilio I, se atrevieron a medirse con él. Capturados, recibieron el ejemplar castigo que ciertas crónicas, entre ellas el mencionado *Epítome del 948*, no dejaron de reflejar: Peganes fue cegado y puesto en el Milio con un cuenco donde recibir las limosnas de los viandantes. Por su parte, Simbacio, privado de un ojo y de su mano diestra, fue llevado a mendigar al Lauso. Tres días después fueron conducidos a sus casas, donde les sometieron a una estrecha vigilancia. Se trata, como se puede apreciar, de escenas y escenarios que ya nos han aparecido en el testimonio de Tzetzes y en el de los *Orígenes*.

La situación, pues, parece ser la siguiente: sobre la base de las andanzas de Belisario, se habrían incorporado otros episodios ajenos a él, como el de la ceguera y la mendicidad o como el de la ampliación de la ciudad, hecho con el que comienza el *Poema de Belisario* y que el Belisario histórico nunca protagonizó, pues de ser así, habría quedado consignado en el tratado *Sobre los edificios* redactado por el mismísimo Procopio.

A estos efectos, el *Epítome* (ya va dejando de ser casualidad) nos habla de que «Ciro, eparco de la Ciudad, varón sapientísimo y capaz, construyó los muros de la misma; hecho que maravilló al pueblo por la belleza y la celeridad con que lo ejecutó, haciendo que en el Hipódromo y en presencia del emperador se coreara el grito de 'Constantino fundó, Ciro restauró'. Alcanzado por la envi-

[55] Cf. E. Follieri, «Il poema bizantino di Belisario...», pág. 601, remitiéndonos a B. Knös, «La légende de Bélisaire dans les pays grecs», *Eranos* 58 (1960), 237-280.

dia, fue acusado de pagano y, desposeído de sus bienes y tonsurado, fue designado obispo de Esmirna»[56].

Como se puede observar, en el *Epítome* se encuentran todos los elementos de la leyenda, por lo que habría que colocar en él su punto de partida. Enrica Follieri nos traza el camino seguido por la persona que la gestó: «La tradición le confiaba en Belisario la figura de un gran y popular general, cuya vida había estado marcada por alternantes circunstancias. Él extrae la historia de una de las crónicas más difundidas en el mundo bizantino entre los siglos x y xvi, el llamado *Epítome del 948*. Del Belisario histórico encontramos citadas sólo la expedición marina contra los vándalos, coronada por el triunfo constantinopolitano, y la expedición terrestre contra Cosroes, finalizada con un feliz acuerdo diplomático. Pero los lances de Belisario son enriquecidos con episodios extractados siempre de la misma fuente, si bien pertenecientes a otros personajes: Ciro, víctima también él de la envidia, Simbacio y Peganes, lacrimosos ejemplos de humana abyección»[57]. En consecuencia, el *Epítome*, que en el siglo xii había servido a Tzetzes para crear los versos que arriba leíamos, también habrá de servir para que un poeta anónimo forje hacia el año 1395 un poema más ambicioso en torno al destino funesto del gran general de Justiniano, un *Poema de Belisario*.

Como en el caso de Digenís, tampoco ha sobrevivido la redacción original, sino cuatro refundiciones de aquélla, de entre las cuales, la más antigua (*c.* 1450) es la *Diégesis* (*Diégēsis horaiotátē toû thaumastoû ekeínou andrós toû legoménou Belisaríou* o bien *Narración hermosísima sobre aquel admirable varón llamado Belisa-*

[56] Cf. *Epítome del 948* según la ya citada compilación de León Gramático, *Chronographia*, ed. I. Bekker, pág. 110, líns. 16-23, reproducidas en E. Follieri, «Il poema bizantino di Belisario...», pág. 605, n. 78.
[57] Cf. E. Follieri, «Il poema bizantino di Belisario...», pág. 606.

rio)[58]. Una composición en la que el poeta ha reelaborado a fondo el material de las crónicas.

Así es. En el *Poema de Belisario*, la expedición contra los vándalos, el botín obtenido, la captura de Gelimer y el consiguiente recibimiento triunfal en la ciudad, se convierten en el asalto a la fabulosa plaza fuerte de Inglaterra y el traslado de su temible rey a Constantinopla (*PB*, 157-306). Del mismo modo, el episodio en que el hijo de Belisario, Alexio, acude contra los persas no es sino el trasunto de la exitosa embajada del general ante Cosroes. Fijémonos, a propósito de este suceso, que el poeta ha dejado ciego a Belisario antes de tiempo. En efecto, tan grande es el deseo de introducir en la historia el elemento patético (ya lo había intentado haciendo que el rey le tapara la vista con una venda dorada: *PB*, 62, 130, 151), que cuando quiere dar réplica a la histórica embajada, el héroe ya ha sido cegado (*PB*, 345), por lo que se tiene que recurrir al malhadado expediente de inventar para Belisario un hijo que nunca tuvo (*PB*, 418-468)[59]. Finalmente, por lo que se refiere al episodio de la ampliación de Constantinopla o a los particulares sobre su mendicidad y su ceguera, ya dijimos cómo los avatares de Ciro, Simbacio y Peganes habían sido incorporados al *bíos* de Belisario ya en el siglo XII (cf. el pasaje antes citado de las *Chiliades* de

[58] Esta composición consta de 576 versos atravesados por un aire ciertamente popular en lo tocante a su factura (repetición de epítetos, de giros adverbiales, de fórmulas de transición e incluso de escenas que aparecen duplicadas hasta la saciedad ...). Se conserva en dos manuscritos, uno vienés (*Vindob. theol. gr.* 244; *c.* 1516-1520) y otro napolitano (*Borb. gr.* III B 27; *c.* 1462-1472). Junto a ésta existen tres más, a saber: una de apenas 392, otra de 840 versos debida al poeta rodio Emanuel Georgilas y una cuarta conocida con el nombre de *Rimada* debido a la rima con que encadena sus 1.000 versos; cf. W. F. Bakker, A. F. van Gemert, *Istoría toû Belisarîou. Kritikè ékdosē tôn tessárōn diaskeuôn mè eisagōgé, schólia kaì glōssário*, Atenas, Morphōtikó Ídryma Ethnikés Trápezēs, 1988.

[59] Bajo el nombre del hijo de Belisario se quieren ver dos figuras de gran ascendiente: Alexio Estrategópulo («Hijo del general», precisamente), nombrado césar por Miguel VIII Paleólogo, o el general Alexio Filantropeno, quien además ha sido postulado como prototipo de Belisario.

Tzetzes o el de la citada *Patria*). En suma, sólo en la leyenda, Belisario procedería de humildísima estirpe (*PB*, 29), habría ampliado Constantinopla, dirigido una expedición contra Inglaterra, quemado sus naves, tenido un hijo varón y, por último, habría sido cegado por su emperador, para acabar sus días mendigando en la que entonces era la ciudad más fabulosa del mundo.

Pero para dar por finalizado este repaso al proceso de gestación de la leyenda de Belisario querríamos recurrir por última vez a las felices palabras de Enrica Follieri, que además de servir para homenajearla nos ayudan a enlazar con los apuntes que queremos dejar acerca de la fortuna de su historia en Occidente: «En esta leyenda, en la que lo verdadero se mezcla con lo falso, se encuentran muchos de los motivos que han conmovido y siempre conmoverán el corazón humano: el tema de la grandeza caída y humillada, el tema de la fidelidad recompensada con ingratitud, el tema del pernicioso poder de la calumnia y de la envidia contra la honestidad y el valor. Todo lo cual explica el éxito que la leyenda tuvo en Occidente, a partir de la primera noticia que de ella dio, al inicio del siglo XVI, Rafael Maffei, *el Volterrano*»[60].

No es de extrañar, pues, que Belisario, encerrando en su persona temas tan universales, haya podido erigirse en una figura con nombre propio en el ámbito de la literatura occidental[61], empezando por Dante, que ya le menciona en su *Commedia* (*Par.* VI 25: «Y al Belisario mío confié las armas»). Y es que gracias a la multitud de matices que su doble naturaleza (histórica y legendaria) des-

[60] Cf. E. Follieri, «Il poema bizantino di Belisario...», págs. 583-584. Por su parte, *Volaterranus* es el primer traductor al latín de la *Guerra persa* (1509), antes que él, en 1470, Leonardo Bruni había trasladado la *Guerra gótica*; cf. la introducción de F. A. García Romero a su traducción de Procopio de Cesarea, *Historia de las guerras. Libros I-II. Guerra persa*, Madrid, Gredos, 2000, pág. 22.

[61] A tal efecto me remito a J. Valero Garrido, *Poema e historia de Belisario...*, págs. 107-118, y a C. García Gual, «Esplendor y ocaso de un gran estratego bizantino», en R. Graves, *El conde Belisario*, [trad. esp. a cargo de Arturo Casals], Barcelona, Círculo de Lectores, 2000, págs. 5-16.

prende, su personaje se ha podido adaptar proteicamente a las pretensiones y a las circunstancias, personales incluso, de los distintos autores que se han acercado a la historia de su infortunio, independientemente del género o de la época en la que lo hayan hecho. Así, desde la epopeya nacional *L'Italia liberata dai Goti* de Giangiorgio Trissino (1547-1548) hasta *El Conde Belisario* de Robert Graves (1938), por marcar una frontera cronológica, Belisario ha pisado por igual tanto los escenarios de la poesía como los del teatro, la novela o, incluso, la ópera. Si empezamos por la poesía, y concretamente por España, veremos a Lope de Vega (*El despertar a quien duerme*) y a Quevedo (*A Belisario, Túmulo a Belisario, ya ciego*) cantando una gloria humillada unas veces por la iniquidad de la fortuna, otras por la injusticia del poderoso, cuestión esta última que a Quevedo no le debía de quedar lejos si tenemos en cuenta que él mismo la había sufrido en sus propias carnes cuando perdió el favor de la corte. Desde una vivencia similar a la de Quevedo, el poeta romántico Longfellow –cuenta Valero Garrido[62]– escribiría: «I am poor, and old and blind; / The sun burns me, and the wind/ Blows through the city gate, / And covers me with dust (...)», para acabar «(...) I still / Am Belisarius!».

Sin embargo, el acento altamente trágico de su figura hará que sea en el teatro donde con más frecuencia se recurra a su tema. Para el jesuita Jakob Bidermann (1607) es la propia ceguera de un ensoberbecido Belisario la que, al enfrentarse al representante de Dios en la tierra, le precipita en su desgracia. Poco más tarde, a partir de Scipio Francucci Aretino (1620), el héroe empezará a despojarse de sus visos históricos para poner sobre la escena sus aspectos más truculentos y patéticos. Así procede Mira de Amescua en su *Ejemplo mayor de la desdicha, y capitán Belisario* (1625), donde la intriga amorosa, culpable de la desgracia del héroe, se constituye en el verdadero eje dramático de la obra. Éste será también el proceder de Jean de Routrou (*Bélisaire*, 1645) y Carlo Goldoni (*La glo-*

[62] Cf. J. Valero Garrido, *Poema e historia de Belisario...*, pág. 117.

riosa cecità del gran Belisario, 1734), pero no el de H. Shirley, que en *The Martired Soldier* (1638) convierte a nuestro general en un mártir de la fe. Finalmente, en 1823, Eduard von Schenk, de acuerdo con los tiempos, retoma la vieja trama para elaborar una tragedia romántica que servirá de libreto para la ópera de Donizetti (1835). No era la primera vez: con anterioridad Philidor ya había puesto música a un libreto basado en una novela de Jean François Marmontel (*Bélisaire*, 1767).

En el terreno de la novela acabamos de mencionar el *Bélisaire* de Marmontel, obra de tonos moralizantes que nos presenta a un Belisario ciego que adoctrina, sin saber de quién se trata, a su emperador. Las enseñanzas —apunta Valero Garrido[63]— rezuman un aire ilustrado de liberalidad y tolerancia muy apropiado para las fechas en que se escribió la novela. Ya en el siglo XX Belisario reaparece en el marco de la novela histórica: primero M. Pratesi (1921), pero, sobre todo, Robert Graves con su *Count Belisarius* (1938). Para su elaboración, Graves ha tenido muy cerca a Procopio, pero no sólo al Procopio consejero de Belisario que escribió la *Historia de las guerras*, sino también al resentido autor de la *Historia secreta*. Ante la dialéctica Justiniano-Belisario, Graves ha resuelto dibujar al emperador con unos rasgos ciertamente sombríos, mientras que el perfil del general a sido trazado bajo la imagen de la virtud: el resultado es un Belisario diluido en su nobleza. Finalmente, a título de curiosidad, pero también para dejar constancia de la capacidad de adaptación de un mito literario al signo de los tiempos, querríamos añadir la noticia de la reciente entrada de Belisario en el género de la ciencia-ficción a través de una saga iniciada en 1998 por Eric Flint y David Drake. Así pues, a *An Oblique Approach* se le han venido sumando los títulos de *In the Heart of Darkness* (1998), *Destiny's Shield* (2000), *Fortune's Stroke* (2000) y *The Tide of Victory* (2001). La nota del editor expone bien a las claras las nuevas batallas que aún tendrá que arrostrar Belisario: «En la zona norte de la

[63] Cf. J. Valero Garrido, *Poema e historia de Belisario...*, pág. 114.

India, los Malwa han creado un imperio de incomparable maldad. Guiados o poseídos por una inteligencia venida de más allá del tiempo, con nuevo armamento, vieja deslealtad y una implacable voluntad de poder, los Malwa arrasarán la tierra entera. Sólo tres cosas se alzan ante los Malwa y su plan de dominio eterno: el imperio de Roma en Oriente, Bizancio, un cristal con visión y un hombre llamado Belisario, el más grande general que la Tierra haya jamás conocido».

SOBRE LA PRESENTE TRADUCCIÓN

Nuestra traducción está en prosa, pero tratándose de poesía épica, hemos preferido disponerla de modo que a cada verso del original le corresponda una línea de la traducción. De esta forma se pone de manifiesto el rasgo más característico de la poesía heroica, la dicción formular, esto es, la repetición de expresiones fijas de longitud variable en las mismas condiciones métricas (epítetos, fórmulas de transición, construcciones adverbiales...), rasgo que difícilmente puede ser apreciado si la disposición es la de la prosa continua. Nuestro objetivo, en todo caso, ha sido el de representar fielmente el texto original y de ahí que hayamos intentado ceñirnos a él lo más ajustadamente posible, pero no hasta el punto de forzar nuestro idioma y privarlo de cierta fluidez y soltura. En este sentido, no ha sido posible mantener rigurosamente la correspondencia automática entre una palabra griega y otra castellana, toda vez que, como es sabido, los campos semánticos de las dos lenguas no coinciden exactamente. En cuanto a la sintaxis de los poemas, al consistir ésta fundamentalmente en oraciones participiales y en la relación casi exclusivamente paratáctica de sus versos, tampoco nos ha parecido conveniente respetarla sistemáticamente; con to-

do, y en aras de conservar el tenor épico de los poemas, no hemos renunciado por entero a rendirla tal cual, incluso en sus monotonías.

En cuanto a la transcripción de los nombres propios, hemos decidido acudir al estudio de Manuel Fernández Galiano[64], pero sin perder de vista las observaciones de J. M. Egea[65] con respecto a la transcripción de nombres de época postclásica. Precisamente a él hemos acudido en el caso particular de Digenís Akritas: «La transcripción, necesariamente, será el resultado de una convención, aceptada por todos, y que no deberá ser opaca, es decir, que al conocedor del griego le oculte lo menos posible el nombre originario»[66]. Sépase, no obstante, que, a efectos de escritura o de pronunciación, personas muy autorizadas prefieren transcribir en castellano «Diyenís Acrita(s)».

Por su parte, las notas que acompañan al texto han sido redactadas con el objeto de contextualizar el contenido dentro de las coordenadas históricas, sociales y culturales en las que se encuadran los poemas. En alguna ocasión las hemos utilizado para justificar bien la elección de una lectura determinada, bien la de una traducción concreta. En el caso particular de *Digenís Akritas*, hemos querido, además, reseñar algunas de las múltiples referencias literarias de las que se encuentra cuajada la obra; con ello intentamos mostrar cuál es la ubicación de nuestro texto dentro del espacio literario bizantino.

Por último, quisiéramos dejar consignadas las ediciones sobre las que hemos basado nuestra traducción. Para la *Canción de Armuris* nos hemos basado en la edición de St. Alexiou, *Basíleios Digenès Akrítēs kaì tò Ásma toû Armoúrē*, Atenas, Hermés, 1985. En el caso de *Digenís Akritas*, hemos acudido a la de E. Jeffreys, *Digenis Akritis.*

[64] Cf. M. Fernández Galiano, *La transcripción castellana de los nombres propios griegos*, Madrid, Sociedad Española de Estudios Clásicos, 1961 (=1969).
[65] Cf. J. M. Egea, «Notas para la transcripción de nombres propios griegos de época postclásica y moderna», *Veleia* 8-9 (1991-92), 467-482, pág. 470.
[66] Cf. J. M. Egea, «Notas para la transcripción...», pág. 470.

The Grottaferrata and Escorial Versions, Cambridge, Cambridge University Press, 1998. Por lo que respecta al *Poema de Belisario*, nos hemos basado en el texto establecido por W. F. Bakker y A. F. van Gemert (*Istoría toû Belisaríou*, Atenas, Morphōtikó Ídryma Ethnikēs Trápezēs, 1988).

No obstante, a la hora de elaborar nuestra versión hemos tenido presentes otras ediciones, de las que ahora ofrezco una relación. Entre las ediciones de *Digenís Akritas* (Grottaferrata), cabe destacar la de J. Mavrogordato, *Digenes Akrites, Edited with an Introduction, Translation and Commentary*, Oxford, Clarendon Press, 1956 (= 1963, 1999), o la edición sinóptica de E. Trapp, *Digenes Akrites, synoptische Ausgabe der ältesten Versionen*, Viena, Böhlaus, 1971. Para otras ediciones del *Poema de Belisario* tendríamos que dirigirnos al tantas veces citado estudio de E. Follieri, «Il poema bizantino di Belisario», en *Atti del convegno internazionale sul tema: la poesia epica e la sua formazione (Roma, 28 marzo-3 aprile 1969)*, Roma, Accademia Nazionale dei Lincei, 1970, págs. 620-651.

Por lo que respecta a las traducciones, quisiera señalar que en castellano conocemos dos versiones de la *Canción de Armuris*: una a cargo de M. Castillo Didier (*Poesía heroica griega: epopeya de Diyenís Akritas. Cantares de Armuris y de Andrónico*, Santiago de Chile, Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos «Fotios Malleros», 1994, págs.314-337; con texto griego) y otra a cargo de J. M. Egea (*Documenta selecta ad historiam linguae graecae inlustrandam II* [*Medioaevii*], Vitoria-Gasteiz, Universidad del País Vasco, 1990, págs. 55-68; también con texto griego y comentario lingüístico). Que nos conste, en francés tenemos la versión de H. Grégoire (*Chant d'Armouris*, en «Études sur l'épopée byzantine», *Revue des Études Grecques* 46 (1933), 29-69, págs. 39-44; recogido en *Autour de...*), en inglés la de R. Beaton (*The song of Armouris*, en *Folk Poetry of Modern Greek*, Cambridge, Cambridge University Press, pág. 82 y sigs.) y en italiano la de S. Impellizeri (*Il «Digenis Akritas». L'epopea di Bisanzio*, Florencia, Sansoni, 1940, págs. 33-36). En cuanto al poema de *Digenís Akritas*, aparte de las traducciones inglesas que acom-

pañan a las ediciones ya mencionadas de E. Jeffreys y J. Mavrogordato, nos hemos acercado a las italianas de P. Odorico (*Digenis Akritas. Poema anonimo bizantino*, Florencia, Giunti, 1995; con texto griego según la recensión de Trapp) y S. Impellizzeri (*Il «Digenis Akritas»...*), a la francesa de C. Jouanno (*Digénis Akritas, le héros des frontières. Une épopée byzantine*, Bélgica, Brepols, 1998) y, por supuesto, a la benemérita traducción de J. Valero Garrido (*Basilio Digenís Akritas*, Barcelona, Bosch, 1981; acompañada del texto griego establecido por Mavrogordato). En lo que toca al *Poema de Belisario*, hemos tenido presentes la traducción de E. Follieri («Il poema bizantino di Belisario...») y la castellana de J. Valero Garrido (*Poema e historia de Belisario*, Barcelona, Bosch, 1983, págs. 130-165; acompañada del texto griego).

CRONOLOGÍA

527-565 Marco histórico de Belisario. *Corpus Iuris Civilis* (528-535). *Historia de las guerras* de Procopio de Cesarea (545-554). Justiniano, emperador (527-565). Belisario derrota a los persas en Dara (530). Revuelta de Nika, reprimida por Belisario (532). Belisario acaba con el reino vándalo (534). Conquista de Italia por los bizantinos. Muerte de Justiniano y de Belisario (565).

622 Hégira de Mahoma.

627 Derrota de Cosroes II. Fin del Imperio Persa.

634 Los árabes en Iraq y Siria.

c. 650 *El Corán.*

c. 660 *Crónica de Fredegario*: las noticias legendarias sobre Belisario llegan a Occidente.

717-718 Sitio de Constantinopla por los árabes.

717-867 Dinastía Isáurica y Amoriana: crisis iconoclasta.

800 Coronación de Carlomagno.

838 Toma de Amorio por los árabes.

842-867 Marco histórico de Armuris. Miguel III: reacción bizantina.

867-1056 Marco histórico de Digenís. Dinastía Macedónica, instaurada por Basilio I: época de esplendor, «renacimiento» macedónico. Campañas victoriosas contra los árabes.

987 Sublevaciones de los grandes terratenientes.

s. X *Canción de Armuris*. Canciones akríticas. *Las mil y una noches*.

s. XI *Digenís Akritas* (arquetipo).

1071 Derrota griega en Mantzikert ante los turcos.

s. XII *Digenís Akritas* (E y G). *Chiliades* de Juan Tzetzes: la leyenda de Belisario aparece configurada con todos sus elementos. *La Alexíada* de Ana Comneno. *Cantar de Roldán* (*c.* 1100). *Mío Cid* (*c.* 1140). *Tristán e Iseo* (*c.* 1150). *Cantar de los Nibelungos* (*c.* 1160). *Roman de Troie* de Benoit (*c.* 1165). *El caballero de la carreta* (1180) y *El cuento del Grial* (*c.* 1190) de Chrétien de Troyes. Dinastía Comnena (1081-1204): la aristocracia latifundista está en el poder. Reorientación cultural.

1204 Constantinopla en manos de los Cruzados.

1259-1453 Dinastía Paleóloga: Miguel Paleólogo recupera Constantinopla (1261). Crisis definitiva del Imperio.

1310-1360 *Divina Comedia* de Dante (c. 1310). *El Conde Lucanor* de don Juan Manuel (1335). *Libro de Buen Amor* del Arcipreste de Hita (c. 1345). *Teseida* (c. 1340) y *Decamerón* (1353) de Boccaccio. *Cuentos de Canterbury* de Chaucer. Los turcos en Asia Menor (1337).

1359 Los turcos amenazan Constantinopla.

1378 Gran Cisma de Occidente.

1383 Los turcos se apoderan de Tesalónica.

c. 1395 *Belisariada*: hipotético poema sobre la leyenda de Belisario. *Crónica de Morea*: visión franca de la toma de Constantinopla.

c. 1450 *Poema de Belisario*.

1453 *Biblia de Gutenberg*: invención de la imprenta. Constantinopla cae en manos de los turcos (¿fin de la Edad Media?).

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

Para las cuestiones referentes a los tres poemas, remitimos directamente tanto a los estudios específicos a los que continuamente hemos aludido a lo largo de estas páginas, como a las ediciones y traducciones que acabamos de mencionar en el apartado anterior. Con independencia de que allí estén amplia y excelentemente tratados los problemas que nuestras composiciones suscitan, quien quiera profundizar en el tema encontrará en ellos un nutrido cuerpo de referencias bibliográficas. Sin embargo, al margen de estos estudios, hemos querido presentar aquí una muy sucinta nota bibliográfica en la que indicamos algunas obras de carácter general que pueden resultar de utilidad a todo aquel que quiera acercarse a las complejas coordenadas de la civilización bizantina[1]. Procuraremos ceñirnos a las más modernas y accesibles.

Como obra de carácter general, cabe destacar el diccionario elaborado bajo la dirección de A. P. Kazhdan: *The Oxford Dictionary of Byzantium*, 3 vols., Nueva York-Oxford, Oxford University Press, 1991.

Por lo que respecta a la historia y civilización bizantinas, mencionaremos los recientes estudios de A. Bravo García, *Bizancio. Perfiles de un Imperio*, Madrid, Akal, 1997; R. Browning, *The Byzantine Empire*, Washington, Catholic University of America Press,

[1] A estos efectos, cf. la obra de A. Bravo, J. Signes, E. Rubio, *El Imperio bizantino. Historia y civilización. Coordenadas bibliográficas*, Madrid, Ediciones Clásicas, 1997.

1992; E. Cabrera, *Historia de Bizancio*, Barcelona, Ariel, 1998; S. Claramunt, *Las claves del Imperio bizantino. 395-1453*, Barcelona, Planeta, 1992; F. Conca *et alii*, *Bisanzio. Storia e civiltà*, Milán, LEL, 1994; J. Faci Lacasta, *Introducción al mundo bizantino*, Madrid, Síntesis, 1996; J. M. Hussey (ed.), *The Cambridge Medieval History IV. The Byzantine Empire I. Byzantium and its Neighbours*, Cambridge, Cambridge University Press, 1966; A. E. Laiou *et alii*, *Byzantium. A World Civilization*, Washington, Bumbarton Oaks Research Library and Collection, 1992; J. J. Norwich, *Breve historia de Bizancio*, Madrid, Cátedra, 2000; E. Platagean *et alii*, *Historia de Bizancio*, trad. esp., Barcelona, Crítica, 2001 y W. Treadgold, *A Concise History of Byzantium*, N. York, Palgrave, 2001. Sin duda, estas obras remitirán a los clásicos estudios de Lemerle, Maier, Ostrogorsky, Runciman o Vasiliev, todos traducidos excelentemente al español.

En cuanto a la época particular en la que han sido gestados nuestros poemas: M. Angold (ed.), *The byzantine Aristocracy, IX to XIII Centuries*, Oxford, British Archaeological Reports, 1984, o A. P. Kahzdan, A. W. Epstein, *Change in Bizantine Culture in the Eleventh and Twelfth Centuries*, Berkeley-Los Ángeles-Londres, University of California Press, 1985, en lo tocante a *Armuris* y *Digenís;* y D. Nicol, *The Last Centuries of Byzantium, 1261-1453*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993, para *Belisario*.

Mención especial merece el estudio que una serie de especialistas, con G. Cavallo a la cabeza, han dedicado a la figura del hombre bizantino: G. Cavallo *et alii*, *El hombre bizantino*, trad. esp., Madrid, Alianza, 1992.

En lo tocante a la literatura, se puede acudir a las siguientes obras[2], unas más generales, otras más centradas en la época que nos ocupa, todas valiosas: J. Alsina, C. Miralles, *La literatura griega medieval y moderna*, Barcelona, Credsa, 1966; R. Beaton, *The medieval Greek romance*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989;

[2] Cf. E. Maltese, «La letteratura bizantina», en M. Fantuzzi (ed.), *Letteratura greca antica, bizantina e neoellenica* [guía bibliográfica], Milán, Garzanti, 1989.

R. Beaton, D. Ricks (eds.), *Digenes Akrites. New Approaches to Byzantine Heroic Poetry*, Londres, Variorum, 1993; H.-G. Beck, *Geschichte der byzantinischen Volksliteratur*, Múnich, 1971; H. Grégoire, *Autour de l'épopée byzantine*, Londres, Variorum Reprints, 1975; E. M. y M. J. Jeffreys, *Popular Literature in Late Byzantium*, Londres, Variorum Reprints, 1983; S. Impellizeri, *La letteratura bizantina da Constantino a Fozio*, Milán, Rizzoli, 1993; A. P. Kazhdan, *Studies of Byzantine Literature of the eleventh and twelfth Centuries*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984; K. A. Trypanis, *La poesia bizantina. Dalla fondazione di Costantinopoli alla fine della Turcocrazia*, [trad. it. de las págs. 379-602, 746-779 de K. A. Trypanis, *Greek Poetry. From Homer to Seferis*, Londres, Faber & Faber, 1981], Milán, Guerini e associati, 1990. En este grupo, no puede faltar la parte correspondiente a Bizancio de las tantas veces mencionadas *Atti del convegno internazionale sul tema: la poesia epica e la sua formazione (Roma, 28 marzo-3 aprile 1969)*, Roma, Accademia Nazionale dei Lincei, 1970.

También los manuales dedicados a la literatura griega moderna se reserva un espacio a la época que nos concierne; cf. B. Knös, *L'histoire de la littérature néo-grecque. La période jusqu'en 1821*, Estocolmo-Göteborg-Uppsala, Almqvist & Wiksell, 1962, o L. Politis, *Historia de la literatura griega moderna*, trad. esp., Madrid, Cátedra, 1994.

Finalmente, para observar la literatura bizantina a través de sus textos, podemos acudir a las siguientes antologías: U. Albini, E. Maltese, *Bisanzio nella sua letteratura*, Milán, Garzanti, 1984; B. Baldwin, *An anthology of Bizantine poetry*, Amsterdam, J. C. Gieben, 1985; D. R. Dudley (ed.), *The Penguin companion to literature. IV. Classical and Byzantine*, Hardmondsworth, Penguin, 1969; J. M. Egea, *Documenta selecta ad historiam linguae graecae inlustrandam II (Medioaevii)*, Vitoria-Gasteiz, Universidad del País Vasco, 1990; J. A. Moreno Jurado, *Antología de la poesía griega* (desde el siglo XI hasta nuestros días), Madrid, Ediciones Clásicas, 1997.

CANCIÓN DE ARMURIS

Hoy otro es el cielo, hoy otro es el día,
hoy los jóvenes señores saldrán a cabalgar,
el único que no cabalga es el hijo del caudillo Armuris.
Mas he aquí que el niño[1] hasta su madre se llega:
«Atiende tú a mis hermanos, que yo, [madre, tengo que [cabalgar][2]; 5
para que vuelvas a ver a mi padre, madre, tengo que cabalgar».
Y, entonces, su madre contéstale a Armuris:
«Tú eres un niño chico, y el caballo no te conviene,
pero si tu voluntad, mi buen hijo, es salir a cabalgar,
arriba tienes colgada la lanza de tu padre, 10
la que tu padre ganó en Babilonia[3],
de punta a punta cubierta de oro, guarnecida con perlas:
si una vez la blandes, si la blandes dos,
si la blandes tres veces, entonces podrás cabalgar».

[1] El de la infancia prodigiosa es un motivo recurrente en esta suerte de canciones heroicas. En este sentido cabe destacar, aparte de Armuris, a héroes como el propio Digenís o los protagonistas del «Ciclo de los Ducas», sobre todo el excesivo y precoz Porfiris que, con un día de vida, se come nueve hornadas de pan y un saco de habas, y, con un mes de vida, desafía al emperador; cf. Introducción, pág. 18.
[2] Para la disposición de los versos, para los añadidos y las supresiones, remitimos a la edición crítica de St. Alexiou, *Basíleios Digenès Akrítēs kaì tò Ásma toû Armoûrē*, Atenas, Hermés, 1985, págs. 171-178.
[3] Bagdad.

15 Y he aquí que el chiquillo, el pequeño Armurópulo[4],
subió llorando escaleras arriba, mas riendo bajó;
pues antes de asirla ya se ve asida, antes de sacudirla se ve
y en su brazo la toma, la sacude y la blande. [sacudida
Entonces el niño, hasta su madre se llega otra vez:
20 «¿Deseas, madre mía, deseas que la quiebre ante ti?»
Y he aquí que la madre convoca a los nobles señores:
«Venid, contemplad, nobles señores; aparejad el corcel;
volved a enjaezar, nobles caudillos, la negra montura de su
que doce años lleva sin acercarse al agua, [padre,
25 que doce años lleva sin ser cabalgada,
royéndose las herraduras amarrada a la estaca».
Hasta allí acuden los señores a enjaezar el corcel,
y, ayudándose de sus brazos, hallose en la grupa.
En lo que dijo «hasta pronto», se alejó treinta millas,
30 y en lo que ellos contestaron, recorrió sesenta y cinco.
Se pasea arriba y abajo, por la orilla del Éufrates,
remontándola de un lado a otro, pero vado no encuentra.
En frente suya se alza un sarraceno que se burla de él:
«Los sarracenos tienen corceles que apremian al viento,
35 que capturan al vuelo a la perdiz y a la paloma
y dan alcance a la liebre que sube corriendo monte arriba:
las atrapan, juegan con ellas y las sueltan de nuevo,
y, cuando se les vuelve a antojar, galopan y les dan caza.
Sin embargo, son incapaces de atravesar el río Éufrates;
40 ¿y tú, con ese jamelgo, prentendes cruzarlo?»
Cuando el joven lo oyó, sintió una rabia inmensa
y picó espuelas a su montura por ganar la otra orilla.
Pero el Éufrates iba crecido, corría cubierto de lodo,
44 formando pesadas olas y desbordando su cauce.
46 Mas de un golpe de espuelas saltó hacia adelante

[4] En el poema, al joven héroe se le dan los nombres de Arestis, de Armuris y de Armurópulo (literalmente, «Hijo de Armuris»).

y lanzó un penetrante alarido con todas sus fuerzas:
«Te doy las gracias, Buen Dios, y te las doy mil veces,
pues Tú me concediste el coraje que el Éufrates me arrebata».
Entonces, una voz angelical bajó de lo alto del cielo:
«Clava tu lanza en la raíz de una palmera 50
y reata tus ropas al pomo de tu silla,
aguija tu negro corcel y cruza a la otra orilla» [5].
Picó, pues, espuelas a su caballo y ganó la otra orilla.
Y sin dejar que se secaran sus ropas, el joven
espoleó su montura y se llegó ante el sarraceno, 55
a quien propinó un puñetazo y le desencajó la mandíbula: 57
«Habla maldito sarraceno, ¿dónde están las mesnadas?»
«¡Por Alá, qué insensato es el modo en que los bravos
[preguntan,
primero te dan de puñadas y después te interrogan! 60
¡Mas, por el dulce Sol soberano, por su dulce madre!,
que ayer nos juntamos en torno a los cien millares,
todos ardidos y excelentes, pertrechados de escudos verdes [6],
y muchos eran de esos que no tienen miedo a mil hombres,
ni a mil ni a diez mil, ni a cuantos quiera que encuentren». 65
Picó espuelas a su montura y subió a la cima de un cerro,
y, divisado que hubo las huestes, las juzgó incalculables.
Por su parte, el muchacho cavilaba y para sí se decía:
«Si los ataco y no tienen armas, siempre blasonarán
de que los hallé desarmados y por eso gané la liza». 70
Y, acto seguido, lanzó un penetrante alarido con todas sus
[fuerzas:

[5] El motivo del paso del Éufrates es un lugar común que, sin ir más lejos, también aparece en el poema de *Digenís Akritas* (*DA* VI, 572-578). Aunque allí está narrado de forma más sucinta, aparecen los mismos elementos, salvo el de la intervención del ángel, que leemos aquí: el río desbordado, el golpe de espuelas y el hecho de que el enemigo espera al héroe de pie y bien asentado en tierra firme.
[6] El verde o, más bien, el verde azulado, era el color de la tribu de Mahoma (Quraysh) y, por tanto, el color característico de los musulmanes.

«¡Armaos, perros sarracenos, poneos las corazas;
poneos las corazas, sucios perros, sin más tardar!
¡Y no dudéis ni un momento de que Armuris cruzó el río;
75 Armuris, Armurópulo, el valeroso Arestis!»
¡Mas, por el dulce Sol soberano, por su dulce madre!,
cuantas estrellas hay en el firmamento y hojas hay en los
tantas sillas cayeron sobre los negros corceles. [árboles,
Así, aprestadas las bridas, de un brinco se echaron a cabalgar.
80 Por su parte, el chiquillo también se había preparado,
y, sacando su preciosa espada de la funda de plata,
lanzola al cielo y en la mano la recogió.
Picó espuelas a su negra montura y marchó contra ellos:
«¡Reniegue yo de mi estirpe, si os pongo en el olvido!»
85 Trabó, entonces, combate con arrojo y bravura.
Lanzaba tajos a ambos costados y por el centro abría brecha.
¡Mas, por el dulce Sol soberano, por su dulce madre;
que el día entero se estuvo tirándoles tajos río arriba,
que la noche entera se estuvo tirándoles tajos río abajo!
90 Una y otra vez embestía y no perdonaba a ninguno.
Echó pie a tierra el muchacho por que recobrara el aliento,
mas he aquí que un perro, un sucio perro sarraceno,
le aparejó una añagaza y le robó su negro corcel,
le arrebató su negra montura, le arrebató su maza.
95 ¡Mas, por el dulce Sol soberano, por su dulce madre;
cuarenta millas fue persiguiéndole, a pie y con coraza,
96a y aún otras cuarenta y cuatro, a pie y con sus grebas
hasta que al fin le dio alcance allá por la Puerta de Siria![7]
Entonces, desenvainado que hubo su espada, tajole la mano[8]:
«¡Ve, sarraceno maldito, y da este recado!»
100 He aquí que su padre, sentado a la puerta de la prisión,
reconoció su negro corcel y la maza de su hijo,

[7] Desfiladero a la entrada de Siria en el camino a Bagdad.
[8] Se trata del castigo que se aplica a los ladrones de cabalgaduras.

mas como no viera jinete ninguno, turbósele el alma
y lanzó un gemido tan hondo que tembló la torre entera.
Entonces, el Emir a sus caudillos les dijo:
«Id a ver, mis señores, qué es lo que tiene que tanto suspira; 105
si su almuerzo está malo, que coma del mío;
si su vino está rancio, que beba del mío;
si hiede su celda, que la perfumen de almizcle;
y si le son pesados los hierros, que se los hagan más leves».
Y, por su parte, mi Armuris a los caudillos les respondió: 110
«Ni mi almuerzo está malo para que coma del suyo;
ni mi vino está rancio para que beba del suyo;
ni hiede mi celda para que la perfumen de almizcle; 112a
ni me son pesados los hierros para que me los hagan más [leves.
Ocurre más bien que reconocí mi caballo y la maza de mi hijo,
mas como no vi jinete ninguno, turbóseme el alma». 115
El Emir, a su vez, contéstale a Armuris:
«Ten calma, mi Armuris, ten un poco la calma.
Resuenen graves las trompas, resuenen las grandes trompetas,
y que se reúna Babilonia y la Capadocia entera[9],
que donde quiera que ande tu hijito, habrán de traértelo atado: 120
habrán de traerlo ante ti atado y bien atado.
Aguarda, pues, mi Armuris, aguarda aún otro poco».
Resonaron graves las trompas, resonaron las grandes [trompetas
para que se reuniera Babilonia y la Capadocia entera,
mas ninguno se presentó, sino que solamente fue el manco. 125
El Emir, por su parte, al manco le espeta:
«Habla, sarraceno maldito, ¿dónde están las mesnadas?»
Entonces, el sarraceno al Emir le responde:
«Aguarda, mi señor, aguarda aún otro poco,

[9] Nótese cómo la importante región bizantina de Capadocia está, en la época en la que está ambientado el poema, en manos árabes.

130 que cobren luz mis ojos y tome aliento mi alma
y me acuda la sangre a mi brazo sano,
que entonces te explicaré dónde están las mesnadas.
Mas, por la verdad, caudillos, que os lo contaré todo entero:
ayer nos juntamos en torno a los cien millares,
135 todos ardidos y excelentes, pertrechados de escudos verdes,
y muchos eran de esos que no tienen miedo a mil hombres,
ni a mil ni a diez mil, ni a cuantos quiera que encuentren.
Y en esto que apareció un niño chico sobre la cima de un cerro,
y, acto seguido, lanzó un penetrante alarido con todas sus
140 '¡Armaos, perros sarracenos, poneos las corazas; [fuerzas:
y no dudéis ni un momento de que Armuris cruzó el río,
Armuris, Armurópulo, el hijo de Armuris, Arestis!'
¡Mas, por el dulce Sol soberano, por su dulce madre!,
cuantas estrellas hay en el firmamento y hojas hay en los
145 tantas sillas cayeron sobre los negros corceles. [árboles,
Así, aprestadas las bridas, de un brinco se echaron a cabalgar.
147 Entonces el chiquillo, entonces el hijo de Armuris,
149 sacando su preciosa espada de la funda de plata,
150 lanzola al cielo y en la mano la recogió.
Picó espuelas a su negra montura y marchó contra ellos:
'¡Reniegue yo de mi estirpe, si os pongo en el olvido!'
Lanzaba tajos a ambos costados y por el centro abría brecha.
¡Mas, por el dulce Sol soberano, por su dulce madre;
155 que el día entero se estuvo tirándonos tajos río arriba,
que la noche entera se estuvo tirándonos tajos río abajo!
Una y otra vez embestía, y no perdonaba a ninguno.
Echó pie a tierra el muchacho por que recobrara el aliento,
y yo, bravo y astuto de mí, le aparejé una añagaza,
160 le aparejé una añagaza y le robé su negro corcel,
160a le arrebaté su negra montura, le arrebaté su maza.
¡Mas, por el dulce Sol soberano, por su dulce madre;
que cuarenta millas me fue persiguiendo, a pie y con sus grebas,
y aún otras cuarenta y cuatro, a pie y con coraza

hasta que al fin me dio alcance allá por la Puerta de Siria!
Entonces, desenvainado que hubo su espada, tajome la mano: 165
'¡Ve, sarraceno maldito, y da este recado!'»
Y he aquí que el Emir a Armuris le espeta:
«¿Bravas son, mi Armuris, las empresas que tu hijo acomete?»
Y, entonces, mi Armuris escribe un hermoso billete
y lo envía por medio de un pajarillo, de una hermosa 170
«Dile al hijo de perra, al fruto de la ignominia, [golondrina:
que allí donde encuentre un sarraceno se apiade de él,
no sea que caiga en manos de alguien y misericordia no [obtenga»[10].
Y el chiquillo, en respuesta, le escribe un hermoso billete
y lo envía por medio de un pajarillo, de una hermosa 175 [golondrina:
«Decidle al señor mío, decidle a mi dulce padre
que mientras contemple mi hogar atrancado con doble cerrojo,
mientras contemple a mi madre vestida de negro,
mientras contemple a mis hermanos vestidos de negro,
allí donde encuentre un sarraceno, me habré de beber su 180
Que si excitan mi furia, caeré sobre Siria, [sangre.
y las callejas angostas de Siria las llenaré de cabezas,
y los arroyos secos de Siria los llenaré con su sangre».
Cuando el Emir lo escuchó, le entró un gran espanto,
y, entonces, una vez más espetó a sus caudillos: 185
«¡Marchad, marchad, mis señores, id a soltar a Armuris,
guiadle hasta el baño para que se lave y mude sus ropas

[10] El contenido de la carta no va dirigido directamente al destinatario, sino que en ella se pide que se le comunique al receptor el mensaje de la misiva; puede que el que la reciba no sea el destinatario o puede que éste no sepa leer (cf. M. Castillo Didier, *Poesía heroica griega: epopeya de Diyenis Akritas. Cantares de Armuris y de Andrónico*, Santiago de Chile, Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos «Fotios Malleros», 1994, pág. 327, nota *ad loc.*). La situación es más clara unos versos más abajo, donde es el Emir el que «escucha» la carta que Armuris le envía a su padre.

y luego traedle a mi mesa para que almuerce conmigo!»
Y allá que fueron los caudillos a soltar a Armuris:
190 le libraron de los hierros y de los pesados grilletes,
le guiaron al baño, donde se lavó y mudose las ropas,
le condujeron ante el Emir y se sentó con él a la mesa.
Y entonces, una vez más, el Emir le habló a Armuris:
«¡Marcha, marcha, mi Armuris, regresa a tu patria
195 y cría a tu niño, que lo quiero tomar como yerno;
no para mi sobrina, ni para su prima tampoco,
sólo para mi hija, que es mi luz y mis ojos!» [11]

[11] Los manuscritos aún ofrecen unos versos más, resultado de una interpolación posterior: «...y enséñale a tu hijo que allí donde encuentre a un sarraceno, se apiade de él, y si obtiene un botín, que juntos lo compartan y se quieran».

DIGENÍS AKRITAS
(VERSIÓN DE GROTTAFERRATA)

CANTO I

O BASILIO DIGENÍS AKRITAS

¡He aquí las alabanzas y las triunfales hazañas[1]
del tres veces feliz Basilio Akritas,
del más valeroso y más noble,
que como un don de Dios recibió su fuerza,
quien ha avasallado toda Siria, 5
Babilonia y Carsiana entera,
y que sometió también Armenia y Capadocia,
y también Amorio junto a Iconio[2],

[1] El proemio que encabeza la obra, una tirada de veintinueve dodecasílabos o trímetros bizantinos (frente a los versos de quince sílabas o «políticos» empleados en el resto del poema), es un añadido de época posterior y actúa como una suerte de programa de lo que viene a continuación, si bien la mayoría de las materias que aquí se anuncian no serán desarrolladas. Por otra parte, la edición que seguimos (E. Jeffreys, *Digenis Akritis. The Grottaferrata and Escorial versions*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998) ofrece una lectura para este primer verso distinta a la que mantiene, por ejemplo, J. Mavrogordato (cf. *Digenes Akrites*, Oxford, Clarendon Press, 1956; con reediciones de 1963 y 1999): *épainoi kaì trópaia enkómión te* («alabanzas, triunfos y loas»).

[2] Las dos ciudades más importantes del *tema* de los anatólicos (para el concepto de *tema*, cf. Introducción). La caída de Amorio, cuna de la dinastía imperial, a manos del califa Mutasim en el año 838, así como la matanza de numerosos oficiales que renunciaron a abjurar de su fe, provocó la reacción bizantina que refleja la *Canción de Armuris*. Iconio (actual Konya), por su parte, también fue el escenario de numerosas batidas por parte de los musulmanes, primero, y de los turcos después. Caída en manos de los turcos selyúcidas en el año 1084, fue convertida en su capital.

y aún la muy ilustre y alta fortaleza,
10 poderosa y bien murada,
a Ancira me refiero, y también toda Esmirna;
de quien ha sojuzgado las regiones junto al mar!
Al punto, pues, te mostraré sus recientes hazañas,
las que él obró en la presente edad:
15 cómo a pujantes y valiosos combatientes
abatió, y a toda suerte de fieras,
asistido de la gracia auxiliadora de Dios
y de Su Madre invencible,
y de los ángeles con los arcángeles,
20 de los victoriosos y grandes mártires,
y de los Teodoros gloriosísimos[3],
el general y, junto a él, el soldado,
del noble Jorge, de muchas victorias,
del obrador de milagros y mártir de mártires,
25 el ilustre Demetrio, guardián
del honor y del nombre de Basilio,
vencedor de sus enemigos,
los agarenos y los ismaelitas,
y los bárbaros escitas rabiosos como perros[4].

[3] Estos dos Teodoros, escindidos probablemente a partir de una sola figura, son santos militares, general (*stratēlátēs*) el uno, soldado del rango más bajo (*tírōn*), el otro, justo como se refiere en el verso siguiente. De este último se sabe que murió en el año 303 d. C., y hasta el siglo IX no se atestigua la presencia de un segundo Teodoro. Los Teodoros, Jorge, Demetrio y los aquí no mencionados Procopio y Mercurio, son los santos de culto más difundido entre los soldados, con los cuales, codo con codo, se les podía ver guerreando; cf. P. Schreiner, «El soldado», en G. Cavallo (ed.), *El hombre bizantino*, trad. esp., Madrid, Alianza, 1992, págs. 120-121. Asimismo, cf. H. Delehaye, *Les légendes grecques des saints militaires*, París, 1909. Precisamente son estos cuatro santos los que asistirán al Akrita más adelante (cf. VI 700-701).

[4] Los agarenos y los ismaelitas son los árabes, quienes, para los bizantinos, descenderían de Ismael, el hijo que le dio a Abraham su esclava egipcia Agar (cf. *Génesis* 16). Por otra parte, con el apelativo arcaizante de escitas se nos estaría hablando de «pueblos de jinetes», como los hunos, los húngaros, los ávaros o los búlgaros.

Había un Emir, de los nobles con mucho el más rico[5], 30
que participaba de sensatez y valor en extremo,
no negro como los etíopes, sino rubicundo y lozano;
apenas le despuntaba, ensortijada, su muy hermosa barba.
Tenía unas cejas hermosas, como trenzadas,
y una mirada brillante, gozosa, henchida de amoroso anhelo, 35
que como una rosa brotaba en mitad de su rostro[6].
Era arrogante como un espigado ciprés,
cualquiera al verlo lo compararía a una imagen pintada.
Junto a esto poseía una fuerza imbatible:
cada día se ejercitaba en luchas contra las fieras 40
por tentar su coraje y asombrar con su valor,
como un prodigio aparecía a cuantos lo contemplaban.
Ejemplo formidable supuso para los jóvenes su gloria.
Ensalzado por su riqueza y la majestad de su valor,
comenzó a reclutar turcos y dilemitas, 45
árabes escogidos y trogloditas de infantería.
Contaba también con una compañía de mil gulamios,
alistados todos y merecidamente asoldados[7].

[5] Éste es, en buena sustancia, el verdadero comienzo de nuestro poema. No obstante, lo que viene a continuación no es la narración de las aventuras del héroe que da nombre a la obra, sino que se trata de una suerte de *Emirlied* o «Cantar del Emir» en el que se nos relata las aventuras del padre del Akrita.

[6] Esta descripción del Emir atiende a los cánones estéticos de los héroes de las novelas eróticas griegas: jóvenes, lozanos, de pobladas cejas y de bocas y mejillas rozagantes (cf. Aquiles Tacio, *Leucipa y Clitofonte*, I 4, 3; I 19, 1; V 11, 5; Heliodoro, *Etiópicas*, VII 10, 4). Al respecto, véase R. Beaton, *The medieval Greek romance*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, págs. 166-172.

[7] Se trata de pueblos que nutrían de mercenarios a los ejércitos árabes. Los dilemitas procedían de Hircania, junto al Mar Caspio. Por su parte, los trogloditas son un pueblo de Etiopía, mas aquí, el término parece aplicarse por extensión a los soldados etíopes de infantería (cf. C. Jouanno, *Digénis Akritas, le héros des frontières. Une épopée byzantine*, Bélgica, Brepols, 1998, pág. 33). Finalmente, el término «gulamio» (cf. árabe *ghulam*, turco *oghlan*) parece estar relacionado con los *agulans* de ciertos cantares de gesta occidentales (cf. H. Grégoire, «L'épopée byzantine et ses rapports avec l'épopée turque et l'épopée

Alentando furia vino a caer sobre la Romania[8].
50 Ocupado que hubo las comarcas del país de Heracles[9],
asoló muchas ciudades, dejándolas yermas,
y tomó cautiva una multitud de gente sin cuento,
pues aquellas tierras se hallaban desguarnecidas
por encontrarse sus guardianes en las fronteras,
55 y como vio que podía obrar en franquía,
tras cruzar Carsiana, alcanzó Capadocia[10]
y asaltó con gran violencia el palacio del general.
Lo entonces acontecido, ¿quién valdría a contarlo?
Pues dio muerte a cuantos allí se encontraban,
60 robó muchas riquezas, saqueó el palacio
y se llevó cautiva a una muchacha hermosa en extremo,
a la hija del general, que resultaba ser aún doncella.
Se hallaba entonces el general en el destierro
y los hermanos de la muchacha en las fronteras.
65 Su madre, que había escapado a las manos paganas,
al punto escribió a sus hijos todo lo sucedido:
el asalto de los gentiles, el rapto de su niña,
la separación de su muy amada hija, el cúmulo de desgracias.
Y, entre gemidos, al escrito añadió también lo siguiente:
70 «Hijos míos tan añorados, apiadaos de vuestra madre,
que tiene el alma afligida y se quiere morir.
Acordaos del cariño de vuestra propia hermana
y corred a librarnos a ambas, hermana y madre,

romane», *Bulletin de la Classe des Lettres et des Sciences morales et politiques de l'Académie Royale de Belgique* 17 (1931), 463-493, pág. 482, recogido en *Autour de l'épopée byzantine*, Londres, Variorum Reprints, 1975); no obstante, aquí parece ser tomado como el nombre de un pueblo.

[8] Nombre que los bizantinos daban a todo el ámbito de su Imperio. En consecuencia, sus habitantes son *rhōmaîoi*, esto es, «romanos».

[9] Heraclea de Capadocia (actual Eregli), la cual estuvo bajo el poder de los árabes en diversas ocasiones durante el siglo XII. Se encuentra cerca de Iconio.

[10] Se trata de dos de los *temas* más importantes de la frontera oriental.

a ella de la esclavitud amarga y a mí de la muerte.
Demos la existencia entera por nuestro ser más querido. 75
No antepongáis vuestra vida a la suya;
de vuestra propia hermana, hijos míos, compadeceos:
partid, pues, con premura a su rescate,
de lo contrario, muerta veréis a una madre por mor de su hija
y recibiréis mi maldición y la maldición paterna 80
si no hacéis esto conforme os he mandado».
Tras escuchar sus palabras se lamentaron profundamente,
y, anegados como estaban los cinco en lágrimas,
unos a otros se urgieron a partir sin demora:
«Partamos –decían–, por ella suframos degüello». 85
Al punto montaron a caballo y emprendieron la carrera
con un puñado de soldados que les escoltaban,
y sin perder un instante, sin colmar el sueño,
en pocos días alcanzaron los reales del enemigo,
en la terrible garganta que llaman Difícil[11]. 90
Desmontaron en la distancia, donde encontraron a los
Así, tras enviar un ruego por escrito, [centinelas.
fueron conducidos ante el Emir por expreso mandato suyo.
Se hallaba, el Emir, sentado sobre un elevado trono,
tachonado en oro, majestuoso, en el exterior de la tienda; 95
en torno suyo se apostaba una multitud de hombres armados.
Cuando estuvieron cerca, éste pudo escuchar sus palabras,
pues habiéndose postrado ante él hasta tocar por tres veces
[el suelo,
entre lágrimas, proclamaron ante el Emir lo siguiente:
«¡Emir, siervo de Dios y primero de Siria, 100
que te sea dado llegar a Panormo y contemplar su mezquita,
y puedas postrarte, Emir, ante la Roca Colgante
y merezcas abrazar el túmulo del Profeta

[11] Debe tratarse de las Puertas Cilicias, en el Tauro, que comunican Capadocia con Siria.

y escuchar, de este modo, la plegaria sagrada![12]
105 He aquí que raptaste a una dulce muchacha, hermana nuestra:
véndenosla, siervo del Altísimo,
que por ella te daremos cuanto dinero nos pidas.
Nuestro padre no deja de llorarla, puesto que no tiene otra hija,
y nuestra madre se quiere morir al no poder contemplarla;
110 mientras que nosotros, presos de una añoranza infinita por ella,
hemos jurado con los más estremecedores juramentos
que habremos de ser degollados si no la llevamos de vuelta».
Cuando escuchó sus palabras, el Emir admiró su coraje,
y, por saber firmemente si en efecto eran valientes
115 —conocía a la perfección la lengua de los romanos—[13],
les contestó gentilmente diciéndoles lo que sigue:
«¡Si deseáis rescatar a vuestra hermana
escoged de entre vosotros a quien tengáis por más bravo,
dejad que él y yo montemos a caballo,
120 y dejad que los dos nos batamos en duelo!
Si soy yo quien sale triunfante, os haré mis esclavos;
pero si él me venciera, lejos de todo pretexto
libraréis a vuestra hermana sin que sufráis menoscabo,
así como a los otros cautivos que a mi lado se encuentran.
125 De ningún otro modo me convenceréis de que os rinda a
[vuestra hermana,
ni aunque me dierais las riquezas de la Romania entera.
Marchad y sopesad qué os conviene».

[12] Son los tres lugares santos del Islam: La Meca, Jerusalén y Medina. Panormo, sobre el Mar Rojo, evocaría La Meca, toda vez que es un lugar de paso para llegar a su mezquita, la Kaaba. Por su parte, la mención de la Roca Colgante hace referencia al sitio desde el que Mahoma accedió al cielo, Jerusalén. Finalmente, la tumba del profeta se encuentra en Medina. Así pues, los hermanos le desean al Emir que cumpla con bien su peregrinaje cuando haya de llevarlo a cabo (cf. P. Odorico, *Digenis Akritas. Poema anonimo bizantino*, Florencia, Giunti, 1995, cf. nota *ad loc.*).

[13] Esto es, la lengua griega, no el latín.

Al punto, los cinco partieron felizmente esperanzados,
y, para no porfiar sobre quién lucharía,
juzgaron echarlo a suertes, zanjando así la disputa. 130
La suerte recayó sobre el menor, el pequeño Constantino[14],
que resultaba ser mellizo de su hermana.
Entretanto, el mayor, mediante consejos, le preparaba para el [combate:
«Sobre todo, hermano –le arengaba–, que no te arredren los [gritos,
que no te acobarden ni un poco, ni te dejes amedrentar por 135 [los golpes,
y cuando veas desnuda la espada no te des a la fuga,
y aun cuando te ocurra algo peor no te batas en retirada:
no tengas en mayor consideración tu juventud que la maldición [de tu madre,
pues fortalecido por sus plegarias, acabarás derrotando a tu [adversario,
ya que Dios no va a consentir que nos convirtamos en esclavos. 140
Parte animoso, criatura, y antes que nada no te amilanes».
Y puestos en pie en dirección a Oriente invocaban a Dios:
«No permitas, Señor, que nos convirtamos en esclavos».
Tras darle un abrazo lo escoltaron diciéndole:
«¡Venga la plegaria de nuestros padres en tu auxilio!» 145
Y él, a lomos de un soberbio caballo negro,
una vez que se hubo ceñido la espada, tomó la lanza,
y condujo la maza hasta su talabarte[15].
Tras protegerse por todos los sitios con la señal de la cruz,
dio espuelas a su caballo y salió a la llanura. 150
Blandió primero la espada y con la lanza hizo lo propio,

[14] No perdamos de vista las resonancias heroicas que el nombre debía encerrar (cf. Introducción, págs. 17-18).
[15] Como tendremos ocasión de comprobar más adelante, la maza es el arma predilecta de los *apelátai* y del Akrita.

mientras tanto, algunos sarracenos así denostaban al joven:
«Mirad al que han ido a escoger para batirse en duelo
contra quien ha obtenido tamaños triunfos en Siria».
155 Pero uno de ellos, un dilemita guardián de las fronteras,
con sosiego, expuso al Emir lo siguiente:
«Ya ves cuán diestra es su espuela,
la parada de su espada y el volteo de su lanza;
todo eso delata su destreza y su valor.
160 Guárdate, pues, de ir a su encuentro sin precaución».
Salió entonces el Emir a lomos de su corcel.
Resultaba soberbio y pavoroso a la vista,
sobre sus armas reverberaban los rayos del sol;
enarbolaba una lanza azul[16] y dorada.
165 Y todos se arrimaban a presenciar el combate.
El corcel caracoleaba con donaire, causando en todos un gran [asombro,
pues agrupaba sus cuatro uñas en un mismo punto,
como atrapado en una lazada, y allí se tenía quieto
hasta que arrancaba con un trote mantenido y sutil,
170 de modo que, antes que hollar, parecía que sobrevolara el [suelo.
El Emir, sonriente como estaba, cuando se dio la señal,
aguijó de repente su montura y partió al llano,
chillando como un águila, silbando como una serpiente,
y rugiendo como un león, con la intención de devorar al joven.
175 Mas he aquí que éste lo recibió con rapidez y presteza,
chocaron sus lanzas y las dos se quebraron
sin que ninguno pudiera desarzonar al contrario.
Desenvainaron, pues, las espadas, lanzáronse tajos,
y así se estuvieron batiendo durante horas y horas:
180 los montes retumbaban y los cerros parecían albergar truenos,

[16] El color verde azulado es el color de los musulmanes; cf. *CA*, 63 y nota *ad loc.*

la sangre corría empapando toda aquella tierra,
los caballos se encabritaban y el espanto hacía presa en todos.
Se hallaban plagados de heridas, pero ninguno se alzaba con la [victoria.
Pero cuando los sarracenos vieron lo inesperado,
se admiraron del arrojo del joven, 185
de su empuje infinito y su noble coraje,
y, todos a un tiempo, le gritaron a su Emir:
«Concierta una tregua, cede en la liza,
el romano es poderoso, procura que no te inflija quebranto».
En ese instante, el Emir se batió en retirada; 190
él, que tanto se había jactado, caía severamente vencido,
pues en nada aprovecha ninguna clase de vanagloria.
Entonces, arrojó a lo lejos su espada, alzó al cielo sus manos,
cruzó los dedos, según en ellos es costumbre[17],
y al muchacho le dirigió las siguientes palabras: 195
«¡Tente, buen joven, que tuya es la victoria.
Llévate a tu hermana y al resto de los cautivos!»
Disolviendo el corro, se retiraron a la tienda.
¡Era digna de ver la alegría que embargaba a los hermanos!
Alzando sus manos al cielo glorificaban al Señor, 200
diciendo a coro: «¡A Ti, Dios único, corresponde la gloria,
pues quien en Ti cifra su esperanza no se verá defraudado!»
Y a su hermano abrazaban con grande contento;
unos le besaban las manos, otros la cabeza.
Luego, todos al Emir le extendieron calurosamente este ruego: 205
«Devuélvenos, Emir, a nuestra hermana, tal y como nos [prometiste,
y consuela nuestro corazón, que abrumado está por la pena».
A lo que el Emir respondió mendazmente:

[17] En este mismo punto, la versión de El Escorial (E53) nos dice que el Emir le muestra un dedo doblado, gesto que indica que el combatiente se da por vencido (cf. Miguel Castillo Didier, *Poesía heroica griega: Epopeya de Diyenís Akritas. Cantares de Armuris y de Andrónico*, Santiago de Chile, Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos «Fotios Malleros», 1994, pág. 177, nota *ad loc.*).

210 «Tomad mi sello, recorred los pabellones,
preguntad por todas partes, registrad el campamento,
y cuando hayáis reconocido a vuestra hermana, cogedla y
Ellos recibieron el sello con gran alegría [marchaos».
y, ajenos al engaño, emprendieron con celo su búsqueda.
Después de recorrer todos los sitios sin que encontraran nada,
215 regresaban ya ante el Emir completamente apenados,
cuando por el camino se toparon con un campesino sarraceno
que se dirigió a ellos por medio de su trujimán:
«Decidme, jóvenes, ¿a quién buscáis? ¿Por quién os lamentáis?»
A lo que, entre sollozos, ellos contestaron:
220 «Cautiva tomasteis a una muchacha que es nuestra hermana,
y como no la encontramos ya no queremos seguir con vida».
Compungido, el sarraceno les refirió esta noticia:
«Atravesando por la quebrada, hallaréis un arroyo
en el que ayer pasamos a cuchillo a algunas hermosas doncellas
225 porque no convinieron en aquello a lo que las urgíamos».
Entonces, espolearon los caballos y partieron hacia el regato.
Allí encontraron a muchas jóvenes degolladas, bañadas en
a unas les faltaban las manos, cabezas y pies, [sangre;
otras aparecían completamente desmembradas y con las
[entrañas sacadas;
230 resultaba del todo imposible que alguien las pudiera reconocer.
Cuando contemplaron esta visión, en ellos prendió el
[desconsuelo,
cogieron polvo de la tierra y se lo echaron sobre sus cabezas.
Plantos y lamentos surgían de sus corazones:
«¿Por qué mano hemos de contristarnos, qué rostro vamos a
[llorar?
235 ¿Cómo reconocer miembro alguno que entregar a nuestra madre?
¡Bellísima hermana! ¿Por qué te han degollado inicuamente?
¡Dulcísima alma nuestra! ¿Por qué te ha sucedido esto a ti?
¿Por qué en la flor de la vida transpuso tu luz privándonosla
[a nosotros?

¿Cómo fuiste despedazada miembro a miembro a manos de [bárbaros?
¿Por qué no se entumeció la mano del despiadado asesino 240
que no se compadeció de tu tierno talle
ni tuvo clemencia de tu voz encantadora?
¡Alma en verdad noble, pues antes que el ultraje
preferiste la muerte y el degüello funesto!
¡Bellísima hermana, corazón y alma nuestros! 245
¿Cómo vamos a distinguirte del resto de los cuerpos?
¿Tendremos acaso ese pequeño consuelo?
¡Hora maldita y día insidioso;
ojalá nunca hubieras visto el sol ni para ti hubiera amanecido [su luz!
¡Ojalá Dios te hubiera cubierto de tinieblas cuando a nuestra 250 [hermana,
sin piedad ni motivo, la descuartizaron sus asesinos!
¿Qué noticia habremos de dar a nuestra desconsolada madre?
¡Oh Sol! ¿Por qué sentiste celos de nuestra hermosa hermana?
¡Injustamente la has matado porque a ti te eclipsaba!»
Mas como no fueron capaces de hallar a su hermana, 255
cavaron una tumba común y enterraron a todas
y, al punto, entre llantos, regresaron ante el Emir,
vertiendo fervientes lágrimas, brotadas del fondo del corazón:
«¡Emir, devuélvenos a nuestra hermana o bien danos la muerte,
pues ninguno de nosotros volverá a palacio sin ella; 260
antes bien, todos seremos degollados por su causa!» [18]

[18] Muy diferente es la reacción de los cinco hermanos en la versión E: «y donde el emir volvieron – con corazón dolorido./ Y sus vainas las soltaron, – sacaron los cinco espadas,/ y en la cara al Emir – de esta manera le hablan:/ 'Oh Emir, primer Emir, – y (tú) perro de la Siria,/ tú raptaste a nuestra hermana, – no nos la vas a quitar./ Nos muestras a nuestra hermana, – o te matamos a ti'». (cf. E126–131; traducción de Miguel Castillo Didier, *Poesía heroica griega...*, pág. 181). Nótese, por otra parte, la inconsecuencia narrativa: los hermanos le piden al Emir que les devuelva a su hermana cuando en el verso anterior la

Tras escuchar sus palabras y contemplar su quebranto, el Emir
comenzó a interrogarles: «¿De quién sois y de dónde venís?
¿Cuál es vuestro linaje? ¿Qué región habitáis?»
265 «Venimos de la región anatólica y procedemos de nobles [romanos[19]:
nuestro padre desciende de los Cinnamades[20],
y nuestra madre es una Ducas, estirpe de Constantino[21]:
entre tíos y primos suman doce generales;
tales son nuestros deudos y los de nuestra hermana.
270 Nuestro padre se halla en el destierro en virtud del castigo
que le han procurado ciertos calumniadores[22].
Ninguno nos encontrábamos presentes en el momento de tu [incursión,
ya que estábamos de generales en las fronteras,
que, de haber estado allí, nada de esto habría sucedido,
275 pues jamás hubieras asaltado nuestro palacio.
Pero como no estábamos, bien te puedes jactar.
Ahora bien, ¡Altísimo Emir y primero de Siria!

daban por muerta. Estas inconsecuencias no son infrecuentes en la poesía formular.

[19] Literalmente, *tema*. El *thêma Anatolikón* (donde, en su momento, estuvieron acantonados los soldados de la zona anatólica u oriental) está considerado como uno de los más antiguos, pues no en vano el de Capadocia formó parte de él hasta el siglo IX. Contenía las ciudades de Amorio e Iconio y se extendía por el corazón de la actual Turquía.

[20] Más bien «Cinnamos», familia anatolia que alcanzó cierta relevancia en los siglos XI y XII. El poeta puede haber transformado el nombre para evitar la coincidencia con el de un enemigo de Digenís.

[21] La de los Ducas es una poderosa familia bizantina que llegaría a conformar su propia dinastía imperial entre los años 1059 y 1081; cf. D. I. Polemis, *The Dukai: A contribution to Byzantine Prosopography*, Londres, 1968. Por su parte, Constantino Ducas fue el famoso hijo del no menos legendario Andrónico Ducas, quizá los personajes glorificados en el *Cantar del hijo de Andrónico* (cf. Introducción, págs. 17-18).

[22] Prefiérase *timōrían* («castigo») a *tina mōrían* («cierta locura»). La versión de El Escorial es más explícita y habla de un acto de insurrección (cf. E140). Respecto a los calumniadores o sicofantas, el *Poema de Belisario* da buena muestra de su forma de proceder.

¡Que dado te sea acudir a postrarte en Bagdad! Dinos quién
[eres tú.
Y sabe que si nuestros parientes regresan de campaña
y se traen a nuestro padre de vuelta del destierro, 280
te habremos de buscar donde quiera que estés,
pues no vamos a permitir que quede impune tal desafuero».
A lo que el Emir contestó: «Yo, bravos jóvenes,
hijo soy de Crisoberges, Pantia es mi madre,
mi abuelo era Ambrón y tío mío era Caroes[23]. 285
Mi padre murió cuando yo aún era niño
y fui encomendado por mi madre a mis parientes árabes,
los cuales me educaron en el amor a Mahoma.
Viendo que la fortuna me sonreía en todas las batallas,
dueño me hicieron de Siria entera 290
y me entregaron tres mil lanceros escogidos.
Sometí toda Siria y me apoderé de Kufah[24],
y —blasonaré un poco ante vosotros sin faltar a la verdad—
inmediatamente después arrasé Heraclea,
y, tras conquistar desde Amorio hasta Iconio, 295
sometí a multitud de bandidos y todo tipo de fieras.
Ni generales ni ejércitos pudieron resistir mi embate,

[23] Se quiere ver en los nombres de Crisoberges, Ambrón y Caroes todo un fondo histórico relacionado con los herejes paulicianos; a saber: a principios del siglo IX un buen número de ellos buscaron refugio junto a Omar (¿Ambrón?), el emir de Melitene. Recrudecida la persecución de los herejes, Carbeas (¿Caroes?) acaba pasando a tierras árabes y funda Tefriqué, base de operaciones de un pequeño estado pauliciano. En el año 863 Crisoqueir (¿Crisoberges?), sobrino y yerno de Carbeas, le sucede a la cabeza de los paulicianos. Estos personajes históricos podrían haber sido emparentados y convertidos en árabes por el autor de nuestro poema (téngase en cuenta que los musulmanes eran considerados herejes, no practicantes de una religión distinta); cf. E. Jeffreys, *Digenis Akritis*..., págs. XXXIV-XXXV, y Jouanno, *Digénis Akritas*..., págs. 39-42; desde ambas obras se nos remite a P. Lemerle, «L'histoire des Pauliciens d'après les sources grecques», en *Travaux et Mémoires* 5 (1973), 1-144.

[24] En la zona meridional de Mesopotamia.

mas he aquí que una mujer me venció, la más hermosa con
Su belleza me abrasa, sus lágrimas me consumen, [mucho.
300 sus suspiros me inflaman, y no sé qué hacer.
Por ella os he puesto a prueba, para conoceros certeramente,
pues no cesa jamás de llorar por vosotros.
Por completo me confieso y os hablo con total sinceridad:
si no os supone baldón tenerme por cuñado,
305 por el amor de la encantadora beldad de vuestra hermana,
me haré cristiano y marcharé a la Romania.
Y sabed con certeza, ¡por el gran Profeta!,
que jamás me dio beso alguno, ni llegamos a trabar
[conversación.
Vamos, pues, a mi tienda y ved allí a la que buscáis».
310 Aquéllos, así como lo oyeron, impelidos por el gozo,
descorrieron el cortinaje del pabellón y pasaron a su interior.
Encontraron un lecho guarnecido de oro, pero la niña yacía en
[el suelo.
Así tendida, por Cristo, refulgía como los rayos del sol,
mas tenía los ojos arrasados en lágrimas.
315 Nada más verla, los hermanos la alzaron con tiento,
y, llenos de estupor, la besaban todos y cada uno,
pues cuando, perdida la esperanza, sobreviene un gozo
[imprevisto,
los que lo obtienen de forma tan inesperada se alegran
[muchísimo.
Y a la zozobra, los lloros y los quebrantos que habían
[experimentado
320 se les unió la extraordinaria alegría que sentían en ese
[momento.
De modo que mientras la abrazaban llenos de felicidad,
vertían lágrimas y proferían gemidos:
«¡Estás viva —decían—, hermana, estás viva, corazón y alma
[nuestros!

Nosotros te creíamos muerta, cortada en pedazos por una
[espada,
pero tu beldad te ha mantenido con vida, queridísima hermana, 325
pues la belleza incluso a los bandidos atempera el ánimo
y los enemigos se muestran clementes ante la juventud y la
[hermosura».
Y acto seguido, al Emir le prometieron bajo juramento
que le tomarían como cuñado si marchaba con ellos a la
[Romania.
Entonces sonaron las trompetas y al punto emprendieron el 330
[regreso,
y todos manifestaban su asombro diciéndose unos a otros:
«¡Qué prodigio este que acabamos de contemplar, la fuerza
[de los romanos[25],
que liberan cautivos y debelan mesnadas,
que hacen renegar de la fe y no temen a la muerte!»
Así, gran resonancia alcanzó en el mundo entero 335
que una noble muchacha, por su tierna hermosura,
llegó a derrotar a los gloriosos ejércitos de Siria.

[25] Frente a la lectura que ofrece G, *dýnamis tôn Rhōmaíōn* («la fuerza de los romanos»), tenemos aquella de la que queremos dejar constancia y que reza así: *dýnamin tôn erótōn* («la fuerza de las pasiones»). Es la que presentan T126 y A564 o en última instancia la versión Z527, según el texto establecido por E. Trapp sobre la base de A y T (cf. E. Trapp, *Digenes Akrites, synoptische Ausgabe der ältesten Versionen*, Viena, Böhlaus, 1971).

CANTO II

O DEL NACIMIENTO DEL AKRITA

Después que juraron tomarle como cuñado,
reunió enseguida el Emir a sus hombres de confianza
y, por mor de su amada, tornó a la Romania.
Conforme pasaba por tierras romanas,
5 iba liberando a todos cuantos había tomado como cautivos,
y a cada uno le daba los víveres necesarios para el camino.
Los hermanos de la muchacha refirieron por escrito todo a su [madre:
el encuentro con la hermana, el enamoramiento del Emir,
y cómo éste había renegado de su fe, su familia y su patria;
10 a lo que añadían: «Queridísima madre, destierra tu pesar,
que por cuñado tendremos a un hombre gallardo y lozano.
Tú ten preparado todo lo necesario para el casamiento».
Tras oír esto, daba gracias a Dios,
diciendo: «Gloria, Cristo mío, a tu bondad;
15 gloria a tu poder, esperanza de quienes desesperan,
pues logras cuanto te propones y nada te es imposible;
a este enemigo, manso lo has vuelto,
y a mi niña, de la muerte la has librado.
¡Ay, hija querida, luz de mis ojos!
20 ¿Cuándo te voy a ver viva, cuándo voy a escuchar tu voz?
Ve, pues, que lo necesario para tu boda estoy aprestando.
¿Acaso hará el novio justicia a tu belleza?

¿Habrá de tener el temple de los nobles romanos?
Temo, mi hermosa criatura, que despiadado resulte,
colérico cual pagano, y entonces más me valdría no seguir 25
[viva».

Esto era lo que gozosamente cantaba la esposa del general.
Por su parte, el Emir, y, con él, los hermanos de la muchacha,
emprendían alegres el fatigoso camino,
y cuando ya estaban cerca de su palacio,
una gran comitiva de familiares les salió al encuentro, 30
y luego salió la esposa del general con gran majestad.
Mas el gozo infinito que entonces aconteció,
¿quién lo podría expresar cabalmente, o imaginarlo siquiera?
Pues los hijos abrazaban amorosamente a la madre
y la madre se gozaba sinceramente por sus hijos; 35
y cuando vio que su yerno era realmente apuesto,
con todo su corazón dio gracias al cielo,
diciendo: «Señor Cristo, quien en Ti espera
jamás se verá defraudado en sus anhelos».

En cuanto arribaron a palacio, celebraron el casamiento, 40
y administraron a su cuñado el sagrado bautismo,
con lo que la común alegría se hizo aún más grande.
Se alegraba el Emir de haber obtenido a su amada,
pues no hay gozo más grande que la pasión amorosa,
que cuanto más se abrasa el amante por su fracaso, 45
tanto más se deleita al lograr a su amor.
Y he aquí que, tras de su unión, concibió la muchacha
y vino a alumbrar a Basilio Digenís Akritas[1].
De este modo, el amor del Emir aumentó más si cabe.

Pero la madre de éste le envió un escrito de Siria, 50
cargado de lamentos, de denuesto y reproche:
«Queridísimo hijo, ¿cómo has podido olvidar a tu madre? 53

[1] Literalmente, Basilio, el de Doble Estirpe, el Guardián de la Frontera.

52 Me has cegado los ojos y apagado mi luz[2];
¿por qué has renegado de tu familia, de tu fe y de tu patria,
55 y te has convertido en el oprobio de Siria entera?
Abominables ya somos a los ojos de cualquier persona,
cual renegados de nuestra fe y de la ley transgresores,
por no haber observado rectamente las palabras del Profeta.
¿Qué te ha ocurrido, hijo mío? ¿Por qué pusiste en el olvido
[todo esto?
60 ¿Cómo es que ya no recuerdas las hazañas de tu padre?
¿Cuántos romanos pasó a cuchillo? ¿A cuántos esclavizó?
¿Acaso no llenó las cárceles de generales y gobernadores?[3]
¿Es que no arrasó una gran cantidad de comarcas de la
[Romania
llevándose cautivas a un sinnúmero de nobles y hermosas
[doncellas?
65 ¿Acaso, al igual que tú, no se vio en la encrucijada de la
Cuando las huestes romanas lo sitiaron, [traición?
sus generales le prometieron con juramentos estremecedores
que sería honrado por el Emperador a título de patricio
y se convertiría en primer caballero, si rendía su espada[4].
70 Mas él, por observar los mandatos del Profeta,
desdeñó la gloria y no reparó en las riquezas:

[2] Trapp cambia el orden de los versos apoyándose en Z596-8.
[3] «Gobernadores» o bien «toparcas». Término con el que se designa a una suerte de magistrados locales bizantinos que gozaron de cierta independencia respecto al imperio entre los siglos x y xiii.
[4] Si bien en el siglo x el título de patricio no se encontraba, a diferencia de cuatro siglos antes, en la cúspide de la jerarquía bizantina, aún gozaba de un gran prestigio. En cuanto al «primer caballero», *protōstrátōr*, diremos que, en un primer momento, era el oficial encargado de acompañar al emperador cuando salía a caballo; tal dignidad alcanzó una grandísima reputación, toda vez que la llegaron a ostentar personajes que, como Basilio I, acabarían siendo emperadores; cf. C. Jouanno, *Digénis Akritas...*, pág. 44.

miembro a miembro lo descuartizaron y le arrebataron su
[espada[5].
En cambio tú, libre de apremio, todo a un tiempo lo has
[despreciado:
tu fe y tu familia, e incluso a mí, que soy tu madre.
Mi hermano y tío tuyo, Murses Caroes, 75
condujo sus tropas por la costa hasta Esmirna,
y asoló Ancira y la ciudad de Abido,
Afriqué, Taranta y las Seis Aldeas,
y, enseñoreado de todas, tornó a Siria.
Pero tú, el más desdichado, organizaste una expedición, 80
y cuando podrías haber sido aclamado por Siria entera,
renuncias a todo por el amor de una comedora de cerdo;
y ahora has pasado a ser maldecido en cada mezquita.
Mas, si pronto no te retractas y vuelves a Siria,
los emires tienen resuelto cortarme la cabeza[6], 85
degollar a tus hijos por tener como padre a un traidor
y entregar a otros hombres a tus encantadoras mujeres,
que también suspiran por ti y ya no resisten la espera.
¡Dulcísimo hijo mío, ten piedad de tu madre,
no conduzcas mi vejez a la muerte envuelta en tristeza, 90
y no permitas que tus hijos injustamente sufran degüello,
ni ignores las lágrimas de tus dulces compañeras,
y que el Altísimo no venga a arrancarte del mundo!
He ahí que te envío, como ves, excelentes monturas,

[5] El padre del Emir es Crisoberges. Aquí se le atribuye una muerte pareja a la que recibió Omar (¿nuestro Ambrón, el abuelo del Emir?). Estamos, por tanto, en un pasaje sobre el que se vuelve a cernir la sombra de los paulicianos, máxime si tenemos en cuenta que las ciudades que a continuación se citan, Ancira (actual Ankara), Afriqué (que no es sino Tefriqué, la actual Divrigi) y Taranta, son emplazamientos fuertemente asociados a estos rebeldes (cf. nota a I 284-285).

[6] Nuestra traducción da cuenta de la expresión *emè n' apotamésoun*, aunque, quizá, lo que los emires han resuelto sea ahogarla (*emè nà potamésoun*); cf. J. Mavrogordato, *Digenes Akrites*..., pág. 28.

95 cabalga tú a la baya, y que a un costado camine la negra,
que os siga la torda y así nadie te dará alcance.
Tráete también a la romana, si por su causa estás triste.
Pero si me desobedeces... ¡Que seas maldito!»
De este modo, confiada la carta a una partida de árabes
100 con gran presteza llegaron a la Romania. [escogidos,
Había un caserón apartado, en cierto paraje llamado Roca
allí se asentaron por no hacerse ver. [Cavada;
Sólo al Emir se manifestaron a través de un correo:
«Esta noche hay claro de luna; pongámonos en camino si así lo [dispones».
105 En cuanto el Emir leyó la carta de su progenitora,
se conmovió profundamente, cual un hijo por su madre,
y sintió compasión por sus propios retoños y por las madres [de éstos;
los celos lo consumían de sólo pensar que abrazaran a otros
—pues nunca un amor anterior se ve desterrado,
110 por más que el que sentía por la muchacha hubiera eclipsado a [aquel otro,
toda vez que el dolor más intenso apaga al más débil—.
De modo que así se quedó, sumido en la duda de cómo actuar.
Acto seguido, entró en la alcoba y le dijo a su amada:
«Quiero confiarte un secreto,
115 mas temo, mi dulce criatura, que no te vaya a agradar:
he aquí que ha llegado el momento de saber con certeza
si el amor que sientes por mí es el más puro».
Y, al oír esto, a ella se le desgarró el corazón,
y gimiendo hondamente, le respondió con estas razones:
120 «Dulcísimo esposo, mi dueño y protector,
jamás te he escuchado palabra alguna que no fuera de mi agrado:
¿qué avatar me habría de apartar de tu amor?
Aun si fuera preciso que yo muriera, no renunciaría a ti,
pues la adversidad pone a prueba los sentimientos».
125 «Nada de muerte, queridísima mía —repuso el Emir—,

y ojalá no suceda, mi alma, lo que presumes y piensas.
He recibido una carta de mi madre, procedente de Siria:
por mi culpa corre peligro y deseo acudir en su busca.
Si tú, alma querida, accedes a acompañarme,
pues no quiero apartarme de ti ni un solo instante, 130
estaremos de vuelta con la mayor rapidez».
«Con sumo placer, mi tierno esposo[7] –contestó la muchacha–,
no te aflijas por eso, que iré donde quiera me ordenes».
Mas he aquí que Dios, obrando un prodigio inaudito,
sacó a la luz el acuerdo secreto por medio del sueño 135
que vino a tener el hermano pequeño de la muchacha.
Éste, tras despertarse, reunió a sus hermanos
y les contó el sueño que había tenido durante la noche:
«Sentado me hallaba –decía– en lo alto del palacio,
cuando observé una bandada de aves rapaces por cima la Roca 140
y un halcón a la caza, sañudo, de una paloma, [Cavada,
de suerte que cuando, en su pos, estaba a punto de capturarla,
las dos aves entraron en los aposentos
en los que nuestro cuñado convive con nuestra hermana.
Al instante salté de mi lecho y corrí a atraparla; 145
mi alma se hallaba agitada y en ese momento me desperté».
Entonces, el hermanó mayor interpretó la visión:
«Las aves de presa, según se dice, son salteadores,
y el halcón que viste, mucho me temo que sea nuestro cuñado,
que a la paloma, nuestra hermana, vaya a hacer algún daño. 150
Acudamos, no obstante, al lugar que contemplaste en tus sueños,
allí donde viste que volaban las aves rapaces».
Al punto tomaron las riendas y partieron hacia la Roca.
Allí encontraron al grupo de árabes con sus monturas;

[7] Con «mi tierno esposo» tratamos de traducir el apelativo *kýrka*, término de oscuro significado aunque de claro carácter afectivo. Se ha venido poniendo en relación con el moderno *koúrkos* («pavo»), con el homérico *kírkos* («gavilán»), o con *kýr* («señor»), del cual sería una forma hipocorística. El término volverá a aparecer en II 132, IV 439 y VI 105 y Z3736).

155 al verlos, se sobresaltaron, asombrados por la visión.
«Sed bienvenidos –dijeron– compañeros de nuestro cuñado,
¿cómo es que habéis acampado tan lejos de nuestro palacio?»
Mas ellos, incapaces de objetar nada, acabaron por confesar,
revelando todo fielmente, sin omitir ni un solo detalle
160 –pues el temor repentino arranca verdades,
mientras que lo que se intuye permite esbozar las disculpas–.
Inmediatamente después de prenderlos, fueron a por su cuñado,
y lo llenaron de injurias, convencidos de que tramaba algo
sobre todo el menor, que era el más impulsivo: [infame,
165 «¡Éstas eran tus intenciones –decía–, no me lo niegues,
pero sabe una cosa, sarraceno: no volverás a ver Siria;
y ya que has demostrado ser un malhechor y un enemigo,
devuélvenos a nuestra hermana y renuncia a tu hijo,
y, cogiendo lo que traías, márchate de donde has venido a parar!»
170 El Emir, escuchando estas acusaciones y viendo las pruebas,
guardaba absoluto silencio, incapaz de dar réplica,
hallándose como estaba, cubierto de desdoro, de miedo y zozobra;
deshonrado ante aquella denuncia, temeroso de su condición de [extranjero[8]
y turbado ante la idea de tener que separarse de su amada.
175 Así, sin saber ya qué hacer, se llegó a la muchacha,
pues ella era la única en quien esperaba encontrar consuelo,
ignorante de lo que Dios había revelado por medio de un sueño.
«¿Por qué me has hecho esto? –exclamaba entre lágrimas–.
¿En esto consiste tu amor? ¿Es esto lo que me prometiste?
180 ¿Acaso no te confié todas mis intenciones?
¿Y no conviniste gustosamente en acompañarme?
¿Es que entonces te he obligado, acaso te he forzado?
Más bien eras tú quien me obligabas a llevarte conmigo

[8] A pesar de estar totalmente integrado, el Emir, como extranjero, estaba socialmente un punto por detrás del resto de la gente de su entorno, y estaba obligado a una cierta sumisión.

para que disfrutáramos de un viaje y retornáramos luego.
Mas he ahí que, sin temor de Dios en tus ojos, 185
conminas a tus hermanos a que me den muerte.
¿No recuerdas cómo te he tratado desde el principio?
Te tomé cautiva, pero como mi señora te honré;
quise hacerte mi esclava y, en cambio, tú me has hecho tu siervo.
Por ti he renunciado a mis padres y a mi fe, 190
y por tu amor he venido a la Romania.
En cambio, tú, muchacha, invocas mi muerte en respuesta.
Guárdate, hermosa niña, de traicionar los votos que median
[entre nosotros;
no reniegues del amor que fruto del deseo nos profesamos.
Mas si con apremios tus hermanos me obligan, 195
sin duda desnudaré mi espada y me degollaré a mí mismo,
con lo que Dios habrá de juzgar entre ambos;
y todas las jóvenes de la nobleza te colmarán de denuestos
por no haber sabido guardar el secreto de tu marido
y por haberlo entregado a la muerte como Dalila a Sansón»[9]. 200

Eso es lo que con gran desconsuelo le dijo el Emir a la niña,
en la sospecha de que ella había revelado su plan,
pues el amor ultrajado da pie a estos reproches.
Mas la muchacha, conforme lo oyó, no acertó a hablar,
era incapaz de proferir ni una sola palabra, 205
y abatida se tuvo durante horas y horas
—pues el que es culpable enseguida tiene aprestada una excusa,
pero el que no lo es guarda silencio al no saber qué decir—.
Volviendo entonces en sí poco a poco,
exclamó entre lágrimas: «¿Por qué me insultas en vano? 210

[9] La causa de la perdición de Sansón fue, como se sabe, las confidencias que le hizo a Dalila (*Jueces* 16, 15-21). No obstante, Sansón ya había estado casado con una extranjera que declararía a los suyos la solución de un enigma que éste les había planteado (*Jueces* 14, 12-20). No es la última vez en la que van a aparecer este u otros episodios de la *Biblia* (cf. IV 24-5 y VII 63-70); no en vano, el imaginario bizantino se nutría de estas escenas tanto o más que de las de la mitología griega.

¿Por qué, esposo mío, acusas a quien tanto te ama?
No está de mí, jamás lo estaría, revelar tus designios;
y si yo he obrado tal cosa, que me trague viva la tierra,
y, para cuantos hay en el mundo, que sea yo el paradigma
215 de la mujer que dio a conocer las confidencias de su marido».
Mas al ver que el llanto del Emir aumentaba
y que se encontraba a punto de enloquecer por la aflicción
—pues el exceso de angustia engendra locura,
y de ahí que muchos den en acometer tropelías—,
220 temió que se quitara la vida con su cuchillo.
Así pues, arrancándose los cabellos, se dirigió a sus hermanos:
«¡Dulcísimos hermanos! ¿Por qué apremiáis sin motivo
a quien de nada es culpable? ¡Ahí veis cómo muere!
¡Ahí veis cómo se va a suicidar presa del desvarío!
225 ¡Por Dios, hermanos míos, no agraviemos más a nuestro huésped;
él, que por mi culpa ha renegado de su fe y su familia,
que jamás ha conspirado contra vosotros!
Ahora, temeroso de la maldición de su madre,
a punto está de partir hacia Siria para reencontrarse con ella.
230 Me confió su deseo y me mostró también una carta.
¿Acaso vosotros, por miedo a las imprecaciones de nuestra madre,
no os atrevisteis a marchar en solitario contra miles de hombres
y a trabar combate en un desfiladero por mi causa,
no por temor a la muerte, sino a la maldición materna?
235 Pues él también teme eso, y su deseo es marchar».
Tales fueron las razones que la muchacha les refirió a sus [hermanos,
al tiempo que vertía cálidas lágrimas y se mesaba el cabello;
y ellos, que no soportaban ver llorar a su hermana,
mientras la colmaban de abrazos clamaron todos a un tiempo:
240 «¡Ya que eres el alma y la alegría de todos nosotros,
y como es tu voluntad acompañar a nuestro cuñado,
que ponga a Dios por testigo de su pronto regreso,
que nosotros rogaremos por que tenga un grato viaje!»

Y al punto todos se encaminaron hacia el cuñado
y le pidieron disculpas por los denuestos vertidos anteriormente: 245
«No nos tomes en cuenta, cuñado, nuestras vanas ofensas;
la culpa no es nuestra, sino de tu decisión
de mantenernos al margen de cuanto planeabas hacer».
Y él, fundiéndose con ellos en un abrazo, les concedió su [perdón;
y, de pie, mirando hacia Oriente y con los brazos alzados al cielo, 250
proclamó: «¡Oh Cristo, Hijo y Verbo de Dios!
Tú que me has conducido a la luz de la revelación
y me has redimido de las tinieblas y del vano extravío,
Tú que conoces los arcanos y las razones del corazón,
¡si alguna vez pusiera en el olvido a mí queridísima esposa 255
o a esa tierna flor que es mi amado retoño
y no volviera con presteza de con mi madre,
que me convierta en pasto de las fieras y las aves del monte
y que no se me vuelva a contar entre las filas de los cristianos!»
Desde ese momento comenzó a preparar el viaje. 260
Cuando a los quince días tuvo todo dispuesto,
todos supieron de su partida,
y se congregó una gran multitud de familiares y amigos.
El amor que ambos se profesaban era digno de ver,
pues el Emir, tomando de la mano a la muchacha, 265
a solas entró con ella en sus aposentos
y las lágrimas les brotaron como lluvia del corazón.
Sus suspiros se alzaban en un eco alternante:
«Dame tu palabra, mi dueña, y dame tu anillo,
déjame que lo lleve, gentil esposa, hasta que me halle de vuelta»[10]. 270
La muchacha, entre lloros, le respondía al Emir:
«Mira, mi áureo señor, no vayas a romper nuestros votos,
que Dios te hará rendir cuentas si abrazas a otra,

[10] Nueva inconsecuencia narrativa: unos versos más arriba los dos habían acordado marchar juntos a Siria.

pues Dios es un juez justo que paga ecuánimemente».
275 «Si obro de esa manera, amada mía –repuso el Emir–,
si traiciono el amor que fruto del deseo nos profesamos,
o aflijo el corazón de la mejor y más noble esposa,
que abierta la tierra me atrape y me trague el infierno[11],
y no vuelva más a gozarme en tu piel perfumada de almizcle».
280 Enlazados dulcemente, se besaban con un amor insaciable
y aplazaban morosamente el momento de la despedida.
Anegados, como se hallaban, en un torrente de lágrimas,
apenas si encontraban fuerzas para separarse,
y no mostraban recato alguno ante la multitud que allí se reunía
285 –que la naturaleza del amor es procaz,
cuantos han aprendido a amar, eso bien lo saben–.
Después, tomando a su hijo en sus brazos,
entre lágrimas se dirigió a los presentes con estas palabras:
«¿Consentirá Dios en hacerme digno de verte,
290 mi niño dulcísimo, a caballo delante de mí?
¿Acaso podré adiestrarte en la lanza, hijo de doble linaje,
de modo que se gloríen de ti todos tus deudos?»
Y todos los que contemplaban al Emir rompieron a llorar.
En ese momento, a lomos de raudos caballos y por demás
295 sus hombres abandonaron el palacio. [soberbios,
Finalmente partió el Emir, sobre un corcel caballero.
Grande era la multitud de familiares y amigos,
los cuales lo escoltaron por espacio de tres millas[12].
Entonces, tras repartir abrazos entre todos, les hizo volverse,
300 y él emprendió el camino junto a sus compañeros.

[11] Literalmente, el Hades, que, en la literatura bizantina, equivale tanto al infierno cristiano, como a la propia personificación de la Muerte, aunque con una ligera tendencia a entenderlo más bien en sentido local. En el siglo XII, el viejo barquero Caronte se ha convertido en una personificación más concreta de la Muerte.

[12] Estas tres millas, cuasi proverbiales a lo largo del poema (cf. IV 800, V 100), parecen haber servido de línea de demarcación donde colocar los últimos puestos militares de una población.

CANTO III

O EL REGRESO DE SIRIA JUNTO A SU MADRE

He aquí que todo enamorado es esclavo del amor;
pues juez es este que da tormento a los corazones
de quienes no recorren con cautela sus caminos;
lanza certero sus dardos, atraviesa los corazones
y en torno se cierne para inflamar con su fuego la razón. 5
Quienquiera que para sí lo consigue, ya zafarse no puede,
por grande que sea su fama o aunque sea el más rico,
pues de un solo salto lo atrapa rápidamente.
En tal circunstancia se hallaba nuestro maravilloso Emir,
que había despreciado la gloria y un inmenso poder, 10
y había olvidado a su gente, a sus padres y su patria;
incluso había renegado de su fe por el amor de una muchacha,
hermosa en verdad y muy noble sin duda.
Así, quien otrora fuera enemigo, esclavo se veía de la pasión,
habitando en la Romania a causa de su enamorada. 15
Hasta que recibió una carta de Siria de parte de su madre
y resolvió volver, temeroso como estaba de sus maldiciones
—pues del todo es razonable no mover a ira a los padres—.
Llegados a un acuerdo y mediando entre ellos un juramento,
le acompañaron todos en su partida con gran alegría, 20
y él, por consolar a la niña, dio comienzo a una canción:
«¡Compañeros, sed valerosos; corceles, no desmayéis,
galopad veloces de día y permaneced la noche en vela;

las lluvias, las nieves y las heladas, en nada tengáis,
25 para que no me demore ni un solo instante en la hora fijada
no sea que se me reprenda a la vuelta y ya de nada me sirva vivir!»
«Hasta pronto, parientes y amigos», dijo por fin,
y después de repartir abrazos entre todos, les rogó que rezaran;
cosa que, de inmediato, hicieron todos a un tiempo:
30 «¡Que Dios bondadoso te conceda un buen viaje
y que nos conceda el privilegio de volverte a ver pronto!»
Y desde allí regresaron todos a palacio,
sombríos y tristes, como si hubieran sufrido una desgracia
—que no otra cosa es una despedida para aquellos que aman,
35 pues prende fuego en las almas y abate los corazones
y la razón se confunde ante la separación absoluta—.
Con denuedo emprendió el Emir su viaje,
y cada día enviaba una carta a su amada:
«No estés triste, por favor te lo ruego; mejor es que reces».
40 Y a sus hombres les imploraba anhelante:
«Nobles compañeros, mis hermanos y amigos,
velad por mí y soportad mis fatigas,
ya que hicisteis un pacto y muchas promesas
en las que asegurabais que estaríais dispuestos a morir por mí.
45 Mas no se trata de muerte, sino de lances de amor;
pues el alma se me inflama y se me abrasa el corazón
de solo pensar en la inmensa distancia del camino.
¿Cuándo franquearemos las temibles llanuras, compañeros,
las pavorosas colinas y las terribles gargantas,
50 y cuándo divisaré Rahab[1] y cuándo veré a mi madre?
¿Cuándo volveré a atravesar todo esto de nuevo
para llegar a las tierras de la hermosa Romania
y así contemplar a mi encantadora perdiz

[1] Rahab es el nombre árabe para lo que se viene identificando con la ciudad de Edesa (Urfa, en Siria), en el margen izquierdo del Éufrates y a la altura del nacimiento del Tigris.

y a esa noble flor que es mi hijo hermosísimo?
¿Quién me pudiera dar alas para volar, amada mía, 55
y solazarme en tus brazos un solo instante?[2]
¿Y tú, cuántas noches pasas en vela por mí suspirando,
oteando los caminos día tras día?
—pues en los enamorados afloran cuidados sin cuento,
y desvelos perpetuos y peligros y miedos—. 60
Mas, jóvenes bravos, mis nobles compañeros,
sacudíos el sueño y todo abandono
para que con presteza alcancemos la fortaleza de Rahab;
que, después de hacer eso, volveremos grupas hacia la Romania,
donde tantas veces os he puesto a salvo de los peligros. 65
Mas, dejando de lado muchos de ellos, un solo caso os haré [recordar,
aquél recientemente acaecido allá en Melocopia[3],
cuando los generales nos cercaron en grupo
y en derredor apostaron sus tropas cual una muralla.
Entonces sucumbisteis al desmayo ante la inminencia de la 70 [muerte,
encerrados que estábamos todos, como en el interior de una [tumba.
Ninguno albergabais esperanzas de escapar de allí con vida.
Mas he aquí que alcé yo mi grito guerrero e irrumpí [entremedias de ellos:
a cuántos mandé a los infiernos, bien lo sabéis;
venciendo a todos yo solo y haciéndolos huir. 75
Y así, libres de daño, quedamos a salvo con nuestro botín.
Ahora no se trata de guerra, sino de lances de amor,
y en ellos yo os ruego que vengáis en mi auxilio».

[2] Cf. *Salmos* 54, 7: «¡Quién me diera plumaje de paloma/ para poder volar y hallar reposo!». Se trata de un lugar común en la epistolografía tardoantigua (cf. E. Jeffreys, *Digenis Akritis...*, pág. 47, nota *ad loc.*).
[3] En Capadocia, cerca de Nacianzo.

Sobre estas y otras muchas razones con ellos departía
80 el Emir, con el corazón apenado, a lo largo del camino
—pues tanto inflama el amor a sus súbditos
que mientras que todo lo demás aborrecen, a él lo veneran—.
Y tras haberlo escuchado, al instante le dijeron sus hombres:
«Donde quieras, señor, se montarán los reales,
85 pues no encontrarás en nosotros pábulo para el desaliento».
¡Digno era de ver un prodigio tan sobrecogedor —mas a [nadie extrañaba,
pues el amor les servía de baluarte y apoyo en cada ocasión—,
ya que cubrían tres jornadas al día!
Y cuando llegaba a los desfiladeros inhóspitos,
90 los atravesaba dando vueltas en redor de sus hombres, velando [por ellos.
He aquí que cuando franqueaban una garganta espantosa,
se toparon con un fiero león que había hecho presa en una [corza.
En el mismo momento que sus hombres lo vieron,
corrieron todos veloces hasta lo alto de un cerro;
95 mas el Emir, triste como estaba, le dijo al león:
«¿Cómo has tenido la audacia, ferocísima fiera,
de interrumpir el camino de un amor apasionado?
¡Pero yo te daré la recompensa que te mereces!»
Y le descargó de lleno su maza en mitad de los lomos,
100 con lo que, al instante, el animal quedó abatido y yerto en el [suelo.
Acto seguido les dio esta orden a sus compañeros:
«Arrancadle todos los colmillos a la fiera,
y arrancadle también las garras de su mano derecha,
para que cuando, con la ayuda de Dios, de vuelta esté en la [Romania,
105 se las entreguemos, os digo, a mi hermosísimo hijo,
a Digenís de Capadocia, el valeroso Akrita»[4].
Y reemprendió ardidamente el camino.

[4] Las garras y los dientes servirían como amuleto.

Mutuamente se urgían a avanzar con denuedo
y nadie flaqueaba en su empresa, ninguno al sueño cedía,
pues entre ellos reinaba el deseo de sobrepujarse unos a otros. 110
Y cuando estuvieron cerca del alcázar de Rahab,
el Emir ordenó que fijaran fuera los pabellones
y que dos de sus hombres salieran hacia el castillo,
para comunicar a su madre la noticia de su llegada.
Al poco de haber partido, ya lo habían hecho. 115
Su madre, en cuanto oyó tales nuevas,
a punto estuvo de echarse a bailar presa de la alegría,
al igual que sus familiares cuando tuvieron conocimiento de ello,
y todos juntos salieron a su encuentro.
Cuando se encontraban ya cerca de donde estaban las tiendas, 120
se adelantó el Emir a pie, calzando magníficas botas,
y en cuanto lo reconocieron, descabalgaron de sus monturas,
y, henchidos de contento, al borde del llanto
—pues el gozo suscita las lágrimas cuando nos llega de golpe—,
lo colmaron de abrazos compartiendo su cariño. 125
De un lado sus deudos, de otro su madre,
y también sus mujeres junto a sus hijos,
le daban sinceros abrazos y lo besaban de forma insaciable;
por nada del mundo querían apartarse de él.
Mas llegados a la tienda, al punto tomaron asiento, 130
y con estas palabras comenzó a hablar la madre del Emir:
«Mi dulcísimo hijo, luz de mis ojos,
consuelo del alma mía, ya en la vejez,
mi dulce contento y la alegría de mi corazón,
dime, hijo, ¿por qué te demoraste tanto en la Romania? 135
Que al no poder verte, yo no quería contemplar la luz,
ni ver el brillo del sol, ni seguir con vida en el mundo.
¿Acaso suceden en la Romania milagros tan asombrosos
como los que acontecen, hijo mío, ante la tumba del Profeta,
hasta la que tú me acompañaste para que elevara mis rezos? 140
¿Has visto algún prodigio inaudito tal que, hecha la noche,

sin una gota de luz, un haz luminoso bajara del cielo
y con un resplandor inefable iluminara el palacio entero?[5]
¿Has visto, acaso, leones y osos, y lobos entre los rebaños,
145 y toda suerte de animales que pastaran en mutua compañía
y que, sin atacarse en absoluto unos a otros,
aguardaran todos a que la plegaria llegara a su fin
para, tras prosternarse, marcharse enseguida?[6]
¿Has visto algo más asombroso que esto en la Romania?
150 ¿No se encuentra entre nosotros el paño de Naamán,
rey que fuera de los asirios,
por cuyo cúmulo de virtudes fue considerado capaz de obrar
¿Cómo puedes renegar de todo esto [milagros?[7]
y despreciar el poder y la mayor de las glorias?
155 Cuando todos pensaban que te enseñorearías de Egipto,
tú te has alzado como obstáculo de tu propia fortuna
al renunciar a todo por culpa de una sola romana».
Otras tantas cosas aún deseaba añadir,
cuando el joven, interrumpiendo a su madre, le habló de este [modo:

[5] En este milagro aparecen confundidas nociones musulmanas y cristianas: por una parte, los musulmanes que peregrinaban a La Meca decían que sobre la tumba de Mahoma se podía ver una luz que subía hasta el Paraíso; por otra parte, la escena aquí descrita se compadece más con la idea de que, en Jerusalén, la noche del Sábado Santo, una luz prodigiosa invadía la iglesia en el momento de la resurrección de Cristo; cf. P. Odorico, *Digenis Akritas*..., pág. 49, nota *ad loc.*

[6] Por lo que respecta a este otro milagro, tengamos en cuenta que la Kaaba era un lugar de asilo incluso para los animales. Aunque puede que, en su defecto, nos encontremos ante una evocación de *Isaías* 11, 6-7: «Morará el lobo con el cordero,/ el leopardo con el cabrito se echará;/ el ternero y el cachorro del león se cebarán juntos (...)».

[7] En este último milagro también parecen solaparse dos historias: por un lado tenemos el *mandílin*, reliquia que fue llevada a Constantinopla en el año 944, una suerte de pañuelo con el rostro de Cristo impregnado, gracias al cual Abgar, rey de Edesa, aquejado de una enfermedad incurable, habría sanado milagrosamente. Por otra parte, tendríamos la historia de Naamán (cf. *2Reyes* 5), quien, atendiendo las instrucciones del profeta Eliseo, curó su lepra sumergiéndose siete veces en las aguas del Jordán.

«Madre, todo eso bien grabado lo tengo en la mente, 160
y mientras no participé de la luz, adoraba con sinceridad
cosas realmente dignas de las tinieblas y de la perdición absoluta;
mas cuando Dios, que está en las Alturas
—Él, que voluntariamente soportó por mí la pobreza
y quiso asumir mis flaquezas—, juzgó conveniente 165
arrancarme de las fauces de la artera Bestia
y hacerme merecedor del agua de la regeneración,
a esas cosas yo renuncié por tratarse de invenciones y fábulas
y porque albergaban el fuego eterno.
Pues quienes tal reverencian, reciben siempre su castigo. 170
Yo creo en Dios, Padre de todas las cosas[8],
Creador del cielo y de la tierra y de todo lo invisible,
y en Cristo Señor, Hijo y Verbo de Dios,
engendrado por el Padre antes de todos los siglos,
luz de luz, Dios grande y verdadero, 175
que bajó a la tierra por nosotros los hombres
y nació de Su Madre, la Virgen María,
que padeció la cruz por nuestra salvación
y en la tumba que tú también honras fue sepultado[9],
para resucitar al tercer día de entre los muertos, 180
según nos enseñan las Sagradas Escrituras,
quien se halla sentado a la diestra del Padre,
cuyo reinado no tendrá jamás fin;
así como en el Espíritu Santo, que a todo da vida,
ante quien, junto al Padre y al Hijo y Verbo, yo me arrodillo, 185
aceptando el bautismo para el perdón de mis pecados,
y aguardo la resurrección de todos los muertos,
y el pago de cada uno por sus ofensas,

[8] Lo que tenemos en este verso y los siguientes es la transposición en verso del *Credo* de Nicea, el acta de fe que, en el momento de su bautismo, pronunciaba quien se convertía al cristianismo.
[9] Jerusalén, lugar santo también para los musulmanes.

y la salvación de los justos, como fue revelado,
190 y la vida eterna en los siglos por venir.
Pues quien cree en esta Santísima Trinidad
y recibe bautismo en el nombre del Padre Eterno
y del Hijo por Él engendrado en época intemporal
y del Espíritu Santo, que a todo da vida,
195 no morirá nunca, sino que vivirá por siempre.
Pero quien ignora estas cosas, dulcísima madre,
en una gehenna de fuego penará eternamente,
y allí será el llanto y el crujir de dientes» [10].

El Emir, tras pronunciar esta oración, abriendo así el camino
200 a una fe inmaculada, habló de este modo a su madre:
«Madre, yo parto de nuevo hacia la Romania,
reafirmando mi fe en la Santísima Trinidad,
pues no vale el mundo lo que una sola alma,
ya que si obtenemos todas las cosas a costa del alma,
205 no habrá provecho ninguno en la hora precisa
en la que Dios descienda del cielo para juzgar a los hombres
y disponga que cada cual rinda cuenta de sí;
la hora en la que oigamos la voz que nos ordene marchar
hacia el fuego exterior y maldito,
210 para permanecer por los siglos junto al Maligno,
por haber desobedecido Sus mandamientos.
Mas quienes creen en Cristo, como es de justicia,
y observan Sus sagrados preceptos,
refulgirán como el sol en la hora precisa,
215 y oirán la voz de su buen amo:
'Venid a heredar, benditos del Padre,
el reino celestial que os tenía previsto',

[10] En cuanto a estos dos últimos versos, cf. *Mateo* 13, 50. Por otra parte, Gehenna («valle de Hinnom», en Jerusalén) es el lugar donde se le rendía culto al terrible dios fenicio Molok, al que se sacrificaban niños arrojándolos al fuego. De ahí que con el término «gehenna» se pasara a designar el lugar de reprobación donde los pecadores sufren el fuego eterno, el infierno.

y éstos entrarán en la vida eterna;
pues es un juez justo que paga ecuánimemente.
Pero si tu deseo, madre, es hacerte merecedora de vida, 220
y ponerte a salvo del fuego y las tinieblas eternas,
apártate del vano extravío y de las fábulas forjadas,
y reconoce a Dios en Sus Tres Personas,
fundidas sin mezcla en una sola sustancia.
Mas confía en tu hijo y vente conmigo, 225
que yo seré tu padre en el Espíritu Santo,
y cuando tomes bautismo, te apadrinaré en tu regeneración».
Cuales las del Emir, así fueron las palabras de su madre,
que no obvió el excelente consejo de su hijo,
sino que, al igual que la tierra fértil tras acoger la simiente[11], 230
al instante dio fruto, pues se expresó de la siguiente manera:
«Hijo, gracias a ti creo en Dios Trino,
y contigo en buena hora me partiré a la Romania,
una vez que sea bautizada para la remisión de mis muchos [pecados
y después de agradecer el haber recibido la luz a través de ti. 235
Asimismo, los familiares allí presentes
y el resto de la gran comitiva que la había acompañado,
con un clamor unánime profesaban en Cristo:
«¡Todos marcharemos con vosotros a la Romania,
para obtener mediante el bautismo la vida eterna!» 240
Y el Emir, maravillado ante la disposición de aquéllos,
decía: «Gloria a Ti, Dios único y bondadoso,
que en absoluto deseas la destrucción del que yerra,
sino que, piadoso, aguardas su regreso hasta Ti,
para hacer a todos partícipes de tu reino». 245
Después de que tomaron consigo riquezas sin cuento,
se partieron todos a un tiempo hacia la Romania.
Y cuando alcanzaron la tierra de Capadocia,

[11] Cf. *Marcos* 4, 20.

el Emir solicitó un consejo a sus hombres:
250 «Me ha venido este pensamiento, mis bravos guerreros:
adelantarme yo mismo y presentarles en persona mis respetos,
pues, si otro se adelantara, con toda seguridad mi amada
me tildaría de perezoso e indolente».
A lo que ellos repusieron que lo correcto sería hacer eso,
255 pues justo es colmar el deseo amoroso.
Y aquél, tras juzgar conveniente su propósito,
al punto trocó su uniforme por uno romano:
un tabardo admirable, recamado en oro,
de triple seda purpúrea, resplandeciente y engalanado de grifos,
260 y un blanco y precioso turbante con letras de oro bordadas en él[12].
Marchaba a lomos de una mula baya, estrellada.
Había tomado consigo a tres de sus hombres,
y, como reza el dicho, llegó volando a palacio,
donde, sin más dilación, alzó su voz henchida de gozo:
265 «¡Dulcísima paloma mía, recibe a tu halcón
y dale solaz tras su peregrinaje!»
Al oír este grito, las sirvientas se asomaron,
y cuando vieron al Emir, le dijeron a su señora:
«¡Alégrate, señora, alégrate, que nuestro señor ha llegado!»
270 Mas como ella juzgara que no podía ser cierto
—pues a quien de repente se le presenta aquello que ansiaba,
de la gran alegría, se piensa que lo que tiene delante es un sueño—,
les respondió a sus criadas: «¡Estáis viendo visiones!»,
pero cuando iba a añadir otras cosas de este jaez,
275 de pronto vio que el joven se le aproximaba,

[12] El *epiloúrikon* es una suerte de tabardo o sobreveste que recubría la coraza, si bien se podía llevar sin ella; la vestían los altos funcionarios bizantinos. Además, el color violeta de su púrpura de triple seda con adornos de grifos y el turbante, *chrysógrammon* («con letras de oro») o *chrysógammon* («con *gammas* de oro»; símbolo de la santísima Trinidad), nos evocan los ropajes imperiales. Respecto a la simbología de grifo, monstruo mitad águila y mitad león, cabe señalar que en la Edad Media gozó de una doble naturaleza, representando ora a Cristo, ora al demonio.

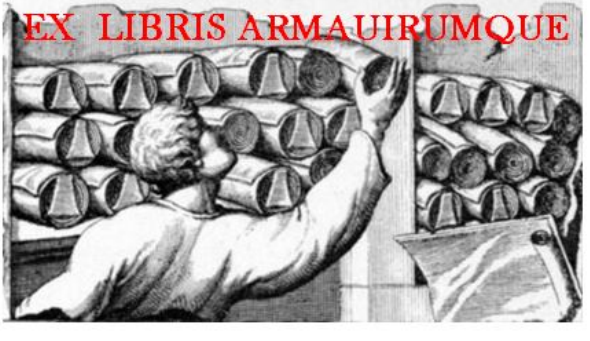
y, presa de la emoción, se quedó sin aliento.
Le rodeó el cuello con sus brazos
y, queda, se le estuvo abrazada sin que le brotaran las lágrimas.
De la misma manera también el Emir permaneció como
[transportado;
ciñendo a la joven, la estrechaba contra su pecho, 280
y enlazados se estuvieron durante horas y horas.
Y de no ser porque la esposa del general les echó agua encima,
no hubieran tardado en caer al suelo desvanecidos[13]
—pues el amor desmedido genera esta suerte de cosas,
y la alegría excesiva conduce a la muerte, 285
cosa que a punto estuvieron de comprobar—.
Apenas si eran capaces de separarlos,
pues el Emir besaba los ojos de la muchacha,
la abrazaba y le preguntaba apasionadamente:
«¿Cómo te encuentras, mi dulce luz, mi encantador cervatillo[14]? 290
¿Cómo te encuentras, mi alma querida y mi consuelo,
mi delicada paloma, mi árbol frondoso,
con su flor, nuestro retoño amadísimo?»
Y la muchacha, renovando cariñosamente su amor,
le susurró al Emir estas dulces palabras: 295
«Sé bienvenido, mi esperanza y mi soplo de vida,
mi sustento mayor, contento de mi alma.
Lo nuestro ha ido bien con la asistencia de Dios,
que nos ha concedido la merced de volver a vernos.
Mas dime ahora tú, mi señor, ¿a ti cómo te ha ido?» 300

[13] La versión E, además de prescindir de este cliché tan querido de las novelas populares bizantinas, se muestra más atrevida en este pasaje; Miguel Castillo Didier lo traduce de forma encantadora: «Y entonces cuando supieron — los hermanos de la esposa/ irrumpieron de repente — en el aposento de ellos/ y a su cuñado encontraron — junto con la hermana suya/ y hacían lo que sabéis, — lo que los amantes hacen» (E586-90; cf. M. Castillo Didier, *Poesía heroica griega...*, pág. 215).
[14] El cariñoso apelativo *damálin* significa literalmente «ternera» o «becerra».

«Muy bien –repuso– por la gracia de Cristo,
que ha iluminado el corazón de mi madre y de mis parientes
y los ha conducido a la luz de Su revelación.
Los verás dentro de poco pues vienen hacia aquí».
305 Acto seguido, tomó a su hijo entre sus brazos
y, desde lo más profundo de su corazón, pronunció estas [palabras:
«¿Cuándo, mi hermoso halcón, desplegarás tus alas,
cuándo cazarás tu perdiz y someterás a los bandidos?»[15]
Eso es lo que le dijo el Emir a su niño.
310 Una vez que todos supieron de su llegada,
corrieron a palacio para darle la bienvenida,
y estalló una gran alegría, imposible de describir.
Así, organizándose en grupos, celebraron un baile.
Mas a este contento vino a añadirse uno nuevo,
315 pues alguien se presentó anunciando la venida de la madre.
Era digno de ver cómo mujeres y hombres, todos a un tiempo,
salían en su busca junto a la esposa del general;
eran tantos que tratar de contarlos no resultaba fácil tarea
–un prodigio, en verdad, inaudito, fruto de un amor sincero.
320 ¿Quién no se emocionaría ante un hecho tal? ¿Quién no se [maravillaría
al cobrar cumplida conciencia del poder del amor;
de cómo aunó dos razas distintas en una única fe?–.
En cuanto estuvieron cerca de ellos, descabalgaron de sus [monturas
para saber de ellos por medio de atentas preguntas.
325 La nuera besaba a la suegra y al resto de los familiares,
y ésta hacía lo propio con los parientes de aquélla.
Los caballos relinchaban, complacidos ante la presencia de otros;
y la alegría que a todos embargaba cada vez era más grande.

[15] La expresión ha de entenderse también figuradamente, pues con el término «perdiz» se suele hacer referencia a la doncella amada (cf. III 53; IV 587).

Tras arribar a palacio, al punto celebraron otro convite,
y el Emir dio el bautismo a su madre, 330
siendo él en persona tanto el padrino de su regeneración
como el de todos los familiares que lo habían acompañado.
Así pues, se erigió en padre de todos en el Espíritu Santo.
Y el júbilo general se hizo mayor todavía,
pues el hijo se alegraba de que su madre hubiera abrazado su fe 335
y la madre estaba contenta por su queridísimo hijo.
Entonces el Emir dividió una parte del palacio
de modo que sus parientes tuvieran donde aposentarse.
Entre tanto, el niño crecía, Digenís el Akrita,
quien había recibido de Dios el don de una extraordinaria 340
[bravura,
de modo que cuantos lo contemplaban quedaban fuera de sí,
y se maravillaban de su inteligencia y su noble coraje,
mientras que su fama ya se extendía por el mundo entero.



CANTO IV

Aquí dan comienzo las hazañas del Akrita;
y de cómo raptó a aquella hermosa muchacha
y acerca de su casamiento versa el cuarto canto[1].

Al punto os recordaré en qué consiste el deseo,
5 pues es éste raíz y principio del amor,
del cual nace el afecto y después la pasión,
la cual, conforme va creciendo poco a poco, da frutos tales:
inquietudes perpetuas, cavilaciones y desvelos,
innumerables peligros y el alejamiento de los padres.
10 Pues la juventud, cuando se encuentra en sazón, descuaja los [corazones
y se atreve después con toda empresa nunca antes acometida;
como hacerse a la mar o no arredrarse jamás ante el fuego.
A los dragones, a los leones y al resto de fieras
la razón, fortalecida, no los toma en consideración,
15 y a los audaces bandidos los tiene en menos de nada.
Cree que las noches son días y los desfiladeros llanuras,
que la vigilia es descanso y cortas las largas distancias.
Muchos también reniegan de su fe por causa de la pasión,
mas que ninguno de vosotros considere esto increíble,
20 pues os voy a presentar a un testigo encomiable,

[1] En efecto, después del llamado «Cantar del Emir», comienza la «Digenida», es decir, el poema de Digenís propiamente dicho.

a un Emir del más noble linaje y primero de Siria,
poseedor de una encantadora belleza y de un fiero coraje,
así como de una asombrosa estatura y una fuerza descomunal.
Tan es así que se le consideraría un segundo Sansón,
ya que éste mostró su excelencia al desgarrar un león con sus 25
pero aquél mató una cantidad infinita de ellos. [manos[2],
Cesad de escribir sobre Homero y sobre las historias de
[Aquiles,
e, igualmente, de aquéllas de Héctor, que todas son falsas[3].
Alejandro de Macedonia, brioso en su temple[4],
con la ayuda de Dios llegó a ser dueño del mundo, 30
pero el Emir, con la firmeza de su espíritu, reconoció a Dios,
y con ello se hizo poseedor de bravura y coraje.
Los del viejo Filopappo, Cinnamo y Ioannakis[5],
no son hechos en absoluto dignos de reseñar,
pues ellos se vanagloriaban sin haber hecho nada. 35
Por el contrario, los del Emir, verdaderos son todos, y de ellos
Su abuelo era Ambrón, y tío suyo Caroes, [hay testimonio.

[2] Por segunda vez se vuelve a comparar al Emir con Sansón (cf. II 200); ahora para recordar que el héroe bíblico despedazó un cachorro de león que le asaltó en los viñedos de Timná, y del que, días después, recogió la miel que se había formado en su cadáver (cf. *Jueces* 14, 5-11).

[3] Homero seguía ejerciendo su influencia, no sólo como cantera de personajes heroicos (pero mirados bajo otros prismas o reducidos a arquetipos), sino también en lo que se refiere a la imitación de su estilo, sus figuras y su vocabulario. No obstante, no faltaron voces que se alzaran contra su poesía. Como es sabido, Aquiles es el más grande de los guerreros que asediaron Troya, y el que dio muerte al principal baluarte de la ciudad, Héctor.

[4] La enorme figura de Alejandro de Macedonia estaba muy presente en el imaginario bizantino, no sólo a través de la popular *Vida de Alejandro*, sino también por medio de las noticas veterotestamentarias (cf. *1Macabeos* 1, 1-9; 6-2) y de las crónicas sobre su persona. Por otra parte, hay muchas circunstancias que conectan a nuestro héroe con Alejandro, a saber: su vinculación a dos mundos ya desde sus nacimientos, sus hazañas de juventud, su enfrentamiento con una amazona y su temprana muerte después de tomar un baño.

[5] Cf. Introducción, pág. 35.

quienes le dotaron de tres mil excelentes lanceros;
sojuzgó Siria entera, sometió Kufah,
40 para llegarse después a las tierras de la Romania,
donde saqueó muchas fortalezas en el país de Heracles,
y asoló Carsiana y también Capadocia.
A los Ducas les arrebató a su noble y dulce hija
y, debido a su admirable belleza y a su tierno talle,
45 renunció a todo, a su fe y a su gloria,
y por ella se hizo cristiano ortodoxo.
Así, quien en tiempos fuera enemigo, esclavo se vio de los [romanos.
He aquí que de ellos nació un hijo realmente hermoso,
que recibió el nombre de Basilio en el momento de su [nacimiento,
50 pero Digenís también es llamado por mor de sus padres,
pues por su padre es gentil y por su madre romano.
Llegó a ser temible, como demostrará este canto,
y recibió el sobrenombre de Akritas por haber sometido las [fronteras.
Por la línea de los Cinnamades, su abuelo era Antacino,
55 el cual murió en el destierro al que le confinó el Emperador
Basilio el Bienaventurado, el gran Akrita[6].
Sus posesiones fueron inmensas, y su fama sin par,
y, como general, había gozado de gran reputación entre todos.
Su abuela, la esposa del general, era una noble Ducas.
60 Asimismo tenía por tíos a los admirables hermanos de su madre,
quienes por su hermana se batieron en duelo contra
el formidable Emir, que acabaría siendo su padre.
Brote era, pues, de una rama de nobles romanos,

[6] Hay quienes identifican a este Basilio con Basilio I, que fue emperador entre los años 867 y 886 (cf. H. Grégoire, «Le tombeau et la date de Digénis Akritas», *Byzantion* 6 (1931), 488-489, recogido en *Autour de...*). J. Mavrogordato, en cambio, piensa que se trata de Basilio II *Bulgaróctono* (cf. *Digenes Akrites...*, pág. LXXXII).

y llegó a ser célebre por sus hazañas.
Hazañas que habremos de referir de aquí en adelante. 65
He aquí que nuestro admirable Basilio Akritas
desde niño fue confiado por su padre a un tutor,
y durante tres años enteros se dedicó a sus estudios[7],
en los que, por su viveza de espíritu, adquirió multitud de
[conocimientos.
A partir de entonces, como ansiaba montar a caballo y cazar, 70
se consagró cada día a esas tareas junto a su padre.
Hasta que, por fin, un día le dijo:
«Padre y señor, mi alma arde en deseos
de medirse en combate contra las fieras;
si amas verdaderamente a tu hijo Basilio, 75
partámonos al lugar donde ellas se encuentran
y comprenderás cabalmente la razón de mi constante
[desasosiego».
Y el padre, al escuchar de su queridísimo hijo tales razones,
se sintió orgulloso en su espíritu y contento en su corazón,
y con gran alegría lo colmó de besos: 80
«Amadísimo hijo, mi alma y mi corazón,
admirables son tus palabras, y agradable tu disposición;
sólo que aún no ha llegado el momento de que te batas con fieras,
pues luchar contra ellas es lo más peligroso,
y tú aún tienes doce años y no has entrado en la mocedad; 85
aún no estás en sazón de combatir a las bestias.
Quítate, hijo dulcísimo, esa idea de la cabeza,
no sea que recojas tus bellas rosas antes de tiempo,
que cuando, quiéralo Dios, te hagas un hombre,

[7] Estas *grámmata* no irían más allá del aprendizaje, en primer lugar, del nombre y de la forma de las letras, así como de la escritura y memorización de máximas edificantes. En una segunda etapa se adquirirían nociones básicas de gramática y se abordaría la lectura, con su correspondiente memorización y comentario, de breves fragmentos poéticos, normalmente de Homero. A los catorce años recibirían lecciones de retórica (cf. R. Browning, «El profesor», en G. Cavallo (ed.), *El hombre bizantino...*, págs. 125-152).

90 entonces fuera de discusión estará que te enfrentes a ellas».
Mas he aquí que cuando lo escuchó el noble niño,
se estremeció hondamente y quedó herido en su corazón;
y con lágrimas en los ojos le dijo a su padre:
«Padre, si he de mostrar mi bravura cuando sea mayor,
95 ¿qué provecho sacaré de ello? ¡Eso es lo que hacen todos!
¡Ahora es cuando quiero ser celebrado para dar lustre a mi [linaje!
Por lo demás, mi bienhechor, te garantizo
que en mí tendrás un gran servidor, el más valeroso,
tu aliado y tu auxilio en todas las guerras».
100 Y el padre, ante el entusiasmo del joven, acabó consintiendo
—pues la nobleza de temple se revela desde la infancia—.
Al día siguiente, tomando consigo al hermano de su mujer,
el que había nacido el último, el áureo Constantino,
y también a su hijo, el noble Akrita,
105 así como a un puñado de caballeros escogidos de entre sus [hombres,
se partieron al punto hacia el bosque atravesando un marjal.
En la distancia avistaron unos ferocísimos osos:
se trataba de un macho, una hembra y de sus dos oseznos.
Su tío le dio una voz: «¡Hora es, Basilio, de verte actuar;
110 mas lleva tan sólo una maza, no cojas la espada,
que en nada es loable combatir a los osos con ellas!»
Y era un extraño prodigio, estremecedor a la vista de quienes [miraban,
pues el niño, en cuanto escuchó la voz de su tío,
al instante echó pie a tierra y se aflojó el cinturón,
115 se despojó del tabardo —hacía mucho calor—,
se ajustó, ceñido, el faldón con el cinto,
y después de calarse un pequeño gorro en la testa,
como un relámpago se deshizo de la coraza.
Nada llevaba, sino un simple bastón,
120 mas tenía gran fuerza, y una velocidad en consonancia;
y cuando se encontraba ya cerca de donde estaban los osos,
la hembra salió a su encuentro por defender con celo a sus crías,
y con un violento rugido se lanzó contra él.

Mas él, inexperto como era en batirse con fieras,
no se giró hacia atrás para asestarle un mazazo, 125
sino que resueltamente se abalanzó sobre ella y la asió por el [medio:
hasta que, oprimiéndola con sus brazos, la asfixió al instante
y el animal escupió las entrañas por la boca.
Entre tanto, el macho había huido hacia el interior del marjal,
por lo que su tío le voceó: «¡Mira, hijo, no se te escape!» 130
Así pues, soltó su maza con gran rapidez,
y, volando como si de un águila se tratara, dio alcance a la fiera.
El oso se revolvió contra él y, abriendo sus grandes fauces,
se precipitó sobre la cabeza del joven con la intención de [arrancársela;
pero el muchacho lo asió con presteza por las mandíbulas 135
y, sacudiéndose a la bestia, la arrojó contra el suelo y la mató:
le estranguló la garganta y le rompió el espinazo,
y al instante exhaló su último aliento a manos del joven.
Alertado por los bramidos de los osos y el batir de sus patas,
un venado saltó en medio del pantanal. 140
El Emir gritó: «¡Cógelo, hijo, enfrente de ti!»
Y en cuanto escuchó a su padre salió como un leopardo
y en unas pocas zancadas dio alcance a la corza;
la prendió por las patas traseras,
y, tras derribarla, la partió en dos mitades. 145
¡Quién no se habrá de admirar de la grandeza de los dones de [Dios!
¡Quién no habrá de exaltar su incomparable poder!
¡Acción en verdad inaudita, hecho que confunde el espíritu!
¡De qué forma, sin caballo, el muchacho dio alcance a la cierva!
¡Cómo dio muerte a los osos con las manos desnudas! 150
Se trata, en verdad, de un don de Dios y de la diestra del [Altísimo.
¡Oh pies hermosísimos, rivales de las alas,
capaces de vencer increíblemente en velocidad a una gacela
y de doblegar la fuerza de las fieras más espantosas!
Al ver estas cosas los que se hallaban presentes, 155

conmocionados ante el prodigio, se decían unos a otros:
«¡Madre de Dios, qué espectáculo nos ha dado a presenciar este [joven!
No es un ser de los que existen en este mundo:
Dios lo ha enviado para mostrárselo a los valientes,
160 para que vean cómo disfruta, cómo combate y cómo corre».
Pero he aquí que, mientras hablaban su padre y su tío,
un león gigantesco surgió del juncar,
y al punto se volvieron para mirar a su pequeño compañero
y lo vieron en el marjal arrastrando a las bestias.
165 Con la diestra arrastraba a los osos que había matado,
mientras que con la mano izquierda iba tirando de la cierva.
Su tío le gritó: «¡Ven aquí, hijo!
¡Deja esas fieras muertas, que aquí tenemos otras vivas,
ante las cuales se ponen a prueba los hijos de los nobles!»
170 Y el niño le respondió con estas razones:
«Si es voluntad de Dios, que todo dispone,
si cuento con la bendición de mi padre y de mi hermosa madre,
a ése de ahí, como a estos dos osos, también verás muerto».
Y, con el fin de abatirlo, se lanzó sobre el león sin cuchillo.
175 Pero su tío le dijo: «¡Coge tu espada,
que éste no es un ciervo que puedas partir en dos!»
Y al punto el joven profirió esta respuesta:
«Para Dios no es imposible, mi tío y señor,
entregarlo, como hizo con aquél, a mis manos».
180 Y, empuñando la espada, se fue hacia la fiera,
mas, cuando se hallaba a su lado, el león pegó un brinco,
y golpeándose los lomos conforme movía la cola
en medio de feroces rugidos, se lanzó contra el joven.
Por su parte, el muchacho, manteniendo su espada en lo alto,
185 le golpeó de lleno en mitad de la testa,
y de arriba abajo se le abrió la cabeza hasta la paletilla.
Y a su tío le dirigió Digenís estas palabras:
«¿Ves, mi áureo señor, la grandeza de Dios?
¿No yace mudo y muerto como los osos?»

Su padre y su tío lo colmaron de besos 190
en sus manos y en sus brazos, y en sus ojos y pecho,
y, alegres los dos, le hablaron de esta guisa:
«Quienquiera que contemple tu apuesta figura y tu belleza,
queridísimo hijo, no podrá, en verdad, albergar duda alguna,
sino que con toda firmeza admitirá tus hazañas». 195
En efecto, el joven gozaba de un gallardo semblante,
de cabellos rubios y rizados, de ojos hermosos.
El rostro, blanco y rosado; sus cejas, negrísimas;
y su pecho, como el cristal, tenía una braza de anchura.
Su padre, al mirarlo, se henchía de orgullo, 200
y lleno de contento le decía con gran placer:
«El calor es intenso, ya es mediodía,
y a estas alturas las fieras se ocultan en el marjal;
marchemos también nosotros allí que hay agua fresca,
para que limpies tu cara de todo el sudor 205
y para que te mudes de ropa, pues ésa está manchada
de los espumarajos de las bestias y la sangre del león.
Yo, tres veces feliz como soy por tenerte como hijo,
te lavaré los pies con mis propias manos.
A partir de ahora, desterraré toda inquietud de mi alma, 210
y andaré sin cuidado de dónde te envío,
ya sea a incontables correrías o contra las guarniciones
[enemigas».
Al punto marcharon todos hacia un manantial.
El agua estaba estupenda, fría como la nieve,
y, sentados alrededor, le lavaban unos las manos, 215
otros la cara y, asimismo, los pies.
El agua manaba del venero y ellos bebían ansiosos
pensando que de esa forma también llegarían a ser valientes.
Acto seguido, el muchacho cambió sus vestidos
y se puso una fina prenda con la que se encontraba más fresco. 220
Por encima se echó una escarlata con ribetes de oro
y perlas engarzadas en ellos.

El cuello, guarnecido de ambar gris y de almizcle,
y en lugar de botones tenía hermosas perlas.
225 Los ojales estaban cosidos con oro puro,
llevaba espléndidas calzas, engalanadas con grifos;
las espuelas engastadas con piedras preciosas,
y sobre las filigranas de oro figuraban rubíes.
Mas he ahí que todo el afán del noble muchacho
230 era regresar con su madre para que no se afligiera por él,
por lo que forzó a todos a montar a caballo.
Ensilló otra montura, blanca como una paloma,
enjaezadas sus crines con piedras preciosas
y cascabeles de oro entre las gemas,
235 y tantas sonajas elevaban un tintineo
agradable y maravilloso que a todos arrebataba.
Sobre la grupa llevaba un paño de seda verde y rosado
que recubría la silla para que no se llenara de polvo.
Bridas y silla remachadas con clavos de oro,
240 la entera labor guarnecida con perlas.
El caballo se mostraba fogoso y ansioso por caracolear,
y el niño diestro en su doma.
Cuantos miraban, se maravillaban del joven aquel,
de cómo el caballo hacía tornos a voluntad del muchacho,
245 y de la forma en que éste se sujetaba a la silla, como una [manzana al árbol.
Se dieron prisa, por tanto, en partirse a palacio;
sus compañeros marchaban en formación por delante,
por detrás le seguían su tío y su padre,
y en medio iba el joven, luciendo como el sol.
250 Enarbolaba una lanza en su mano derecha,
árabe y verde, y acabada en un dorado pendón.
Era encantador a la vista, y de trato delicioso,
almizcle en su mirada, enteramente embriagador[8].

[8] En este preciso punto, en el que, después de la cacería, el héroe emprende el camino de regreso a casa, la versión G pasa sin solución de continuidad al lla-

Cuando llegaron juntos y entraron en palacio, Z1539
comieron, bebieron y se deleitaron día tras día. Z1540
Mas he aquí que su padre, el Emir, desde aquellos tiempos,
conforme los años discurrían con el sol alrededor del
[firmamento,
vivía reflexionando acerca de los caminos del Señor,
y encontraba cada día gran solaz en compañía de su esposa,
y también de su hijo y todos sus amigos; Z1545
hasta que llegó al umbral de la vejez
y decidió dejar para su hijo todos los hechos audaces.
Así, cuando el noble y hermoso Digenís
alcanzó la plenitud de su mocedad
y pasó a ser contado entre los hombres como un cumplido varón, Z1550
entonces, un día, saltó a lomos de su caballo y se echó a
Tomando la lanza y la maza que poseía, [cabalgar.
convocó a su gente y la llevó consigo,
y, mientras cubrían la etapa con fatiga,
oyó hablar de ciertos bandoleros[9], audaces en demasía, Z1555
que dominaban los desfiladeros y acometían bravas empresas,
y se apoderó de él un enorme deseo por conocerlos.
Así, partiéndose a solas, halló un carrizal
en cuyo interior se encontraba un pavoroso león, despellejado
a manos de Ioannakis, aquel formidable héroe. Z1560
Cuando Digenís Akritas vio al león,
exhaló un suspiro desde el fondo del alma y se expresó de este
«¿Cuándo veréis, ojos míos, a esos valientes?» [modo:
Mas he aquí que se topó con el azacán de los bandidos
y comenzó a interrogarle acerca de ellos. Z1565

mado episodio del cortejo. Estemos o no ante una laguna, entre ambas escenas se ha venido introduciendo el pasaje correspondiente de la versión Z (vv. 1539-1629; 1637-1645; según el texto establecido por Trapp). Aunque en un encuentro posterior ni el Akrita ni los *apelátai* parecen guardar memoria de lo aquí acontecido, hemos querido reflejar el episodio.

[9] Hemos adoptado la traducción de «bandolero» para *apelate*.

Al punto a Digenís le contestó el aguador:
«¿Qué quieres de los bandoleros, buen joven?»
Y él a su vez le respondió al aguador:
«Pretendo llegar a ser uno de ellos».
Z1570 Entonces el azacán se hizo seguir de Digenís y marcharon
al interior de la temible y misteriosa guarida de los bandidos.
Allí encontró a Filopappo recostado en un lecho;
por todas partes, en revoltijo, había pellejos de muchas fieras.
El joven Basilio Akritas le hizo una reverencia,
Z1575 se arrodilló ante él y le presentó sus respetos,
y el viejo Filopappo le respondió de esta guisa:
«¡Se bienvenido, joven; a no ser que seas un traidor!»
A lo que Basilio replicó de este modo:
Z1580 «No soy un traidor, antes bien, pretendo llegar a ser,
precisamente con vosotros y en este campamento, un [bandolero».
El anciano, cuando lo oyó, se disculpó de esta forma:
«Si tienes a gala, jovencito, llegar a ser bandolero,
toma esa maza y bájate a montar guardia:
si eres capaz de ayunar durante quince días,
Z1585 lograr que el sueño no haga presa en los párpados de tus ojos,
y, después de esto, salir a matar leones
y traernos aquí las pieles de todos;
si eres capaz de bajar a hacer guardia de nuevo,
y si, cuando pasen príncipes con un gran séquito,
Z1590 escoltando a la novia y al novio, puedes arrojarte en mitad
y apoderarte de la recién desposada para traerla hasta aquí,
entonces, ten la certeza absoluta de que te convertirás en [bandolero».
Digenís, conforme terminó de escucharle, esto fue lo que le [contestó:
«¡No me vengas con ésas, anciano, que eso ya lo hacía de chico!
Z1595 Sólo te digo una cosa, audaz Filopappo:
atraparía una liebre que fuera corriendo monte arriba,

y, con tal de estirarme, cogería una perdiz que volara a ras del
[suelo»[10].
Entonces Filopappo ordenó a sus bandoleros
que acercaran un taburete de plata para que se sentara el Akrita.
Ante él dispusieron una espléndida mesa Z1600
y todos comieron y bebieron plácidamente.
Acto seguido, cada uno de ellos comenzó a contar
que era capaz de enfrentarse a un gran número de valientes.
Filopappo, después de escucharlos, le preguntó al Akrita:
«¿Y tú, buen joven, a cuántos eres capaz de tumbar?» Z1605
A lo que Basilio, al punto, le respondió de esta forma:
«Venid, muchachos, cojamos las clavas
y marchemos todos a la explanada,
para que cada cual enfrente su maza a las del resto,
de suerte que el que venza obtenga en galardón la maza del Z1610
[otro».
Entonces aquéllos cogieron sus clavas;
el formidable Cinnamo junto a Ioannakis,
y, con éstos, Digenís, en compañía de muchos otros.
Todos bajaron a la explanada
y cada cual chocó su maza con otro. Z1615
En ese momento, nuestro formidable Basilio Digenís
echó mano a su maza y se situó en el medio;
a unos golpeaba con la clava, pero a otros con los puños
hasta que empezaron a flojear los brazos de todos aquellos
[valientes.
Y cuando Digenís recogió las mazas, Z1620
se fue hacia el anciano para decirle estas cosas:
«Toma las mazas de todos tus bandoleros, Filopappo;
y si no te basta con esto, te haré a ti lo mismo».
Tras ejecutar esta hazaña, el formidable Akrita
regresó al sendero donde se hallaba su gente Z1625

[10] Cf. *CA*, 35-36, para dos versos prácticamente idénticos.

y, acto seguido, partieron todos hacia palacio.
Digenís se estuvo contento durante todos sus días,
el asombroso Basilio, gloria de los valientes,
Z1629 y ante él todos se estremecían a consecuencia de sus combates.

Z1637 Por lo demás, preciado amigo, te referiré también esto:
en aquella sazón el gallardo Ducas,
formidable general de buena parte de la Romania,
Z1640 tenía una hija preciosa llamada Eudocia[11],
cuyo nombre oía el Akrita en cada ocasión,
pues su belleza era inmensa y su linaje ilustrísimo.
Un día saltó a lomos de su caballo y se echó a cabalgar,
tomó consigo a sus hombres y los llevó de caza.
Z1645 Acabada la cacería, volvieron a palacio.

G254 Mas he aquí que el palacio del general se hallaba en el
255 y cuando estuvo cerca, entonó esta canción: [camino
«Cuando un joven valiente se enamora de una muchacha
[hermosísima,
cuando pasa a su lado y contempla su belleza,
su corazón se ve domeñado y ya no desea seguir vivo en el
[mundo».
Los que se encontraban en palacio, al escuchar el dulce son,
260 se quedaron transportados, como el famoso Ulises cuando,
a bordo de su barco, escuchó el canto de las Sirenas[12].
Tampoco la muchacha hizo oídos sordos al joven,
bella como era, famosa y de gran renombre,
de inconcebible hermosura y linaje ilustrísimo.

[11] Ése es el nombre de la futura esposa del Akrita según la versión T (cf. T1103) y A (cf. A2045), mientras que en la que nosotros seguimos se la llama simplemente *kórē*, «la Muchacha» por antonomasia. No en vano la edad mínima para el matrimonio de una joven eran los doce años; cf. A.-M. Talbot, «La mujer», en G. Cavallo (ed.), *El hombre bizantino...*, pág. 160.
[12] Cf. *Odisea* XII 37-200.

Sus bienes, sus posesiones y demás riquezas 265
imposibles eran de enumerar o de imaginar siquiera.
Su sola mansión, nadie sería capaz de ensalzarla,
pues toda ella era de mármol y oro, por entero cubierta de [mosaicos.
Los aposentos privados en que moraba la joven,
todo de oro por fuera y taraceados completamente de piedras, 270
recibían el nombre de «cámara de la doncella».
Así pues, cuando nuestra rica y encantadora muchacha
vio al joven, tal como estoy refiriendo,
se le inflamó el corazón y ya no quería seguir viva en el mundo;
el dolor prendió en ella, como es natural, 275
pues la belleza hiere más hondamente que un dardo
y a través de los ojos penetra hasta el alma.
Quería apartar sus ojos del joven,
mas como, a su vez, no deseaba alejarse de su hermosura,
hasta él arrastró una mirada claramente vencida. 280
Entonces, a su nodriza le dijo quedamente al oído:
«Asómate, aya, y mira qué joven tan gallardo;
admira su asombrosa figura y su porte increíble.
Ojalá mi señor padre quisiera tomarle por yerno,
pues ganaría, créeme, un yerno como otro no hay». 285
Ella permaneció contemplando al joven desde la ventana,
y el joven, en su ignorancia, lanzó esta pregunta:
«¿De quién es esta gran y majestuosa morada?
¿No pertenece a ese célebre general del que tanto se habla?
¿Habita aquí, acaso, esa joven muchacha tan afamada?» 290
«Así es, dulcísimo hijo –respondió su padre–,
y por su causa han perdido la vida muchos nobles romanos».
«¿Y cómo es, padre, que murieron?», preguntó de nuevo el [muchacho.
«Planearon, hijo, raptar a la joven,
por mor de la encantadora hermosura que, dicen, posee. 295
En cuanto el general, el padre de la muchacha, supo quiénes [eran,

les tendió una emboscada y acabó capturando a todos ellos:
a unos los decapitó, y a otros los dejó ciegos[13];
pues es inmenso su poder y su fama en esta región».
300 Digenís, exhalando un suspiro, le dijo a su padre:
«Reza, padre, por que no me venga la tentación de raptarla,
que a mí nunca me han arredrado las emboscadas.
Pero sólo te ruego una cosa, si te parece razonable:
que convenzas al general para que emparentemos,
305 de suerte que si se aviene a tomarme por yerno,
lo tendré yo por suegro de acuerdo con su propia voluntad.
En caso contrario, padre, ya sabrás en qué acaba esto».
«Muchas veces se lo he declarado, dulcísimo hijo,
mas no se deja convencer para que dé su consentimiento».
310 Mientras tales cosas le decía el padre a su hijo,
el joven observó a la muchacha a través del vano de la ventana,
y, deteniendo su mirada en ella, no siguió hacia adelante,
pues el estupor se había adueñado de él y se le había turbado el [corazón.
Arreó su montura y, aproximándose a la doncella,
315 dulcemente le habló estas razones:
«Muchacha, hazme saber si me tienes en tu pensamiento
y si deseas vivamente que te tome por esposa.
Pero si tu mente anda puesta en otra parte, no te suplicaré [más».
Mas he aquí que la niña le hizo un ruego a su nodriza:
320 «Baja, mi buen aya, y dile esto al muchacho:
'Te prometo por Dios que me has llegado al alma,
pero desconozco, joven, de qué familia procedes.
Si eres Basilio Digenís el Akrita,
perteneces, entonces, a una de las más nobles y ricas,
325 y eres pariente nuestro por la línea de los Ducas.
Pero mi padre, el general, ha ordenado montar guardia por ti,

[13] Cf. *Poema de Belisario*.

pues ha oído hablar mucho de tus hazañas.
Así que ten cuidado, joven, y no corras riesgos por mí,
no vayas a ser despojado de tu ternísima juventud,
porque mi despiadado padre no va a tener clemencia contigo'». 330
A su vez el muchacho repuso a la joven:
«Asómate, luz de mis ojos, para que pueda admirar tu belleza,
para que embargue mi corazón tu amor infinito.
Joven soy, como ves, y no sé qué es la pasión,
y menos aún conozco los senderos del amor. 335
Pero si el deseo de ti penetra en mi alma,
ya pueden tu padre, el general, y sus deudos
y cuantos tiene a su lado convertirse en flechas
o resplandecientes espadas, que no podrán herirme jamás».
No se veía que la conversación llegara a su fin. 340
Entre tanto, la pasión les incitaba a actuar licenciosamente,
pues la pasión, soberana que es, somete los pensamientos,
subyuga la razón, como el cochero al caballo,
y por eso quien la padece no guarda el decoro;
no siente vergüenza ante sus parientes ni se consterna ante sus 345
[vecinos,
sino que, esclavo del amor, se torna del todo desvergonzado.
Eso es lo que en ese momento sentía la joven doncella,
cuando, levemente, se asomó a través del quicio de oro:
la hermosura de sus facciones deslumbró los ojos del héroe,
quien no pudo contemplar nítidamente a la hija del sol, 350
pues un resplandor parecía nacerle en mitad de su rostro[14].
En verdad la muchacha se asemejaba a una imagen pintada:
la mirada, brillante y serena; su cabello, rubio y rizado;
sus negrísimas cejas, de un negro sin mezcla;
como la nieve su tez, coloreada en las mejillas 355

[14] Que el rostro de la joven hermosa lance destellos como el sol constituye un lugar común novelístico; cf., por ejemplo, Caritón de Afrodisias, *Quéreas y Calirroe*, IV 1, 9. Por otra parte, el apelativo de «hija del sol» es frecuente, no sólo aquí (IV 635, 807 y VI 134), sino en toda la literatura popular bizantina.

como las púrpuras exquisitas que tanto estiman los
[emperadores.
De modo que, así contemplándola, nuestro formidable joven
resultó herido al instante en el alma, abatido en su corazón,
y, sufriendo un dolor infinito, quieto se tuvo en su tormento.
360 Mas he aquí que la noble doncella, viéndolo de esta guisa,
no permitió que permaneciera afligido durante más tiempo,
sino que rápidamente le hizo partícipe de su amor,
que rebosaba una inmensa alegría y se mezclaba con el placer.
Confiándole su anillo, le dijo:
365 «Ahora, amigo, marcha contento y no me pongas en el olvido».
Y él, acogiendo el anillo en su propio regazo,
al punto le dijo en respuesta: «Espérame mañana».
Enteramente henchido de gozo se puso en camino con todos
[sus hombres,
y nada más arribar a palacio comenzaron sus inquietudes,
370 y a Dios suplicaba con todo su corazón, diciendo:
«Señor Dios, atiende mi ruego:
haz que el sol se ponga y que salga la luna
para que sea mi aliada en esta empresa,
puesto que completamente a solas deseo emprender el
375 Y en privado le dijo a su caballerizo mayor: [camino»[15].
«¡Quítale los arreos a esa montura y enjaézame al negro;
cíñele dos cinchas y doble gamarra,
cuelga a la silla mi magnífica espada y mi maza
y colócale un freno pesado para que gire con rapidez!»
380 Llamado para la cena, no probó bocado,
y ni siquiera quiso gustar la bebida,

[15] Ir o no acompañado puede marcar la frontera entre la fuga y el rapto, severamente castigado, este último, por la legislación bizantina, cf. C. Jouanno, *Digénis Akritas...*, pág. 233, que nos remite a Laiou, «Sex, Consent and Coercion in Byzantium», en A. Laiou (ed.), *Consent and Coercion to Sex and Marriage in Ancient and Medieval Societies*, Washington, Bumbarton Oaks, 1993, págs. 109-221.

pues en su mente daba vueltas a la muchacha, recreando su
Unas veces, en su desasosiego, no la deseaba, [belleza.
otras, se imaginaba que sus esperanzas eran fundadas,
y a todos les daba la impresión de estar sumido en un sueño. 385
También su madre lo contemplaba extrañada:
«¿Qué te sucede, hijo mío, para entristecer de este modo mi [alma?
¿Acaso has tenido un encuentro con una fiera y el miedo te ha [turbado?
¿Acaso te ha hechizado un demonio al comprobar tu bravura?
Cuéntamelo sin tardanza; no aflijas más mi espíritu, 390
pues quien esconde su enfermedad, acaba consumido por ella».
«Ni con una fiera me he tropezado –respondió el joven–
ni zozobra alguna turba mi alma,
y, si es que alguien me ha hechizado, maldíceme a mí, no a ella,
pues no ha obrado mal alguno ya que me encuentro 395
[perfectamente».
Acto seguido, se levantó y se fue directamente a sus aposentos,
y, despojándose de sus botas, cogió su cítara
y al principio se puso a tañer sus cuerdas con las manos [desnudas
–no en vano había sido bien instruido en lo tocante a la
y, tras haberla afinado, la tocó susurrando[16]: [musica–, 400
«Quien tiene cerca a su amor, no se ve privado del sueño,
mas quien ama en la distancia, no malgasta las noches.
Yo, que amo a lo lejos, con premura me he de partir,
para no afligir más mi alma, que por mí permanece en vela».
Y en cuanto el sol se puso y apareció la luna, 405
partió solitario a caballo, llevando su cítara.
Brioso era el negro corcel, la luna daba la luz del día.

[16] Toma la cítara y la templa con las manos desnudas, *psilaîs chersí*, esto es, sin púa o plectro (cf. Aquiles Tacio, *Leucipa y Clitofonte*, I 5, 4), o bien, sin acompañamiento de voz (cf. el *psiloîs lógois* de Platón, *Banquete*, 215c).

Al alba, alcanzó los aposentos de la muchacha.
Mas he aquí que ella, como había pasado la noche esperando [despierta,
410 con el amanecer le habían flaqueado las fuerzas y había cedido [al sueño.
Entonces, el noble muchacho, al no verla,
se sintió muy triste y profundamente turbado:
fementidas razones golpeaban su corazón,
insoportable era el pesar que sufría y su dolor insondable,
415 y se decía a sí mismo: «¿Es, tal vez, que se ha arrepentido?
¿Teme acaso que sus padres la descubran?
Ante eso, ¿qué consejo he de tomar? ¿Cómo saber la verdad?
Mi mente se encuentra sumida en gran confusión, no sé cómo [obrar,
pues, si la llamo, habrá quien me oiga gritar,
420 los centinelas saldrán y me encontrarán aquí.
Seré descubierto antes de llevar a cabo el empeño de conseguir [a mi amada,
de manera que no me resultará fácil volver a ver a mi amor;
entonces, ¿qué provecho obtendré de seguir con vida en el [mundo?»
Mientras que se decía estas cosas, violentamente abatido,
425 juzgó conveniente empezar a tocar la cítara,
para comprobar de ese modo aquello que se temía:
«Para probar a la muchacha –se dijo–, salvaguardándome yo,
pondré entre nosotros a esta cítara como aliada,
y se cumplirá la voluntad de Dios con certeza»[17].
430 Así, tras templar su instrumento, lo pulsó con la púa
y ejecutó un aire dulcísimo al tiempo que susurraba:
«¿Cómo entregaste al olvido, corazón, nuestro joven amor
y tierna y plácidamente dormiste, libre de todo pesar?
Despierta, rosa todo ternura, manzana olorosa:

[17] En las *canciones akríticas* en las que Digenís rapta a una doncella, siempre lleva consigo un laúd mágico como elemento fundamental para llevar a cabo la empresa.

ha salido ya el lucero del alba, marchémonos de aquí». 435
Y la muchacha, al oír el dulce son de la cítara
saltó de la cama, se ciñó el cinturón
y, asomándose por el vano, le dijo al joven muchacho:
«Te reprocho, mi amor, que hayas tardado tanto[18],
y siempre lo haré si te muestras tardo e indolente; 440
en cuanto a la cítara que acabas de tañer, no pareces saber dónde [estás,
mi buen amigo, porque si mi señor padre te descubre, te habrá
y morirás por mi causa, ¡fatal injusticia! [de castigar,
Dios, que conoce todos los secretos, sabe
que en mi corazón ha arraigado el amor hacia ti, 445
y sentiría tu fracaso como una desgracia.
Ponte a salvo, mi alma, antes de que llegue la mañana,
y acuérdate siempre de mí, que tanto te quiero,
pues no he de marchar contigo, apuesto joven.
Sé que te inflama la pasión y un amor extraordinario, 450
y que la razón te empuja a morir por mí,
mas si me haces errar y me marcho contigo,
si de ello se aperciben mis hermanos y deudos,
y, en compañía de los suyos, te da alcance mi padre,
¿cómo podrás arrancarme de ellos y salvar tú la vida?» 455
Apenado, el formidable muchacho, le repuso a la joven:
«Alabo tus reparos, noble doncella,
pues contemplando lo adverso de la situación venidera,
con sabias razones has acabado escogiendo lo más provechoso.
Mas he aquí que de mis hechos nada conoces, 460
pues si tuvieras conocimiento de mis hazañas,
jamás dirías que tus hermanos y deudos
me atraparían y me abatirían, ni que por mí habrías tú de sufrir.
Pero ten por cierto y seguro una cosa, alma mía:

[18] Se dirige a él con el mismo apelativo de II 132, *kýrka*; cf. nota *ad loc.*

465 que estoy empeñado en derrotar ejércitos yo solo,
en vencer escuadrones y domeñar su poder.
Y por lo que respecta a tu padre y sus hombres,
así como a tus hermanos y sus parientes,
los tengo por niños de pecho, en absoluto a tener en cuenta.
470 Solamente una cosa deseo saber de tus labios:
si ardes en deseos de acompañarme.
En tal caso, deberíamos abandonar los estrechos caminos antes [del alba,
pues las veredas y las sendas angostas guían a los valientes [hacia la muerte,
pero en los llanos, hasta los cobardes se vuelven audaces.
475 Mas si tal vez has mudado de parecer y has elegido a otro
y por eso arguyes tales pretextos,
¡te juro, por los santos Teodoros, mártires de Cristo,
que ningún otro, mientras yo siga con vida, será llamado esposo [tuyo!»

En respuesta, la que era bella como el sol le dijo al [muchacho:
480 «Eres, amado mío, un completo novato en cuestiones de amor
y de afectos, por tratarse, según me dijiste, de tu primera [experiencia.
Ahora sufres por mi culpa y quizá estés diciendo verdad,
y eso lo supongo porque yo experimento lo mismo.
Pero, a pesar de que sea indecoroso revelarte lo que me sucede,
485 sin embargo te lo contaré todo, presa como estoy del deseo.
A mí me han pretendido muchos nobles señores y próceres
y también familiares e hijos de reyes,
gente que contaba con ropas y cortejos reales.
Deseosos todos de admirar mis facciones,
490 se paseaban de continuo por delante de este palacio,
mas ninguno en absoluto colmaba las aspiraciones de mi padre;
nadie era considerado digno de contemplar ni siquiera mi [sombra.

Ninguno jamás ha escuchado mi voz, ni atendido a mi
[conversación,
ni al romper de mi risa, ni al sonido de mis pasos.
Jamás he asomado mi cabeza por el vano de la ventana, 495
me he mantenido al abrigo de las miradas ajenas.
Y salvo mis familiares y mis allegados,
nunca nadie ha contemplado las facciones de mi rostro,
por guardar con esmero el recato que cuadra a una doncella.
Mas ahora he rebasado los límites y me hallo fuera de ellos; 500
me he convertido en una desvergonzada por causa de tu amor.
Yo, que jamás he sido contemplada por un extraño,
converso ahora contigo sin ningún tipo de pudor,
y la libre conciencia de mi doncellez
la veo esclavizada y tornada en impudicia. 505
Desde el instante en que contemplé tu rostro, joven,
una suerte de fuego abrasó mi alma serena,
y mudó a un tiempo mi razón y mi temple,
además de esclavizar mi voluntad y convertirme en una
[desvergonzada,
sólo por ti, amado mío, por ti y por tu amor. 510
Yo ya he sucumbido y mi deseo es partirme contigo.
Por ti renuncio a mis parientes y me veo privada de mis padres,
apartada de mis hermanos y de riquezas sin cuento,
por marcharme contigo a donde tú me ordenes;
mas no sin tomar a Dios por testigo, Aquel que a todos auxilia, 515
vindicador supremo, de que no me torcerás del recto camino.
También a ti te inflama el amor, el amor te espolea
y la razón te persuade a que mueras por mí,
lo cual suplico no llegar a ver ni a escuchar con mis oídos».
Y cuando la hermosa muchacha acabó de decir estas cosas, 520
se le cubrieron los ojos de lágrimas y lanzó hondos suspiros;
se reprochaba a sí misma su gran desvergüenza,
y aunque intentaba con todas sus fuerzas mudar su propósito,
el deseo infinito de sus entrañas se lo impedía.

525 Tal es el poder del amor, de los deseos y afectos,
que si hay alguien que defiende con celo su propio deber,
a pesar de contar con una mente serena, la pasión le presenta [batalla.
He ahí la razón de por qué el enamorado no guarda decoro,
no siente vergüenza ante sus parientes ni se consterna ante sus [vecinos,
530 sino que, esclavo del amor, se torna del todo desvergonzado.
Cosas todas que en sus carnes sufrían los hermosísimos [jóvenes.
En ese momento, nuestro formidable héroe, al ver llorar a la [joven
no pudo contener tampoco las lágrimas y le dirigió estas [razones:
«Hermosa muchacha, comprendo tu situación:
535 y sé de las infinitas riquezas que tu padre atesora
y por las cuales tantos nobles desearían desposarse contigo
(de todo eso estoy al corriente por informaciones muy fieles),
pero yo, queridísima alma, no persigo riquezas,
no ansío tesoros, ni aspiro a la gloria[19],
540 pues todo eso lo considero paja si a cambio gozo de tu belleza.
Desde que se cruzaron nuestras miradas, niña de ojos negros,
no te has apartado de mi alma ni un solo instante,
pues te has arraigado en su interior y te has entreverado con ella,
y te ensueño sin pausa y te contemplo aunque no estés.
545 Nunca antes me había enamorado de ninguna clase de belleza,
ni jamás había conocido los senderos del amor.
Ven, pues, mi dulce luz, acompaña a tu enamorado
y deja que asome el amor que albergas dentro de ti,
que la demostración más cierta descansa sobre los hechos,

[19] No aspira a una gloria mundana que le venga por cuenta de su posición social, pero, como todo héroe, sí que persigue el reconocimiento de su excelencia en el campo de batalla.

y compartamos alegremente nuestras vidas con el 550
[consentimiento de Dios.
También tus padres se alegrarán por ello
cuando cobren conciencia del yerno que han conseguido,
y ya nadie te hará reproches, sino que, antes bien, te tendrán por
[dichosa».
Esas y muchas otras razones expuso el muchacho
para luego añadir: «En ti reside mi entero principio y mi fin, 555
iniciado cuando Dios lo decida hasta mi hora postrera.
Si alguna vez doy en causarte pesar, alma mía,
si no conservo sin mácula el amor que me tienes
y el afecto más puro hasta la hora de mi muerte,
que no muera cristiano, que jamás conozca bonanza 560
y que no me aprovechen las plegarias que por mí vierten mis
[padres.
Ojalá, noble criatura, que mantengas idénticos votos».
La muchacha, con esas palabras aún resonándole en los
[oídos, respondió:
«Aunque entregarme a ti sea un gran extravío
—pues al verdadero decoro se le llama nobleza, 565
mas yo la he traicionado por padecer no sé qué sufrimiento—,
sin embargo, esta repentina pasión, este afecto sincero
me ha llevado a preferir tu hermosísimo amor».
Acto seguido, la niña pronunció su voto de amor:
«Atrás dejo a mis padres, mis hermanos y hogar 570
y por voluntad de Dios, joven valiente, deposito en ti mi
[confianza.
Ponme a Dios por testigo de que no me habrás de causar
[pesares,
y de que me convertirás en tu legítima esposa hasta el fin de mis
[días
—pues muchos son los amantes que sus promesas traicionan,
los mismos que poco antes se mostraban tiernos con sus 575
[enamoradas—».

El joven se admiró al oír esto; se sorprendía
de la sensatez de la doncella, y, a su vez, le hizo este juramento:
«Por el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo,
jamás te daré motivos de tristeza, nobilísima criatura,
580 antes bien te haré dueña y señora de cuanto poseo,
esposa y compañera mía hasta el fin de mis días,
si es que mantienes puro tu amor hacia mí
tal y como antes te dije, mi alma adorada».
Y una vez que quedaron ligados por sólidos juramentos,
585 la muchacha se deslizó a través de la ventana dorada
y el joven la recogió irguiéndose sobre su caballo:
echó a volar la perdiz, el halcón la atrapó,
y, como cabía esperar, se besaron tiernamente.
Lloraban los dos, tomados de una alegría indecible,
590 pues de repente se hallaban sumidos en un gozo inmenso
y vertían cálidas lágrimas urgidos por el contento.
Pero he aquí que el joven, llevado por el gozo y por su coraje,
se paró ante la casa y exclamó a voz en grito:
«¡Bendícenos, suegro y señor, a mí y a tu hija,
595 y da gracias a Dios por haber obtenido tal yerno!»
Y en cuanto los centinelas del general oyeron su grito,
ordenaron a todos que montaran en sus caballos,
y apenas el general los hubo escuchado,
quedó fuera de sí, sin saber cómo obrar,
600 y desde su corazón le brotó un hondo gemido: «¡He perdido a [mi luz,
ante mis ojos me han robado a mi única hija!»
Al oír tales nuevas, la esposa del general rompió a llorar:
«¡Me ha desaparecido mi única hija, se la llevan raptada!»
Los hermanos, por su parte, gritaban con gran desconsuelo:
605 «¿Quién se ha atrevido a obrar tal desafuero?
¿Quién nos ha arrancado a nuestra hermana por la fuerza?»
Las sirvientas lloraban prorrumpiendo en gemidos,
y por todas partes se extendía un irrefrenable lamento.
Un gran ejército armado se partió en pos del joven;

marchaba detrás el general en compañía de sus dos hijos. 610
Ni siquiera su esposa permaneció en el palacio,
pues no podía soportar la pérdida de su hija,
y tomando consigo a un gran número de criadas,
cual se encontraba, les siguió a pie, desconsolada y con los
[cabellos revueltos:
«¡Queridísima alma –chillaba–, a dónde te encaminas!» 615
No hubo nadie, ni joven ni viejo, que permaneciera en
[palacio,
que no saliera a caballo a dar caza al muchacho,
consternados como estaban por el rapto de la doncella,
de suerte que nadie podría contar con exactitud cuántos iban.
Cuando apenas comenzaba a rayar la luz del día, 620
les dieron alcance en los llanos sombríos.
Divisándolos a lo lejos la encantadora muchacha
–pues iba mirando a su espalda y escudriñando atentamente,
echada, como estaba, en brazos de su amado–,
dijo al muchacho mientras se sujetaba a él con fuerza: 625
«¡Lucha, mi alma, por que no nos separen
y muestra todo tu brío fustigando al negro corcel,
pues he aquí que nuestros perseguidores están a punto de
[darnos alcance!»
Mas el formidable muchacho, cuando escuchó estas palabras,
al punto se apartó del camino rebosando coraje, 630
y allí donde encontró un árbol ahorquillado en dos ramas,
sentó a la muchacha en medio de ellas:
«¡Permanece aquí sentada, niña hermosísima, y contempla a tu
Y rápidamente se armó para la batalla. [amado!»
En ese momento, la hija del sol le dijo a su joven amigo:
«¡Ten cuidado con mis hermanos, no les vayas a hacer algún 635
[mal!»
Y a cuantos allí estaban presentes les parecía un hecho
[extraordinario
que un solo hombre se atreviera a acudir contra miles.

Mas en breve tiempo ya había matado a un sinnúmero de [guerreros,
640 jinetes bien pertrechados y adiestrados en el combate,
a quienes había comenzado por advertirles que se batieran en [retirada
y que no trataran de poner a prueba su valor.
Pero ellos, ante la idea de ser humillados por un solo hombre,
preferían morir a ser puestos en fuga por él.
645 El joven arreó su montura, desnudó su espada y su maza,
y antes de que llegara el general ya no quedaba en pie ninguno.
Acabado el combate, henchido de orgullo, el muchacho
se volvió hacia la doncella victorioso y contento,
y apeándose de su caballo, la colmó de miles de besos:
650 «¡En mí tienes, encantadora muchacha, la prueba de mis [hazañas!»

Y la joven, admirando cada vez más al muchacho,
acogió con dulzura sus besos sonoros
y le dirigió serenamente estas palabras:
«No causes daño, alma mía, a mis hermanos,
655 pues precisamente aquellos que avanzan hacia nosotros
son ellos, a juzgar por sus monturas,
y el tercero que les va acompañando es, sin duda, mi padre.
Concédeme la gracia de su salvación y mantenlos sin daño».

«Se hará como pides –replicó el joven a la muchacha–
660 si es que no sucede nada inesperado;
pues quien se apiada de su adversario a la hora de combatir,
muchas veces por él acaba abatido sin compasión».

Dicho lo cual, subió a lomos de su caballo
y se lanzó con denuedo contra el general y su guardia.
665 Los hermanos de la doncella, rezumantes de ardor,
incitaban a sus hombres a acabar con el joven,
en la espera de que su muerte llegara a manos de otros.
Mas el joven, atendiendo al ruego de su enamorada,
los atacó con destreza y se deshizo de todos.

En ese momento, los hermanos lo embistieron con furia, 670
pero él describió un círculo en torno suyo y les derribó de sus [monturas
poniendo buen cuidado en no causarles daño ni abrirles herida [alguna.
Entonces se volvió hacia el general y, descabalgando a lo lejos,
estrechole las manos y, rodilla al suelo,
le dirigió unas palabras con aire confiado: 675
«¡Perdóname, mi señor, y en nada me culpes,
tu gente es desmañada en la parada y el golpe,
y por eso la mayoría se ha partido al infierno,
pues no me cuento yo entre los innobles y los cobardes,
y si en alguna ocasión me ordenas ponerme a tu servicio, 680
comprobarás entonces fielmente a quién has tomado por yerno;
y si me llegaras a conocer cabalmente por mor de mis hechos,
te felicitarías muchas veces por tu buena estrella!»
En ese instante, el general, alzando sus brazos al cielo
y dirigiendo su mirada a Oriente, dio gracias a Dios 685
diciendo: «¡Gloria a Ti, Dios, que propiciamente
gobiernas nuestra vida con una sabiduría indecible;
pues un yerno me has concedido cual yo deseaba:
gallardo y noble, templado y valiente,
un yerno como jamás nadie ha tenido en el mundo!» 690
Y tras dar gracias al cielo con toda su alma,
le dirigió al muchacho estas afables palabras:
«¡Áureo yerno mío, antes que nada demos gracias a Dios,
quien con tiento gobierna cuanto nos atañe,
y recibe a quien ansiabas tener, joven gallardo, 695
pues si no fuera por el amor infinito que sientes por ella,
no te habrías aventurado a marchar contra miles de hombres tú [solo!
Ven, por tanto, marchemos a mi palacio
—no pienses que por nuestra parte vas a sufrir daño alguno—
a fin de pasar a un contrato por escrito 700
los acuerdos del casamiento en presencia de tu padre,

de suerte que, avisado de inmediato, se reúna con nosotros
para que puedas recibir la dote de mi hija.
Haré que tus bodas alcancen gran resonancia entre todas las
705 y desde este mismísimo día podrás recoger la dote: [gentes,
¡veinte centenarios en antiguas piezas de oro[20]
que aparté para la ocasión y conservé por separado
en nombre de mi queridísima hija; además, una vajilla de plata,
cuantiosas vestiduras por un valor de quinientas libras,
710 hasta treinta y seis posesiones de renta,
716 incluidas las bestias y el personal que allí se encuentran:
cuatrocientos caballos de pura raza, ochenta escuderos,
catorce cocineros y otros tantos panaderos,
719 aparte de ciento cincuenta mozos para diversas tareas,
711 setenta sirvientas además de la casa materna,
asaz ilustre y por demás valiosa,
así como las espléndidas preseas de su madre:
su corona, magnífica y admirablemente labrada,
715 fabricada de oro y de piedras preciosas![21]
720 ¡Te concederé además preferencia sobre mis otros dos hijos
así como muchas e inmensas riquezas y no pocas posesiones,
y a éstas añadiré otras muchas, aparte de las recién mencionadas,
antes de que tenga lugar, hijo mío, la ceremonia sagrada!
Haré que tus bodas alcancen gran resonancia entre todas las
[gentes,
725 y los jóvenes jamás te zaherirán al grito de 'ladrón de doncellas',

[20] La suma es desorbitada, pues se trataría de 640 kilogramos de oro si tenemos en cuenta que cada centenario viene a ser 100 libras de oro, siendo de 324 gramos el peso de cada libra; cf. P. Odorico, *Digenis Akritas*..., pág. 104, nota *ad loc.* Odorico propone, por tanto, que tomemos «centenario» como equivalente de «libra». Asimismo, nos informa de que en aquel entonces el sueldo de un alto funcionario de la corte era el equivalente a una libra de oro al año (720 *nomismata*). Así que, con todo, la cantidad de la dote, sólo en monedas, ya es excepcional.

[21] Esta es la disposición de los versos propuesta por Trapp, basándose en Z2081-4.

ni te reprocharán haber raptado a una muchacha menguada de
[bienes,
lo que constituye un oprobio para la gente de bien.
¿Cómo vas a poder evitar con facilidad esto último,
si ahora no nos acompañas de vuelta a palacio
para que mi esposa encuentre consuelo 730
—pues por completo ignora quién eres realmente—,
y en su alegría ensalce a quien tanto bien le propicia?
Obedéceme, pues, mi buen yerno, y vente conmigo».
Estas eran las cosas que el general decía para halagar al
con lo que, al punto, le repuso el joven: [muchacho, 735
«Sin duda, atender tu excelente consejo,
mi suegro y señor, me parece lo más justo;
mas temo que de esto me vaya a derivar algún peligro
y haya de pagar vergonzosamente con una muerte penosa
el haberme enfrentado a ti y haber sido tu pérfido enemigo. 740
Mi discernimiento me aconseja actuar del modo contrario,
y me sonrojaría al mirar a la cara a tu esposa,
pues yo, mi suegro y señor, albergaba el deseo
de desposar a tu hija por mor de su belleza,
no a causa de su riqueza ni de sus posesiones. 745
Todo eso se lo regalo a los hermanos de mi mujer,
ya que antepongo su hermosura a su cuantiosa dote.
Dios es quien otorga parejamente riqueza y pobreza,
quien humilla y ensalza, quien derriba y levanta.
Pero en cuanto al hecho de regresar no te desobedeceré, 750
permíteme tan sólo que primero acuda al lado de mi madre
para que mi padre vea a quien habrá de ser su nuera
y así pueda alabar a Dios; que yo estaré de vuelta enseguida.
Mas no te aflijas por esto, antes ruega por nosotros,
pues hijos tuyos somos y esclavos de tu alma». 755
El general, admirado del entendimiento del joven,
le dijo a su vez: «¡Dios te bendiga, hijo mío,
y que te conceda la dicha para todos los años de tu vida!»

Después de abrazarlo, montó en su caballo.
760 Marchó el joven hacia la niña, y el general a palacio,
acompañado de sus hijos, que tornaban de su derrota
fuertemente impresionados por el coraje del joven.
Y aquel muchacho en verdad extraordinario,
al llegar al lugar donde se hallaba la niña,
765 la llamó diciendo: «Ven, luz dulcísima,
ven, mi más dulce flor, mi rosa perfumada,
acude, ternera a la que el amor ha uncido su yugo,
recorramos nuestro camino, que ya nadie lo impide,
que ya nadie, encantadora muchacha, estorba nuestra marcha.
770 Sólo tu padre y tus hermanos salvaron la vida,
pues no he querido quebrantar tu mandato».
A continuación, la muchacha bajó del árbol,
colmada enormemente de gozo y de un gran placer,
y caminando con calma se vino junto a su joven amigo
775 y cuando estuvieron muy cerca le preguntó amorosamente:
«¿En verdad, alma mía, no te ha acaecido ningún mal?
Cuéntame ahora mismo qué les ha sucedido a mis hermanos».
«Pierde cuidado, alma querida –repuso el joven–,
que, aparte de los encomiables soldados de tu padre,
780 nadie ha sufrido daño alguno, ni mucho ni poco».
E, inclinándose, la alzó hasta la grupa del caballo
y le hizo sitio en su propia montura.
Así, tras haberse saciado dulcemente de castos besos,
con gran placer reanudaron contentos su marcha.
785 En cuanto los centinelas de su padre[22] lo avistaron
llevando entre sus brazos a una muchacha bella como una rosa,
corrieron con premura a dar cuenta de las buenas noticias,
y cuando su padre cobró cumplido conocimiento de su llegada,
montó enseguida a caballo y salió lleno de contento.

[22] Del Emir.

Los cinco hermanos de su mujer con tres mil de sus hombres 790
enjaezaron doce albardas de a mujeriegas con sus bridas
[correspondientes,
dos de ellas estaban cuajadas de perlas,
y las restantes eran todas de oro con motivos animales.
Todas las sillas iban cubiertas de gualdrapas magníficas,
y no había caballo que no contara con cobertores de púrpura 795
con que envolverse, además de cantidades ingentes de oro.
Tras ellos, las trompetas y los cuernos de graves acentos,
los tambores y otros instrumentos retumbaban
[atronadoramente,
y el fragor que se elevaba en ese momento resultaba
[impresionante.
Cuando ya se hallaban a una distancia de tres millas del palacio, 800
la encantadora doncella los vio a lo lejos
y se echó a temblar al no reconocer quiénes eran.
Así pues, turbada como estaba, le dijo al muchacho:
«¡Aquéllos nos van a separar, si se trata de extraños!»
«No tengas miedo, dulce luz mía –repuso el muchacho–, 805
ése es tu suegro, que por ti se afana de esta manera».
Pero la hija del sol le volvió a insistir a su joven amigo:
«Me siento avergonzada, alma mía, de encontrarme aquí sola;
si hubieras regresado conmigo, atento a la voluntad de mi
[padre,
ahora tendría aquí mis doncellas y mi propia comitiva, 810
y tu padre sabría de quién es hija esta que traes contigo.
Mas como has sido tú el que decidió esto, a ti te toca
[disculparte»[23].
«No tengas pesar, noble muchacha, por hallarte aquí sin tu
[séquito,
pues todos saben quién eres aunque estés sola,

[23] La niña preferiría haber sido presentada como esposa legítima antes que en calidad de raptada.

815 y nada hay que reprocharte al respecto».
Cuando estuvieron uno junto al otro, se saludaron
el joven echó pie a tierra con su amada, [entrambos;
y el general, haciendo lo mismo, se fundió en un abrazo con
«¡Dios te bendiga, hijo mío –decía–, [ellos.
820 y te haga vivir muchos años sin que te falte ni paz ni riquezas,
y que os señale herederos de su reino!»
Entonces sentaron a la joven en una silla labrada,
y le ciñeron una preciosa corona[24],
y cada uno de los parientes que allí se encontraban
825 le ofreció un presente de incalculable valor.
Después de ataviar al muchacho como le correspondía,
hicieron sonar los cuernos y emprendieron la vuelta.
Las trompas resonaban, retumbaban los tambores,
tañían sus instrumentos elevando cada uno su son;
830 emitían su eco las cítaras y todo tipo de piezas musicales.
En medio de cantos, regresaron en breve tiempo a palacio.
La desbordante alegría que en ese momento allí aconteció,
¿quién la podría expresar, quién sería capaz de narrarla?
Parecía que incluso la tierra sobre la que marchaban
835 se complaciera de tenerles a todos caminándole encima,
y cuantos participaban de aquel alborozo
se encontraban fuera de sí debido al contento;
los cerros brincaban, bailaban las rocas,
borbollaban los ríos, los árboles se mostraban exultantes,
840 y el aire brillaba bajo el efecto de toda esa alegría.
Cuando ya estaban a punto de llegar a palacio,
una inmensa multitud de mujeres les salió al paso.
La esposa del general[25] acudió al encuentro de los jóvenes,
y con ella iba también la encantadora madre del Akrita,

24 Una corona de matrimonio.
25 En esta ocasión se trata de la abuela del Akrita, no de la madre de la niña.

acompañada de sus esmeradas y espléndidamente acicaladas 845
unas lucían flores, rosas y ramos de mirto, [doncellas:
y perfumaban el aire con aromas de incienso.
Otras batían un címbalo mientras entonaban
un canto dulcísimo en honor del muchacho,
en el de la niña que lo acompañaba y en el de los padres de 850
El suelo se hallaba cubierto de mirto y laurel, [ambos.
de rosas, narcisos y otras flores de inmensa fragancia.
La suegra abrazó a la novia,
y le ofreció de todo corazón sus más escogidas labores;
el placer era infinito, e inmenso su deleite. 855

Una vez llegados a palacio, el Emir, sin hacerse esperar,
convocó a sus cuñados y a un ejército no pequeño
y envió una partida de hombres armados
para invitar al general a asistir al casamiento:
«Disponte, consuegro, a acudir a las bodas 860
que Dios ha procurado al margen de nuestra intención».

Enterado de ello, conduciéndose con total diligencia,
tomó consigo cuanto era preciso para honrar a sus seres
se hizo escoltar por una multitud impensable, [amados;
y al día siguiente se puso en camino en compañía de su esposa, 865
pues nada tenían que objetar ni nada que poner en duda,
una vez cobrado conocimiento del yerno que les había tocado.
Por lo demás, con el ánimo bien dispuesto y la mayor alegría,
hacían camino entonando canciones de boda.
También los hermanos de la niña participaban en la comitiva. 870

Cuando el padre del joven se enteró de la llegada del cortejo,
salió con su gente para darles la bienvenida.
Mas como el ilustre varón hizo intención de descabalgar de su [montura,
el general le solicitó con un ruego que se abstuviera[26].
Y tras darse, según procedía, un fuerte abrazo, 875

[26] El Emir reconoce la superioridad social del poderoso general Ducas.

se encaminaron aprisa a palacio, cuando, sin apenas dar unos [pasos,
se presentó a pie ante ellos una muchedumbre incontable
junto a la que marchaba otra tanta cantidad de sirvientas.
Una vez que alcanzaron los aledaños de la casa
880 con el orden debido, se sumaron a ellos los portadores de
de agua de rosa y de toda suerte de esencias. [incienso,
Al cuidado de aquello se encontraba la encantadora madre del [joven.

¿Qué mente podría narrar fielmente lo que a continuación
La maravillosa bienvenida del Emir, [sucedió?
885 las amables atenciones de su esposa,
el bien aparejado banquete con su disposición armoniosa,
el exuberante y surtido espectáculo de sus manjares
y el desfile incontable de toda suerte de piezas de caza.
Las representaciones de los mimos, los aires de las flautistas,
890 el cimbrear de las bailarinas y el movimiento de sus pies,
el placer de las danzas y las exóticas melodías,
de modo que cada detalle superaba en belleza y encanto al [precedente.

Cuando llegó el nuevo día, quedaron fijados los términos de [la dote.
Mas es imposible evocar palabra a palabra el contenido
895 de lo que ambos acordaron en favor de sus hijos.
En cuanto a las posesiones que bien se podrían enumerar,
no sería adecuado dejar de detallar por su nombre
tanto el número de los animales como el del resto de bienes.
El general les concedió doce caballos negros,
900 doce espléndidos palafrenes hermosos en extremo,
doce acémilas escogidas con sus albardas y bridas
de plata, bien repujadas, labor admirable,
doce jóvenes sirvientes, escuderos ceñidos con cintos de oro,
doce leopardos sabiamente adiestrados para la caza,

doce gavilanes de nívea blancura traídos de Abasgia[27], 905
doce halconeros junto a otros tantos halcones,
dos imágenes esmaltadas de los santos Teodoros,
una tienda recamada de oro, bella y espaciosa,
que llevaba grabadas las variegadas figuras de diversos animales,
y contaba con cordones de seda y barras de plata; 910
dos lanzas de corte arábigo fabricadas de madera verde,
así como la celebrada espada de Cosroes[28].
Tales fueron los dones que el general concedió
a su yerno Digenís. Por su parte, el Emir
le ofreció a la novia un valiosísimo regalo de bodas[29], 915
y lo propio hizo la esposa del general, la abuela del Akrita.
Los cinco hermanos de su mujer y el resto de sus parientes
le regalaron perlas sin cuento, oro y brillantes,
y un sinnúmero de paños preciosos y púrpuras.
Asimismo su suegra le ofreció a Digenís como presente 920
un triple paño de seda verde brillante y valiosos cintos,
cuatro turbantes blancos con inscripciones doradas
y un caftán tejido con oro y con grifos estampados a sus
El hermano mayor le concedió diez jóvenes [espaldas.
eunucos de bella apostura y hermosos cabellos[30], 925
ataviados con un vestido persa hecho de seda
y con cadenas de oro en torno a su cuello.
Su otro cuñado le hizo entrega de un escudo y una lanza,
y los parientes restantes le ofrecieron otros muchos presentes,
tantos que el género de sus regalos no se podría enumerar con 930
Tres meses duraron las bodas [detalle.

[27] Al noreste del Mar Negro.
[28] Presumiblemente se trata de Cosroes II, el último gran soberano sasánida, destronado a consecuencia de su derrota en Nínive en el año 627 a manos de Heraclio. Esta derrota venía a poner fin a la histórica pujanza del Imperio Persa.
[29] Con este regalo de bodas, *theóretron*, se pretendía compensar a la novia por la pérdida de su virginidad; por lo tanto, aunque sólo lo recibía en su primer matrimonio, no tenía que devolverlo en caso de una nueva boda.
[30] Los eunucos conformaban un núcleo de bastante influencia en Bizancio.

sin que aquella común alegría viera su término;
mas cuando la celebración de tres meses tocó a su fin,
el general, haciéndose acompañar de su nueva familia
935 y de su propio yerno, marchó a su palacio
donde tuvieron lugar nuevas bodas, más espléndidas que las [anteriores.
El general se alegraba al contemplar la contenida
actitud del muchacho y su prudente valor,
la gentileza de su carácter y su total compostura.
940 La esposa del general se solazaba de ver su belleza
y su dignísima y singular prestancia.
Los hermanos de su mujer lo frecuentaban
para blasonar a todas horas de sus propias hazañas.
Gloria al Bien Único que las acciones corona;
945 pues, no en vano, en la ejecución de las grandes empresas,
Dios contribuye, ¡que eso nadie lo ponga en duda!
En consecuencia, habremos de dar gracias a Dios,
pues Él es el dispensador de todos los bienes.
De este modo, tras de haber pasado allí muchos días,
950 el Emir regresó a su palacio
en compañía de Digenís y de su amada,
lo que propició una vez más un grandioso recibimiento.
Así pues, el joven que tan notable se había probado,
ya era celebrado por sus hazañas
955 y era famoso prácticamente en todo el mundo.
Decidió, entonces, pasar sus días a solas en las fronteras,
tomando consigo a la muchacha y a sus propios sirvientes,
pues sentía un afán insondable de vivir en soledad
y de vagar en solitario sin la compañía de ningún otro.
960 Allí a donde iban llevaban su propio pabellón,
en el que su joven esposa y él mismo convivían a solas.
Las dos doncellas contaban con una tienda distinta,
y aún había una más para los formidables guerreros del Akrita,
si bien distaban un gran intervalo unas de otras.

Mas he aquí que algunos bandoleros, cuando supieron de 965
tramaron raptar a la joven, [esto,
mas Digenís los redujo y a todos les dio muerte
dejando conmocionada a Babilonia entera,
así como a Tarso y también a Bagdad, a los mauroquionitas
y a muchas otras comarcas pobladas por los terribles etíopes[31]. 970
Una vez que sus grandes empresas llegaron a oídos del
[emperador
que a la sazón ejercía su reinado sobre los romanos,
Basilio el Bienaventurado, el gran campeón[32],
quien enterrara consigo la gloria de su Imperio
—se daba la circunstancia de que estaba en campaña contra los 975
[persas[33]
por aquellas regiones en las que el joven moraba—,
y hubo conocido sus correrías, se quedó grandemente
[impresionado.
De suerte que le entró un gran deseo de ver al muchacho
y le envió una misiva cuyo contenido era el siguiente:
«Hijo mío, mi Imperial Majestad ha venido a saber 980
de tus hazañas y se felicita por ellas,
y da gracias a Dios, quien te ha servido de auxilio.
Estamos deseosos de verte en persona
y de hacerte entrega de una recompensa digna de tus acciones.
Ven, pues, alegre a nuestro encuentro sin albergar sospecha 985
[alguna,

[31] Tarso y el Monte Negro, habitado por los mauroquionitas, están en el Tauro. Por otra parte, con la voz «etíopes» se quiere hacer referencia a los árabes del norte de África.
[32] Cf. IV 56 y nota *ad loc.*
[33] Se trata de un término anacrónico para designar a los turcos; ya en el canto I 70 el poeta ha empleado el término de «escitas» para hablar de pueblos como los húngaros o los ávaros. C. Jouanno apunta que los bizantinos sienten predilección por el recurso de las voces anacrónicas (cf. Jouanno, *Digénis Akritas...*, pág. 251, nota *ad loc.*).

y no receles que de nuestra parte vayas a sufrir ningún daño»[34].
El joven, recibida la embajada, le envió esta otra en respuesta:
«Yo soy el más humilde siervo de tu poder,
si bien permanezco al margen de todos sus bienes.
990 ¿Cuál es esa hazaña mía que tanto admiras, mi señor,
siendo yo tan insignificante, tan mezquino y pusilánime?
Sin embargo, para quien confía en Dios todo es posible.
Mas como es voluntad tuya entrevistarte con tu servidor,
acude junto al río Éufrates con un reducido grupo de hombres,
995 y allí me podrás ver, santo señor, en el momento que quieras.
Y no pienses que es por desobediencia por lo que rehúso [acudir hasta ti,
se trata, antes bien, de que tienes bajo tus órdenes a soldados [inexpertos,
y si algunos vinieran a decir lo que no deben,
con toda seguridad te dejaría privado de ellos,
1000 pues tales son las cosas, señor, que suelen acontecer a los [jóvenes».
El emperador repasó la misiva palabra a palabra
y se maravilló de la humildad del lenguaje del joven
y se alegró al comprobar la alteza de su valor.
Y tan fuerte como era el deseo que tenía de ver al muchacho,
1005 tomó consigo un centenar de soldados
y bastantes lanceros y puso rumbo hacia el Éufrates
después de advertirles que tuvieran buen tiento de no proferir
en presencia del Akrita ninguna palabra injuriosa.
Así, quienes a ese respecto habían sido apostados para montar [guardia,
1010 no tardaron en anunciar la inminente llegada
del emperador ante Digenís, el formidable Akrita.
Digenís se presentó ante el emperador completamente solo,
e inclinando su cabeza hacia el suelo,

[34] En esta carta se imita el estilo de la cancillería imperial. Por otra parte, obsérvese la naturalidad con que el emperador asume el recelo del héroe (cf. Introducción, págs. 31-32).

le dijo: «Salve, oh tú, cuyo imperio has recibido de manos de [Dios[35],
que te has erigido en señor de todos los pueblos a causa de su [impiedad. 1015
¿Cuál es el motivo por el que el señor de la tierra entera
se haya llegado ante mí, que en nada me tengo?»
El emperador, nada más verlo, maravillado de su prestancia,
dejó por completo de lado la dignidad de su imperio,
se alzó ligeramente del trono y lo abrazó complacido 1020
y, besándolo con júbilo y sin dejar de admirar su porte
y el grandioso empaque de su imponente hermosura,
le contestó: «Hijo mío, llevas contigo la prueba de tus hazañas,
pues la compostura de tu belleza denota tu hombría.
¡Ojalá la Romania contara con otros cuatro varones como tú! 1025
Habla, pues, hijo mío, con total libertad
y toma de mi Majestad lo que más desees».
«Consérvalo todo, señor –repuso el muchacho–,
que tu sola estima ya me es suficiente,
pues dar es más justo que recibir 1030
y sólo en tu ejército ya tienes indecibles dispendios.
Lo que al poder de tu gloria yo le ruego y suplico,
es que ames a tus súbditos, es que compadezcas a los [menesterosos,
que protejas a los oprimidos de aquellos que obran iniquidades,
que otorgues el perdón a cuantos pecan en contra de su [voluntad, 1035
que no prestes oídos a las calumnias ni escojas lo injusto,
que disperses a los herejes y des sustento a quienes siguen la [recta doctrina[36],
porque éstas, señor, son las armas de la justicia,

[35] En este verso y, como se ha visto, en otros anteriores, queda patente el carácter teocrático de la soberanía bizantina.
[36] Literalmente «a los ortodoxos».

gracias a las cuales podrás derrotar a todos tus enemigos:
1040 el acto de gobernar y reinar no estriba en la fuerza,
pues se trata simplemente de un don de Dios y de su Altísima [Diestra.
En cuanto a mí, que en nada me tengo, lo que puedo ofrecer a [tu poder
es el tributo que en tiempo rendías a Iconio[37],
del que recibirás otro tanto por más que no quieran,
1045 librándote así, mi señor, de esa preocupación
hasta que mi alma venga a escapar de su envoltura carnal».
El emperador quedó complacido al escuchar estas palabras
y dijo a su vez: «¡Oh joven admirable y extraordinario!
Desde ahora mi majestad te tendrá en la consideración de [patricio,
1050 y te otorgará asimismo todos los bienes que pertenecieron a tu [abuelo[38],
además te confiero autoridad para gobernar las fronteras.
Todo esto te lo sancionaré mediante una bula de oro[39]
y te proporcionaré ropajes reales de cuantioso valor».
Cuando el emperador hubo dicho esto, el joven dispuso
1055 que uno de sus salvajes e indómitos caballos [enseguida
fuera llevado ante ellos amarrado a unas cadenas de hierro,
y dio órdenes a sus mozos de que lo soltaran: «¡Dejad que [galope!»
Y ajustándose firmemente los pliegues de su túnica al cinturón,
comenzó a correr en pos suya con la intención de alcanzarle.
1060 Finalmente, a una corta distancia, lo prendió por las crines
y volcó hacia atrás a aquella bestia enorme y salvaje
que coceaba y relinchaba haciendo esfuerzos por escapar.

[37] La noticia se remonta a una fecha posterior a 1084, cuando Iconio estaba en poder de los turcos selyúcidas y era la capital del sultanato.
[38] Su abuelo, si recordamos el canto I, había sido condenado al destierro, lo que suponía la confiscación de sus bienes.
[39] La prerrogativa de sellar los documentos con el *chrysóboullon* o «bula de oro» era exclusiva del emperador.

Así, cuando el valiente muchacho llegó ante el emperador,
derribó al caballo contra el suelo y lo dejó tendido sobre la tierra
y todos se quedaron pasmados ante el inaudito espectáculo. 1065
Mas cuando ya se disponía a marcharse, surgió del bosque un [león
que conforme avanzaba iba sembrando el terror entre los [presentes
—ciertamente en aquellos parajes moraban muchos leones—,
e incluso el propio emperador se había preparado para darse a [la fuga.
Pero el muchacho enseguida se fue corriendo contra el león, 1070
lo agarró por una de las patas traseras,
lo volteó con violencia y lo estrelló contra el suelo
para exhibirlo muerto ante todos los que le contemplaban.
Acto seguido, asiéndolo con una mano como si se tratara de una [liebre,
lo llevó a presencia del emperador y le dijo: «¡Acepta la presa 1075
que tu servidor ha cazado para ti, mi señor!»
Y todos se quedaron sobrecogidos y temblorosos
cuando cobraron conciencia de su fuerza sobrehumana.
El emperador alzó sus brazos al cielo
y exclamó: «¡Gloria a Ti, Señor, Hacedor de todas las cosas, 1080
pues me has juzgado digno de contemplar a un hombre tal,
al más poderoso de entre todos los de la generación presente».
Y después de ordenar que despellejaran la piel del león,
le hizo una gran cantidad de promesas al formidable muchacho,
y, fundiéndose en un abrazo, se partieron sin más tardar; 1085
el emperador para su ejército, el joven en dirección a su esposa.
A partir de ese momento, la palabra del emperador cobró [validez ante todos,
pues le concedió al muchacho el nombre de Basilio Akritas
y por mor de la bula de oro le asignó el poder de comandar las [fronteras.

1090 En cuanto a nosotros, detengamos la narración en este [punto
y guardemos la continuación para el canto siguiente,
pues, como afirma el Teólogo, la prolijidad en el discurso
resulta enemiga de la atención en todo momento[40].

[40] Se trata de Gregorio Nacianceno (*circa* 329-390), «el Teólogo» por antonomasia. Odorico nos informa de que precisamente esta afirmación se remonta a su *Oratio in Sanctum Baptisma* I; cf. P. Odorico, *Digenis Akritas...*, pág. 127, nota *ad loc.* Esta sentencia contrasta con la verbosidad de estilo que le atribuyen los estudiosos.

CANTO V

En verdad, toda juventud es vanidad,
toda vez que tiende a los placeres desordenados.
Mas quien gobierna sin yerro sus riendas,
permanece por siempre indoblegable a las pasiones
y es saludado como heredero de la vida eterna 5
en lugar de obtener un efímero placer vergonzoso e impuro.
Pues es imposible que alcance la eternidad quien es disoluto;
y del mismo modo que resulta imposible apagar con aceite un [incendio,
tampoco le resulta posible al licencioso esquivar el pecado,
con el cual se alimenta la llama de todos los intemperantes. 10

Así pues, también nuestro formidable y noble Akrita,
que había sido agraciado con todos los dones de Dios,
un tanto envanecido por su juventud,
fue a sucumbir por descuido al pecado del adulterio.
Pero más tarde acabó arrepentido de ello, 15
y a cuantos trataban con él les confesaba su yerro,
no por jactancia, sino por hacer penitencia.

En efecto, encontrándose un día con un capadocio,
le quiso intimar la vileza de su pecado,
y, expresándose con gran humildad, le relató lo siguiente: 20
«Cuando por propia voluntad abandoné la compañía de mi padre
y decidí morar a solas en las fronteras,
se apoderó de mí el deseo de viajar Siria adentro:

contaba yo por aquel entonces con quince años de edad.
25 Así, tras haber alcanzado los baldíos campos de Arabia,
recorrí el camino en solitario, como en mí era costumbre,
a lomos de mi corcel y blandiendo una lanza,
muerto de sed –pues era sofocante el calor que hacía–,
y mirando donde quiera pudiese haber agua.
30 He aquí que a lo lejos divisé un árbol junto a un frondoso [marjal,
y arreé mi montura en la idea de que allí encontraría agua.
No me equivocaba ni un ápice: se trataba de una palmera
de cuya raíz manaba un maravilloso venero.
Mas, conforme me acercaba a ella, escuché unos lamentos,
35 gemidos de llanto acompañados de un río de lágrimas:
quien así sollozaba era una doncella hermosa en extremo.
Pensé, pues, que lo que tenía ante mis ojos era una aparición,
por lo que se me erizaron los cabellos y, estremecido de terror,
me hice la señal del arma que a todas horas me protege[1].
40 No en vano se trataba de un paraje desierto, impracticable y [boscoso.
En cuanto la muchacha me vio, se alzó de repente,
se compuso las ropas con el conveniente recato
y se enjugó la lluvia de sus ojos con su pañuelo de lino,
de modo que, llena de gozo, me comenzó a relatar lo siguiente:
45 '¿De dónde has salido, joven hermoso, y a dónde te encaminas [tan solo?
¿No será por amor por lo que también tú andas vagando por [estos parajes?
Pero ya que, según parece, Dios te ha guiado hasta aquí
para rescatar del desierto a esta desdichada,
concédete aquí, mi señor, un pequeño reposo

[1] Se hizo la señal de la cruz. No en vano, el desierto es un lugar en el que se concitan los espíritus malignos, un lugar, como se verá a lo largo del canto, de peligrosas tentaciones y de pruebas.

de manera que puedas escuchar con todo detalle mi desventura 50
y pueda encontrar algún consuelo a mis penas,
pues con palabras es como se destierra la tristeza del alma'.
Cuando acabé de escucharla, me llené de contento
y comprendí que aquella aparición era real.
Así, en medio de una inmensa alegría, descabalgué sin demora, 55
pues su inefable belleza me había tocado el alma;
tanto era así que la creí una réplica de mi amada.
Amarré mi corcel a una rama del árbol,
clavé mi lanza entre medias de sus raíces[2]
y, después de tomar un poco de agua, le hablé de este modo: 60
'Antes que nada, muchacha, dime cómo es que te encuentras aquí
y cuál es el motivo por el que habitas en este páramo,
que, después, tú también sabrás quién soy yo'.
Entonces los dos tomamos asiento en un discreto escabel
y comenzó a relatarme estas cosas, tras lanzar un hondo 65
[suspiro:
'Resulta, mi joven amigo, que mi patria es Meferqué,
y sin duda has oído hablar de Haplorrabdés, el Emir de todos:
él es mi padre, y mi madre es Melantia[3].
Mas para desgracia mía, me enamoré de un romano
al que mi padre había tenido durante tres años cautivo 70
y decía ser hijo de un glorioso general.
Pues bien, yo le libré de sus cadenas y le saqué de su celda,
le regalé los mejores caballos de mi padre
e hice de él un más que notable caudillo de Siria.

[2] Cf. *CA*, 50, para un verso similar.
[3] Meferqué es Martirópolis o bien Mayāfāraqqīn, a caballo entre Armenia y Mesopotamia, cerca del nacimiento del Éufrates; ciudad fronteriza, por tanto, y escenario de muchas batallas entre los siglos x y xi. Como vimos en el caso de los abuelos paternos de Digenís, Crisoberges y Pantia (cf. I 284), o incluso en el de sus propios padres, tenemos otro caso de matrimonio entre un árabe y una griega. En el llamado «Ciclo de Omar» de *Las mil y una noches*, observamos el mismo motivo; allí, la concubina de Omar se llama Sofía.

75 Todo con el consentimiento de mi madre, ya que mi padre se [hallaba ausente,
afanado como estaba continuamente en sus guerras.
Por su parte, él parecía profesarme un gran amor
e incluso parecía morir si se estaba una hora sin verme,
pero era un embaucador, como al final me acabó demostrando.
80 En efecto, un buen día, mientras cavilaba la huida,
pues estaba deseoso de partirse a la Romania,
me confió su intención, así como el miedo que tenía
de que mi padre regresara en un momento dado.
De suerte que me obligó a emprender el camino con él
85 no sin antes prometerme con los juramentos más [estremecedores
que jamás me repudiaría, sino que me tomaría como esposa.
Y yo, confiada en sus votos, resolví fugarme con él.
Entonces, entre los dos tratamos de encontrar la sazón
de hacernos con el dinero de mis progenitores.
90 Y he aquí que por un amargo y endemoniado azar
mi madre sufrió una enfermedad que la llevó a las puertas de la [muerte.
Mientras tanto, todos cuantos había en la casa, entre lamentos,
se apresuraban gimiendo adonde les convocaba la parca.
Y yo, desgraciada de mí, encontré ahí la ocasión
95 de robar muchas riquezas y partirme con aquel impostor.
La noche con sus favores hacía propicia la empresa,
pues era noche cerrada y carecía de luna.
Así pues, los dos nos montamos sobre unos caballos que [habíamos
aparejado previamente e iniciamos la carrera con denuedo.
100 Mucho fue el miedo que pasamos hasta que no estuvimos a tres [millas,
mas, alcanzado ese límite sin ser advertidos por nadie,
recorrimos el camino restante, sin temor pero trabajosamente.
Parábamos a probar bocado cuando la circunstancia lo requería,

nos saciábamos de sueño y nos entregábamos al placer.
Me ruborizo al contar mis iniciaciones en el amor 105
y las cariñosas muestras de afecto que recibí de su parte:
me llamaba 'mi alma' y me decía 'luz de mis ojos',
para, al momento, darme el nombre de 'esposa' y de 'amadísima',
mientras que me besaba insaciablemente y me tomaba en sus
[brazos.
Durante todo el camino nos estuvimos gozando el uno del 110
hasta que llegamos a esta fuente que ves. [otro,
Aquí estuvimos acampados tres días con sus tres noches,
en los que dimos cuenta insaciable de intercambios de amor.
Mas he ahí que el plan que mendazmente escondía en su
empezó a hacerlo patente ese fingidor redomado. [interior, 115
Así pues, durante la tercera noche en que dormíamos juntos,
se levantó de nuestra yacija a hurtadillas, ensilló los caballos
y se llevó todo el oro y los aparejos más valiosos.
Comoquiera que, despertada del sueño, me diese cuenta de
me preparé rápidamente para el camino, [aquello 120
mudándome de ropa para tener el aspecto de un joven,
pues de esa guisa era como había salido de mi patria[4].
Pero él, a lomos de su propio caballo,
ya había emprendido la carrera y tiraba con su mano del otro.
En cuanto cobré conciencia de este hecho sorpresivo e 125
a pie como estaba, corrí en pos suya, gritando: [inesperado,
'¿Te vas, amor mío, y me dejas sola yo no sé dónde?
¿Ya has puesto en el olvido toda la generosidad que te he
[demostrado?
¿Ya no te acuerdas de los excepcionales juramentos del
[principio?'

[4] El motivo de la doncella travestida, de gran ascendiente en la novela tardoantigua, conformó en época bizantina un verdadero ciclo literario de leyendas hagiográficas: novelas y *vidas* de santos, dos de las fuentes de las que bebe nuestro poeta. Por otra parte, que una mujer vistiera ropas de hombre constituía un hecho que iba en contra del código moral.

130 Mas como no regresaba, yo le gritaba con más fuerza aún:
'¡Ten compasión, apiádate de mí, ven a salvar a esta desdichada,
no permitas que en estos parajes me devoren las fieras!'
Muchas otras súplicas le hacía en medio del llanto,
pero él ya había desaparecido sin decir ni una sola palabra,
135 y como yo ya sentía mis pies absolutamente agotados,
todo repletos de llagas de tanto tropezarme con los guijarros,
me derrumbé donde estaba y me quedé tendida como un [muerto.
A duras penas me fui recuperando con el paso del día
y regresé a la fuente renqueando con un grandísimo esfuerzo.
140 Y heme aquí, totalmente sola y sin ninguna esperanza,
sin atreverme a regresar con mis padres
por vergüenza de mis vecinos y de las muchachas de mi edad.
Desconozco dónde pueda encontrar al que me ha descarriado,
y por eso te ruego que pongas un cuchillo en mis manos
145 para degollarme por haber obrado tan insensatamente,
pues no tiene sentido que siga con vida después de haberlo [perdido todo.
¡Ay de mí, qué triste destino! ¡Qué desgracia tan grande!
Me he hecho extraña a mi gente y he abandonado a mis padres
por ganarme un amante del que ahora me veo privada'.
150 Tales razones pronunció la muchacha entre grandes
arrancándose los cabellos y golpeándose el rostro. [lamentos,
Yo, por mi parte, trataba de contener su llanto como podía
y le apartaba calmadamente las manos de sus trenzas
y la animaba a que conservara esperanzas más provechosas.
155 Luego le pregunté con el fin de saberlo: '¿Cuántos días hace
que ese impostor te abandonó a tu suerte en este lugar?'
Y ella a su vez contestó entre suspiros: 'Contando el de hoy,
hace diez días que llevo en este desierto,
sin ver, aparte de ti, la figura de ningún otro hombre,
160 salvo, y eso fue ayer, a cierto viejo
que decía que un hijo suyo había sido capturado

por los árabes no hacía mucho; le habían hecho prisionero
y por eso se dirigía con prisas a Arabia para rescatarlo.
Mas una vez que hubo escuchado mis desventuras, me contó
cinco días atrás, en Blattolibadi[5], [que 165
a un rubio muchacho, de barba incipiente y gran estatura,
a lomos de un palafrén y tirando de las riendas de otro,
Musur le había asaltado a golpe de espada[6],
y de no ser porque el joven Akrita se encontraba por allí,
hubiera matado al muchacho en ese mismo momento. 170
Yo sostengo que con toda certeza se trataba de mi seductor,
pues tales indicios no dejan lugar a dudas.
¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡Suerte funesta y tristísima!
¡Que tan de repente he perdido tamaño tesoro,
que he perdido mi dulce hermosura antes de haberla gustado 175
y, como un arbusto apenas brotado, ya me encuentro marchita!'
Tales cosas decía la muchacha mientras lloraba
[desconsoladamente,
cuando de repente surgió del marjal un grupo de árabes;
más de cien eran, y todos armados con lanzas,
y cayeron sobre mí como los buitres sobre la carroña. 180
Mi corcel, tremendamente espantado, arrancó de cuajo la rama,
mas pude atraparlo cuando ya había salido al galope
y, lanza en mano, monté sobre él a toda prisa
y cargué contra ellos dando muerte a un gran número.
He aquí que, reconociéndome algunos, se dijeron unos a otros: 185
'¡En verdad, tal coraje y tamaña bravura
ponen de manifiesto al Akrita; démonos todos por muertos!'

[5] Literalmente, «El Cenagal». Cerca de Tarso, en el área de la actual Adana.
[6] Nada se sabe de este Musur, pero sin duda debía de ser, como bien apunta Jouanno (cf. *Digénis Akritas*..., pág. 259), un héroe bastante familiar al auditorio a tenor de su presentación. Ocurre en estos casos que el solo nombre de un personaje puede evocar multitud de hechos de los que él es protagonista, por ejemplo la única mención de Edipo en la *Ilíada* (cf. XXIII, 679: «quien en una ocasión fuera a Tebas tras la caída de Edipo») evoca todo un ciclo épico.

Y conforme escucharon esto, huyeron hacia el pantano,
arrojando sus lanzas y, algunos, hasta sus escudos,
190 sin detenerse a esperar ni un solo instante.
Y así como vi que me había quedado solo,
regresé a la fuente donde se encontraba la niña.
Ella, en tanto, se había encaramado a un árbol cercano
desde donde había observado todo lo dicho y todo lo acontecido,
195 y ahora que me veía acercarme a solas hasta ella,
se bajó del árbol y vino corriendo a mi encuentro
y me lanzó esta súplica, diciéndome entre lágrimas lo siguiente:
'Mi señor y garante de mi salvación,
si en verdad tú eres el famoso Akrita,
200 el que ha librado a mi amado de la muerte,
aquel cuyo nombre se basta para aterrar a los árabes,
te ruego me digas sin ocultarme ni un solo detalle,
si la espada de Musur llevaba consigo la muerte'.
Y yo, invadido por la sorpresa y preso de estupefacción
205 al contemplar el gran amor que la muchacha le profesaba al
que le había procurado desgracias incomparables, [joven
tales como la de apartarla de sus padres, el robo de sus riquezas
y el terrible abandono en mitad de un desierto inaccesible,
en el que no cabía esperar otra cosa que morir injustamente,
210 comprendí entonces por vez primera que el amor de mujer
es, con mucho, más ardiente que el de los hombres,
y que una unión prohibida e ilícita lo corrompe más todavía.
Así pues, yo le contesté: 'Deja ya de llorar, muchacha,
y deja ya de dolerte por el joven que gracias a mí se salvó.
215 Que soy yo quien dio muerte a Musur justamente,
el bandido y salteador de caminos que ejercía tal dominio sobre
que nadie se atrevía a cruzar por allí. [las rutas
Soy yo quien libré de él y de la muerte
al joven que, no comprendo por qué, amas y llevas en el recuerdo,
220 ese inconstante mozuelo al que das el nombre de amado.
¡Ahora, ánimo, que yo te llevaré junto a él

y haré que te tome por esposa,
toda vez que reniegues de la fe de los vergonzantes etíopes!'
Y ella, al escuchar estas cosas, transportada de gozo,
repuso: 'Mi señor, mi más grande campeón, 225
yo ya he participado del santo bautismo
a instancias suyas, antes de tener tratos con aquel varón,
ya que en nada me era posible, rendida como estaba al deseo,
no llevar a cabo lo que él me decía.
Él, por cuya culpa no tomé en cuenta ni a mis padres ni a mis 230
[allegados'.
Conforme oía estas cosas de labios de la muchacha, mi buen
fue penetrando en mi corazón una suerte de llama [amigo,
que me incitaba al amor y a una unión ilícita.
Al principio traté de apartar esta irreprimible intención,
y deseaba en lo posible escapar al pecado, 235
pero resulta del todo imposible que el fuego se contenga ante el
Así pues, aupándola a la grupa de mi caballo, [pasto.
emprendimos la ruta en dirección a Calcurgía
–lugar éste emplazado cerca de Siria–.
No sabía qué me ocurría, pues todo yo era fuego, 240
y en mi interior la pasión aumentaba hasta el extremo.
Entonces, echando pie a tierra para satisfacer nuestras
[necesidades
–en su hermosura mis ojos, en su contacto mis manos,
mi boca para sus besos y para sus palabras mi oído–,
comencé a efectuar toda suerte de actos ilícitos, 245
y sucedió todo lo que yo deseaba,
y el viaje quedó mancillado por aquella acción inmoral,
merced a la intervención de Satanás y a la negligencia de mi
[espíritu,
por más que la muchacha se resistiera a mi acometida,
rogando por Dios y por el alma de sus padres. 250
Sin embargo, el Adversario, el Príncipe de las Tinieblas,
el enemigo y rival de nuestra estirpe mortal,

lo aprestó todo de un modo tal que hizo olvidarme del
y de la retribución del día terrible [mismísimo Dios
255 en que todas las culpas ocultas serán desveladas
en presencia de los ángeles y de todos los hombres[7].
Una vez que llegué a Calcurgía,
encontramos allí al joven que la había seducido:
resultaba ser hijo del general Antíoco,
260 quien fuera hace tiempo pasado a cuchillo por los persas allá
[en Zigo[8].
Así es: cuando yo le arranqué de las garras de Musur,
no le consentí que siguiera su camino delante de mí,
sino que le presenté ante todos como un gran delincuente[9]
y se lo entregué a los amigos que por allí tengo
265 para que pasara unos días con ellos hasta que yo estuviera de
'¡Si estás planeando repudiar a la muchacha, [regreso:
te juro por Cristo, mi salvador, que no seguirás con vida!'
Y después de recomendarle que no agraviara ni maltratara a
[la joven,
lo dejé allí no sin antes hacerle numerosas advertencias
270 y aconsejarle una vez más que no la ultrajara,
sino que la tomara como legítima esposa como había prometido.

[7] El poeta no ha pasado por alto el material hagiográfico con que contaba, pues para la elaboración de este episodio que, por cierto, no aparece en E, parece haberse basado en la *Vida* de San Lázaro de Galesión: en ocasión de un viaje, se encontró con una muchacha que había sido abandonada por unos desalmados. Ésta solicita al santo que la acompañe de regreso a su hogar, pero he aquí que el demonio intenta insuflar en el monje el «espíritu de fornicación»; inútil intento, el santo salva su virtud y devuelve a la muchacha a sus padres. Digenís, a diferencia del santo, cae derrotado ante el diablo. Para un comentario sobre la presencia de *vidas* de santos en el poema, cf. C. Jouanno, *Digénis Akritas*..., págs. 156-167; para el elenco completo de éstas y otras fuentes y referencias literarias, cf. E. Jeffreys, *Digenis Akritis*..., págs. XLI-XLIX.

[8] Anacronismo para designar el Antitauro. Los persas, una vez más, son los turcos.

[9] Otra incongruencia narrativa: Digenís aún no había tenido ocasión de saber que el joven había abandonado a su prometida.

Acto seguido, relaté a todos cómo había encontrado a la
y de qué manera la rescaté de los árabes; [muchacha
mas lo que no era conveniente narrar lo omití del relato
para que el joven no se tomara a pecho mi reprensible 275
Una vez que les devolví a los dos el dinero [ignominia.
que la joven había robado a sus padres,
así como sus caballos, hice que se marcharan,
advirtiendo una vez más al muchacho delante de todos
que jamás volviera a deshonrar a la joven. 280
Yo, por mi parte, volví al poco tiempo junto a mi hermosa
—corría ya mediados de abril—, [amada
a cuestas con una conciencia delatora de mi pecado,
sin dejar de martirizarme por aquella acción afrentosa.
Cuando volví a ver a mi sol, cuando vi el alma mía, 285
avergonzado como estaba por haberla ofendido tan
[terriblemente,
no tardé en decidir que cambiáramos de morada
—pues mi esposa tenía conocimiento de mi ilícita unión—;
cosa que hicimos partiéndonos de aquel lugar».

CANTO VI

He aquí el canto sexto, prolijo en hazañas,
que narra los hechos asombrosos de Digenís Akritas
tal y como él mismo se los relató a sus amigos.
«Si alguien tuviera a bien designar cuál es el rey de los meses,
5 reinaría mayo sobre todos los otros[1],
por ser este mes el más precioso ornamento de la tierra entera:
el ojo de todas las plantas y el esplendor de las flores,
el rojear de los prados y su reluciente belleza.
Prodigiosamente nos inspira pasiones y nos induce al favor de [Afrodita.
10 Es él quien pone a la tierra en disposición de imitar al cielo,
al dotarla con el fulgor de los brotes de las rosas y los narcisos.
En este mes admirable y de tan grande dulzura,
resolví cambiar de morada a solas con mi bella esposa,
la hija encantadora del general Ducas.
15 Y así fue como llegamos a una maravillosa pradera,
en la que fijamos la tienda y nuestro propio lecho,
disponiendo en torno de ella toda suerte de plantas.
Los juncos germinaban apuntando hacia el cielo,
y en medio del prado brotaba un riachuelo de agua fresca

[1] Para el encomio del mes de mayo, cf. Aquiles Tacio, *Leucipa y Clitofonte*, II 1, 2. El motivo, que ha alcanzado gran fortuna en todo el medioevo europeo, se refleja también en nuestro *Romance del prisionero*.

que discurría atravesando de parte a parte el vergel. 20
Numerosas especies de aves poblaban la floresta:
faisanes amansados, papagayos y cisnes.
Los papagayos canturreaban suspendidos sobre las ramas,
y en el agua los cisnes buscaban sustento.
Los faisanes exhibían sus plumas paseándose por entre las flores, 25
rivalizando con ellas por el color de sus pétalos[2].
Luego, las aves restantes, poseedoras de libres alas,
jugueteaban saltando de rama en rama entre los árboles.
Y la rutilante hermosura de la noble muchacha
resplandecía más que la del faisán y cualquiera de las plantas, 30
pues su faz daba réplica a la tez del narciso,
sus mejillas rompían como una rosa florida
y sus labios evocaban al botón de rosas apenas brotado
cuando comienza a dimanar de su cáliz.
Sus rizos le caían hasta la altura de sus graciosas cejas, 35
destellando encantadores reflejos de oro,
con lo que su encanto indecible venía a cundir por todo el lugar.
Alrededor de su lecho rezumaban toda suerte de esencias:
almizcle, ámbar y nuez moscada, canfora y canela.
El placer era inmenso y el perfume hechizante, 40
¡tanta era la delicia que encerraba aquel paraíso!
Mas cuando rayaba la mitad del día, di en entregarme al [sueño;
mientras tanto, la noble muchacha me rociaba con agua de rosas
y los ruiseñores y el resto de las aves entonaban su amable [canto.

[2] La palabra aquí empleada, *ptéryx*, puede designar tanto las alas, las plumas o los penachos de los animales como las hojas y los pétalos de las flores, por lo que en griego tenemos un juego de palabras que sólo muy forzadamente podríamos haber recreado en la traducción. El verso también se podría interpretar en el sentido que entiende, por ejemplo, Valero Garrido, a saber: «reflejaban el color de las flores en sus alas».

45 Entonces, la joven, sedienta como estaba, se acercó al manantial
y cuando con más agrado se estaba refrescando los pies,
un dragón, bajo las trazas de un joven apuesto,
se acercó hasta ella con la intención de seducirla;
pero la niña, que en modo alguno ignoraba de quién se trataba,
[le dijo:
50 '¡Contente, dragón, de hacer lo que estás cavilando, que a mí no
[me engañas!
Mi amor ha estado velando durante la noche y acaba de echarse
[a dormir
('se trata de un dragón –se decía para sus adentros–,
pues por aquí no he contemplado jamás parejo semblante')
y si se despierta y te encuentra aquí, te va a infligir un gran
[quebranto'.
55 Mas él se abalanzó sobre ella e intentó forzarla
[impúdicamente,
y, al instante, la niña me llamó de un chillido:
'¡Despierta, mi señor, y rescata a tu amada!'
Y su grito encontró eco en mi corazón.
Me incorporé con premura y vi cómo la estaba atormentando
60 –el manantial estaba precisamente enfrente de mí–
y para cuando quise desenvainar la espada, ya me encontraba
[en la fuente;
no en vano mis pies habían corrido con la rapidez de las alas.
Pero he ahí que cuando lo tuve a mi alcance, me mostró un
[semblante
estremecedor, gigantesco y monstruoso a los ojos de un hombre:
65 tres cabezas en verdad descomunales que escupían fuego,
y cada una de ellas lanzaba una relampagueante llamarada;
cuando se movía de sitio, generaba el estruendo de un trueno,
de manera que la tierra y todos los árboles parecían
[estremecerse.
Hinchando su cuerpo, agrupaba sus tres cabezas en un solo
70 y desinflándose por detrás, afilaba su cola, [punto,

para luego, tras recogerse sobre sí mismo y desplegarse de nuevo,
lanzar contra mí toda su embestida.
Mas yo, sin tomar en consideración tal alarde,
alcé al aire mi espada con todas mis fuerzas
y la abatí sobre las cabezas de la bestia terrible, 75
tajándoselas todas a un tiempo, con lo que cayó desplomada
[sobre la tierra,
agitando su cola arriba y abajo en sus últimos estertores.
Limpié mi espada y me la eché al talabarte;
llamé a mis sirvientes, que se encontraban a un trecho
y les ordené que se llevaran enseguida al dragón. 80
Apenas hube dado la orden, la tuvieron cumplida.
Así pues, mis criados se fueron corriendo a sus pabellones
y yo a mi lecho para continuar durmiendo, [privados,
pues el agradable sueño, que ya había gustado, me reclamaba de
[nuevo
(de hecho antes me había desvelado sin estar del todo saciado). 85
Por su parte, la niña, movida a una risa incontenible
cada vez que se le venía a la memoria la aparición del dragón
y la abrupta muerte de aquella bestia descomunal,
se acercó hasta un árbol para no despertarme
y para encontrar un poco de alivio después del miedo que 90
[había pasado.
Mas he ahí que de la espesura surgió un espantoso león,
dispuesto también a atacar a la muchacha.
Ella lanzó un grito llamándome en su socorro,
y, nada más escucharla, me levanté de mi cama.
Así, en cuanto vi al león me eché al frente de un ágil brinco 95
y arremetí contra él maza en mano,
la descargué sobre su cabeza y murió al instante.
Una vez que, igual que el dragón, fue alejado de allí,
la niña, implorándome por su vida, me solicitó lo siguiente:
'Atiéndeme, mi señor, y procúrame este favor. 100
Empuña ahora la cítara y táñela un rato,

para aliviar de este modo a mi alma del miedo que la fiera me
Como no me era posible desoír a la joven, [produjo'.
comencé a pulsarla y ella dio inicio a una canción:
105 'Gracias al amor, que me concedió un dulce amante;
feliz soy de ser su reina y de nada siento ya temor.
Es mi lirio floreciente, mi olorosa manzana,
y como una rosa embriagadora hechiza mi corazón'.
Conforme la niña mencionaba esa flor en su canto,
110 me pareció que la llevara sobre sus labios,
pues en verdad se asemejaban a una rosa recién florecida.
Los acordes de la cítara y la voz de la muchacha
emitían un dulce son que devolvían en eco los montes,
de suerte tal que en la distancia se podía oír la canción.
115 De ello tuvimos constancia por el motivo que sigue:
resulta que, por azar, en ese preciso momento unos soldados
cruzaban por la ruta que recibe el nombre de Trosis[3],
en la que muchos guerreros habían sufrido graves heridas,
como es evidente a juzgar por el nombre que el lugar recibió.
120 Según vine a saber luego por boca de ellos mismos, se trataba
admirable Ioannakis, el joven bandolero, [del
del viejo Filopappo y de Cinnamo, que iba en tercer lugar[4].
Y comoquiera que, al pasar por el camino, dieron en oír
[nuestros cantos
(se encontrarían, en mi opinión, a una milla de distancia de
[nosotros),
125 se desviaron de su ruta para acercarse adonde estábamos.
Cuando vieron sola a la excelsa muchacha,
como si de un dardo se tratase, fueron heridos en el alma por
[su hermosura,

[3] O bien «la Herida» (*Trôsis*). Probablemente la actual Trusch de Turquía, al norte de Siria y en el margen derecho del Éufrates.

[4] Según se desprende de sus palabras, no parece que Digenís tenga conciencia de un encuentro anterior con ellos (cf. Z1539-1645).

y se vieron todos movidos a una pasión infinita.
Marchaban en un número de cuarenta y cinco,
y al reparar en que yo estaba solo, quisieron zaherirme con 130
[amenazas:
'¡Deja a la muchacha –dijeron– y procura salvarte tú;
en caso contrario, obtendrás la muerte por tu desobediencia!'
¡A fe que aún no sabían quién era yo!
De repente, la hija del sol, al verlos a todos
tan bien pertrechados y a lomos de sus caballos, 135
se creyó sus palabras y cayó presa de un inmenso pavor.
Se cubrió el rostro con su velo
y se marchó corriendo a la tienda completamente aterrorizada.
Yo le pregunté: '¿Por qué no hablas, amada mía?'
'Porque se me ha muerto la voz antes que el alma –me contestó–; 140
mira que si nos separan, no podré soportar la vida'.
'Deja de pensar tales cosas, alma mía –repuse–;
que a quienes Dios ha unido no los habrá de separar el
[hombre'[5].
Al punto empuñé mi maza, embracé mi broquel,
y caí sobre ellos como el águila cae sobre las perdices desde lo 145
y a cuantos mi maza alcanzó a golpear, [alto,
no quedó en ellos el menor rastro de vida.
Asimismo, capturé a todos aquellos que hacían por escapar,
pues jamás me venció un caballo en la carrera
(y no cuento esto en tono de vanagloria, 150
sino para que cobréis cumplido conocimiento de los dones del
[Creador).
Hubo, no obstante, quienes lograron esquivarme celándose en
[el marjal;
pero, poco antes de entregarlos a todos a la muerte,
capturé vivo a uno solo para saber de su boca
quiénes eran aquellos locos, aquella gente sin seso. 155

[5] Cf. *Mateo* 19, 6.

Hirviendo de furor, no le respeté la vida a ninguno.
Y después de que hube arrojado espada y broquel,
me despojé del brazal y regresé junto a mi joven esposa.
La niña, cuando vio que yo era el único que había sobrevivido,
160 salió a mi encuentro exultante de gozo,
y con sus propias manos me roció con agua de rosas,
mientras besaba mi mano derecha y rogaba por mi vida.
Y yo, queriendo censurar sus temores,
le mezclaba con arte palabras de amor:
165 '¿Acaso hago yo como tú? ¿Muero antes de sufrir mal alguno?'
Comprendiendo a qué me refería, me sonrió dulcemente
y me dijo: 'De repente, vi tal cantidad de jinetes,
todos bien pertrechados, y a ti a pie y tan solo,
que por eso, mi señor, me entró miedo'.
170 Y entre miles de besos marchamos al interior de la tienda.
Al día siguiente me dirigí al río para lavarme
y mudarme las ropas, que estaban sucias de sangre,
por lo que le pedí a la muchacha que me trajera otras.
Cuando llegué junto al agua,
175 me senté a la sombra de un árbol a esperar a la niña.
Mas he ahí que aparecieron tres bizarros jinetes;
iban revestidos todos de elegantes ropajes,
y, marchando por la orilla del río, se acercaban hacia mí,
pues me habían visto sentado al pie del árbol.
180 Cuando llegaron a mi altura, me saludaron los tres,
pero yo no me alcé, sino que seguí sentado.
'Hermano, ¿no habrás visto pasar por aquí a unos soldados?'
A lo que yo respondí sin albergar ningún miedo:
'Sí, hermanos –les dije–, los vi en el día de ayer;
185 no en vano querían raptar a mi esposa,
y, por el Verbo de Dios, que no llegué ni a montar a caballo.
Pero lo que les aconteció, lo vais a saber enseguida'.
Y ellos, al escuchar esto, se miraron entre sí
y empezaron a mascullar, sin mover apenas los labios:

'¿No es éste al que llaman Basilio el Akrita? 190
Mas eso lo sabremos en cuanto le pongamos a prueba'.
Por fin el cabecilla me dijo: '¿Cómo podríamos creer
que tú solo, desarmado y a pie, según cuentas,
te has atrevido a entablar combate con ellos?
A todos los tenemos por guerreros probados en lo que toca a su 195
[hombría;
¡pero si estás diciendo verdad, demuéstralo con los hechos:
desafía a uno de nosotros tres, al que tú quieras,
y bátete en duelo con él, que así todos lo comprobaremos!'
Y yo, sonriéndome, les contesté de esta guisa:
'¡Desmontad, si os apetece, y venid los tres contra mí, 200
y si, por caso, no os supone baldón, venid incluso a caballo,
y así sabréis quién soy yo a partir de mis hechos!
¡Mas si os parece, demos comienzo al combate ahora mismo!'
Al instante me incorporé y agarré mi maza
y mi broquel, pues los llevaba conmigo, 205
y, echándome un poco al frente, les espeté: '¡A vuestras órdenes!'
A lo que el jefe contestó: 'No vamos a obrar como dices.
No tenemos por costumbre acudir tres contra uno;
nosotros tenemos arrestos para espantar cada uno a millares.
No en vano yo, a quien estás escuchando, soy Filopappo, 210
éste es Ioannakis, y el tercero Cinnamo[6],
y para los tres sería un inmenso desdoro luchar a la vez contra
[un solo hombre.
¡Pero, ea, escoge de entre nosotros a uno, al que tú ordenes!'
'Está bien —contesté—, ¡que venga, pues, el primero!'
Al instante Filopappo desmontó del caballo, 215
y blandiendo a un tiempo su espada y su escudo

[6] Se trata, a todas luces, de una nueva inconsecuencia: según leíamos arriba, los tres caudillos iban con el resto de la cuadrilla por la que ahora preguntan.

se vino decididamente hacia mí creyéndose que me echaría a [temblar.
A decir verdad, poseía una acometida asaz valerosa,
de modo que, tras de asestarme un feroz tajo sobre el escudo,
220 me quedé únicamente con su embrazadura en la mano.
Por su parte, los dos que nos miraban allí enfrente, gritaron:
'¡Sacúdele otro más, viejo Filopappo!'
Pero cuando se disponía a alzar de nuevo la espada,
le descargué yo mi maza sobre su testa,
225 y de no ser porque el escudo se la cubría por completo,
no le habría quedado en ella ni un hueso sano.
El viejo, aturdido y temblando violentamente,
se derrumbó sobre el suelo, bramando como un buey.
Y los otros dos, al ver esto, tal como estaban,
230 salieron a galope para cargar contra mí de improviso,
sin sentir ya vergüenza ninguna de lo que antes alardeaban.
En cuanto reparé en su embestida, arranqué el escudo
de las manos del viejo y me eché a correr contra ellos.
Y en ese momento se trabó un combate y una lucha encarnizada,
235 en la que Cinnamo porfiaba por colocarse a mi espalda,
mientras Ioannakis me embestía de frente y con rapidez.
Fue entonces cuando vi que se trataba en verdad de guerreros [probados,
pero ninguno de ellos era lo bastante poderoso como para
Así pues, cuando empecé a voltear mi maza, [vencerme.
240 huyeron ambos de mí, como si se encontraran ante un león,
y me miraban a lo lejos, cual si fueran corderos,
para regresar de nuevo, ladrando como perros.
Y puesto que de esta guisa nos estuvimos no poco tiempo,
acabó por acudir la muchacha, que, sin embargo, se paró en la [distancia,
245 intencionadamente enfrente de mí para que la tuviera a la vista.
Al reparar en que aquéllos me tenían rodeado como dos lebreles,
me lanzó un grito de ánimo, diciéndome:

'¡Demuéstrales tu valor, amado mío!'[7] Y al punto, gracias a sus [palabras,
cobré nuevos bríos y le descargué un golpe a Ioannakis
sobre su brazo derecho, por encima del codo. 250
Los huesos se le quebraron y todo el brazo quedó deslabonado,
por lo que su espada cayó al suelo instantáneamente.
Así, cuando se encontraba cerca de mí, se desplomó del caballo
y, transido de dolor, fue a apoyarse a una roca.
Por su parte, a Cinnamo le vinieron las ganas de obrar 255
[proezas él solo,
por lo que empezó a aguijar su montura arriba y abajo,
confiado el miserable en que podría espantar al león[8].
Entonces, según vino a mi encuentro a lomos de su caballo,
le asesté un mazazo en mitad de la grupa,
y la sangre no tardó en ponerse a manar a borbotones de ese 260
así como de sus sienes y sus hocicos. [lugar,
Así pues, el corcel se trabó y arrastró a Cinnamo en su caída.
El miedo se había apoderado de él, el espanto lo atenazaba,
pues se pensaba que lo iba a rematar mientras yacía en tierra.
Y he aquí que le dije: '¿Por qué tiemblas Cinnamo? 265
Jamás acostumbro a herir a un guerrero caído;
pero si quieres, levántate y recoge tus armas,
para que podamos batirnos cara a cara como cuadra a los
que ensañarse con un muerto es de cobardes'. [valientes;
Mas él, con sus gestos, daba a entender que se rendía, 270
pues, aterrado como estaba, no era capaz de proferir ni una sola
Dejándole allí, me di media vuelta [palabra.
y vi que Filopappo volvía en sí
y meneaba la cabeza mientras decía:

[7] Son las mismas palabras con las que Cariclea da ánimos a Teógenes en Heliodoro, *Etiópicas*, V 32, 5-6.

[8] Se trata del Akrita, pero, para entender toda la dimensión de la frase, tengamos en cuenta que en E1362, 1379 y 1417, Cinnamo también es llamado León. Parece, pues, que se quiere dejar claro quién es el verdadero león.

275 '¡Por Dios, Creador del cielo y de la tierra,
que te ha agraciado con todos los dones,
depón el combate y hagamos las paces,
que seremos tus siervos si así nos lo ordenas;
prestos a recibir tus mandatos y a darles cumplimiento sin [rezongar!'
280 Al escuchar sus conciliadoras razones, me apiadé de ellos
—pues las palabras humildes atemperan el ánimo—,
y le dirigí una sonrisa, mientras le decía burlonamente:
'Filopappo, te acabas de despertar y aún estás viendo visiones.
Pero ya que has encauzado tu vejez por el camino del [arrepentimiento,
285 levántate, coge a tus hombres y márchate a donde quieras,
que tus propios ojos son testigos de lo que aquí ha tenido lugar.
Y, créeme, aquellos que andáis buscando, no acudirán a tu [llamada.
Yo no aspiro a mandar, sino a vivir en soledad,
puesto que también soy el único hijo que le ha nacido a mis [padres.
290 Quede para vosotros eso de gobernar y colaborar unos con [otros
en la medida que os sea posible, así como eso de acometer [correrías.
Incluso si en otra ocasión queréis volver a enfrentaros conmigo,
reclutad de nuevo otra cuadrilla de bandoleros
que no hayan tentado mi fuerza y que no me conozcan,
295 pues los que ya la hayan probado, no se unirán a vosotros'.
Filopappo acogió la resolución con alegría,
y les dio una voz a sus hombres para anunciarles que podían ir [libres,
no en vano ninguno albergaba esperanzas de seguir con vida,
sino que ya tenían el alma a las puertas de la muerte.
300 Sólo la recobraron cuando escucharon aquel grito,
y por fin abrieron la boca para mostrar su más profundo [agradecimiento:

'¡En verdad, hemos presenciado acciones que superan su fama
y tu misericordia sobrehumana es la más grande [—decían—,
que persona alguna haya demostrado en la edad presente!
¡Que Dios te conceda a cambio, por mor de la bondad de tu [espíritu, 305
dones todavía más grandes así como que puedas vivir con tu [esposa
disfrutándoos mutuamente durante un número infinito de años!'
Luego, tomando entre mis brazos a la hermosísima [muchacha,
nos fuimos a sentar a lo lejos bajo la sombra de un árbol,
en la hora en la que el sol atraviesa por mitad del cielo. 310
Pero aquellos tres fueron a reunirse en un mismo lugar,
y sin salir de su asombro se decían entre sí dos de ellos,
los dos que en edad y en raciocinio andaban menos maduros:
'En verdad, lo que acabamos de ver es por demás inaudito y [extraño:
que un hombre desarmado y a pie, provisto de una maza tan 315
a nosotros, que íbamos completamente armados [sólo,
y hemos vencido a millares de hombres y sojuzgado ciudades,
nos haya derrotado completamente, como a unos novatos,
colmándonos de oprobio, de cobardía y de espanto.
No cabe duda de que se trata de un mago o de un genio del lugar, 320
pues en cosa de nada tenía los tajos de nuestras espadas
y la furia que guardaba en su maza resultaba incontenible.
Si se tratara de un hombre de los que hay en el mundo,
tendría cuerpo y alma, sentiría miedo a la muerte
y no habría hecho frente a las espadas como si no tuviera carne. 325
Pero sin duda se trataba de un genio del lugar,
y trabó batalla contra nosotros por medio de una ilusión.
Si no, mirad también la belleza infinita de la muchacha que se [nos apareció,
que dimanaba a lo lejos un fulgor más brillante que los rayos [del sol

330 y fue tomada por nosotros como una estatua con vida'.
Estas y otras necedades de ese jaez se estaban diciendo,
cuando el anciano Filopappo les soltó un sermón propio de un [viejo:
'Todo eso, hijos míos, son consuelos
para excusar la derrota, alivios del alma.
335 Lo que yo vi en realidad fue a un varón bien probado,
a quien Cristo ha colmado con todas sus gracias:
belleza, bravura, sensatez y un inmenso coraje,
virtudes a las que hay que sumar una rapidez infinita.
Pero a nosotros sólo nos queda el consuelo
340 de que allí no había nadie que presenciara el combate;
mas el nombre que nos habíamos ganado, la gran fama de [nuestro valor,
ahora lo hemos perdido, al caer derrotados ante un solo [hombre.
Pero si queréis un consejo, hijos míos,
no nos demoremos ni un solo instante en vengar este ultraje,
345 mejor démonos prisa en encontrar toda suerte de aliados,
que por más que se jactaba, no ha acabado con todos.
Si Dios quiere, nos reuniremos en un punto
para ir sobre él inesperadamente durante la noche,
que si nos apoderamos de él, pondremos fin al tormento
350 que en nuestras almas ha sembrado tan esforzado guerrero.
En cuanto a la muchacha, Ioannakis, llevará tu nombre.
Supongo que resulta imposible expresar su belleza,
pues, en verdad, entre los hombres jamás
nadie ha contemplado tal hermosura, al menos en mi opinión,
355 y eso que ya tengo cincuenta y dos años
y he recorrido muchas ciudades y no pocos países,
pero todas las mujeres ceden ante ella, cual un coro de estrellas
cuando el sol despliega sus rayos.
¡Pero, ánimo, hermosísimo hijo, que desde este instante ella te [pertenece!'
360 Tales cosas dejó dichas el viejo, y parecía hablar cabalmente.
Subieron hasta una almenara para convocar una junta,

y hasta bien entrada la noche mantuvieron la lumbre
[encendida[9],
mas no hizo acto de presencia ni uno solo de los que se
[esperaban.
Entonces, los acompañantes de Filopappo comenzaron a
[protestar:
'¿Por qué, valeroso viejo, nos impones tantos pesares? 365
¿Acaso no has encontrado la prueba de nuestro coraje
en las hazañas que tan bien conoces y en las grandes victorias
que obtuvimos por medio de esforzados combates?
¿Acaso no nos has venido admirando como a gente invencible?
¿Es que no has asistido a nuestras extraordinarias proezas? 370
¡Pero él nos ha derrotado como a unos principiantes en
[asuntos de guerra!
¿Y todavía pones en duda que aquéllos murieran a manos de él?
Si lo tienes a bien, atiende el consejo de tus hijos:
dejémonos de tantas y tan vanas fatigas,
y vete a por Maximo, que es de los nuestros, 375
y pídele que, por favor, acuda en nuestro auxilio,
pues, como bien sabes, cuenta con una cuadrilla excelente.
Ahora bien, de lo que nos ha acontecido, no le menciones ni
[una palabra,
pues si llegara a enterarse, no se avendría a acompañarte.
Condúcete cual hombre prudente y discreto al realizar tu 380
[embajada
para que puedas acabar implicándola en nuestro plan.
Si esto sucede, la victoria ya es nuestra.
Nosotros nos uniremos a ti en cuanto nos hagas señales con la
[antorcha'.
Al viejo le complació gratamente tal acuerdo
y al punto montó sobre su caballo y salió en busca de Maximo. 385

[9] Se trata de un antiquísimo sistema de información basado en hogueras y vigías; cf. Esquilo, *Agamenón*, 1 sigs.

Se trataba de una descendiente de las amazonas, las mujeres
que el rey Alejandro se trajo de la tierra de los brahmanes[10].
Había recibido de sus ancestros una fuerza descomunal,
y siempre consideraba la guerra su vida y su placer.
390 Una vez que Filopappo estuvo ante ella, según se había [acordado,
la abrazó amistosamente y le preguntó: '¿Cómo te va?'
A lo que ella le contestó: 'Bien, gracias a Dios.
¿Y tú, el más bravo de todos? ¿Cómo estáis tú y tus muchachos?
¿Cómo es que has venido a visitarnos sin ellos?'
395 A su vez el anciano, ocultando la verdad, le dijo:
'Los muchachos, mi dueña, Ioannakis y Cinnamo,
se encuentran bien gracias a Dios; y se han ido a montar guardia
impacientes como están por eliminar enteramente a ciertos [revoltosos[11].
Pero yo me he separado de ellos para encontrar tranquilidad,
400 o más bien, con el favor de Dios y a su voluntad plegado,
para hallar ese buen don que no tiene precio,
toda vez que jamás he gozado de una completa serenidad[12].
Así es, desde que me separé de mis queridos muchachos,
he recorrido yo solo, a lomos de mi caballo, los ribazos cabe el
405 y he acechado los vados, en busca de mis enemigos. [río[13]

[10] Esto es, de la India. Los brahmanes son los «hombres desnudos acostumbrados a filosofar» con los que Alejandro se entrevistó según avanzaba en sus conquistas (cf. *Vida de Alejandro*, III 5-6). Por otra parte, las amazonas son un pueblo de guerreras que según una etimología popular (*a-mazos*, «sin pecho») se quemaban o cortaban un seno para manejar con eficacia el arco. Las noticias del encuentro de Alejandro con la reina de ellas, Talestris, llegan hasta nuestro *Libro de Alexandre* (vv. 1886-1892).

[11] En cuanto a la doble naturaleza del *apelate*, bandolero, por un lado, y soldado irregular al servicio del Imperio, por otro, cf. Introducción, págs. 34-35.

[12] Ese «buen don que no tiene precio» es la salud del alma. El pasaje, pues, ha de entenderse dentro de las coordenadas religiosas de los bizantinos en las que la idea del aislamiento monacal es una constante; cf. P. Odorico, *Digenis Akritas...*, pág. 166-167, nota *ad loc.*

[13] A saber, el río Éufrates.

Y cuando he llegado al camino que recibe el nombre de Trosis,
a mi izquierda, en mitad de un prado frondoso,
me he venido a topar con una fierecilla más preciosa que el oro,
una muchachita como mis ojos no habían contemplado jamás.
Poseía en su belleza un resplandor inexplicable, 410
indecible era el encanto que de sus ojos se desprendía,
su talle parecía un retoño agradable a la vista,
capaz de hechizar el alma de todos, cual una pintura provista
[de vida[14].
Se trataba, según he llegado a saber, de la hija de Ducas,
con quien tenía en mente unir a nuestro áureo Ioannakis[15]. 415
Y no sé de qué modo, pero el caso es que otro se nos ha
[adelantado,
y ahora mismo anda recreándose con ella en el prado.
Si verdaderamente aprecias a tu queridísimo deudo,
lleva a cabo estas fatigas por él, asume estos desvelos
y confirma con hechos tu afecto, dueña mía. 420
Pues quien comparte de corazón las tribulaciones de los seres
[queridos,
ése sí que es un amigo de verdad y un buen pariente'.
El viejo Filopappo, habiendo expresado tales razones,
logró convencer por completo a Maximo,
pues, no en vano, la mente de una mujer es fácil de embaucar. 425
Ella en modo alguno indagó en manos de quién estaba la joven,
sino que, con gran entusiasmo, llamó a Melimitzes en ese preciso
[instante,

[14] Como en VI 330, el poeta vuelve emplear términos propios de la crítica de arte de los siglos XI y XII para describir a la encantadora esposa de Digenís; cf. E. Jeffreys, *Digenis Akritis*..., pág. 171, nota *ad loc.*

[15] Son numerosas las *canciones akríticas* recogidas en nuestros días (cf. Introducción, págs. 19-21) que hablan del rapto por parte de Digenís de una joven prometida a un cierto Yannis. En el caso de que esas canciones hubieran discurrido paralelamente a nuestro poema, el poeta podría estar haciendo un guiño a su público.

a quien tenía por lugarteniente y como capitán de todos los
Dirigiéndole una sonrisa, le dijo en tono burlón: [otros.
430 '¿Sabes que el viejo Filopappo, este admirable varón,
se ha topado hace nada con una hermosísima pieza allá en las
y se ha dignado a que le acompañemos [fronteras
para que compartamos con él el gozo y sus consiguientes
[deleites?
¡Pero, venga, sal a toda prisa y vete a buscar a los bandoleros,
435 y escoge de entre todos a cien probados guerreros,
dueños de briosas monturas y de las armas más recias,
para poder apresar fácilmente a quienquiera nos encontremos'.
Como no se atrevía a desobedecer el mandato de su señora,
esa misma tarde ya estaba en las almenaras,
440 y cuando hubo reunido mediante señales de antorcha un
de escogidos soldados, más de mil, [sinnúmero
apartó a los cien más aguerridos,
y, haciéndose acompañar por ellos, se dirigió al encuentro de su
[señora.
Ella, tras distribuir convenientemente todos los aperos
[necesarios,
445 les ordenó que al día siguiente salieran en armas,
y, en compañía de ellos, marchó contra mí con un afán
[desmedido.
Filopappo, por expreso deseo suyo, iba capitaneando la tropa.
Una vez que estuvieron en la cima del cerro,
el viejo le hizo a sus hombres la señal convenida:
450 por la noche, encendió la antorcha para las gentes de Ioannakis,
quienes, con el día, se sumaron a la partida
y fueron recibidos de muy buen grado por parte de Maximo.
De hecho, como familiares cercanos y aliados que eran,
Maximo los acogió con entera satisfacción.
455 Cuando llegaron junto a las márgenes del río,
Filopappo comenzó a arengar a sus hombres con tales razones:
'¡Mi señora! ¡Vosotros, guerreros!

¡El lugar donde encontré a la muchacha no es nada propicio;
así que no es cuestión de ir todos juntos armando alboroto
y poniendo sobre aviso al que la protege, 460
pues lograrían esconderse en el bosque antes de acercarnos;
en tal caso, no podríamos capturar nuestra presa de ninguna [manera
y los esfuerzos de todos nosotros habrían sido en vano!
Pero, si os parece, vayamos tan sólo dos, tres a lo sumo,
a espiar a escondidas el lugar donde se encuentra la muchacha. 465
Dos se quedarán acechándola,
mientras que el tercero vendrá a avisaros para que le acompañéis
y así no corráis el peligro de perderos'.

Dicho esto, Maximo contestó al anciano:
'¡Viejo astuto, a ti te confío el mando; 470
procede, pues, como a ti te apetezca, que todos te obedeceremos!'
Al punto, Filopappo, tomando a Melimitzes
y a Cinnamo consigo, vadeó el río
no sin antes haber ordenado al resto que aguardaran allí
hasta que les enviaran la señal convenida. 475

Mas he aquí que, en esos momentos, me encontraba en una [atalaya.
Sentado sobre una roca y sujetando al caballo por las riendas,
acechaba atentamente la llegada de éstos.

Cuando me hubo avistado, Filopappo le dijo a Melimitzes:
'¿Ves a aquel hombre? –y me señalaba con la mano– 480
Ese que está sentado sobre una roca en lo alto del cerro.
Pues que sepas que ese es el que tiene en su poder a la
No andemos, pues, a su encuentro de cara; [muchacha.
tratemos de averiguar, antes bien, dónde guarda a la joven
para luego hacérselo saber a los nuestros, conforme se ha 485
Que, aunque esté solo, es por demás denodado. [acordado.
Bien sé de qué clase de hombre se trata en lo tocante al valor,
y os aconsejo que en modo alguno os presentéis a solas ante él'.

Cinnamo se mostraba igualmente de acuerdo con lo dicho,

490 pero Melimitzes, que no compartía en absoluto su parecer,
repuso lo siguiente: 'En este momento me resulta imposible
[reconoceros.
Yo jamás he necesitado ayuda para marchar contra mil
y vosotros me decís que esperemos a la tropa para ir contra uno.
A buen seguro que si esto llegara a oídos de mi señora,
495 me tacharía de pusilánime por arrugarme ante un solo hombre;
y prefiero no seguir vivo si tengo que oír cómo me llama
[cobarde'.
Y tras decir esto, marchó contra mí ardidamente,
haciendo caso omiso de las advertencias del viejo,
pues, no en vano, la bárbara es una raza por entero recelosa[16].
500 Y en cuanto vi que me atacaba y que los otros lo seguían
–lo acompañaban para ver en qué acababa todo–,
salté a la grupa de mi caballo y les salí al paso.
Melimitzes, que venía al frente de ellos,
terció su pica con la intención de asestarme un lanzazo,
505 y, esquivándole con destreza conforme pasaba a mi lado,
le alcancé con mi maza y fue a dar contra el suelo.
Me detuve a contemplar si podía levantarse,
y comoquiera que por un instante distraje en él mi atención,
no reparé en que Filopappo se me llegaba por un costado
510 y hería a mi caballo de una lanzada en el cuadril
–la foresta era frondosa y espesa–.
Espantado como estaba mi caballo y lleno de dolor,
volví grupas y pude ver cómo el viejo se daba a la fuga:
'¿Por qué huyes de mí? –le espeté–.
515 ¡Muéstrate ante mí a cara descubierta, si es que eres un
[guerrero,
en vez de morderme a escondidas como un perrillo rabioso!'

[16] Melimitzes debe de ser de origen árabe (su nombre podría ser hipocorístico del nombre árabe Melem), o, en todo caso, turco. Para su persona se ha postulado la figura de un príncipe armenio llamado Melias/Mehl.

Mas he ahí que imprimió todavía más brío a su huida
y atravesó el río en compañía de Cinnamo.
Yo les perseguí hasta la orilla,
pero como viera al otro lado un ejército, todos bien pertrechados, 520
no juzgué oportuno marchar contra ellos desprovisto de armas,
principalmente porque mi caballo flojeaba por mor de su herida.
De modo que, al punto, me volví con premura junto a mi joven [esposa,
y tras de coger las armas y cambiar además de montura,
le dije a mi encantadora mujer: 'Ven aprisa, luz mía, 525
ven que te conduzca a la gruta que hay en el cerro.
Desde ahí verás perecer a nuestros enemigos;
así sabrás qué suerte de vengador ha puesto Dios a tu servicio
y podrás glorificar una vez más Su santísimo poder'.
Ella, sin más tardar, montó a lomos de su propio caballo, 530
pues yo ya tenía preparadas las provisiones.
Así, una vez que alcanzamos el lugar referido,
la dejé en un miradero del monte
donde había un abrigo natural que hacía las veces de cobijo,
cubierto de árboles y muy difícil de hallar. 535
Desde él se podía contemplar lo que pasaba a lo lejos
sin que pudiera ser visto por nadie quien allí se celara.
Como iba diciendo, cuando hube escondido a la niña en ese [lugar,
le pedí que no se atemorizara ante los sucesos que se avecinaban,
y que, sobre todo, no gritara en el curso de la refriega: 540
'Para que tu voz no les sirva de guía
y suban a por ti mientras me encuentro afanado en la liza
y de ello me sobrevenga un peligro evidente'.
Me apresuré hacia el río en la dirección que había visto a la [tropa
y fui remontando sus márgenes para encontrar un vado. 545
Fue entonces cuando reparé en que Maximo estaba separada [del resto,

acompañada de los cuatro bandoleros más esforzados:
el viejo Filopappo, Cinnamo y Ioannakis,
y el probado Leandro, inmenso en bravura.
550 Bajaban por la orilla del río fustigando sus monturas,
dos a un costado y dos al otro, y, en el medio, Maximo,
a la grupa de un corcel blanco como la leche,
con su crinera, su cola, sus flecos y sus orejas,
así como sus cuatro pezuñas, tintados de un color bermejo,
555 mientras que la silla y las bridas iban todo guarnecidas de oro;
su loriga resplandecía, rematada como estaba en ribetes dorados.
Volviéndose al viejo, le preguntó con curiosidad:
'Dime, Filopappo, ¿quién es el que tiene a la joven?'
'Ése es', contestó señalándome con la mano.
560 Ante lo cual, ella insistió: '¿Y dónde se encuentran sus [hombres?'
'Ése, mi dueña, no precisa de ayuda –volvió a responder–,
sino que, fiado en su arrojo infinito,
recorre los caminos siempre en solitario y de ello se gloría'.
'¡Viejo, maldito seas tres veces! –le respondió–.
565 ¿Nos estás procurando tantas fatigas a mí y a mi tropa por un [solo hombre?
Acudiré a solas contra él, alardeando con la ayuda de Dios,
y le arrancaré la cabeza sin necesidad de vosotros'.
Dicho lo cual, tomó impulso con toda su furia para atravesar [el río[17].
Mas he ahí que yo le grité: '¡No cruces, Maximo!
570 ¡Es a los hombres a quienes les corresponde ir al encuentro de [las mujeres;
por lo tanto, como es de justicia, acudiré yo a por ti!'
Y al punto aguijé mi caballo a golpe de espuelas
y me arrojé al río por donde no había vado;

[17] El motivo del paso del Éufrates también aparece en la *Canción de Armuris*; cf. *CA*, 31-53.

el río iba crecido y mi montura echó a nadar.
Más allá, el agua se había desbordado 575
dando lugar a un minúsculo légamo y a un tupido pastizal
sobre el que Maximo se erguía, firme y bien pertrechada,
a la espera de que yo lanzase mi ataque.
Entre tanto, algunos de sus acompañantes corrían hacia un vado,
mientras que el resto se celaba para prepararme una 580
[emboscada.

Cuando noté que el caballo hacía suelo,
lo espoleé con brío y, desenvainando mi espada,
me lancé diestramente y con toda mi furia contra Maximo.
Mas ella, preparada como estaba, corrió a mi encuentro
y me asestó una lanzada que arañó mi coraza. 585
Sin resultar herido en absoluto, quebré su lanza
y sacudiendo de nuevo mi espada, conforme la esquivaba,
tajé la cabeza de su corcel en ese mismo instante,
y, sobre el suelo, ya muerto, cayó derrumbado violentamente.
Ella retrocedió, presa como estaba de espanto, 590
y se postró a mis pies, suplicándome: '¡Joven, no me des muerte!
He sido engañada, como mujer que soy, persuadida por
[Filopappo'.

Y yo, en consideración hacia ella y atendiendo a sus ruegos,
ablandado ante la increíble belleza que poseía,
la dejé en ese lugar y me dirigí contra el resto. 595
Me da vergüenza contar de qué manera pude con todos,
no sea, amigos, que me vayáis a tomar por un fanfarrón,
pues el que da en relatar sus propias hazañas
es tachado de jactancioso por parte de sus oyentes.
Pero yo no os expongo estas cosas con la intención de gloriarme; 600
no, por Aquel que infunde vigor y conocimiento en los hombres
—pues Él es el único que procura los bienes—.
Por este motivo, todo va a ser contado tal y como sucedió,
con el fin de obtener el perdón de manos de quienes me
[escucháis.

605 Resulta que de nuevo fui a caer en el pozo del adulterio,
por culpa de la levedad de mi mente y de la incuria de mi alma;
pero esto lo esclarecerá con mayor detalle mi relato,
que no es sino como os lo voy a narrar a continuación.
Cuando Maximo perdió su caballo,
610 se quedó abandonada sobre el pastizal, como dije anteriormente,
y yo salí a la carrera contra el resto dispuesto a trabar combate.
Mas como antes no habían tentado mi fuerza, vinieron por mí,
y cuando vieron que todos los que se habían batido conmigo
yacían derribados sobre el suelo, desarzonados de sus monturas,
615 cobraron conciencia de quién era yo a juzgar por mis hechos,
y tuvieron la certeza de que sólo en la fuga encontrarían la [salvación;
mas, de todos ellos, tan sólo unos pocos lograron huir.
Finalizado el combate, volví sobre mis pasos
y de repente vi que los cuatro bandoleros,
620 Filopappo y Leandro, Cinnamo y Ioannakis,
salían de la espesura y se venían contra mí.
Mientras Leandro y Cinnamo avanzaban de frente,
el viejo y el resto de sus acompañantes me atacaron por la [espalda[18],
con la esperanza de darme muerte si conseguían acorralarme.
625 Vanamente se afanaban en aquel inútil empeño.
Así es, al ver que los que tenía delante aguijaban [impetuosamente su montura,
me lancé velozmente hacia ellos despreocupado del resto.
Y Leandro, que no había tentado mi fuerza, me embistió;
mas yo le descargué un golpe y cayó con su caballo por tierra.
630 Presenciado lo cual, Cinnamo se revolvió sin tardanza
y los restantes, ciñéndose las espadas al hombro,
me atacaron por los flancos con el fin de asestarme un lanzazo.

[18] Se puede entender que iban acompañados de escuderos.

Pero he ahí que haciendo girar velozmente mi espada contra
quebré al instante las lanzas de ambos [ellos
y se dieron a la fuga picando espuelas a sus caballos, 635
sin ni siquiera atreverse a mirar hacia atrás.
Al verlos en tales apuros, les grité entre risotadas:
'¡Retornad! ¿No os da vergüenza amedrentaros ante un solo
Y ellos imprimieron aún mayor brío a su huida. [hombre?'
Yo, compadeciéndome de su desventura, no salí en pos de ellos 640
—pues siempre he tenido piedad con los que huyen:
vencer, que no humillar; amar a los enemigos—.
Así pues, volví sobre mis pasos, caminando tranquilamente,
y cuando estuve al lado de Maximo, le hablé lo siguiente:
'¡Tú, que fiada en tu fuerza te has jactado desmesuradamente, 645
márchate, reúne a los que se han salvado mediante su retirada
y lleva a cabo tus pujantes hazañas con esos con los que tienes
costumbre, allí donde tú sabes por propia y cumplida experiencia.
Aprende, pues, de lo que te ha sucedido y no seas arrogante,
porque Dios hace frente a cuantos se muestran soberbios!' 650
Mas ella, viniendo a mi encuentro,
juntó convenientemente las manos
e, inclinando decorosamente la cabeza hasta el suelo,
dijo: '¡Tú, el más noble de todos los hombres; acabo de
tu incomparable poder y tu clemencia, [comprobar 655
una clemencia como la que jamás tuvo ninguno de los héroes de
[antaño;
pues una vez que me derribaste, pudiste haberme matado,
pero me perdonaste, admirable y grandioso como eres en tu
¡Que el Señor te proteja, noble guerrero, [hombría de bien!
magnífico dueño mío, a ti y a tu amada, 660
durante muchos y felices años de fama y salud!
¡Muchos y valerosos soldados he contemplado,
guerreros gloriosos y esforzados en la batalla,
pero a alguien más poderoso que tú en sus proezas,
jamás lo vi en toda mi vida!' 665

Luego, abrazada a mis piernas, cubrióme de besos
la mano derecha al tiempo que me decía dulcemente:
'¡Alabado sea tu padre y la madre que te dio a luz,
así como los pechos con los que tu bendita madre te crió!
670 Pues jamás he contemplado otro hombre como tú.
Por esto, mi señor, te pido que por favor me satisfagas
aún otro ruego, de modo que por él sepas
con mayor exactitud cuál es mi experiencia en el combate:
concédeme que parta a lomos de mi caballo
675 y que vuelva mañana a este mismo lugar
para batirnos en duelo sin que nadie lo presencie,
de suerte que también tú, buen amigo, conozcas mi valentía'.
A lo que yo contesté: 'Con mucho gusto, Maximo.
Marcha a donde desees, que aquí me encontrarás.
680 Tráete, si quieres, al resto de tus bandoleros,
pon a todos a prueba y así averiguarás quiénes son los mejores'.
Entonces, atrapando uno de los caballos que andaban [errantes
y pertenecían a los guerreros caídos con ellos en la batalla,
lo conduje ante ella y ordené que montara.
685 De hecho, cuando sus hombres vieron que había [desarzonado a la joven,
cual águilas, se cernieron apresuradamente a mi alrededor:
unos, espada en mano, me golpeaban sañudamente,
mientras que otros me alanceaban con todas sus fuerzas;
y aún había quienes trataban de herirme con sus saetas.
690 ¿Quién vino, entonces, en mi ayuda? ¿Quién fue mi protector y [guardián?
No fue otro que Dios, juez grande y ecuánime:
Fue Él quien me envió su auxilio desde las alturas
y quien me guardó incólume contra toda esperanza.
Encerrado como estaba en medio de tantos enemigos,
695 golpeado por todas partes, me avergoncé ante la idea de huir;
no en vano contaba con armas excelentes y perfectamente [acabadas.

Así, gracias a Dios, me mantuve sin menoscabo en la batalla.
Mas he aquí que la audacia de aquéllos no duró mucho,
sino que se apagó súbitamente y, con la ayuda de Dios
y el auxilio de los santos mártires Teodoros, 700
de Jorge y Demetrio, les puse a todos en fuga[19].
Pero contra ellos no empleé ni mi lanza ni mi arco,
sino que desnudé mi espada y, tirando tajos, me fui por ellos,
y a cuantos me iba encontrando les cortaba en pedazos,
y la tierra les acogía ya desprovistos de alma. 705
Hubo quienes trataron de huir, mas yo les detuve,
e incapaces del todo de arrostrar mi acometida,
descabalgaban de sus monturas y arrojaban sus armas
y, derrotados, emprendían la huida, presos del pánico.
De este modo, muchos de sus caballos quedaron por allí, 710
y, como ya mencioné, entregué uno de ellos a Máximo.
En ese momento, yo crucé el río y ella volvió con los suyos,
mostrándome mucha gratitud, según parecía.

Una vez que llegué a mi tienda, me despojé de las armas
y me vestí una túnica admirable y muy fina 715
y me calé un pequeño gorro rojo de piel rizosa.
Acto seguido ensillé un estrellado corcel alazán,
dueño de un brioso temperamento en la liza.
Una vez que hube cogido la espada, mi escudo y mi lanza azul,
ya caída la tarde, volví a cruzar el río. 720
Por ese motivo aplacé mi regreso junto a mi esposa,
pero, no obstante, le envié a sus dos doncellas,
pues teníamos un buen número de personas a nuestro servicio
(su morada se hallaba a cierta distancia de nuestra tienda,
mas no todos juntos, sino que los hombres estaban aparte, 725
y las mujeres, igualmente, ocupaban sus propios pabellones).

Por lo tanto, después de atravesar, como os dije, el río
[Éufrates,

[19] Cf I 21 y nota *ad loc.*

y después de tumbarme sobre la encantadora pradera,
concedí descanso al caballo y pasé allí la noche.
730 Me levanté con el alba y monté a lomos de mi corcel,
puse rumbo a la llanura y me quedé allí esperando.
Y cuando apenas comenzaba a despuntar con su luz la mañana,
y el sol brillaba sobre la cima de las montañas,
Maximo apareció sola sobre el campo de batalla.
735 Iba montada sobre un negro corcel de pura raza
y llevaba un purpúreo tabardo de piel de castor,
así como un turbante verde recamado en oro.
Embrazaba un escudo sobre el que se dibujaban las alas de un [águila,
sostenía una lanza árabe y llevaba la espada al cinto.
740 Me dirigí a su encuentro al instante,
y cuando estuvimos el uno al lado del otro nos saludamos.
Tras darnos, como correspondía, muy gentilmente la bienvenida,
dimos comienzo a la liza aguijando nuestros caballos.
Después de estar trotando adelante y atrás durante un breve [momento,
745 chocamos las lanzas sin que ninguno resultara desarzonado.
Así pues, nos separamos y desnudamos nuestras espadas
para, al instante, pasar a atacarnos enconadamente con mutuas [acometidas.
Mas yo, amigo mío, bien me cuidaba de causarle daño alguno,
pues en los hombres es censurable no ya matar,
750 sino el mero hecho de trabar combate con las mujeres.
Sin embargo ella gozaba de un gran renombre entre los valientes [de entonces,
por lo cual no me supuso ningún baldón enfrentarme a ella.
Y he ahí que al golpearle la mano por encima de los dedos,
la espada que empuñaba cayó al suelo
755 y el pánico y un gran pavor se apoderaron de ella.
'¡No tengas miedo, Maximo –le grité–,
que, por ser mujer y poseer tanta hermosura, tendré piedad de ti.
Y para que, por mis hechos, sepas bien quién soy yo,

te haré una demostración de mi fuerza sobre tu caballo!'
Acto seguido, descargué un golpe de espada sobre las ancas 760
del animal y lo dejé partido por medio:
una mitad se derrumbó de un lado con ella
y la otra mitad se desplomó sobre el suelo por el otro costado.
Y ella, echándose atrás, sumida en una total turbación,
me suplicó con voz azorada: '¡Ten piedad, 765
mi señor, compadécete de mí, pues me he dejado engañar
[lamentablemente!
Y si no me desprecias, podríamos incluso trabar amistad,
ya que aún soy doncella, al no haber sido desflorada todavía por
[nadie.
Como tú eres el único que me ha vencido, sólo tú habrás de
[poseerme.
Además me tendrás como aliada contra tus enemigos'. 770
'No vas a morir, Maximo –le contesté de inmediato–,
mas no me será posible tomarte como mujer,
pues ya tengo una esposa legítima, una muchacha noble y
cuyo amor jamás osaré traicionar. [encantadora,
Ven, no obstante; acerquémonos a la sombra de ese árbol 775
y te contaré todo cuanto a mí respecta'.
Cuando llegamos a la arboleda que se encontraba junto al río,
Maximo comenzó a limpiarse la mano;
se aplicó sobre la herida la eficaz mixtura
que solemos llevar siempre al combate 780
y se despojó del tabardo, pues el calor apretaba.
La túnica de Maximo era de la sutileza de una tela de araña,
y, como un espejo, dejaba entrever todos sus miembros,
así como los senos que apenas le empezaban a despuntar en su
[pecho.
Mi alma, entonces, resultó herida: la muchacha estaba en flor[20]. 785

[20] A partir de este punto, la versión G ofrece una laguna (aquí no hay dudas) que se viene paliando con la introducción del pasaje correspondiente de

Z3699 Cuando descendí del caballo, me llamó a voz en grito
Z3700 y vino corriendo hacia mí: '¡Salve, mi dueño,
pues en verdad me he convertido en tu esclava por el azar de la [guerra!'
Y me besó la mano derecha dulcemente.
Es entonces cuando prendió la llama del deseo,
y yo ya no sabía quién era, al encontrarme completamente [enardecido.
Z3705 Y he ahí que traté por todos los medios de escapar al pecado,
y, cargando las culpas sobre mí mismo, argüía estas cosas:
'¿Por qué codicias, desdichado, todo lo ajeno,
poseyendo como posees un manantial cristalino y enteramente [perfumado?'
Y mientras que para mis adentros, amigos, razonaba estas [cosas,
Z3710 Maximo encendía aún más mi pasión,
asaetándome los oídos con palabras llenas de dulzura,
pues no en vano era joven y bella, encantadora y virginal.
De modo que mi razón acabó derrotada ante un impuro deseo.
Y una vez que la unión y el oprobio fueron consumados por [entero,
Z3715 la abandoné y la despedí de aquel lugar,
no sin antes dedicarle unas palabras a modo de consuelo:
'Parte en buena hora, niña mía, y no te olvides de mí'.
Acto seguido, monté sobre mi caballo y crucé el río;
pero ella, tras de haberse lavado en el agua su doncellez,
Z3720 intentó, tristemente, hacerme volver sobre mis pasos.
Y una vez que estuve de nuevo junto a mi amada,
desmonté del caballo y la colmé de insaciables besos:
'¿Has visto, alma mía, qué vengador tienes contigo
y qué baluarte te ha proporcionado el Creador?'
Z3725 Mas ella, albergando ciertos celos en su alma,
me repuso: 'En todo te estoy agradecida, mi señor,
pero lo que me corroe es tu atrevida demora con Maximo.

Z3699-3739, según la mencionada edición de Trapp. Algún lector, escandalizado por los detalles de lo que sigue, pudo haber arrancado el folio.

Desde luego ignoro qué te traías entre manos con ella,
sin embargo, ahí está el Señor, que conoce nuestros secretos,
y que habrá de perdonarte, mi buen esposo, este pecado. Z3730
Pero ándate con ojo, joven amigo, de hacerlo de nuevo,
no te vaya a castigar Dios, que imparte justicia con toda equidad.
Por mi parte, he depositado mis esperanzas en Él,
pues Él será quien te proteja y salve tu alma
y quien me hará merecedora de disfrutar de tu encantadora Z3735
[hermosura,
durante muchos y felices años, mi dulcísimo amor'.
Supe, sin embargo, embaucarla con persuasivas palabras,
relatándole desde el principio mi combate con Maximo;
el modo en que la había herido en la mano derecha, G786
añadiendo como detalle la gran cantidad de sangre que le Z3740
[brotaba,
a resultas de lo cual, Maximo habría estado a punto de morir Z3741
si yo no hubiera descabalgado con presteza para echarle agua G87
[encima;
toda vez que sentía pena de ella por ser mujer y de débil
'Le lavé la mano y le vendé la herida, [naturaleza:
y por eso me he entretenido, mi luz perfumada, 790
porque no se me reprochara el haber matado a una mujer'.
Dicho esto, la muchacha sintió un cierto alivio,
al juzgar que yo era sincero en mis palabras.
Pero yo, revolviendo en mi mente las de mi joven esposa
y abrasándome por completo, preso de un furor desmedido, 795
al punto me hice a caballo, como si saliera de caza,
y cuando hube alcanzado a Maximo, la maté despiadadamente
sumando así a mi adulterio un miserable asesinato[21].

[21] Tenemos aquí un documento literario más acerca de la proverbial tensión entre los héroes griegos (Belerofontes, Heracles, Teseo, Aquiles) y las amazonas; siempre en el filo del amor y del odio. Recuérdese, sobre todo, a Aquiles, que, según la *Etiópida*, se enamoró de la amazona Pentesilea un instante después de haberla atravesado con su lanza. Por otra parte, en la versión E no se

De este modo, regresé allí donde se encontraba mi niña,
800 y después de pasar en ese lugar la entera jornada,
al día siguiente nos volvimos los dos a nuestra tienda,
al gozo y disfrute de aquellas praderas.
Pero después de unos días de meditación y de cabal reflexión,
resolví establecer mi morada a orillas del Éufrates
805 y levantar allí un majestuoso y extraordinario palacio».

produce la muerte de la amazona y, en general, el tono del episodio es mucho más festivo toda vez que el Akrita y su esposa bromean sobre el hecho.

CANTO VII

He aquí que el formidable Basilio, Digenís el Akrita,
el tierno y floreciente vástago de los capadocios,
corona de la valentía y cabeza de la audacia,
el encantador y hermosísimo adorno de todos los jóvenes,
después de haber sometido valerosamente las fronteras, 5
de sojuzgar numerosas ciudades y los países de gentes rebeldes,
decidió asentar su morada a orillas del Éufrates.
No en vano era éste el río más bello de todos,
toda vez que tomaba su fuente del Gran Paraíso[1],
y por ese motivo poseía una dulzura enteramente embriagadora, 10
y el frescor de la nieve que se acaba de deshacer.
Así, labrando un reguero con el agua del río,
logró cultivar otro amable vergel en este paraje,
un extraordinario jardín, verdaderamente delicioso a la vista.
Rodeaba el recinto una pared de bastante altura, 15
recubierta en sus cuatro costados de mármol pulido.
En su interior un festivo coro de plantas desplegaba su cabellera;
las ramas florecían gozosamente, entreverándose unas con otras,
tal era la rivalidad que existía entre los árboles:
parras rebosantes que colgaban de ambos lados, 20
cañas que germinaban apuntando hacia el cielo,

[1] Esto es, el Paraíso terrenal. De acuerdo con el *Antiguo Testamento* (cf. *Génesis* 10-14), el río que regaba el Edén se escindía en cuatro brazos: Pišón, Guijón, Tigris y, en cuarto lugar, Éufrates.

frutas que pendían, flores amontonadas,
una pradera que lozaneaba esplendente al pie de los árboles
y exhibía un variegado tapiz rozagante de flores;
25 de fragantes narcisos, de mirtos y rosas;
la rosa, la gala de tinte purpúreo de la tierra.
A su vez los narcisos irradiaban el color de la leche,
y las rutilantes violetas entrañaban los matices del mar
cuando está en calma y lo mece una brisa suave,
30 y el agua discurría generosamente por cada recoveco del prado.
Numerosas especies de aves habitaban allí:
las mansas se dejaban alimentar por los hombres,
mas las restantes, aquellas cuyo vuelo era libre,
jugeteaban saltando a la copa de los árboles.
35 Algunos pajarillos trinaban con melodiosos acentos,
mientras que otros se pavoneaban con las galas de su plumaje:
faisanes amansados, papagayos y cisnes;
y en tanto los cisnes buscaban sustento en el agua,
los papagayos canturreaban sobre las ramas de los árboles
40 y los faisanes exhibían sus plumas paseándose por entre las [flores,
rivalizando con ellas por la vistosidad de sus pétalos[2].
Y en mitad de este edén maravilloso y encantador,
levantó el noble Akrita su fascinante palacio,
de imponente tamaño, recio y de bien asentados sillares,
45 coronados por cima con colosales columnas y ventanales.
Adornó todo el techo con un mosaico
hecho de un mármol precioso, que rutilaba con su esplendor.
Asimismo pulió el pavimento, lo cuajó de piedras
y realzó el interior de la mansión mediante la construcción de [tres plantas

[2] Cf. VI 26 y nota *ad loc.* Fijémonos además en la ligera variación que se da entre estos dos versos. Estas pequeñas diferencias también se hacen patentes en otros versos pertenecientes a sendos pasajes.

de considerable altura y provistas de unos techos enteramente 50
[veteados;
una cámara en forma de cruz y extraordinarios salones a cinco
[cúpulas
con mármoles esplendentes que irradiaban un intenso fulgor.
Tanta era la belleza con que el artista había dotado a su obra,
que cuanto se veía parecía estar recamado
a juzgar por la luminosa y variada tonalidad de las piedras. 55
Recubrió el suelo con ágatas listadas de un color claroscuro,
pulidas tan a conciencia que quienes las contemplaran las
[tomarían
por el agua helada cuando adquiere la naturaleza del cristal.
En las alas de ambos flancos, erigió
unos espléndidos y anchurosos salones con los techos de oro, 60
en los que figuraban los triunfos de cuantos en tiempos
brillaron por su valor, narrados mediante hermosas
[incrustaciones de oro:
en primer lugar, la lucha que Sansón libró contra los gentiles;
la forma en que, milagrosamente, despedazó un león con sus
[manos;
cómo logró subir a lo alto del monte las puertas cargadas de 65
[cerrojos
de la ciudad de los filisteos, cuando allí fue encerrado;
las burlas de aquéllos y su total exterminio;
y por último, la completa destrucción del templo
que él llevó a cabo por aquellos días de antaño,
así como el modo en que, con los gentiles, acabó pereciendo él 70
[mismo[3].

[3] Cf. *Jueces* 16. Esta es la tercera vez que se menciona a Sansón (cf. II 200 y IV 24-5). Aparte del episodio, ya comentado, del león, se nos habla del de las puertas de Gaza: en esta ocasión, Sansón, tras unirse a una prostituta, se ve encerrado en la ciudad, hasta que a medianoche decide escapar arrancando de cuajo las puertas, con sus jambas y sus cerrojos, y se las sube a la cima de una colina. A continuación se rememoran las burlas de las que fue objeto Sansón cuando perdió su

En el centro representó a David, enteramente desarmado,
sujetando en la mano únicamente su honda y su piedra,
y al lado Goliat, con su enorme estatura,
su aterradora presencia y su fuerza descomunal,
75 recubierto de hierro de la cabeza a los pies,
y portando una pica en la mano del grosor del enjullo de un telar;
gracias al arte del pintor, ofrecía un semblante totalmente
[herrumbroso.
También reflejó los distintos momentos del combate:
cómo Goliat, golpeado certeramente por el guijarro, al instante
80 se derrumbó sobre la tierra, fulminantemente herido,
y cómo David se echó a correr espada en alto
con la intención de cortarle la cabeza y obtener así la victoria.
Después, la envidia de Saúl y la fuga del humildísimo,
así como el millar de intrigas y la venganza de Dios[4].
85 Representó asimismo las legendarias batallas de Aquiles;
la hermosura de Agamenón y su funesto degüello[5];
la sensatez de Penélope, la matanza de sus pretendientes;
la asombrosa audacia de Ulises en su encuentro con el cíclope[6];

fuerza, así como el momento en el que, con la ayuda de Dios, hizo que se desplomara el palacio donde se encontraban los príncipes filisteos y él mismo.

[4] Cf. *1Samuel* 17, 4-7, para la descripción de Goliat (fidelísimamente reproducida en nuestro texto), y *1Sam* 17, 38-54, para los detalles del enfrentamiento. En cuanto a la envidia (*phthónon*) de Saúl y la huida de David («el humildísimo») ante las múltiples insidias de su rey, cf. *1Sam* 18-19. En efecto: de regreso de la guerra, Saúl, celoso por el recibimiento que dispensan a David intenta matarlo en varias ocasiones; así las cosas, David decide poner tierra de por medio. Con el tiempo, Saúl habría de caer en manos de David, pero éste le respetaría la vida (cf. *1Sam* 24).

[5] Agamenón, cuyo agravio a Aquiles suscita la cólera que constituye el eje de la *Ilíada* de Homero, era el jefe de la expedición griega contra Troya. Fue asesinado por su esposa Clitemnestra y por el amante de ésta, Egisto, a su regreso a Micenas tras la guerra (cf. Homero, *Odisea,* III 235 o, sobre todo, Esquilo, *Agamenón*).

[6] Ulises, otro de los grandes caudillos griegos que acudieron a Troya, vivió muchas arriesgadas aventuras entre las que destaca, aparte de la de las sirenas (aludida aquí en IV 261), su encuentro con Polifemo, el cíclope por antonoma-

a Belerofontes dando muerte a la ígnea Quimera[7].
Las victorias de Alejandro, la derrota de Darío, 90
el reino de Candace y su sabiduría,
la llegada al país de los brahmanes y después al de las amazonas,
así como las restantes empresas del sabio Alejandro
y tantas otras prodigiosas y bizarras hazañas[8].
Luego, los milagros de Moisés y las plagas de Egipto, 95
el éxodo de los judíos y las murmuraciones de los
la ira de Dios y las plegarias de su siervo, [desagradecidos,
además de las celebradas proezas de Josué, hijo de Nun[9].
Estas y muchas otras son las escenas que en los dos comedores

sia, una suerte de ogro caníbal con un solo ojo que hubiera devorado a Ulises y a sus hombres de no haberlo emborrachado para cegarle (cf. Homero, *Odisea,* IX). A su regreso a Ítaca, Ulises aún habría de enfrentarse a los jóvenes y ociosos nobles que, en su ausencia, dilapidaban su hacienda y además pretendían a su virtuosa esposa Penélope: Ulises da cuenta de ellos en el canto que recibe el nombre de *mnēstērophonía* o «matanza de los pretendientes» (cf. Homero, *Odisea,* XXII).

[7] Belerofontes es el héroe corintio que abatió a la Quimera, un monstruo con testa de león, cuerpo de cabra y cola de serpiente, que exhalaba fuego. La representación le debía de mostrar a lomos de Pegaso, el célebre caballo alado.

[8] No podía faltar la referencia a Alejandro ni la mención, entre sus hitos más significativos, de su encuentro con la madura y seductora Candace, reina de Etiopía. Según la *Vida de Alejandro* (III 18-23), después de vencer a Darío y sus persas, a Poro y sus indios, a los medas y a los partos, Alejandro se vio en poder de la reina cuando, visitándola de incógnito en territorio enemigo, fue reconocido por ella gracias al retrato que en una ocasión había mandado pintar. Candace no le delató, por lo que Alejandro pudo regresar con los suyos sano y salvo.

[9] El éxodo o salida de los israelitas de Egipto es el acontecimiento fundamental del *Antiguo Testamento.* Moisés es, después de Dios, el gran protagonista de este conocido episodio (cf. *Éxodo*). Enumeremos, no obstante, lo que se podía ver en el techo del palacio: las diez plagas (el agua convertida en sangre, las ranas, los mosquitos y tábanos, la muerte de los animales, las úlceras, el granizo, la langosta, las tinieblas y la muerte de los primogénitos), las murmuraciones y quejas de los israelitas a Moisés al llegar ante el Mar Rojo, etc. Por su parte, Josué es el sucesor y continuador de la obra de Moisés. No llegó a completar la conquista de la tierra prometida, pero sí realizó un buen número de hechos de armas, cuales el paso del Jordán, la toma de Jericó y de Ay, las victorias sobre los cinco reyes amorreos o la conquista del norte de Canaán (cf. *Josué* 1-12).

100 Digenís hizo representar por medio de incrustaciones de oro,
escenas que procuraban un placer infinito a cuantos las
[contemplaban.
En el interior de la casa se encontraba el recinto del patio,
que gozaba de gran amplitud a lo largo y a lo ancho,
en medio del cual erigió una capilla, magnífica construcción,
105 en honor del santo mártir Teodoro.
En ese mismo lugar, dio sepultura a su venerable padre,
después de traer su cuerpo de Capadocia
y ornar convenientemente su tumba con espléndidas piedras.
Fue entonces cuando, por primera vez, nuestro héroe probó
[la tristeza.
110 Así, cuando supo que a su padre le rondaba una enfermedad
de terrible naturaleza que lo postraba en el umbral de la muerte,
se dio prisa en llegar al país de los capadocios;
y cuando ya se encontraba en los aledaños del palacio paterno,
vio que cuantos se le acercaban venían envueltos en lágrimas.
115 Entonces, cobrando conciencia de que su padre había
[abandonado la vida,
se desgarró los vestidos y desmontó del caballo,
se dirigió al interior de la casa y, abrazando a su difunto,
entre llantos y lágrimas, profirió lo siguiente:
'¡Levántate, padre, y contempla a tu hijo amadísimo,
120 mira a tu único hijo y dile algo por poco que sea;
guíame y dame consejos, no te vayas sin decirme nada!'
Luego, redoblando con mucho su llanto,
prorrumpió en grandes gritos de modo que todos pudieron oírle:
'¿Ya no respondes a tu queridísimo hijo?
125 ¿Ya no me contestas hablándome como siempre solías?
¡Ay de mí, ahora calla tu profética e inspirada boca!
¡Ay de mí, ahora tu voz, amada por todos, se halla encerrada!
¿Dónde está la luz de tus ojos, dónde la belleza de tu rostro?
¿Quién ha atado tus manos, quién te ha robado las fuerzas?
130 ¿Quién ha frenado la marcha sin par de tus pies?

Y el amor infinito que me tenías, padre,
¿quién se ha atrevido a privarnos de él? ¡Qué injusticia!
¡Qué inmensa desgracia y qué dolor tan amargo!
¡Con cuánta pena y cuánta tristeza habrás entregado tu alma,
llamándome por mi nombre hasta el fin de tu vida! 135
Habría sido el más feliz de los hombres si por un breve instante
hubiera podido oír tu voz y tu ruego postrero,
si hubieras rendido el alma entre mis brazos,
si con mis propias manos hubiera podido lavar tu cuerpo,
mi buen padre, y cerrarte los ojos. 140
¡Ahora soy el más desgraciado de todos los hombres,
y un inconmensurable dolor me desgarra las entrañas:
cuánto más hubiera preferido morir a presenciar tales cosas!
¡Muerte! ¿Por qué me has negado el favor
de dejar a mi padre con vida tomándome a mí en su lugar? 145
¿Por qué te has mostrado tan cruel por un breve instante?'

Con estas y parecidas razones se lamentaba Digenís,
hasta el punto, según se dice, de hacer llorar a las piedras,
y la admirable madre del Akrita le acompañaba en su llanto.
De este modo, estuvieron celebrando con todos los honores las 150
y el funeral de su padre durante no pocos días. [exequias

Entonces, nuestro héroe tomó consigo el cuerpo de su
y, en compañía de su madre, regresó a su palacio [progenitor
para dar por segunda vez honrosa sepultura a su padre
en la capilla que él mismo había levantado con amor. 155
Así, la madre del Akrita se quedó a vivir con su hijo.
Pero los amables acontecimientos que vinieron después,
os los contaremos ahora con una breve narración.

He aquí que pasaban sus días llenos de felicidad;
pues, a menudo, nuestro héroe cogía la cítara 160
antes de acabar el almuerzo, y la niña comenzaba a entonar
una melodía que a la de las Sirenas y la de los ruiseñores
superaba en donaire, una melodía deliciosa al oído.
Luego, en cuanto el son de la cítara adquiría aires de danza,

165 la encantadora muchacha se levantaba de su asiento
y, desplegando sobre el suelo un paño de seda, se ponía a bailar
[sobre él.
No encuentro palabras para describiros los movimientos de la
los gestos de sus brazos y los giros de sus pies, [joven:
la agilidad con la que los alternaba al compás de la música,
170 y la forma en que acomodaba sus poses al tañer de la cítara.
Y así como el dulzor de la miel es inconcebible para quienes
no la han probado, tampoco es posible expresar el gozo
y el sublime deleite de sus ademanes.
A continuación, levantándose convenientemente de la mesa,
175 se saciaban de placeres y, más tarde, acudían al prado,
al encantador paraíso que anteriormente evocábamos.
Allí, los dos jóvenes, en verdad admirables y nobles,
se recreaban con grande deleite y daban gracias a Dios.
Sólo una cosa apenaba sus almas día tras día,
180 esa llama devastadora e inextinguible que es la ausencia de
[hijos,
de la que sólo han tenido experiencia quienes carecen de ellos
y que les procura, mientras viven, la mayor de las desgracias.
Por este motivo rogaban a Dios cada día
y observaban férreamente la primera de las virtudes:
185 me refiero a obrar buenas acciones y a la caridad.
Sin embargo, quiso Dios que erraran en su esperanza,
y aún así, en su modestia, siguieron bendiciendo al Señor,
atribuyendo la culpa a sus propios pecados.
Pero he aquí que a la madre del Akrita le sobrevino una
190 y al cuarto día rindió su alma[10]. [enfermedad,
Mucho fue lo que la lloró y grande fue su duelo,
y Digenís le dio sepultura en una tumba junto a su padre.
Había sobrevivido a su esposo cinco años,

[10] Escogemos la lectura propuesta por Mavrogordato, *psychén* («alma»), en lugar de *phōnén* («voz»).

y había gozado de todos los bienes del mundo;
ella, que entre todas las mujeres se había mostrado en verdad 195
[admirable,
ella, que, con su belleza, en tiempos había llegado a derrotar a
[los enemigos
y a librar a muchos hombres de la funesta esclavitud,
llevando la paz a ciudades y aldeas.
No en vano en ella estuvo el inicio de tiempos mejores,
pues con la ayuda divina arrancó de raíz las enemistades 200
y en su lugar instauró por todas partes la alegría y la paz,
al hacer brotar la cepa y la rama noble y en flor
que vino a abatir la arrogancia de todos los agarenos
y a avasallar sus ciudades para sumarlas al Imperio.
Así es, antes de que naciera el formidable y valeroso Akrita, 205
las tribus de los etíopes acometían impunemente sus correrías
y destruían sin piedad las ciudades de los romanos,
de modo que unos descendientes de esclavos reducían a la
[esclavitud
a los honrosos y nobles hijos de los hombres libres[11].
Mas cuando Aquel que, por nosotros, nació de una Virgen, 210
en Su bondad tuvo a bien restituirnos a todos la libertad,
nos concedió la milagrosa y gloriosa dispensa
de que el enemigo se convirtiera en amigo para que de ahí
la corona del valor, Digenís Akritas. [germinara
Y, en verdad, la salvación nos llegó de manos de nuestros 215
[enemigos,
pues gracias a él recogimos el fruto de tamañas venturas,
y, al final, todos los prisioneros tuvieron la satisfacción
de tomar como esclavos a sus crudelísimos amos.

[11] Se refiere en concreto a los árabes que rondaban las fronteras, que, como supuestos descendientes de Agar (cf. I 28 y nota *ad loc.*), procederían de una estirpe de esclavos. En cuanto al apelativo de «etíopes», ya hemos tenido ocasión de comprobar que se trata de un término despectivo para referirse a ellos (cf. I 32; IV 970; V 223).

¡Juzgad qué gran alegría debieron experimentar sus parientes
220 cuando volvieron a acoger a sus deudos queridos!
Mas de la guerra en su conjunto o de su fragor,
jamás se volvió a saber en los días del héroe,
sino que en todas partes reinó la paz y una gran calma,
y todos los hombres daban continuamente gracias a Dios;
225 todos aclamaban a Digenís como su benefactor
y, junto a Dios, como su mayor protector y su adalid.
Así, muchos eran los que se gozaban con su reino,
glorificando la pura y santísima Trinidad,
a la que debemos adoración por los siglos de los siglos.

CANTO VIII

O DE LA MUERTE DE DIGENÍS

Comoquiera que las delicias todas de este vano mundo
las marchita el Hades y el terrible Caronte se adueña de ellas[1],
y cual un sueño se escapan y como una sombra nos huyen,
y, al igual que el humo, toda la riqueza de esta vida acaba
[desvaneciéndose,
también la muerte se apoderó de nuestro formidable Akrita: 5
su origen estuvo en un baño.

En una ocasión, vinieron a visitarlo unos amigos desde
[Amida[2],
se trataba de unos familiares ortodoxos por parte de su padre
–no en vano, muchos parientes, gracias a los provechosos
[consejos
de su padre, habían abrazado con firmeza la recta creencia–; 10
y sentían todos el enorme afán y el deseo
de verle y de contemplar además su bravura;
y algunos que aún profesaban la religión de sus mayores,
acabaron siendo cristianos ante las reconvenciones del Akrita.

Una vez que, como ha quedado dicho, llegaron a su casa, 15

[1] Este Caronte ya no es el viejo barquero que transportaba las almas hasta el reino de los muertos, sino una personificación de la propia Muerte. Para Hades, cf. II 278 y nota *ad loc.*

[2] La actual Diyarbakir, al noreste de Edesa (actual Urfa) y en el nacimiento del Tigris.

su talante amistoso los acogió de buen grado,
siendo como eran nobles, unos, y bien poderosos, otros,
y les concedió como alojamiento una hermosa morada,
más cercana al palacio que las otras restantes.
20 Con ellos se estuvo entretenido durante bastantes días,
obrando muchas y extraordinarias proezas,
saliendo a cazar en su compañía cada jornada,
y de todos se apoderaba el estupor y el mayor de los asombros,
cuando contemplaban su fuerza y su extraordinaria velocidad:
25 presa que descubría, jamás lograba escapar,
sino que acababa en sus manos, fuera lo que fuera de lo que se [tratase,
bien un león, bien una corza, bien cualquier otra fiera,
sin llevar perros consigo ni ligeros leopardos[3].
Tampoco iba montado a caballo, ni empuñando la espada,
30 sino que, para él, todo lo eran sus pies y sus manos.
Mas en una ocasión ordenó que le prepararan el estupendo
baño que tenía construido en mitad del jardín
para poder bañarse con sus amigos; y he ahí el origen
que nuestro queridísimo y virtuoso héroe encontró
35 a la enfermedad en extremo severa a la que se vio abocado,
esa que los hijos de los médicos dan en llamar «agarrotamiento [de espina»[4].
Así es, sintiendo un agudo dolor, dejó a sus amigos
y se fue derecho a la casa para tumbarse en su cama,
guardándose para sí el dolor y el padecimiento

[3] Leopardos especialmente entrenados para la caza; cf. IV 904.
[4] La opistotonía (*opisthótonon* en el texto), término médico para el que, sin embargo, hemos improvisado una traducción, es una patología nerviosa consistente en una contracción muscular que agarrota los miembros. Puede ser síntoma de diversas enfermedades, tales como la meningitis o el tétanos. Platón la menciona en *Timeo*, 84e. Por otra parte, la expresión «hijos de los médicos» esta construida por analogía con la de «hijos de Asclepio», que es el término con el que convencionalmente se designaba a los médicos; cf. E. Jeffreys, *Digenis Akritis...*, pág. 219, nota *ad loc.*

con el fin de que el alma de la honradísima joven no se afligiera. 40
Pero como la enfermedad lo oprimía cada vez con más fuerza
y mayor virulencia, la muchacha acabó percatándose
y, lanzando un hondo suspiro, le dijo: «Mi señor,
¿no me vas a contar qué te ocurre ni qué dolor te atormenta?,
¿no me vas a decir, amadísimo mío, cuál es tu sufrimiento? 45
Con tu silencio alimentas todavía más mi pesar,
y al ocultarme tu mal me arrancas el alma».

Pero él, a causa de los gemidos de su esposa, se dolía aún más
—pues no deseaba verla jamás afligida—:
«No me atormenta y ni me quebranta, alma mía, otra cosa 50
que un insufrible dolor en los tuétanos.
Me está devorando las costillas, los riñones, la espalda, los huesos
y todas las articulaciones, y ya no soporto el tormento.
Que alguien llame a toda prisa a alguno de los galenos del [ejército».

Así, cuando éste arribó al día siguiente, le tomó el pulso 55
y por su fiebre dedujo que se le escapaban las fuerzas,
pues, no en vano, la enfermedad había vencido con mucho su [naturaleza.

Comoquiera que el médico se puso a gemir y a llorar para sus [adentros,
nuestro héroe comprendió que ya había llegado su fin,
y, sin pronunciar palabra, le ordenó que saliera. 60
Entonces llamó a la muchacha, que se encontraba en una
y ella acudió corriendo enseguida a su lado. [estancia interior,
Y él, reuniendo todo su aliento, lanzó un hondo suspiro
y le dijo: «¡Cuán amargo resulta el partirse de la persona que uno
de la alegría y de las delicias todas de este mundo! [ama,
Pero siéntate aquí enfrente, que yo me sacie ante tu vista, 65
pues no habrás de volver a ver a quien con tanta pasión te ha [amado.
Ahora deseo rememorar cuanto nos ha acontecido desde el
¿Recuerdas, alma mía, luz de mis ojos, [principio.

70 cómo tuve la audacia de consumar tu rapto yo solo,
sin temer a tus padres ni arredrarme ante sus huestes?
Y cómo un ejército sin parangón trató de separarnos,
amadísima mía, en la sombría llanura;
mas, como no se avinieron a retirarse, los tuve que entregar a la [muerte.
75 ¿Y cómo a tus hermanos, por obedecer tus mandatos,
los derribé del caballo sin hacerles ni un solo rasguño?
¿Recuerdas cómo preferí tomarte a ti sola,
cediendo la dote a tu padre mientras siguiera con vida?
Y en verdad fue por el infinito amor que te tengo, queridísima [mía,
80 por llegar a ganarte, por lo que hice estas cosas.
¿Te acuerdas, mi alma, en Blattolibadi,
cuando un dragón te sorprendió sola junto a aquel manantial
y el maldito intentó seducirte impúdicamente?
Entonces tú lanzaste un grito llamándome en tu auxilio,
85 y yo, en cuanto lo oí, me presenté al instante en la fuente
y, despreciando las transformaciones del monstruo,
le tajé sus cabezas escupidoras de fuego.
Y fue por tu amor por lo que arrostré todo aquello,
pues prefería morir a que tú profirieses un solo suspiro.
90 Pero acuérdate del león en esa misma pradera;
cómo, mientras dormía, mi luz perfumada,
saltó sobre ti para hacerte pedazos; mas he ahí que gritaste,
y yo, apenas lo oí, me lancé contra él velozmente,
y, dándole muerte, te libré sin quebranto
95 de sus garras, mi dulce niña, mas llena de miedo.
Luego, mientras trataba de distraerte con el tañido de mi cítara,
unos bandoleros, guiados por su melodía,
se llegaron hasta nosotros sin ningún pudor; los hombres de [Ioannakis,
quienes, en su temeridad, trataron de separarnos.
100 Bien sabes, mi alma, cómo di cuenta de ellos:

desarmado[5] como estaba, entregué a todos a la muerte.
Y todas estas cosas las he hecho por tu amor,
al cual tengo en más estima que al mundo y la vida.
¿Y te acuerdas, alma mía, de los asombrosos bandoleros,
del viejo Filopappo, de Cinnamo y Ioannakis, 105
renombrados por su bravura, y celebrados en cada lugar?
¿Recuerdas cómo me sorprendieron sin armas a orillas del río,
mientras que ellos tres iban a lomos de sus corceles y bien
[pertrechados?
Tú sabes cuán denodadamente intentaron matarme
cuando vieron que te venías hacia mí. 110
Entonces, asistiéndome con tus ánimos, lanzaste un grito de
[aliento:
'¡Demuéstrales tu valor, amado mío, para que no nos separen!';
gracias al cual, cobré mayor brío e hice que retrocedieran,
y, descalabrándoles a golpe de maza, les infligí una severa
[derrota;
pero, desconcertado por sus súplicas, acabé perdonándoles la 115
Y eso lo hice por mi desmedido amor [vida.
hacia ti, mi amadísima esposa, por llegar a ganarte.
Luego desarzoné a Maximo, y aniquilé a sus hombres,
y más tarde, conmovido por tus razones, volví corriendo sobre
[mis pasos
y también a ella la pasé en secreto a cuchillo, sin que tú lo 120
[supieses.
Y empresas todavía más grandes, a causa de tu amor,
yo llevé a cabo, alma mía, para ganarte por siempre.
Pero fracasé en mi propósito y erré en mi esperanza,
pues ten la certeza absoluta de que me estoy muriendo:

[5] Siguiendo a Trapp y Jeffreys escogemos *áneu gàr hóplou* («sin armas»), pero también existe la lectura *áneu gàr hýpnou* («falto de sueño») de Mavrogordato. Recordemos que todas estas peripecias iban precedidas por los intentos del Akrita por conciliar el sueño (cf. VI 42, 83-84).

125 Caronte me ha derrotado del todo, a mí, que nunca fui [vencido[6],
y el Hades me aleja, mi amada, del grandísimo amor que te [tengo,
y a mí, ya me cubre la tumba, en medio de un gran dolor
y de una tristeza insufrible por la viudez que te espera.
Pero ¿qué pena te he de llorar, amadísima esposa?
130 ¿Cómo podré procurarte consuelo? ¿Dónde te abandonaré [extraña a todos?
¿Qué madre te va a acompañar en el llanto? ¿Qué padre te va a [compadecer?
¿Qué hermano te va a aconsejar si ya no tienes ninguno?[7]
Sin embargo, amada mía, atiende este ruego,
y no me niegues esta mi última voluntad,
135 para que vivas el resto de tus días sin albergar temor alguno.
Bien sé que no serás capaz de soportar tu viudez,
así pues, consumada mi muerte, toma otro esposo,
porque tu juventud te fuerza irremediablemente a hacer esto.
Pero mira no vayas a caer rendida ante la riqueza o la gloria,
140 sino ante un joven valeroso, audaz y notable,
que de este modo, alma mía, reinarás en la tierra como antes».
Una vez dicho esto entre lágrimas, cesó en su recuerdo,

[6] Castillo Didier (cf. *Poesía heroica griega...*, págs. 151-152) nos ofrece dos *cantos akríticos* que narran la muerte de Digenís a manos de Caronte. Así suenan algunos de esos versos en traducción suya: «(...) Ahora vi un hombre descalzo, – de brillantes vestiduras;/ tiene el aspecto del lince, – la mirada del relámpago;/ me desafía a luchar, – en la marmórea era:/ y el que de los dos venciera, – tomará el alma del otro./ Y fueron y combatieron – en la marmórea era;/ cuando Diyenís golpea, – la sangre forma un arroyo;/ cuando Caronte golpea, – la sangre forma un torrente».

[7] La mujer, una vez abandonado su núcleo originario, se adentra en un destino de aislamiento social y personal y pierde todo vínculo con la familia y el mundo anterior al matrimonio; de ahí que la llame «extraña» (o, más literalmente, «extranjera»; cf. además VIII 171, 194) y que diga que carece de padres y hermanos; cf. P. Odorico, *Digenis Akritas...*, págs. 210-211.

y la muchacha, gimiendo amargamente desde el fondo de su
con sus mejillas bañadas en cálidas lágrimas, [corazón,
le respondió: «Mi dueño, en Dios tengo puesta la esperanza, 145
y en Su Madre, nuestra Inmaculada y Pura Señora,
de que ningún otro, sino tú, me conocerá mientras viva,
y que en breve te librará de este mal espantoso»[8].

Dicho lo cual, se encaminó al interior de la estancia,
y tendiendo sus brazos y su mirada hacia oriente, 150
y bañando todo el suelo con sus lágrimas,
elevó al Altísimo Dios este ruego:
«Señor, Señor Dios, Tú que creaste los siglos,
que afirmaste los Cielos y diste fundamento a la Tierra,
Tú, que con tu verbo ordenaste todo cuanto podemos ver, 155
que con tu mano modelaste al hombre a partir del barro,
que desde el no ser condujiste todas las cosas al ser,
presta oídos a las plegarias de alguïen tan indigna como yo,
ve aquí mi humildad, ve aquí mi quebranto,
y así como en tiempos, en tu misericordia, pusiste en pie a un 160
[paralítico,
y así como [por su fe, oh Salvador], socorriste a la hijita [de la 161
[cananea
y, también por aquel entonces, al criado] del centurión, 161
o a Lázaro, que llevaba cuatro días muerto, le hiciste salir de su
[sepulcro;
del mismo modo asiste hoy a un joven que ya no alberga
[esperanzas[9].

[8] En ciertas *canciones akríticas* referentes a la muerte de Digenís, la muchacha le revela su propósito de volver con su antiguo prometido, Yannis (cf. VI 415 y nota *ad loc.*), noticia ante la cual Digenís resuelve estrangularla.

[9] Son cuatro de los muchos milagros obrados por Cristo: con el primero curó a un paralítico en Cafarnaúm (cf. *Mateo* 9). El verso 161 ofrece dos milagros distintos confundidos en uno («la hijita del centurión» reza nuestro manuscrito); por una parte, el milagro por el que Jesús curó al criado, también paralítico y también de Cafarnaúm, de un centurión (cf. *Mt* 8, 8), por otra, el de la niñita poseída por

Y en tu bondad, ten piedad de mis buenos sentimientos,
165 y compadécete, oh Cristo, de la juventud de tu siervo.
Por más que hayamos pecado en tu presencia, Verbo,
y seamos del todo indignos de tu perdón,
acepta, no obstante, compasivo la plegaria de un alma transida
por el dolor y asiste a un joven que ya no alberga esperanzas.
170 No menosprecies mis lágrimas, oh gozo de los ángeles,
y apiádate, Señor misericordioso, de mi condición de extranjera;
ten compasión de mi soledad y socorre a este hombre.
De lo contrario, Dios que todo lo puedes, ordena
que muera antes que él y que antes que él rinda yo el alma;
175 ¡que no lo vea yo muerto, yerto y sin voz!
¡Que no haya de ver esas hermosas manos, que tanto saben de [hazañas,
unidas en cruz y permaneciendo inmóviles!
¡Ni sus ojos sellados, ni sus pies envueltos!
¡Concédeme no presenciar tan gran desconsuelo,
180 oh Creador, Dios Todopoderoso!»

Tras de haber pronunciado este ruego con gran contrición de [su espíritu,
la muchacha se volvió a contemplar al Akrita,
y allí lo vio, privado de habla y, ¡ay de mí!, ya agonizante.
Y, ella, al no poder soportar la desolación de su infinito tormento,
185 se desvaneció presa de un desmedido y violento desmayo,
y, compartiendo su sufrimiento, la niña rindió el alma sobre el [joven.
No en vano, la admirable muchacha jamás había probado tanta [aflicción,
y por este motivo no fue capaz de sufrirla.

Cuando, al tentar con la mano, nuestro héroe cobró [conciencia del hecho
190 —pues, por la clemencia de Dios, aún le restaba un último soplo [de vida—,

un demonio (cf. *Marcos* 7, 24-30); lo que nosotros ofrecemos aquí es la restitución de los dos versos por parte de Trapp a partir de Z4383-4. Finalmente, tenemos el milagro de la proverbial resurrección de Lázaro (cf. *Juan* 11).

y vio que su esposa había muerto inesperadamente,
declaró: «¡Gloria a Ti, oh Dios que todo dispones,
por no haber arrojado en mi alma la carga insufrible
de saber a mi amada sola y extraña en el mundo!»
Y, el héroe, componiendo sus manos en forma de cruz, 195
acabó rindiendo su alma a los ángeles del Señor.
De este modo, los dos famosos muchachos encontraron el fin
de sus vidas, como si lo hubieran pactado, en un mismo instante.
Cuando el joven copero advirtió que habían muerto,
entre plañidos y llantos, se lo anunció al maestresala 200
y enseguida fueron los dos a comunicárselo a los de fuera.
Una vez que la nueva se hubo extendido por lejanas regiones,
se presentó allí una gran multitud de caudillos de Oriente:
carsianos, capadocios, cuculitariotas,
probados podanditas, tarsitas y mauronitas, 205
los excelsos señores de Bagdad en compañía de los [batirriaquitas,
la nobleza de Babilonia y una muchedumbre procedente de [Amida
se apresuraban para asistir a los funerales del Akrita[10].
Y tan sin igual era el gentío que allí se congregaba,
que los aledaños del palacio se encontraban abarrotados de 210 [gente.
Mas ¿quién valdría a contar los lamentos que se sucedieron [entonces,
las lágrimas y los gemidos y las manifestaciones de sufrimiento?

[10] Notemos que se trata de pueblos de ambos lados de la frontera. Los cuculitariotas podían ser gente procedente de una parte de Capadocia en la que las formaciones del terreno se asemejan a las capuchas de los monjes (*koukoúla*). Los podanditas procederían de Podandos, en Cilicia, un punto de acceso clave para todo aquel que viniera de Siria. Los mauronitas son los habitantes del Monte Negro (Amandos), en el Tauro oriental, detrás de Antioquía. Finalmente, los batirriaquitas poblarían un paraje (un «torrente profundo») que serviría de acantonamiento para los soldados del *tema* de Armenia.

Y todos, desencajados como estaban por la tristeza,
se arrancaban los cabellos y se mesaban las barbas,
215 al tiempo que gritaban: «¡Estremécete, Tierra! ¡Gime, Universo!
¡Y tú, Sol, súmete en las tinieblas y oculta tus rayos!
¡Y tú, Luna, vuélvete negra y deja de enarbolar tu antorcha!
¡Y vosotras, luminarias todas de las estrellas, extinguíos;
porque el astro esplendente que relucía en el orbe,
220 Basilio Digenís, el orgullo de todos los jóvenes,
y su esposa, la gloria de las mujeres,
he aquí que se esfumaron del mundo en un mismo instante!
¡Acercaos todos, amantes y amigos de la bravura,
y llorad al noble y valeroso Akrita,
225 y doleos por este varón poderoso y temido por todos,
por el hombre que hizo desaparecer a cada adversario,
y se erigió como árbitro de la paz y de una profunda concordia!
¡Mujeres, venid a llorar por vuestra belleza;
vosotras que os gloriáis de vuestra hermosura, fiadas en la [juventud,
230 derramad vuestras lágrimas sobre esta encantadora y [honestísima joven!
¡Ay de mí! ¿Qué es lo que vemos? ¡De repente, las dos estrellas
que iluminaban el mundo se han desvanecido antes de que [llegara su hora!»

Éstos, y otros semejantes, son los lamentos que, entre [gemidos, profirieron
los asistentes a las exequias de los nobles difuntos.
235 Una vez que los cantos fúnebres hubieron concluido [debidamente,
tras de haber repartido entre los pobres los bienes del palacio,
y haber sepultado convenientemente sus restos en una tumba,
les erigieron un túmulo en lo alto de una garganta,
más allá de cierto lugar que recibe el nombre de Trosis.
240 Allí, sobre un arco, emplazaron el sepulcro del Akrita,
maravillosamente construido con mármol de color púrpura

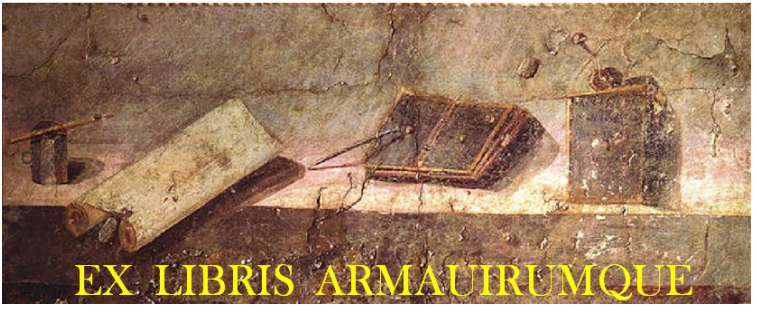
para que los que lo contemplen desde fuera puedan ensalzar a
[los jóvenes;
no en vano, podía ser admirado aun lejos de la cima,
pues lo que había en lo alto se vislumbraba a distancia.
Luego, una vez que subieron cuantos se habían congregado en 245
[aquella ocasión,
los príncipes, los caudillos y quienes se hallaban presentes,
cubrieron con coronas la tumba y, poniéndose en torno a ella,
comenzaron a decir lo siguiente, en medio de incontenibles
«Mirad dónde yace la audacia de la valentía, [llantos: 250
mirad dónde yace Digenís el Akrita,
corona de sus padres, gloria de todos los jóvenes,
mirad dónde yace la flor de los romanos,
el orgullo de los soberanos y el esplendor de los nobles;
el espanto de los leones y de todas las fieras.
¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¿A qué ha quedado reducida una tal 255
[valentía?
Señor, ¿dónde ahora su fuerza? ¿Dónde su atrevimiento?
¿Dónde el temor sin igual que inspiraba su solo nombre?
Que si alguien llegaba a escuchar el nombre de Digenís Akritas,
un estremecimiento les sobrecogía a todos, y un inmenso pavor,
pues tal es la gracia que nuestro héroe obtuvo de Dios, 260
que con sólo oírle nombrar ponía en fuga a sus enemigos.
Y si en alguna ocasión nuestro formidable joven salía de caza,
todas las fieras corrían al interior del marjal.

Sin embargo, ahora se encuentra encerrado en un pequeño
inerte y sin vigor, a la vista de todos. [sepulcro, 265
¿Quién se ha atrevido a aherrojar a tan recio varón?
¿Quién tuvo el arrojo de someter a quien jamás fue vencido?
La siempre amarga Muerte, inherente a todas las cosas,
el tres veces maldito Caronte, quien a todos por igual arrebata,
y el insaciable Hades; exterminadores, los tres, de los hombres, 270
tres que no conocen piedad y que dan en marchitar
toda edad y toda belleza y en devastar toda gloria.

No tienen compasión de los jóvenes ni respetan a los ancianos,
no se arredran ante los fuertes ni veneran a los poderosos,
275 ni son misericordes con la hermosura, sino que la convierten
y todo lo reducen a lodo y a pestilentes cenizas. [en polvo,
Ellos son los que hoy se han enseñoreado del formidable Akrita;
una tumba lo aprisiona y la tierra lo pudre,
y sus hermosas carnes –¡ay de mí!–, se las devoran los gusanos,
280 y el Hades corrompe sus lozanas carnes del color de la nieve.
¿Pero por qué razón nos ha acontecido esta desgracia?
Por el pecado de Adán y por la voluntad de Dios.
Pero semejante soldado, mi Dios y Señor,
tan joven y hermoso, tan grato a todos,
285 ¿por qué has permitido que muera en lugar de que viviera por [siempre?
'Mas, no hay quien vaya a vivir –afirma el Ancestro del Señor[11]–
y no llegue a contemplar la muerte'; pues la vida es efímera,
como efímero es aquello que alcanzamos a ver, como vana es [toda gloria.
¿Quién ha muerto en este mundo, oh Cristo, que a él se asemeje,
290 flor de juventud, blasón de valientes?
¡Si pudiera, oh Cristo, volver a la vida, recobrar su entendimiento!
¡Si pudiéramos volver a verle enarbolando su maza!
¡Que al punto muriésemos todos y no quedara ninguno!
¡Ay de mí! ¡Ay de los bienes todos de este mundo vano!
295 ¡Ay de los placeres! ¡Ay de la alegría! ¡Ay de la juventud entera!
¡Pobre de aquellos que pecan y no se arrepienten,
de quienes andan fiados en su juventud y se glorían de su [fuerza!»
Y profiriendo estos y parecidos lamentos, desde el fondo de [su corazón,

[11] El *theopátōr* del original es David, el «antepasado del Señor», antes que «Dios Padre»; cf. P. Odorico, *Digenis Akritas*..., págs. 218-219. Para esta sentencia cf. *Salmos* 88, 49.

se partieron hacia sus casas cuantos allí se habían congregado
para asistir a las exequias de los dos nobles y santos difuntos. 300
Oh Cristo, Rey de todos, Creador de todas las cosas,
al noble Basilio, nuestro muy amado retoño,
y, con él, a su floreciente y encantadora esposa,
y a cuantos se deleiten y vivan en la recta doctrina,
cuando desciendas sobre la tierra para juzgar las almas de los 305
[hombres,
entonces, oh Cristo, protégelos y consérvalos incólumes
y colócalos a tu diestra, del lado de tu rebaño.
En cuanto a todos nosotros, que de Ti obtuvimos la vida,
fortalécenos, danos amparo y guárdanos de nuestros enemigos,
para así poder celebrar en himnos Tu inmaculado y magnífico 310
junto al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, [nombre,
Trinidad divina, consustancial e inconfundible,
por los infinitos y largos siglos de los siglos.



POEMA DE BELISARIO

O NARRACIÓN HERMOSÍSIMA EN TORNO A AQUEL ADMIRABLE VARÓN LLAMADO BELISARIO

¡Oh paradoja increíble! ¡Oh enorme desgracia,
inconsolable tristeza, y dolor y amargura!
En tiempos de los romanos[1], en los días felices
del emperador Justiniano[2], el gran rey,
vino a instalarse entre ellos una envidia peor que la muerte 5
–la envidia, que prendiendo en todos desde el principio,
no abandona ni a emperadores ni a príncipes, ni a pobres ni a [ricos:
ciudades y castillos han arruinado las habladurías de la gente–,
y por esa envidia desaforada hubo quienes perdieron la vida.
Vivía, entonces, cierto varón admirable, valiente y juicioso, 10
Belisario era su nombre, la gloria de los romanos.
He aquí que el emperador le ordena con vivo deseo:
«Belisario, a ti te digo, atiende mi voz,
atiende el mandato que a día de hoy te confío.
Determina, fíjalo por escrito, haz que trabajen los hombres 15
y lleva a cabo la ampliación de la ciudad de Constantino[3];
de modo que cuanto trecho recorre un bravo y fogoso corcel,
tanto así construyas tú en el curso de un año.
Si obras mi voluntad y cumples lo que te he encomendado,
te procuraré honra, dignidad y riquezas, 20

[1] Esto es, de los habitantes de la Romania; cf. *DA*, I 49 y nota *ad loc.*
[2] Flavio Pedro Justiniano, Justiniano I, emperador entre los años 527 y 565; cf. Introducción, pág. 37.
[3] Constantinopla.

obtendrás de mi persona nobles dispensas
y serás aupado a un solio del palacio».
Al oír tamaña largueza de parte de su soberano,
se arrodilló y aceptó cumplir su mandato.
25 Enseguida que hubo transcurrido el año, Belisario
la tuvo construida y terminada, para asombro de muchos.
Pero cuando cobraron conocimiento de su ciencia y su [ejecución,
así como de la destreza y la celeridad con la que lo había [llevado a cabo
—procedía de una humildísima estirpe,
30 y por ese motivo el pueblo lo glorificaba y lo exaltaba aún más[4]—
los nobles señores, grandes y pequeños, sintieron envidia de él,
y día tras día, en presencia del emperador, pronunciaban
intrigantes malicias y afrentosas proclamas acerca de Belisario,
y suscitaban celos contra su persona con el fin de perderlo.
35 ¡Siempre la envidia corre pareja a los probos embarazándoles el [paso!
He aquí, pues, que uno de los príncipes, estirpe de los [Paleólogos[5],
requiere a su emperador con gran osadía
y, debido a sus lazos de sangre, se insolenta con él:
«¡Señor, soberano supremo y emperador del mundo,
40 esperanza de los necesitados y audacia de los poderosos!
Esto quiero hoy advertirte para que lo sepas por mi boca:

[4] El pueblo es un personaje más del poema y se erige como contrapunto a la figura de los aristócratas.

[5] Se trata de una familia de gran importancia en el devenir de Bizancio. Aunque se considera que hunden sus raíces en los tiempos más tempranos del Imperio, no será hasta el año 1258 cuando se imponga su dinastía. No obstante, para la fecha de composición del poema era la dinastía imperial por antonomasia, la que el pueblo creía que había reinado desde siempre; de ahí que unos versos más abajo se diga que este personaje está emparentado con el emperador. Habida cuenta del estado de depresión del Imperio y de que en el poema subyace el inusitado tema de la tensión entre la aristocracia y el pueblo, tomando partido por estos últimos, el Paleólogo del poema aparece como el principal instigador de la envidia.

la corona y la diadema se encuentran en manos de Belisario,
la gloria, el poder, la autoridad y las riquezas,
todo ello reposa en él y acabará dándote muerte.
Desea obtener el imperio, desea provocar tu perdición, 45
y también nos veremos perdidos quienes te somos leales»[6].

El emperador, al oírlo, quedose desencajado y descompuesto,
y, como una fiera salvaje, como un henchido dragón,
o un piélago de aspecto amenazante, les dijo a sus nobles:
«¿Contáis con testigos que prueben tal hecho, 50
que demuestren que esto es cierto?»

Entonces se presentaron Cantacuceno, Ralles, Paleólogo
Asanes y también Láscaris, Canano y Ducas[7],
y levantaron un falso testimonio contra Belisario.

¡Oh envidia, ruina de fortalezas, enemiga de la Romania! 55
Ciudades y plazas fuertes, hombres leales, sabios y valerosos
y generales romanos se vieron perdidos por mor de la envidia,
cayeron poderosos baluartes y fueron diezmadas las villas.

El emperador, no obstante, se mostró magnánimo
debido al gran aprecio que sentía por él, 60
y, cursada la orden, le confinaron en la Torre de Anemas[8],

[6] Tengamos en cuenta que de los cerca de cien emperadores que vinieron tras Justiniano, no menos de treinta usurparon el trono, entre los cuales se encuentran algunos de los más importantes, como Focas (602-610), Heraclio (610-641), León III (717-741), Basilio (867-886), etc.

[7] Miembros, como el Paleólogo arriba mencionado, de familias muy influyentes en la historia de Bizancio, pues también los Ducas y los Láscaris fundaron sendas dinastías de emperadores. Estos últimos son conocidos desde la mitad del siglo XI y ocuparon el solio imperial desde el año 1204 hasta el 1261. Por su parte los Ducas ya lo habían hecho brevemente entre el 1059 y el 1068, si bien volvió a haber emperadores con ese apellido. El resto de linajes, sin llegar a alcanzar el significado de los anteriores, no carecieron de importancia, sobre todo el de los Cantacucenos, que disputaron el Imperio a los propios Paleólogos.

[8] La Torre de Anemas se encuentra en el punto más al norte de Constantinopla. Debe su nombre a Miguel Anemas, miembro de una familia de la aristocracia militar, que en 1106 encabezó una conjura contra Alejo I Comneno (1081-1118). Para la fecha de composición del poema, dicha torre había co-

tras vendarle los ojos con una venda dorada.
Los ministros y el magnífico emperador le fijaron la venda
estrechamente y del modo más firme y seguro.
65 Durante tres años permaneció recluido en la torre,
totalmente fuera de sí, desdichado, a ciegas y aherrojado,
mas a sus envidiosos no les bastaba tal condena,
sino que buscaban a toda costa procurarle la muerte
para destruir por completo al gran Belisario.
70 ¿Qué sucedió entonces en la ciudad de Constantino?
He aquí que un día de aquellos, a medianoche,
llegaron, sobrevinieron unas noticias fatales,
terribles y desastrosas, una catástrofe para la Romania,
pues por mar y por tierra, una enorme y pujante armada
75 había conquistado las ciudadelas y las villas de Constantinopla,
las había abatido, capturado y destruido íntegramente.
El emperador, cuando oyó esto, probó una acerba punzada
que le empujaba a la destrucción y al aniquilamiento.
A causa de su amargura, tres días se estuvo
80 sin gustar ni un pedazo de pan ni un sorbo de bebida.
De este modo, en el intervalo de medio año,
el emperador armó setenta bajeles,
además de otros treinta procedentes de Tesalónica;
reunió galeras y lanchones, embarcaciones sin cuento,
85 bravos y aguerridos varones, soldados probados en el combate,
armas de muy alto precio y jóvenes aguerridos,
así como excelentes capitanes de angelical apariencia,
formando una escuadra descomunal y potente, como jamás
Nobles e infanzones se unieron a la flota: [hubo otra.
90 habrías admirado la infinita algazara y el inmenso boato
de los arrogantes soldados, lozanos, audaces y valerosos.

brado actualidad ya que allí había sido encerrado y cegado Andrónico IV Paleólogo (año 1373) tras rebelarse contra su padre, quien acabaría encerrado en el mismo lugar (año 1376).

Por más que pondere lo que cuento, no miento en lo que escribo:
petirrojos y halcones eran los marineros de estas naves.
Mas he aquí que nadie sabía quién capitanearía la flota.
Así pues, el emperador ordenó que todos se reunieran, 95
que sus nobles se congregaran en el palacio.
Una multitud de ellos acudió a su interior,
y el emperador, dirigiéndose a sus señores, les dijo:
«¡Nobles, parientes cercanos, compatriotas y extranjeros!
Ha llegado la hora de que obremos con diligencia, 100
pues quien se muestra solícito, con la ayuda del Altísimo
obtiene esperanza, honor, blasón y riqueza.
Decidme, pues, dadme un consejo en lo que atañe a esta armada;
decidme, deliberad sin que nadie disimule su parecer:
¿a quién habremos de nombrar comandante en jefe de la 105
[expedición?
Deberá ser un gran hombre, juicioso y probado en lo tocante
a sus hechos y a su valor, y a la hora de rendir cuentas,
comedido en sus palabras, y honesto y valiente.
Decidme, pues, dadme un consejo sin atender a intereses
[particulares».
Mas he aquí que ninguno de los nobles manifestaba su 110
[preferencia,
pues cada cual albergaba la esperanza de obtener tal honor.
Entonces, la muchedumbre, vuelta hacia el emperador, le gritó:
«¡Soberano, soberano supremo, señor de nuestros días,
sol de la Romania, fuerza de los cristianos!
¡En primer lugar confiamos en Dios, en segundo lugar, en el 115
[emperador,
y en tercer lugar en Belisario; tomémosle, pues, como caudillo,
si es que deseas que logremos derrotar a nuestros enemigos.
El pueblo entero –gritaban– lo reclama porque le tiene un gran
y desea que Belisario esté al frente de la armada». [amor
Soy incapaz de narraros con detalle, ni de palabra, ni por 120
las proezas que el gran Belisario había obrado [escrito,

en sus expediciones y en sus batallas contra persas y sarracenos.
Había sido un hombre muy afortunado, pero, sobre todo, un
leal, juiciosísimo y victorioso soldado. [valiente,
125 El admirable emperador, cuando oyó que el pueblo
reclamaba con vehemencia al gran Belisario,
vio aumentada todavía más su sospecha de que era inocente,
y ordenó que lo condujeran de inmediato a palacio.
Cuando llegaron, lo presentaron ante el emperador
130 con aquella venda dorada que le cubría los ojos:
tres años había permanecido a ciegas en el interior de la torre.
Y el emperador le dijo con gran gozo a Belisario:
«¡Queridísimo Belisario, mi más leal amigo,
predilecto de los romanos, has sufrido a causa de la envidia!
135 ¡Gracias doy al Altísimo de que hayas escapado a la muerte!
Inclínate para que te suelte las ligaduras y deshaga tus grilletes;
que el honor, la franqueza y la gloria de las que antes gozabas
te las restituiré doblemente como deudo mío que eres».
Y esto es lo que el gran Belisario le contestó a su emperador:
140 «¡Magnífico emperador, fuerza de los romanos,
jamás he menoscabado tu imperio con palabra ninguna,
mas la envidia me ha precipitado injustamente a la muerte!
Cuentas con excelentes señores, nobles y valerosos;
ordena, pues, que sean ellos quienes se pongan al frente y
[actúen;
145 y, en cuanto a mí, oh emperador, permite que permanezca a
A su vez, el emperador le respondió a Belisario: [ciegas».
«Quiero que desde este día ejecutes mi mandato.
No eludas, pues, lo que te ordeno y pon fin a tus palabras».
De modo que, enlazándose fuertemente las manos, se echó a
150 para besar primero el suelo y luego sus botas[9]. [tierra
El gran emperador en persona fue a aflojarle la venda.

[9] Está describiendo el gesto de la *proskýnesis*, con las manos cruzadas sobre el pecho.

¡Tres años había estado Belisario a ciegas y encerrado!
Al punto, el soberano le ordenó que acudiera a la flota,
capitán grande y temible como era, para que obrara a su antojo.
Así, tras despedirse del emperador según procedía, 155
las naves zarparon con gran aparato.
Habían salido un quince de marzo y surcaron mar adentro.
Conquistaron muchos castillos y saquearon ciudades,
ocasionaron grandes quebrantos y mortífera presa,
derramaron sangre sin tasa, diezmaron las villas 160
e hicieron prisioneros en cantidad infinita.
Finalmente llegaron a una plaza fuerte, a la isla de Inglaterra[10],
allí donde habitaban los enemigos de Constantinopla.
En breve expondré lo que entonces aconteció.
He aquí que Belisario, el gran general, ordenó 165
que se pregonara la siguiente proclama:
«Cuando vosotros veáis que hago u obro una cosa,
tal cosa quiero que vosotros la hagáis como yo;
que si alguien no se comporta a mi modo y se opone a mi
[mandato,
ése, así como los que compartan su parecer, serán ajusticiados». 170
Llegados a la costa, arrastraron fuera las naves,
y, entonces, el magno y victorioso capitán de la escuadra ordenó
que sacaran armas y remos de las embarcaciones,

[10] El ficticio episodio de la toma de Inglaterra está elaborado sobre la plantilla de la expedición de Belisario contra los vándalos (la difícil captura de la plaza fuerte y la vuelta a Constantinopla con grandes tesoros y el mismísimo rey). Se puede pensar que el poeta elige el nombre de Inglaterra bien por las fabulosas evocaciones que el nombre podía inspirar (cf. E. Follieri, «Il poema bizantino di Belisario», en *Atti del convegno internazionale sul tema: la poesia epica e la sua formazione* [*Roma, 28 marzo-3 aprile 1969*], Roma, Accademia Nazionale dei Lincei, 1970, 583-65, pág. 609), bien por ser la región conocida más occidental: así, los triunfos de Belisario se habrían extendido de una parte a otra del globo, ya que tanto él mismo, históricamente, como su hijo, por persona interpuesta, en el poema, habrían de obtener una resonante victoria en Persia, la región más oriental (cf. M. Fotina, *A critical Edition of the Medieval Greeks Poems on Belisarios*, Tesis doctoral, Birkbeck College, University of London, Mayo, 1973, págs. 62-65).

y que no dejaran a bordo ningún aparejo, ni ligero, ni pesado.
175 Los nobles, ya fueran grandes o pequeños, se maravillaban
del arrojo y de la audacia de Belisario,
y una vez que hubieron sacado todas las jarcias de las [embarcaciones,
mandó que prendieran fuego a las velas y que quemaran la [flota;
de modo que no quedó ninguna sin arder.
180 Belisario entonces convocó a todos a junta,
a todos, pequeños y grandes, para que expusieran su parecer,
y discutieran en consejo cómo proceder y cómo maniobrar
para vencer y someter a los enemigos.
He aquí que el gran Belisario, la gloria de los romanos,
185 tomó la palabra y se dirigió a sus señores:
«¡Señores, atended hoy todos y mirad bien!
Os ruego y os pido, cual si fuera vuestro hermano de sangre,
que luchéis bravamente, como hombres de honor,
con valor y maestría, celosa y denodadamente;
190 pues si hay alguien que se amilane, que dé media vuelta y huya,
ya puede ser el hijo del emperador, que le pondré en el palo.
Pero si alguien sale animoso y con la intención de obrar hazañas,
a ése le cubriré de honor, de gloria y de riquezas,
y mi alma lo estimará como a mi propio hermano.
195 Por esto es por lo que he quemado las naves, por eso las he [destruido,
bien para que nosotros sometamos toda Inglaterra,
bien para que sucumbamos todos juntos sin que nadie se libre».
Mas he aquí que uno de los nobles se dirigió a Belisario,
también él un capitán distinguido, y le replicó ardidamente:
200 «¡No obraste como un buen soldado cuando quemaste las [naves!»
Y el gran Belisario, cuando oyó sus palabras,
lo hizo apresar al instante y lo puso en el palo[11].

[11] El episodio puede remontarse a Manasses (cf. *Chronographia*, 3153-3158). Allí leemos que, nada más desembarcar en Libia, Belisario había aplicado esta pena a un soldado que había robado una gallina.

Temblaron ante Belisario, pero lo amaban más todavía.
Se adueñó de las fortalezas y de las gentes de aquella isla,
y se enseñoreó de todo cuanto la rodeaba. 205
Sin embargo era incapaz de tomar su principal baluarte,
pues era enorme y temible, poderoso e inexpugnable.
Gran quebranto había ocasionado la plaza de Inglaterra,
pues en ella habían caído nobles señores, varones romanos,
nobles infanzones en busca de gloria; 210
gran desventura habían sufrido por ambos bandos.
¡Y por la hermosa verdad, os juro que no miento,
pues si hubieran contado con naves para huir a bordo de ellas,
si se hubieran fiado a la flota para salir en desbandada,
habrían regresado fracasados y con un gran baldón! 215
Mas como no tenían modo de escapar, se aprestaron para la [muerte.
Insisten, redoblan su embate y reanudan la guerra
presentando batalla cual fieras salvajes,
y por ambas facciones perecía una multitud de soldados.
Construyen escalas de madera para asaltar el castillo, 220
y van mordiendo con sus espadas, bañándose en sangre;
los guerreros descolgaban sus cuerpos al asalto de la fortaleza.
El primero en pisar el castillo de Inglaterra
tenía por nombre Alexio, y el segundo Petralifas,
hombres del pueblo, de modestos orígenes, 225
gentes sin varas de mando, desamparados y de condición [humilde[12],

[12] Nótese cómo el poeta subraya el origen humilde de estos dos guerreros, lo que redunda en el carácter antiaristocrático del poema sobre todo si nos fijamos en el verso siguiente. Paradójicamente, la de los Petralifas es una familia aristocrática que se remonta a un cierto Pedro de Alifa (cerca de Caserta, Italia); a estos efectos, valga el hecho de que el gentilicio *dymoteichītai* («de Didimótico», el lugar donde efectivamente vivieron) en el griego de esta época sonaba exactamente igual que el vocablo *dēmotychītai* («hombres del pueblo»). Por otra parte, este episodio se basa en un hecho histórico: en el año 1149, en el sitio de Corcira (Corfú), cuatro hermanos Petralifas intentaron conquistar la

pues no se trataba de Asanes[13], ni de Paleólogos.
Hermanos de madre los dos, esforzados guerreros,
a fuer de las heridas que recibieron,
230 acabaron tomando y conquistando la ciudadela, para contento [suyo
y para gran alegría del resto, ya fueran grandes o pequeños.
Entonces, el juicioso y gran Belisario ordenó
que llevaran ante él a los hermanos Alexio y Petralifas,
aquellos que habían sido los primeros en asaltar el castillo,
235 aquellos que habían colgado su pabellón en la torre,
aquellos que habían colmado a todos de honor y de gloria.
A instancias de Belisario, les montaron sobre dos grandes
con sillas tachonadas de oro y preciosos ropajes, [corceles
y les pasearon por el castillo entre los vítores de la gente,
240 recibiendo mucha riqueza, abundante y sin tasa.
Finalmente los condujeron a presencia de Belisario.
El general, tomando unos áureos e inestimables ropajes,
con el cuello y los ribetes engastados de perlas y zafiros,
fue a ponérselos en persona, el gran Belisario.
245 Asimismo les hizo entrega de riquezas en cantidad infinita,
les brindó honores y dignidades y les concedió el título de [señores.
Y he aquí que Belisario proclamó por todas las fortalezas
que construyeran cien naves y el número de galeras que antes [tenían,
y que las tuvieran acabadas y puestas a flote en tan sólo dos [meses.
250 ¿A qué ser prolijo? Cuando la escuadra fue terminada
sacaron los barcos a navegar aprestados de jarcias,

fortaleza enemiga por medio de una escalera de madera que, para su desgracia, acabaría rompiéndose.

[13] Los Asanes, estirpe de regia ascendencia búlgara. Algunas de sus princesas se casaron con emperadores de Bizancio, y muchos de sus miembros fueron gobernadores de diversas regiones del Imperio.

cargados de un grandioso e infinito botín y un sinnúmero de
[prisioneros.
Habían capturado y prendido a caudillos señalados.
De este modo, subieron a su ilustre rey a los bajeles,
y a sus poderosos señores y a sus nobles ministros 255
los subieron a las embarcaciones atados por el cuello.
Asimismo, Belisario dispuso que algunos de sus capitanes,
hombres juiciosos y probados, se quedasen en Inglaterra
para dotar de un buen gobierno al lugar
e impartieran justicia sin que nadie sufriera ningún menoscabo. 260
Luego, poniéndose en marcha, emprendió el camino de regreso.
Las naves zarparon con gran aparato,
iban cargadas de inmensas riquezas y de multitud de cautivos.
Navegaron hasta arribar a la isla de Mitilene,
donde, tras fondear, descansaron y se recrearon grandemente. 265
Volvieron a zarpar y continuaron su viaje.
A eso de la medianoche llegaron a la Ciudad[14].
El veinte de septiembre recalaron en Contoscali[15]
y como atracaron sin estrépito, algunos no se enteraron
hasta que hubo salido el sol y hubo avanzado el día. 270
Al amanecer cogieron sus instrumentos de sones guerreros:
trompetas, violas, pífanos, tambores, timbales
y muchos otros hermosísimos instrumentos que poseían.
¡No había allí ningún alma que no se mostrara feliz y exultante
ante el admirable festejo que entonces se organizó! 275
Tan grande era el júbilo y tanta la algarabía,
que los montes, los cerros y los peñascos se conmovían y
[retumbaban.
Se dirigieron, pues, a la ciudad de Constantino con gran
[majestad,

[14] «La Ciudad» es Constantinopla. Notemos también que a partir de este sintagma, *eis tên Pólin* («a la Ciudad»), surgirá su posterior nombre de Estambul.
[15] Puerto de Constantinopla situado en la zona sur de la ciudad, sobre el Mármara, y próximo al Palacio Imperial.

iban blandiendo sus admirables cetros de resplandeciente oro,
280 así como unos estandartes recamados y engalanados con áureas
Todas las naves avanzaban dispuestas en hilera, [sonajas.
y en la distancia aclamaban como con justicia se merecían
al emperador, a la emperatriz y al gran Belisario.
Entonces el insigne soberano ordenó que extendieran
[damascos,
285 sedas, tapices y paños para que descendiera Belisario
y su corcel paseara por ellos de camino a palacio.
Así pues, desembarcaron a caballo tres mil capitanes,
y en medio de ellos marchaba gloriosamente Belisario,
con gran majestad y espléndido adorno.
290 Descabalgado que hubo, entró en el palacio,
besó por tres veces el suelo y, luego, a su emperador,
así como las botas de éste en señal de homenaje.
Gozose el monarca y lo recibió con gran agasajo.
Después levantaron un arco admirable para que el rey pasara
295 en compañía, os digo, de los nobles de Inglaterra
que había capturado el gran Belisario.
He aquí que aquel rey tan temible fue conducido ante el
[emperador
en compañía, os digo, de los nobles de Inglaterra.
Piedras preciosas, oro y argento,
300 muchas e incalculables riquezas y no poco dinero
llevaron ante el emperador, y él, al verlas, quedose admirado,
y al contemplar tan enorme fortuna se alegró grandemente.
Y el emperador, debido al admirable gozo que le embargaba
—no pensaba ni en la pitanza ni en el reposo—,
305 se pasaba todo el tiempo al lado de Belisario,
el día entero y su noche, sin separarse de él ni un solo instante.
De este modo, cuando los nobles repararon en la gran
y el inmenso cariño que el soberano, [confianza
el gran emperador, le profesaba a Belisario,
310 redoblaron su cizaña, redoblaron su inquina,

redoblaron su malicia, redoblaron su envidia.
He aquí, pues, que los nobles fueron a hablar con su emperador;
Asanes y Láscaris, también Cantacuceno,
Ducas, Astras, Canano y Diplovatatzes,
Paleólogo, Príncipe, Frantzes y Leontario, 315
Ralles y Primicerio, así como Contostefanes[16],
todos tomaron la palabra para acusar a Belisario:
«Has de saber, supremo señor y fuerza de los romanos,
que antes de que pasen tres días habrás perdido tu imperio
y Belisario será emperador en la ciudad de Constantino. 320
El pueblo entero ama y desea a Belisario,
lo venera y se inclina más ante él que ante tu soberanía,
y si tú, oh emperador, no procuras su ruina, si no le das muerte,
en breve podrás contemplar la tuya propia,
pues día tras día se afanan y maquinan en torno a ella». 325
El emperador, al oír esto, se turbó y se puso fuera de sí,
y todo el cariño que antes le profesaba a Belisario,
lo trocó en odio y rabia contra su persona.
La lealtad y la obediencia de Belisario
en modo alguno las consideró el gran emperador: 330
en lugar de honras, una recompensa funesta, enemistad infinita.
¿Qué le ocurrió entonces al gran Belisario,
a aquel gran Belisario, la gloria de los romanos,
a aquel temible, admirable, sabio y excelso varón?
¿Qué os podría contar? En lo tocante a prudencia no había otro 335
[como él:
afortunado, ecuánime y leal, la gloria de los romanos.

[16] A este nuevo «catálogo» de los nobles, han venido a incorporarse respecto al anterior (*PB*, 52-53) los nombres de Astras, Príncipe (Queilas), Diplovatatzes, Frantzes, Leontario y Primicerio, todos procedentes de las principales familias del Imperio, sobre todo la de los «Dobles Vatatzes», es decir, aquellos que procedían de los antiquísimos Vatatzes (*c.* 1000) por las dos ramas de su familia: algunos de sus miembros llegaron a reinar en el exilio de Nicea bajo el apellido Láscaris (Juan III, Teodoro II y Juan IV, este último derrocado por los Paleólogos).

Él jamás había intrigado contra su emperador,
ni su mente jamás le había movido a deslealtad o a traición;
antes bien, como el soldado feliz y afortunado triunfador que era,
340 había sojuzgado ciudades y fortalezas en nombre de [Constantinopla
para mayor honra de su rey y de la estirpe de los romanos.
Como recompensa, en lugar de rendirle honores, ordenó que [lo prendieran.
Así pues, le ataron las manos a las espaldas en señal de desprecio
y le condujeron en presencia del emperador.
345 Entonces, a una orden suya, lo cegaron al instante;
amarga, profunda y tormentosamente, lo cegaron delante de él.
Los romanos lo sintieron como una desgracia enorme y funesta,
y todos, grandes y pequeños, le lloraron abundantemente:
y en Constantinopla se elevó un inmenso lamento.
350 Lo había cegado de improviso, para que nadie lo supiera,
no fuera que al enterarse el común, se produjese una revuelta.
Sin embargo, una acción tan inicua no podía quedar oculta,
pues con la misma intensidad que amaban la luz del día,
tanto así querían todos al gran Belisario.
355 De este modo, cuando los ciudadanos se enteraron, cuando [lo supieron,
promovieron el tumulto, la revuelta y la vorágine,
y, espada en mano, salieron todos en busca de Belisario.
Salieron, pues, y ciego se lo encontraron en la Puerta de Oro[17].
El pueblo entero, grandes y pequeños, lloraba y se lamentaba;
360 lloraba también él con el pueblo, golpeándose el pecho.
Larguísimos días pasó atormentándose a solas:
¿dónde está ahora el honor, la riqueza, la gloria, la pujanza

[17] Puerta monumental situada en el lugar más al sur de la muralla occidental de la ciudad. Constituía el principal punto de referencia en las celebraciones de los triunfos imperiales y en otras ocasiones de estado, lo que confiere a la escena un aire de trágica ironía.

y el admirable esplendor que adornaron a Belisario?
Todo eso acabó, cesó, desapareció en un suspiro.
Se lamentaba y gemía, pasaba sus días solo y en recogimiento, 365
se hospedaba en ese ilustre, imperial y gran monasterio
que llaman del Pantocrátor[18], vecino al de los Santos
Allí, el admirable y gran Belisario [Apóstoles[19].
suspiraba, se golpeaba y se arrancaba los cabellos,
lloraba y bramaba lanzando quejidos, pues no lo podía soportar. 370
De haberlo sabido antes, de habérselo figurado,
habría usurpado el Imperio de los romanos.
Sin embargo, jamás habría querido obrar de esta forma,
ni habría podido abrigar en su mente tal ambición.
Así pues, en virtud de su desazón y de su angustia, 375
le brotaron del corazón estas punzantes y enardecidas palabras:
«Si hubiera traído ruina y quebranto al Imperio,
si me hubiera mostrado intrigante, si hubiera sido un traidor,
justo sería mi tormento, y nadie se apenaría por ello.
Pero si el emperador ha actuado contra mí movido por la envidia 380
y sin tomar en consideración mi honradez y mi lealtad,
entonces, al Juez temible, el Soberano supremo,
a Él confío estos hechos para que sea Él quien los juzgue».
Mas he aquí que, transcurrido un año desde aquel día,
sobrevinieron unas noticias funestas y adversas: 385
los persas, los sarracenos desolaban la Romania.
Un ingente y nutrido ejército de infantes y caballeros

[18] Construcción monástica levantada por Juan Comneno sobre una colina en el área norte de la ciudad. Una de las iglesias sirvió de mausoleo tanto para la familia Comnena, primero, como para algunos miembros de los Paleólogos, después. El complejo incluía un hospital con cincuenta camas y un albergue para ancianos.

[19] Situada al oeste del monasterio del Pantocrátor, la iglesia de los Santos Apóstoles fue construida por Constantino I para su propio enterramiento. Desde ese momento hasta el año 1028, la iglesia acogería los restos de muchos otros emperadores. En ella fueron depositadas las reliquias de los apóstoles Timoteo (356) y Lucas y Andrés (357).

había conquistado fortalezas y villas destruyéndolas por [completo,
aniquilando y trayendo el exterminio a la estirpe de los romanos.
390 Al cabo, el emperador ordenó que se armara un ejército
y se reuniera para salir en expedición contra Persia;
así los romanos presentarían batalla a los sarracenos.
Convocaron, pues, a una incontable multitud de jinetes
y a infantes sin tasa, hasta trescientos mil,
395 venidos de Poniente y de Occidente, soldados de a pie y [caballeros.
Una vez que estuvieron reunidos y prestos para la partida,
emplearon un mes en trazar el plan de campaña.
Mas el pueblo, insatisfecho con las resoluciones que
reclamó e invocó la presencia del gran Belisario [proponían,
400 con el fin de que fuera él quien trazara el plan de campaña.
Entonces Belisario dirigiose a los nobles:
«¡Señores, gobernadores, y vosotros, compañeros de armas;
dejadme a mí, miserable y malogrado como estoy:
el tiempo me encumbró, me cubrió de honores,
405 hasta que vino a humillarme la envidia de los romanos!»
—No en vano había gozado de jerarquía de majestad y de [honores
en los tiempos en que el emperador le honraba sentado en su [solio—.
Mas he aquí que uno de sus ministros, un anciano de noble [cuna,
un varón allegado al imperio, notable y juicioso en grado sumo,
410 amonestó a su emperador sermoneándole airadamente,
y con ínfulas de juez le lanzó este reproche:
«¡Soberano, magno emperador, cetro de los romanos!
Tu mando es ecuánime; no obres, pues, injusticias.
El pueblo entero siente un desmedido amor por tu imperio.
415 Pero tus nobles, movidos por la envidia, han cometido una [tropelía,

y por ello has causado la ruina de un fiel, excelso y valiente
[caudillo.
Mas ahora me atrevo a pedirte una cosa apelando a tu soberanía:
comoquiera que Belisario cuenta con un audaz vástago,
favorécele y hónrale a él en lugar de a su padre;
de esta manera su progenitor encontrará en ello algo de consuelo 420
y hallará un cierto alivio a la desgracia que le ha sido dado
[contemplar,
(de paso tus señores volverán a ganar confianza y arrojo)
pues, no en vano, él te sirvió lealmente y te procuró riquezas y
[honras».
Al punto ordenó el emperador que condujeran al hijo,
al vástago de Belisario, al palacio imperial. 425
Temblole el corazón ante la idea de que fueran a hacer con él
lo que hicieron con su padre, y, por ello, se le demudó el
El hijo de Belisario se llamaba Alexio[20], [semblante.
y Alexio fue conducido al interior del palacio.
El emperador le hizo sentarse en el sitial de su padre, 430
y tras rendirle honor y homenaje, le entregó grandes riquezas
y le dio el título de césar a la cabeza de su ejército[21],
así como el de gran general y señor honorable.
Todo el conjunto del pueblo le quería y le amaba,
le daba las gracias como el gran soldado que era, 435
y a la vez le apreciaba en virtud de su soberano,
pero, sobre todo, en virtud de su padre, el gran Belisario.
De este modo, el padre adoctrinó y habló a su hijo
y le dio consejos e instrucciones para el plan de campaña.

[20] Vaya por delante que el Belisario histórico no tuvo ningún hijo varón. ¿Se trata, pues, de la proyección de Alexio Estrategópulo (literalmente, «Hijo del General»), nombrado césar por el emperador Miguel VIII en la segunda mitad del s. XIII, o un mero desdoblamiento de la persona de Belisario? Cf. E. Follieri, «Il poema bizantino di Belisario...», pág. 608.
[21] La dignidad de «césar» por aquel entonces ya sólo designaba uno de los grados superiores de la jerarquía bizantina.

440 ¡Bravos consejos le dio, como mostró el desenlace!
Entonces Alexio, el gran césar,
enlazó fuertemente sus manos, con dignidad, como procedía,
y se arrodilló reverencialmente[22] junto con su esposa,
para, a continuación, despedirse de su padre y de su madre.
445 He aquí que emprendieron la marcha; las huestes avanzaban
con alboroto, tumulto y gran aparato.
Y del mismo modo que el sol cuando brilla en lo alto del cielo,
así relucía el ejército al desplegarse sobre la tierra.
Durante cuarenta días estuvieron cabalgando con gran [denuedo
450 y picando espuelas a sus palafrenes hasta reventarlos,
pero por fin llegaron a Persia, la patria de los sarracenos
—eran tres las jornadas de distancia que mediaba
entre los persas sarracenos[23] y la estirpe de los romanos—.
Se toparon entonces con una avanzada de cuarenta mil [guerreros;
455 se trataba de la avanzada de los persas contra una guarnición [de romanos,
la cual provocó entre ellos tan gran degüello que ninguno [quedó a salvo.
Cuando el rey de Persia lo oyó, cuando cobró conocimiento
de que había perdido por completo a la flor y nata de su ejército,
cayó presa de una pena infinita y se amedrentó ante tales [mesnadas.
460 Así pues, despachó numerosas embajadas al gran césar
por medio de un juicioso dignatario, a cargo de inmensas [riquezas.
He aquí que envió trescientas mulas cargadas de ricas preseas,
paños preciosos, oro, sedas y damascos,
además de treinta libras de oro cuyo pago habría de renovar
465 si deponían su furia y se retiraban. [cada año

[22] Cf. versos 149-150 y nota *ad loc.*
[23] El poeta asocia a los persas con los sarracenos.

Eso hicieron, después de haber contenido y sojuzgado a los
Retirose, pues, el ejército de los romanos, [persas.
llevándose un gran botín, grandes riquezas y muchos cautivos.
Soy prolijo en el relato y con frecuencia me voy por las ramas,
así que volvamos, pues, al asunto del principio, 470
pues muchos son los desmanes que cometieron los romanos
–los cometieron, los cometen y volverán a llevarlos a cabo.
Pero Dios es juez ecuánime que castiga y destruye,
reprende a los injustos y ensalza a los justos,
pues, no en vano, en Dios está la justicia, no creas que en 475
[ningún otro–.
He aquí que todos se enteraron, se pudo oír por doquier,
que al temible y gran Belisario,
a aquel victorioso soldado, a ese varón esforzado, la gloria de los
[romanos,
su emperador lo había hecho cegar para inmenso solaz de sus
todos los cuales lo celebraron sin reserva. [enemigos, 480
De este modo, vinieron a rendir pleitesía al magnífico emperador
y a conocer a Belisario, a aquel varón admirable,
a contemplar la condición a la que lo había rebajado su gran
Así pues, un día de aquellos, a media mañana, [soberano.
llegaron, como iba diciendo, grandes príncipes y embajadores 485
cargados de riquezas, con la intención de ver al emperador
y para ver de qué forma había sido cegado Belisario,
pues aunque habían tenido noticias del hecho, no se lo creían, no
[daban crédito.
Por su parte, el admirable monarca los recibió con agasajo,
noble y honorablemente, como mandaba la ocasión. 490
Entonces, el magnífico emperador ordenó que sus nobles,
tanto los pequeños como los grandes, se reunieran en el palacio
y permanecieran allí deferentemente con sus trajes de gala
pues los príncipes extranjeros iban a ir a contemplar su persona.
¡Cómo contaros, cómo describiros, cómo narraros 495
el admirable esplendor que se adueñó del palacio!

Por todas partes habían dispuesto áureos adornos,
cortinas recamadas en oro, perlas y ricas preseas
y para el emperador habían tejido un pabellón dorado,
500 un dosel enjoyado de dijes y alhajas.
Los nobles, vestidos con sus trajes de gala, estaban en círculo,
y en el centro, en su trono y bajo el palio, se sentaba el monarca.
Se encontraba su solio completamente imbricado de taraceas,
fornido de piedras preciosas y de zafiros,
505 y en el centro, en su trono y bajo el palio, se sentaba el monarca,
como el espléndido emperador que era, rutilante entre joyas.
A la derecha del soberano y también a su izquierda
se encontraban dos jóvenes de veinte años de edad:
¿qué mente podría describir los ropajes
510 de los dos mozos que flanqueaban el trono
a derecha y a izquierda del emperador?
Cuando los nobles embajadores fueron llamados,
acudieron a postrarse ante el magnífico emperador.
Treinta de ellos portaban en lo alto de sus cabezas
515 unas fuentes de oro repletas de ducados;
otros treinta cargaban sobre sus hombros
unos tejidos de hermosa y resplandeciente seda bordados en oro;
y había aún otros doce que llevaban otras tantas vasijas
colmadas de rutilantes piedras preciosas y perlas
520 para entregárselas al emperador como inestimable presente.
El emperador, recibiéndoles con gran agasajo,
solicitó a los embajadores que se sentaran en unos valiosos [asientos.
Mas he aquí que los nobles señores comenzaron a preguntarse [entre sí:
«¿Quién de éstos es Belisario, ese señalado varón
525 que ha sometido ciudades y fortalezas, la gloria de los romanos?
Sabemos de oídas que es muy leal al Imperio».
En ese momento, Belisario se acercó hasta el centro de la sala;
en una mano llevaba la escudilla de las limosnas,
y en la otra mano portaba un bastón.

Se paseaba entre aquellos nobles señores, 530
ante el emperador y ante los embajadores,
pronunciando entre lágrimas palabras que inflamaban el
«Poned a Belisario un óbolo en su escudilla, [corazón:
que la envidia de los romanos me redujo a tal condición.
Poned a Belisario un óbolo [en su escudilla][24], 535
a quien el tiempo encumbró y la envidia ha cegado».
Los nobles señores miraban, contemplaban y observaban
al gran Belisario, presos de una increíble extrañeza;
se estremecían los príncipes, temblaban, no alcanzaban a
[comprender
cómo de una forma tan inicua le habían destruido y cegado. 540
Belisario lo había hecho de cara al emperador,
para que probara ante aquella insigne embajada
censura y baldón, deshonra y reproche.
Así pues, comenzó a pasearse de nuevo escudilla en mano,
y, entre lamentos y suspiros, les iba diciendo a los nobles 545
«Poned a Belisario un óbolo [en su escudilla][25], [señores:
a quien el tiempo encumbró y la envidia ha cegado».
Los capitostes, al oír sus palabras, lloraron y se entristecieron,
censuraron e hicieron reproches al magnífico emperador.
Marcháronse, pues, los insignes embajadores, 550
después de que el emperador les despidiera obsequiosamente.
Pero en cuanto partieron, aquellos señores difundieron por el
la forma en que a Belisario, al gran vencedor, [mundo
a aquel varón de tanto juicio y tan leal al Imperio,
al general de los romanos, su gran campeón, 555
el emperador y su corte le habían destruido por mor de la
El mundo entero se alegró y grandemente se gozaron [envidia.
todos cuantos estaban en guerra con Constantinopla.

[24] El verso aparece truncado en su segundo hemistiquio. Para la restitución del mismo que aquí ofrecemos, hemos acudido a E. Follieri, «Il poema bizantino di Belisario...», pág. 648.
[25] Cf. nota anterior.

Pero nosotros contamos con los libros de los sabios y de los
560 de los antiguos filósofos y de los grandes maestros, [oradores,
narraciones puestas por escrito con las más exactas palabras[26],
que nos han transmitido estas cosas para adoctrinarnos
y para que todos conozcan la envidia de los romanos;
cómo acabaron perdiendo del todo tanto sus castillos y villas,
565 como su riqueza y su libertad por mor de su desmesurada
[envidia.
¿Ves, hijo mío, el duelo que la envidia trae al mundo?
Emprendieron la caída y no encuentran la forma de detenerse,
y precipitan tras ellos a la estirpe de los romanos.
Yo os hablo como el inculto que soy, lego en cosas de letras,
570 pero quiero comunicaros la compunción de esta sospecha
—¡quiera Dios, Soberano del Cielo, que yo me equivoque!—:
la ralea de los agarenos[27] acabará devorando el mundo,
a romanos y a serbios y válacos, a húngaros y también a
[latinos[28].
De incuria adolecen los romanos, de envidia mucha y grande,
575 en cambio, sierva de un solo amo y muy esforzada es la estirpe
[de los agarenos,
rinden culto a un solo Dios, y tiemblan ante un solo dueño,
y profesan hacia su caudillo una inclinación y una lealtad
[admirable[29].
Nunca tal lealtad entre los romanos, nunca un solo señor,
pues nunca podrán ver a los hombres honestos recuperando
[su honra.

[26] Posible alusión a las crónicas que, como el *Epítome del 948*, podían estar en la base de nuestra composición (cf. Introducción, págs. 39-42).
[27] De Agar, nombre de la esclava egipcia que le dio un hijo a Abraham; cf. *DA*, I 28 y nota *ad loc.*
[28] Tradicionales enemigos del Imperio. Bajo el nombre de latinos, los bizantinos designaban a todas las tropas occidentales (cruzados, francos, italianos...).
[29] Se refiere a los turcos, que están bajo el mando del Sultán y adoran a Alá. Téngase en cuenta que para la fecha de redacción de esta versión del poema (*c.* 1450), los turcos ya se encuentran a las puertas de Constantinopla.

ÍNDICE GENERAL

Introducción 7
El espacio de la épica griega medieval 7
Argumento de Armuris 9
Argumento de Digenís (versión de Grottaferrata) 10
Argumento de Belisario 13
La materia akrítica 15
Armuris y Digenís en el ámbito de la frontera 27
El viaje a la leyenda de Belisario 36
Sobre la presente traducción 48
Cronología 53
Bibliografía seleccionada 55
Canción de Armuris 59
Digenís Akritas (versión de Grottaferrata) 69
Canto I o Basilio Digenís Akritas 71
Canto II o Del nacimiento del Akrita 86
Canto III o El regreso de Siria junto a su madre 97
Canto IV 110
Canto V 153
Canto VI 164
Canto VII 195
Canto VIII o De la muerte de Digenís 205
Poema de Belisario o Narración hermosísima en torno a aquel admirable varón llamado Belisario 219